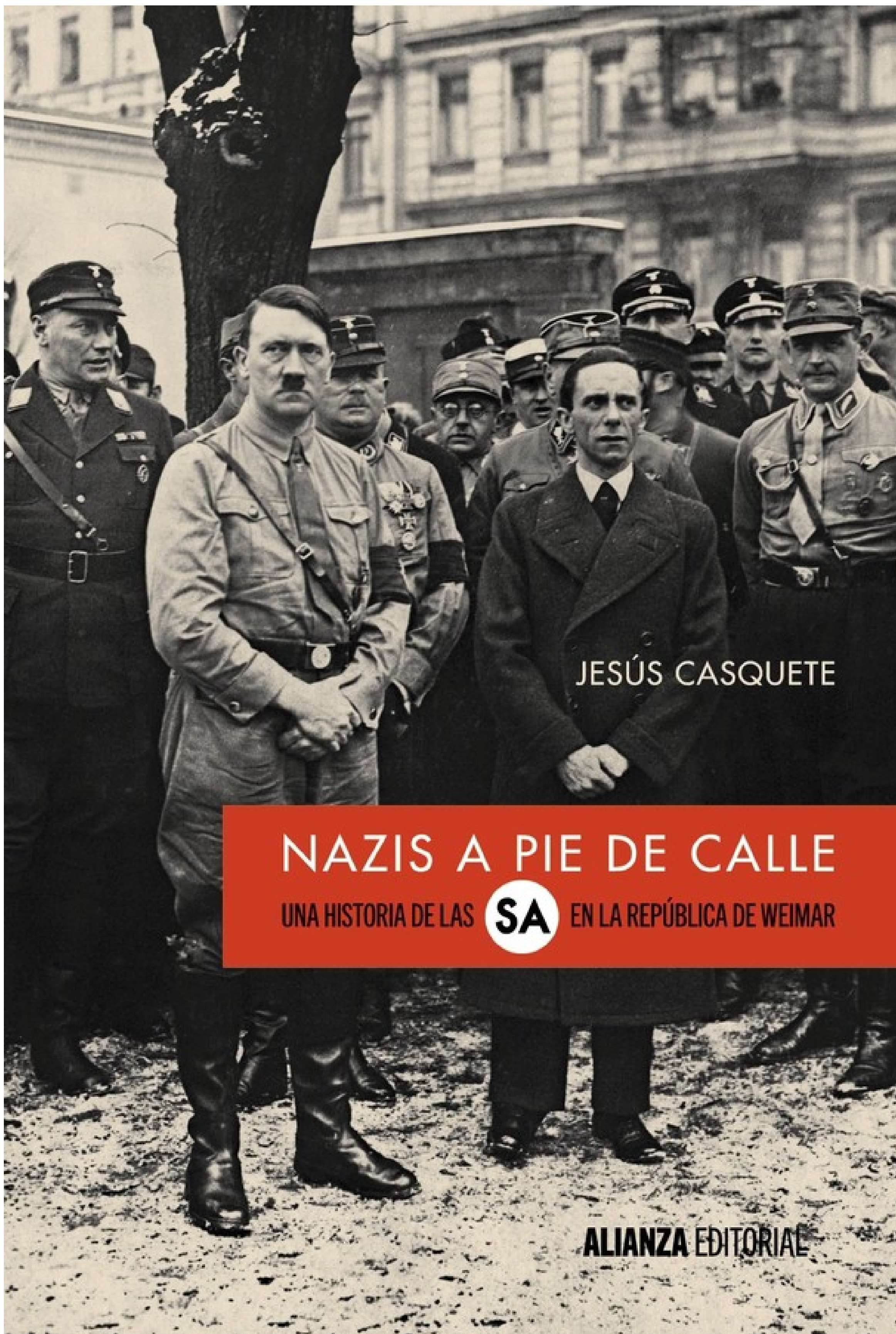


JESÚS CASQUETE

NAZIS A PIE DE CALLE

UNA HISTORIA DE LAS SA EN LA REPÚBLICA DE WEIMAR

ALIANZA EDITORIAL


JESÚS CASQUETE
NAZIS A PIE DE CALLE
UNA HISTORIA DE LAS SA EN LA REPÚBLICA DE WEIMAR
ALIANZA EDITORIAL

JESÚS CASQUETE

NAZIS A PIE DE CALLE

Una historia de las SA en la República de Weimar

Alianza editorial

Índice

CRÉDITOS

A Erwin Riedmann

LISTADO DE SIGLAS

DAP	Deutsche Arbeiterpartei [Partido Obrero Alemán].
DC	Deutsche Christen [Cristianos Alemanes].
DDP	Deutsche Demokratische Partei [Partido Democrático Alemán].
DNVP	Deutschnationale Volkspartei [Partido Popular Nacional Alemán].
HJ	Hitlerjugend [Juventudes Hitlerianas].
KPD	Komunistische Partei Deutschlands [Partido Comunista de Alemania].
NSDAP	Nationalsozialistische Deutsche Arbeiterpartei [Partido Nacionalsocialista Obrero Alemán].
NSDStB	Nationalsozialistischer Deutscher Studentenbund [Liga de Estudiantes Nacionalsocialistas Alemanes].
NSVH	Nationalsozialistische Versicherungshilfe [Auxilio de Seguros Nacionalsocialista].
OSAF	Oberste SA-Führung [Jefatura Suprema de las SA].
RFB	Rotfrontkämpferbund [Liga de Combatientes del Frente Rojo].
SA	Sturmabteilung [Tropas de Asalto].
SABE	SA-Befehle [Ordenanzas de las SA].
SPD	Sozialdemokratische Partei Deutschlands [Partido Socialdemócrata de Alemania.
SS	Schutzstaffel [Escuadras de defensa].
USPD	Unabhängige Sozialdemokratische Partei Deutschlands [Partido Socialdemócrata Independiente de Alemania].
VB	*Völkischer Beobachter*.

INTRODUCCIÓN

El nacionalsocialismo sigue despertando hoy al mismo tiempo la fascinación propia del Mal y la perplejidad ante lo insólito. No es para menos. El experimento totalitario nazi entre 1933 y 1945 fue el único responsable de la guerra más devastadora que ha conocido la humanidad. Las preguntas siguen rebotando con fuerza todavía hoy: ¿Cómo fue posible que en Alemania, el país que vio nacer, crecer y crear a Goethe, Beethoven o Hegel, el más cultivado de Europa, se socavase la humanidad de forma industrial y burocratizada, fría y cruel por demás? ¿Qué explicación tiene que la atrocidad asesina, quintaesenciada en el Holocausto, fuese elevada a una potencia que la aritmética histórica antes no había ni siquiera imaginado?

Se trata de una de las grandes preguntas de la Historia y, precisamente por su enormidad, se resiste a explicaciones sencillas. Entender la ruta ascendente al poder seguida por un movimiento que pregonó que no todos los seres humanos eran dignos de respeto (ni de vivir) y que unos, los arios, excedían en valor al resto, pasa a la fuerza por acercarse a la coctelera explosiva que era Alemania al término de la Primera Guerra Mundial, un momento de crisis en el que el viejo orden imperial se resistía a desaparecer y el nuevo orden democrático de la República de Weimar (1918-1933) estaba todavía por consolidar en sus líneas maestras.

A estas alturas la historia resulta familiar. Sin el Tratado de Versalles de junio de 1919 no se concibe la conquista de los votos y los corazones de los alemanes por los nazis. En virtud del tratado, los países aliados impusieron a Alemania draconianas sanciones económicas, militares y territoriales, traducidas estas últimas en la pérdida de un 13% de su territorio continental (colonias aparte) y de un 10% de su población. Con todo, la humillación más gravosa fue la asestada al orgullo nacional. Por lo que tuvo de atizador del fuego emocional, la atribución exclusiva de culpa a Alemania acarreó

unas consecuencias simbólicas imposibles de calibrar, pero con efectos reales en todo caso. El malhadado artículo 231 le atribuyó la culpa exclusiva de la guerra:

> Los gobiernos aliados y asociados declaran, y Alemania reconoce, la responsabilidad de Alemania y sus aliados por haber causado todos los daños y pérdidas a los que los gobiernos aliados y asociados se han visto sometidos como consecuencia de la guerra que les fue impuesta por la agresión de Alemania y sus aliados.

Los representantes republicanos acabaron estampando su firma en un documento que fue un trágala impuesto al vencido más que el fruto de un compromiso libre. La frontal enemiga a la primera experiencia democrática en el país de los nostálgicos del viejo orden imperial, con sus querencias nacionalistas, conservadoras y antisemitas, estaba servida; la recién nacida democracia se estrenaba firmando un pacto sentido por amplios sectores de la sociedad como una afrenta administrada sin edulcorantes. Mal arranque.

A principios de 1919, pocos meses después del colapso del orden imperial y de la proclamación de la república, vio la luz en Múnich el Deutsche Arbeiterpartei (DAP) [Partido Obrero Alemán], refundado en febrero de 1920 como el Nationalsozialistische Deutsche Arbeiterpartei (NSDAP) [Partido Nacionalsocialista Obrero Alemán]. El nazismo había irrumpido en escena para escribir la página más siniestra y devastadora de la historia europea. Su legado sobrevuela todavía hoy la vida social, cultural y política del continente en general, y de Alemania en particular. Es el legado de una experiencia histórica singular y traumática condensada en el universo concentracionario, a su vez resumida en Auschwitz.

El orgullo patrio pisoteado contribuye a acceder al clima emocional de un país al que se le restregó la derrota y que se entregó con fervor creciente a los diagnósticos y terapias más nacionalistas que pululaban en el mercado de las ideologías. No es —porque un factor jamás resulta suficiente para explicar la complejidad de los fenómenos históricos— el único elemento que da cuenta del ascenso nazi al poder. El final de la Primera Guerra Mundial, el fin del orden imperial y la instauración de la democracia en Alemania vinieron acompañados de una serie de ensayos revolucionarios

salpicados por la geografía del país que desasosegaron sobremanera a amplios sectores de la población; a conservadores y a liberales, pero también al sector mayoritario de la socialdemocracia. Uno de dichos ensayos para crear un nuevo orden político y social se prolongó entre noviembre de 1918 y mayo del año siguiente, precisamente en la capital bávara. Se calcula que sofocarlo costó la vida a unas 3.000 personas. Entre los máximos líderes del experimento consejista de trabajadores y soldados figuraron Kurt Eisner, Max Levien, Ernst Toller y Erich Mühsam, todos ellos de origen judío. Desde que Wilhelm Marr fundase en 1879 en Berlín la Liga Antisemita, la animadversión y la envidia organizada contra los judíos no habían hecho sino extender su veneno en la sociedad alemana. Baviera fue terreno fértil, un semillero de extremistas de derecha que, en el contexto germánico, era sinónimo de furibundos antisemitas. El experimento revolucionario dio alas a estos sectores ultranacionalistas que, al cabo, acabaron confluyendo en el NSDAP.

Los nazis explotaron a conciencia el sentimiento de humillación que sobrevoló al país en este periodo crítico tras el fin de la Primera Guerra Mundial. Desde su misma irrupción en el panorama político muniqués martillearon la denuncia del Tratado de Versalles y dirigieron sus puños y diatribas contra «marxistas» y judíos, en su paranoia, los principales responsables de la «puñalada por la espalda» del final de la contienda bélica y del estado de postración que asolaba al país. No dejaron de arremeter contra la república por el «pecado fundacional» de constituirse en democracia y de iniciar su andadura con la firma de un tratado leído como humillante, hasta conseguir arrumbarla definitivamente en enero de 1933. Todo ello —y este es un factor que nunca cabe soslayar a la hora de explicar el auge del nazismo— en el marco de una profunda crisis económica, con una inflación y unas cifras de paro insólitas en el país, en particular en los años inmediatamente después de la guerra y hasta finales de 1923, y luego a partir de la Gran Depresión inaugurada en 1929. Cuando los nazis alcanzaron el poder en enero de 1933 una de cada tres personas estaba desempleada y, considerando solo a la juventud, más de la mitad. Ningún otro país occidental conoció cifras similares durante la Gran

Depresión. Muchos de esos jóvenes parados y sin perspectivas acabaron nutriendo las filas del nazismo.

En cabeza del movimiento nazi figuró desde un principio Adolf Hitler, un líder carismático volcado en agitar las emociones de los alemanes hasta persuadir a muchos de ellos para que transigiesen con su proyecto racista y expansionista. Su ascensión fue vertiginosa. En sus primeros años de andadura política en Múnich, entre 1919 y 1923, la gente pagaba gustosa por asistir a sus mítines. Fue su época de «tamborrero», de agitador de cervecería, de incendiario de agravios reales o imaginados. Una década después, una parte sustancial de la sociedad alemana consagró en él al Mesías imprescindible para redimir la patria mancillada. Hitler se estrenó en 1919 llenando las salas de las cervecerías de Múnich y acabó cautivando en 1933 a muchos alemanes, los suficientes para auparle al puesto de canciller gracias a sus votos en unas elecciones celebradas en un clima turbulento en extremo, pero libres al fin y al cabo.

Hitler aglutinó en torno a su figura, condensación de la «idea» nazi en su calidad de líder plenipotenciario del movimiento que fue desde un principio, a un nutrido y creciente grupo de fieles fervientes integrados en una «comunidad incivil» que minaba las reglas básicas de la convivencia. Sus fervientes activistas compartían varias disposiciones: no creían en la inviolabilidad de los seres humanos, ni tampoco en la tolerancia como principio regulativo de la vida social y política. En su libro *Mein Kampf,* la «biblia» del nacionalsocialismo, Hitler condensó su programa en los términos siguientes:

> Por lo que tenemos que luchar es por salvaguardar la existencia y multiplicación de nuestra raza y de nuestro pueblo, por la alimentación de sus hijos y el mantenimiento impoluto de su sangre, por la libertad de la patria [...] Cada pensamiento y cada idea, cada lección y todo conocimiento, han de estar al servicio de este fin.

Racismo en estado puro.

Entre los más fogosos defensores de la «raza», del «pueblo» y de la «patria» se contaron los integrantes de las SA (Sturmabteilung) [Tropas de Asalto] el «nacionalsocialismo hecho cuerpo», tal y como las definió uno

de sus máximos responsables durante el periodo republicano, Ernst Röhm. La formación paramilitar nazi nació casi a la par que el NSDAP. Congregó a sus miembros más activos y dispuestos al sacrificio, vida incluida, siempre en aras de la regeneración de la patria según líneas raciales, esto es, por la forja de una «comunidad nacional» o *Volksgemeinschaft* purgada de sus elementos «sobrantes», como judíos, gitanos, homosexuales, disminuidos físicos y/o psíquicos o «asociales», todos ellos estigmatizados como extraños sociales. Los miembros de las SA empezaron siendo un puñado de «soldados políticos», siempre varones, sobre todo jóvenes, a menudo desempleados. En vísperas de la toma del poder, unos 400.000 fieles a su programa racista pujaban por hacer real el jardín ario soñado; tras el acceso de Hitler al poder llegaron a ser cuatro millones. Se trató, después del partido, de la organización nazi con mayor número de afiliados.

Hitler lideró a su movimiento a un golpe de estado en noviembre de 1923. Fracasó. Pagó por ello menos de un año de prisión de los cinco a los que fue condenado. La historia habría discurrido sin duda por derroteros diferentes si al menos hubiese cumplido íntegra su condena, indulgente de por sí habida cuenta que lideró un intento insurreccional para arrumbar el orden democrático que se cobró las vidas de cuatro policías y 16 golpistas. Hitler aprovechó esos meses de reclusión para redactar el primer volumen de *Mein Kampf* y, de paso, para reorientar la estrategia del movimiento. En el curso de su internamiento llegó a la conclusión de que, tras el batacazo insurreccional, para cumplir con su misión de revitalizar el cuerpo racial alemán se imponía la vía electoral. El partido sería el encargado de competir en las urnas y pujar por el voto de los alemanes; las SA serían las responsables de las labores de propaganda y de arrancar la calle a golpes del dominio «marxista» en las zonas industriales, donde el movimiento obrero gozaba de particular arraigo. Que por imperativo táctico la ruta elegida fuese la electoral no quiere decir ni mucho menos que discurriese de forma pacífica. Voto y puños, elecciones y pistolas, fueron de la mano. No hubo que esperar a la llegada del Tercer Reich para descubrir la verdadera cara del nazismo; un movimiento intrínsecamente violento especializado desde su misma fundación en las peleas de cervecería y el matonismo en la calle.

En la división de funciones en el seno de los nazis, ese fue el cometido que le correspondió a las SA, su modo de vida, su razón de ser.

Las Tropas de Asalto resultaron decisivas para que los nazis se hicieran con las riendas del país. Nacieron y crecieron en un clima de postración nacional, de agitación política y de crisis económica. Supeditadas al partido, es decir, a su líder omnímodo, las SA no cejaron de hurgar en la herida de la humillación nacional, y fueron las principales inductoras, con los comunistas, del socavamiento de la república. Sus integrantes se dedicaron a difundir el credo nazi y a batirse a muerte por el dominio de la calle contra sus «enemigos» políticos, los socialdemócratas y, sobre todo, los comunistas, todos ellos subsumidos en el discurso nazi bajo la etiqueta de «judeo-bolcheviques». Unos y otros, comunistas y nazis —los principales contendientes en liza en la calle—, fueron los máximos responsables de que, a partir de finales de la década de 1920 y hasta el colapso final de la república en 1933, en Alemania reinase un clima de guerra civil latente. En la cosmovisión nazi quien pensaba de forma diferente no era concebido como un adversario a quien persuadir de la bondad de los argumentos propios, sino como un enemigo a quien doblegar y, dado el caso, eliminar por las bravas. Junto a las labores de propaganda, esa fue la tarea encomendada a las SA: arremeter contra quienes no comulgasen con la doctrina dictada por la religión política nazi por obra y gracia de su sumo sacerdote, de Hitler. Cual cruzados, sus miembros se entregaron a la misión con el fervor del creyente en una causa sagrada.

Desde su surgimiento en 1919 hasta su colapso como régimen en 1945, hay pocos fenómenos históricos tan estudiados como el nazismo. Sin embargo, del ingente cuerpo bibliográfico disponible, los trabajos dedicados a su organización paramilitar son relativamente escasos[1]. Todavía hay aspectos de su historia que resultan poco conocidos, cuando no prácticamente desconocidos. Este libro se encarga de desvelar algunos de ellos. No se trata de una historia al uso, organizada cronológicamente y focalizada en los dirigentes de las SA, en su estructura, en sus luchas intestinas, en sus vicisitudes organizativas. Tampoco se detiene en otros descriptores en los que otros historiadores han fijado su atención, como el origen social, la situación laboral o la edad de sus activistas. Esta es más

bien una «historia en historias» de las SA que se centra en el periodo republicano —sin renunciar a incursiones ocasionales en el dominio nazi a partir de 1933— y cuyos capítulos pueden ser leídos de forma independiente. Desde la atención al detalle y acercándose a la historia de forma original, en sus páginas se abordan cuestiones nucleares a lo que decían y hacían las SA a modo de puerta de entrada para entender la cosmovisión nazi, como es (por destacar un aspecto intrínseco a su delirio monomaniaco) su inefable antisemitismo. No se auscultará aquí lo que otros especialistas han escrito sobre el ejército guerracivilista nazi, aunque obviamente beberemos de sus trabajos. No se trata, pues, de un libro confeccionado a partir de libros. En su lugar, acudiremos directamente a fuentes originales de la época, práctica no del todo habitual entre los historiadores y científicos sociales que se acercan a este movimiento y periodo histórico. Los temas cubiertos en sus capítulos descansan en una escrupulosa labor de documentación a partir de fuentes primarias recabadas en diferentes archivos, bibliotecas y centros de documentación de Alemania. Someteremos a escrutinio los escritos y discursos de los prebostes nazis, sobre todo —pero no solo— de Adolf Hitler y Joseph Goebbels; daremos cuenta de materiales espigados en diferentes archivos; nos serviremos de la prensa del movimiento, pero también, cuando la ocasión lo requiera, de la prensa independiente y de la vinculada a otras corrientes políticas durante la República de Weimar. Dependiendo del capítulo y del tema, el énfasis recaerá más en una fuente o en otra. Comoquiera que sea, a quien se acerque al estudio de las SA y del nacionalismo le sorprenderán los temas y materiales que hay ahí, esperando que alguien los aborde con una nueva mirada.

En los capítulos que integran el libro saldrán a relucir aspectos novedosos —en nuestro entorno académico, pero también en Alemania— de las Tropas de Asalto, como por ejemplo el origen de su denominación como Sturmabteilung (SA) a partir de la inicial de «Sección gimnástica y deportiva del NSDAP». A partir de 1926 las SA se dotaron de un sistema de seguros que les allanó el camino para «pegarse a lo grande»; en las páginas de este libro se da cuenta de ello. La visión sobre la mujer de Hitler y del nazismo es objeto de otro capítulo específico, siempre a partir de

documentación original para dar cuenta de una visión más bien poco novedosa. Además, el libro aborda sucesos poco o nada conocidos, como son los mitos de la cervecería «Hofbräuhaus» en Múnich y de las salas «Pharus» en Berlín; las circunstancias de la muerte de Georg Hirschmann, si exceptuamos a los caídos en el curso del intento de golpe de estado de 1923, el primer y último miembro de las SA fallecido en «acto de servicio» en la capital bávara; la figura del pastor protestante Johannes Wenzel, que prestó varios servicios de trascendencia histórica al nacionalsocialismo de los que hasta ahora no había noticia; el uso y abuso del pulido póstumo de los finados de la causa nazi, sistemáticamente presentados por su propaganda como modelos del «hombre nuevo» de la comunidad nacional en marcha, pero que en realidad no pasaban de ser unos matones; un caso de microviolencia crónica en un enclave caliente de la lucha por la calle, como era el barrio de Nostitz en Berlín-Kreuzberg, que discurrió alrededor de un local de reunión de las SA, lo que se conocía como un *Sturmlokal;* o, por fin, cómo y por qué un nombre de pila varón, Horst, llegó a encarnar durante el Tercer Reich todo un programa político. Como quiera que sea, lo singular del tema específico (antisemitismo, mujeres, mitos...) sirve de puerta de acceso al estudio de la cosmovisión nazi.

Hay dos vectores que atraviesan el conjunto del libro. Uno es la perspectiva a pie de calle, a ras de suelo, atenta al detalle y que destaca lo que los miembros de las SA hacían (su praxis) en el día a día de su misión de arrancar la calle del dominio de los «marxistas». El segundo hilo guarda relación con el uso sistemático e irrestricto que los nazis hicieron de la mentira en su discurso con fines políticos; esto es, de decir lo que no es, siendo conscientes de lo artero de la maniobra para alcanzar el poder y, una vez alcanzado, para retenerlo. Con el fin de ganarse el favor de la población y de dirigirla en una dirección acorde con sus propósitos inciviles, los nazis engañaron a raudales. Es fácil sentenciar hoy que la jugada les salió redonda. Precisamente por eso las preguntas nos siguen desasosegando: ¿cómo fue posible que una sociedad tan cultivada como la alemana hiciese la vista gorda ante los métodos violentos propios de matones para despejar el camino de la idea nazi?; ¿qué permitió que se instalase la podredumbre moral en amplios sectores de la población alemana?

A partir del nombramiento de Hitler como canciller el 30 de enero de 1933, las SA perdieron su razón de ser original. Sobrevivieron como organización de masas, pero vaciadas de las tareas a las que se aplicaron con fruición durante la república. La «ilustración del pueblo» (la sarcástica rúbrica incorporada en la denominación del Ministerio de Propaganda encabezado por Goebbels) y la represión de todos los que se salían del dibujo social totalitario quedó en manos de una estructura de poder de igual signo dirigida por Adolf Hitler, asistido por otros devotos genocidas como Heinrich Himmler o Adolf Eichmann. Para entonces las SA resultaron prescindibles para la encomienda de batirse a muerte en la calle con sus enemigos; ahora, con cobertura legal o paralegal, se los enviaba directamente a campos de concentración. Este libro pretende mostrar que, sin la labor de zapa de la democracia practicada por las SA durante la primera experiencia democrática en Alemania, esos genocidas nunca habrían disfrutado de la posibilidad de poner en práctica su proyecto totalitario de ingeniería social.

Cuando un trabajo de investigación se dilata en el tiempo, las deudas intelectuales y personales se acumulan en consecuencia. Son numerosas las personas e instituciones que han contribuido a que este libro haya llegado a puerto. Llevo años siendo acogido con la mayor de las hospitalidades en el Zentrum für Antisemitismusforschung de Berlín, mi segundo hogar académico tras la Universidad del País Vasco. Agradezco todas las facilidades prestadas para desempeñar mi trabajo a su directora, Stefanie Schüler-Springorum, así como a Isabel Enzenbach, Marcus Funck, Michael Kohlstruck y Ulrich Wyrwa. Martin Baumeister y Carlos Collado Seidel me abrieron las puertas de la Universidad Ludwig-Maximilian de Múnich. La Fundación Alexander von Humboldt me ha financiado estancias de investigación en Alemania en repetidas ocasiones, con una generosidad y profesionalidad fuera de lo común que nunca agradeceré lo bastante. Sendos proyectos de investigación de la Universidad del País Vasco (GIU 14/30) y del Ministerio de Economía y Competitividad (HAR 2015-64920-P) han facilitado asimismo mi labor investigadora. Sin mi particular colchón berlinés este trabajo no habría sido posible. Mi más sincero agradecimiento a María Jesús Beltrán, Joseba Benítez, Haiko Carrels, Rike

Hartwig, Anja Mihr, Katrin Mohr, Dana Ott, Torsten Utpatel, Astrid Wagner, Heike Wäterling, Bettina Wegner y Susanne Zapf. Jeremías Sánchez siempre estuvo ahí para echarme una mano con los imponderables técnicos. Rafa Cruz y Juan Carlos Velasco son desde hace muchos años unos excelentes interlocutores para tantos temas. Ibon Zubiaur, cómplice impagable, ha seguido tan de cerca la gestación y desarrollo de este libro que se sabrá reconocer casi en cada capítulo. Por fin, Martín Alonso, maestro en tantos planos, es un exponente de que en ocasiones lo mejor del espíritu universitario se encuentra allende la institución universitaria.

Berlín-Pankow, septiembre de 2016

---

[1] Una historia de las SA de la mano de un antiguo dirigente nazi en Bennecke (1962). Werner (1965) es el autor de un estudio clásico sobre las SA. Tres trabajos que se ocupan del perfil social de los integrantes de las Tropas de Asalto son los de Merkl (1980), Fischer (1983) y Jamin (1984). Hay varios estudios regionales o de ciudades que merece la pena destacar: Bessel (1984) en el este de Prusia; Reiche (1986) en Núremberg, y Schuster (2005) y Sauer (2011) en Berlín. Balistier (1989) publicó un libro pionero centrado en las políticas de calle alrededor de la violencia ejercida por las SA con anterioridad a la toma del poder en 1933. Reichardt (2002), por su parte, firma un magnífico estudio comparativo entre las SA y el escuadrismo fascista italiano. La historia de las SA de Longerich (2003) sigue siendo la mejor síntesis disponible. Müller y Zilkenat (2013) han editado un libro que cubre aspectos de las SA más cercanos a la historia cultural que a la política y social que ha dominado hasta ahora las aproximaciones al estudio de la formación paramilitar nazi. Por último cabe destacar una exhaustiva biografía de Franz Pfeffer von Salomon, quien fuera máximo responsable de las SA entre 1926 y 1930, obra de Mark A. Fraschka (2016).

CAPÍTULO 1

LOS ORÍGENES DE LAS TROPAS DE ASALTO DEL NSDAP

El Nationalsozialistische Deutsche Arbeiterpartei (NSDAP) [Partido Nacionalsocialista Obrero Alemán] y las Sturmabteilung (SA) [Tropas de Asalto] vieron la luz en Múnich. El acta fundacional del partido lleva la fecha del 24 de febrero de 1920, cuando quedó aprobado su programa en una cervecería de la ciudad, programa que en sus líneas maestras ya nunca será retocado (véase Documento 1). Sus fuerzas de choque surgieron en el otoño de ese mismo año.

Según un escritor y dirigente nazi de primera hora, inmediatamente después de la Primera Guerra Mundial efectivos nacionalistas paramilitares pusieron freno en la capital bávara al «azote del bolchevismo sangriento» en forma de ensayo revolucionario protagonizado por «forasteros». En la ciudad del Isar, seguía Hans Zöberlein —que así se llamaba el nazi en cuestión—, vio la luz la «primera célula del movimiento por la libertad de Alemania», nutrida por «oradores y apóstoles» locales, quienes sufrieron con entereza ejemplar «el terror de otras cosmovisiones», es decir, de los «marxistas». Con Adolf Hitler al frente, los nazis sufrieron en Múnich sus primeros arrestos y encarcelamientos a manos de una «administración ciega», allí derramaron su «primera sangre por la liberación de la patria» y también allí ondearon las «primeras banderas del nuevo Reich» (Zöberlein, 1934: 29 y 20, resp.). Con estas credenciales, no extrañará que durante el Tercer Reich Múnich fuese reconocida oficialmente como «la ciudad del movimiento».

Que la fundación de ambas organizaciones extremistas tuviese como escenario la capital bávara no obedeció a la casualidad. A finales de 1918 la ciudad contaba con 603.000 habitantes; cuando los nazis se hicieron con las riendas del Estado en 1933 ya eran 735.000. En cualquiera de los momentos

Múnich era la cuarta ciudad del país en número de habitantes, por detrás de (en este orden) Berlín, Hamburgo y Colonia. En el agitado clima político en Alemania tras la Primera Guerra Mundial, con las desastrosas consecuencias humanas y económicas de la contienda, un orden político republicano y democrático recién instaurado pero impugnado a derecha e izquierda, y aún bajo la sombra de un ensayo revolucionario en 1918-19 que fue sofocado a sangre y fuego sin contemplaciones por fuerzas contrarrevolucionarias nutridas de soldados desmovilizados (los *Freikorps*), Múnich se convirtió en terreno abonado para la movilización política de todos los colores[2].

Entre los principales agitadores de la época se contaban los numerosos grupúsculos nacionalistas que proliferaron a lo largo y ancho del país. Los movimientos de este sesgo más importantes a comienzos de 1920 tenían ramificaciones en Baviera, «El Dorado» de ese espectro ideológico; eso sin incluir a otros grupos de ámbito estrictamente local. Así lo reconocían las autoridades. Un informe del Comisariado del Reich para el Orden Público fechado en agosto de 1921 admitió sin tapujos: «Un análisis somero deja claro que la situación política de Baviera es distinta a la del resto del país»[3]. La que en un principio no pasaba de ser una formación política más en el fragmentado espectro ultranacionalista bávaro, acabaría al cabo de menos de tres lustros haciéndose con las riendas de la nación, para a continuación sumir al mundo en la Segunda Guerra Mundial y en el capítulo más ignominioso de la historia de la humanidad, el Holocausto. Su gran artífice se llamó Adolf Hitler. Nacido en Austria, pero asentado en Múnich desde 1913, puso su innegable carisma al servicio de un proyecto genocida sin parangón en la historia por su ejecución, que no en las víctimas que causó, capítulo en el que se vio superado por el estalinismo.

Las SA vieron la luz en el turbulento contexto muniqués de posguerra. Con el objeto de preservar la seguridad de sus actos públicos, a partir de 1919-1920 los diferentes partidos y agrupaciones políticas asentados en la capital bávara organizaron sus propios servicios de orden. Se trataba de una necesidad surgida de la experiencia, toda vez que los altercados en actos políticos eran moneda corriente cuando unos grupos intentaban reventar los mítines de sus adversarios. Era, además, una obligación administrativa. La

ley obligaba a los organizadores a velar por el orden en la sala donde discurrían sus convocatorias, aunque no en los aledaños, misión esta encomendada a las fuerzas de orden público. La disposición de los protagonistas más radicalizados, siempre prestos a enfangarse en trifulcas, y el contexto sociopolítico sumamente envenenado no facilitaban el discurrir pacífico de dichos actos. El clima de polarización ideológica inducía a los contendientes más extremistas a contemplar al adversario como un enemigo al que expulsar de la arena política, en lugar de como un interlocutor con quien entablar debates presididos por la discusión racional que, para serlo, ha de ser civilizada y pacífica. El duelo existencial entre, por un lado, las «fuerzas del bien» y, por otro lado, el «enemigo», excluía del programa y de la práctica cotidiana los valores de la tolerancia y del compromiso con el diferente, fiando en su lugar la resolución de la contienda a la fuerza bruta. En tiempos de encanallamiento político el diálogo no tenía cabida.

Lo habitual era que estos actos políticos transcurriesen en alguna de las numerosas cervecerías de la ciudad, el marco ideal para que el cóctel de enconamiento político y exceso etílico desembocara en altercados, con jarras, mesas y sillas a generosa disposición haciendo las veces de armas voladizas y arietes. Muy al principio, justo tras la Gran Guerra, los diferentes grupos políticos recurrieron a la contratación de servicios de orden remunerados. Sin embargo, y para garantizar el orden en la sala y velar por la seguridad de los oradores, pronto empezaron a nutrirse de sus propios militantes y simpatizantes. Como había visto Maquiavelo en su prontuario para gobernantes, dicha práctica resultaba un expediente más barato y, sobre todo, más fiable para el discurrir tranquilo de los mítines: así tenían a su disposición una fuerza espoleada por la convicción y, por tanto, no tentada por la soldada.

Los nazis eran uno de los grupúsculos que se desenvolvían con mayor soltura y fruición en las refriegas políticas que dominaron el convulso panorama de Múnich de la inmediata posguerra. Cuando surgió a la altura de 1920, su servicio de orden se denominó «Sección gimnástica y deportiva» del NSDAP. Su cometido era proporcionar a jóvenes simpatizantes y militantes del movimiento la formación física necesaria para desempeñar tareas de protección en los actos públicos del partido.

Algunos de sus integrantes, y desde luego los más experimentados y llamados a adquirir responsabilidades de mando, procedían de los *Freikorps*, esto es, eran antiguos soldados. El perfil de los 25 primeros integrantes de la sección resulta revelador. Un total de 17 procedían de Múnich, seis de otras localidades de Baviera y dos de otros rincones del país. De ellos, la mayoría (también 17) no habían participado en la contienda bélica, siempre por razón de edad. De los ocho que sí prestaron servicio de armas, dos resultaron heridos; en el movimiento nazi eso sumaba galones[4]. Uno de quienes sí combatieron en el frente, Hans Ulrich Klintzsch, fue nombrado poco después su primer máximo responsable. Todos ellos eran adeptos incondicionales a la causa ultranacionalista, antimarxista, antisemita y antiparlamentaria, los ingredientes que vertebraron el ideario de todo creyente en la causa nazi desde el principio de su existencia. A finales de 1922 un informe oficial ya advirtió de la amenaza que el NSDAP representaba para el orden constitucional[5]. Su programa despreciaba sin ambages la democracia y el parlamentarismo, y las autoridades del país eran sabedoras de ello, aunque prefirieron minusvalorar el peligro y mirar para otro lado.

La primera noticia fehaciente relativa a la organización paramilitar nazi de que existe constancia aparece registrada en un informe de la policía de Múnich del 5 de septiembre de 1920, en el que se menciona un «servicio de orden de mítines» del NSDAP. Sus integrantes iban provistos en el brazo izquierdo de brazaletes rojos con un círculo blanco en cuyo interior figuraba una cruz gamada en trazo negro; esto es, de lo que será la bandera nazi y luego enseña oficial del Tercer Reich. En caso de necesidad, debían ser capaces de «restituir el orden y la paz en la sala sin necesidad de acudir a la policía». El comisario de la policía criminal encargado de redactar el informe sobre el mitin nazi recomendó apostar en el futuro una patrulla de tres policías en las afueras de los mítines organizados por el NSDAP, con el fin de proteger del propio servicio de orden nazi a los perturbadores de sus actos (en Phelps, 1963: 317). Apenas si habían empezado su andadura y ya se habían labrado una reputación de matones. Conviene insistir en ello: las autoridades eran sabedoras de ello.

La primera entrada en acción de las SA ocurrió el 12 de noviembre de 1920, cuando seguidores de una organización republicana intentaron reventar un acto nazi que se desarrollaba en la cervecería «Hofbräuhaus», la misma en la que se había constituido oficialmente el NSDAP el 24 de febrero anterior[6]. Sin embargo, hasta bien avanzado el año siguiente, sus responsables no se ocuparon de delimitar sus funciones ni de detallar su naturaleza. En su edición del 11 de agosto de 1921, el periódico *Völkischer Beobachter (VB),* a esas alturas ya convertido en el órgano oficial del NSDAP, publicó una nota dirigida a la juventud alemana para que se uniese a la «lucha contra la raza extraña»; o sea, contra los judíos. Llevaba la firma de Ulrich Klintzsch:

> Debe [la «Sección gimnástica y deportiva»] agrupar de forma especial a nuestros miembros del partido más jóvenes para que, en tanto que organización férrea, ponga en bloque su energía al servicio del conjunto del movimiento. Debe ser portadora de una mentalidad de defensa del pueblo. Debe proporcionar cobertura defensiva a la tarea de ilustración sobre el Führer. Pero sobre todo debe promover en el corazón de nuestros jóvenes integrantes la voluntad implacable a la acción, grabárselo bien, puesto que no es la historia la que hace a los hombres, sino los hombres quienes hacen la historia. El hombre que se resigna sin resistencia a la cadena de los esclavos, merece el yugo de los esclavos. Además, debe promoverse entre ellos la lealtad mutua y la obediencia incondicional al Führer.

Según fuentes policiales, la denominación de «Tropas de Asalto» o SA para referirse a la sección paramilitar del movimiento nazi encargada del servicio de orden se consolidó a nivel interno a partir del verano de 1921. Las mismas fuentes constataron que en esta fase embrionaria, además de velar por la seguridad de sus actos, que era su cometido declarado, entre sus funciones figuraba asimismo reventar actos de sus enemigos[7]. Ello no era ningún secreto para quien estuviese familiarizado con el panorama político de Múnich, aunque los nazis no lo reflejasen por escrito o lo camuflasen arteramente recurriendo a ejercicios de estilo. No se trata de una especulación interesada. El propio Hitler expuso abiertamente en una de las

reuniones semanales de las SA celebrada en noviembre de 1921 que la principal tarea de la organización paramilitar consistía en impedir que los actos de sus enemigos discurriesen con normalidad[8].

Un ejemplo elocuente de esta disposición agresiva, y no solo defensiva, lo tenemos en los altercados ocurridos el 14 de septiembre de 1921, cuando las tropas nazis acudieron a reventar un mitin programado por la organización nacionalista bávara Bayernbund en la sala principal de la cervecería «Löwenbräukeller». El acto se publicitó con el título de «¡Nosotros no traicionamos a Baviera!», a cargo de su máximo dirigente, Otto Ballerstedt. Hitler y su movimiento sentían desprecio por él: lo consideraban un antisemita de salón, incapaz de propagar el odio a los judíos entre la masa de la población. La «salvación» no podía venir de arriba, sostenían los nazis, sino de la «amplia masa»[9]. Jóvenes nazis acapararon de forma estratégica los asientos en torno a la tribuna de oradores. Desperdigados por la sala había todavía más efectivos de sus colores. Hitler hizo acto de presencia, y fue recibido con alborozo por sus seguidores. Iniciada la intervención de Ballerstedt, un dirigente nazi, Hermann Esser, se subió a una silla, interrumpió el discurso y responsabilizó a los judíos por la situación que atravesaba Baviera. Dado que Ballerstedt —adujo Esser— soslayaba la cuestión judía, ellos, los nazis se veían obligados a retirarle la palabra y dársela a su Führer, a Hitler. Con tal propósito ocuparon el podio, lo que levantó las protestas de la mayoría del público asistente. Ante la resistencia de Ballerstedt a replegarse, fue empujado escaleras abajo por los nazis, algunos de ellos «apenas adolescentes», lo que le provocó una herida abierta en la cabeza. Esser advirtió entonces de que expulsarían sin contemplaciones a «quienes perturben el orden». El moderador del acto del Bayernbund hizo frente a los nazis; fue golpeado con puños y palos hasta ser expulsado del escenario. En ese momento hizo aparición un miembro de la policía criminal. Al cabo se presentaron otros tres miembros de las fuerzas de seguridad, que clausuraron el acto. Dado que no habían podido disfrutar con normalidad del mitin, a los asistentes les fue reembolsado el importe de la entrada[10]. Hitler fue condenado a 100 días de cárcel y a una multa de 1.000 marcos por perturbación del orden público, provocación de escándalo público y

lesiones. Cumplió poco más de un mes de prisión, entre el 24 de junio y el 27 de julio de 1922. Este episodio temprano es revelador de las formas de actuación en el futuro inmediato de las fuerzas de choque nazis: desde su misma fundación, la defensa y el ataque se entrecruzaban en sus cometidos. En cualquiera de las circunstancias, el eslogan de las SA era: «Nos pegamos a lo grande».

Un borrador con las directrices que habrían de regir el funcionamiento de las SA durante sus primeros años de vida data de mayo de 1922, momento a partir del cual los nazis empezaron a revelarse como una fuerza digna de ser tomada en consideración en el panorama político bávaro, aunque todavía no en el conjunto del país, donde gozaban de una escasa implantación[11]. En él se explicitaban aspectos tales como los fines a servir, los criterios para elegir a sus dirigentes, la forma de organización, las actividades a desarrollar en su lucha ideológica y propagandística o los valores que habrían de permear su quehacer. Merece la pena detenerse en la declaración de fines que encabezaba el documento. Las SA, sostiene el escrito:

1) velan por el servicio de orden y seguridad de los actos políticos propios;
2) en caso de que nuestros oradores hagan uso de la palabra en actos del adversario, su protección recae asimismo en las Tropas de Asalto;
3) cumplirán misiones de propaganda en actos propios y en la calle.

La fórmula «hacer uso de la palabra en actos del adversario» hay que leerla como un eufemismo de «reventarlos», tal y como —por ejemplo— habían hecho en el mitin de Ballerstedt en septiembre del año anterior.

Para poder desempeñar estas tareas con la determinación y solvencia deseadas resultaba imprescindible ofrecer a sus adeptos una formación física adecuada, formación que habría de ser adquirida a través de la práctica del combate, en particular del boxeo y del jiu-jitsu, un arte marcial de origen japonés de moda por entonces[12]. Si habían de arriesgar su integridad física, incluso su vida, tenían que saber por qué, cuál era la causa última. De ahí que sus integrantes estuviesen convocados a reuniones

semanales para el adoctrinamiento y la puesta al día de las actividades de las tropas y, una vez cada dos semanas, a excursiones. La asistencia era obligatoria y, en cualquiera de los casos, entonaban marchas militares. Además, si habían de sacrificar su vida, tenían que saber con quién lo hacían codo con codo. Por eso se organizaban en grupos reducidos de ocho varones con un responsable al mando; se posibilitaba así el «conocimiento mutuo» forjando un «todo cerrado» en el que reinase el más elevado sentido de la solidaridad grupal, de la «camaradería» en su terminología. Cada responsable de tropa —siempre nombrado desde arriba, nunca elegido por sus subordinados— tenía que contar con experiencia militar o, lo que es lo mismo durante estos años, tenía que haber participado bien en la Gran Guerra, bien en los *Freikorps* de la inmediata posguerra. Los valores y disposición que habían de presidir el ejercicio de todas sus funciones y actividades venían asimismo especificadas en el documento citado, que eran: «la camaradería leal, la rígida disciplina y la alegría combativa». A lo que, abundando en los valores militaristas, se añade:

> Las órdenes del responsable de tropa merecen obediencia ciega, en tanto en cuanto no choquen con el honor de todo alemán [...] Solo bajo estas condiciones es posible convertir a las SA en el momento decisivo en un arma al servicio del Führer para la consecución de sus más elevados objetivos[13].

El drama *in statu nascendi* para Alemania y el resto del mundo estribó en que sectores crecientes de la población no consideraron que la humillación y la aniquilación de los que pensaban de forma diferente o, simplemente, pertenecían a otra etnia y en consecuencia eran expulsados del ámbito de obligación moral de la comunidad, chocaban de frente con una acepción cívica y civilizada del «honor», no ya como un rasgo propio alemán, sino como un imperativo moral y, por tanto, de alcance universal.

Pero, ¿cuál es el origen de la nueva denominación de las SA?; ¿por qué cambia de nombre? Los investigadores que se han ocupado del estudio de las Tropas de Asalto no han sido capaces hasta hoy de dilucidar esta cuestión. El cambio desde «Sección gimnástica y deportiva» a «Tropas de Asalto» bien podría guardar relación con un poema titulado en primera

instancia «Fuego» y luego renombrado como «Canción de asalto», que arrancaba precisamente enfatizando el predicado: «Asalto, asalto, asalto...» *(Sturm, sturm, sturm...),* y acababa con una admonición que pronto haría fortuna en el movimiento y luego en el Tercer Reich, hasta convertirse en uno de sus gritos de lucha más queridos y grabado en miles de estandartes: «¡Alemania, despierta!» *(Deutschland, erwache!)*. El poema fue obra de Dietrich Eckart en 1919. Apareció reproducido en la primera página del *Völkischer Beobachter* del 11 de agosto de 1921, en la misma edición por cierto en que Klintzsch marcó las pautas de la Sección gimnástica y deportiva en su lucha contra la «raza extraña». Con el tiempo, la pieza se convirtió en la segunda estrofa del himno extraoficial homónimo de las SA. El poema apareció reproducido junto con un artículo de marcado tufo antisemita, asimismo de su autoría, que pregonaba: «Tenemos que eliminar el judaísmo, la influencia judía. De lo contrario no hay manera de pensar en el libre desarrollo de nuestro propio ser». Al día siguiente Eckart se hizo cargo de la redacción del órgano de expresión oficial nazi. Eckart fue uno de los más firmes valedores de Hitler desde su llegada a Múnich desde Viena en 1913, y Hitler se lo reconoció cerrando *Mein Kampf* con su recuerdo. El segundo volumen del libro, publicado en diciembre de 1926, finalizaba con la siguiente dedicatoria:

> Deseo de nuevo recordar al finalizar este libro a aquellos dieciséis héroes a los que dediqué el primer volumen de esta obra, a esos camaradas y luchadores de nuestra doctrina, héroes que se sacrificaron por todos nosotros con plena conciencia. Con su ejemplo llevado hasta las últimas consecuencias llamarán al cumplimiento del deber a los que dudan y a los débiles.

Y proseguía:

> Y quiero asimismo recordar al hombre que, como uno de los mejores entre nosotros, consagró su vida a la poesía, a la idea y, a la vez, a la acción, para que resurgiese nuestro pueblo: Dietrich Eckart.

Hitler, 1943 [1925/1927]: 781

Una cronología oficial del movimiento nacionalsocialista fecha el nacimiento de las tropas de protección y propaganda del NSDAP con la denominación de SA «como tarde» el 17 de septiembre de 1921 (Volz, 1939: 93). La datación es congruente con otras pistas disponibles al respecto. El *VB* tenía una sección fija reservada a las convocatorias del movimiento. La primera ocasión en que una convocatoria vino firmada por las Tropas de Asalto del NSDAP fue en la edición del 5 de octubre de 1921. Quizás por eso otra historia de las Tropas de Asalto publicada en la editorial del partido fijó en tal día la oficialización del nombre de SA (Rehm, 1938: 9). Como quiera que sea, a partir de entonces quedó desterrada la denominación anterior de Sección gimnástica y deportiva. Es decir: el cambio de denominación tuvo lugar en algún momento comprendido entre mediados de agosto y mediados de septiembre de 1921, aunque ni siquiera las fuentes del propio movimiento fueron capaces de precisar el momento exacto de la nueva designación de la unidad paramilitar. De lo que no cabe duda era de la naturaleza de sus procedimientos para hacer avanzar la «idea». Ya desde su momento fundacional la fascinación por la violencia fue un rasgo inherente a las actividades de apostolado de las fuerzas de choque nazis. La violencia contra enemigos políticos, casi siempre ejercida en grupo, figuró desde su fundación en el frontispicio de su repertorio de formas de acción. Hasta bien entrado el Tercer Reich, las SA no abandonarán su ejercicio sistemático e intencional contra aquellos individuos y grupos estigmatizados como enemigos, en particular contra izquierdistas y judíos; los primeros enemigos ideológicos, los segundos una amenaza para la pureza de la raza aria. Todos ellos estaban llamados a desaparecer de suelo alemán: unos, los judíos, de forma literal, mediante su aniquilación; otros, socialdemócratas y comunistas, erradicados en tanto que ideología.

Lo sucedido en el curso del intento de golpe de estado en Múnich el 8 y 9 de noviembre de 1923 prefiguró la suerte que aguardaba a izquierdistas y judíos tan pronto como los nazis alcanzasen el poder. Según un informe oficial, en vísperas del ensayo insurreccional, el NSDAP constituía un «estado dentro del estado, un factor con el que tienen que contar el resto de partidos y fuerzas políticas»[14]. Aquella noche del 8 al 9 de noviembre los

insurrectos al mando de Hitler se dedicaron a detener a personas significadas de dichas ideología y origen étnico, y a recluirlos en un centro improvisado de retención en la cervecería «Bürgerbräukeller». Los ocho representantes de partidos de izquierda en el consistorio de la ciudad fueron arrestados. Los nazis se presentaron también en el domicilio de Erhard Auer, un destacado político del Sozialdemokratische Partei Deutschlands (SPD) [Partido Socialdemócrata de Alemania], director además del periódico *Münchener Post*. Al no encontrarse presente, detuvieron a su yerno. La misma suerte corrió Ludwig Wassermann, líder de la comunidad judía de la ciudad. Grupos de insurrectos recorrieron la mañana del 9 de noviembre el distrito de Bogenhausen, lugar de residencia de «judíos del Este ricos», con el fin de rastrearlos y detenerlos. Callejero en mano, y fijándose en los nombres de las puertas en busca de apellidos supuestamente judíos, arrestaron y condujeron al improvisado centro de reclusión a varios ciudadanos. Miembros significados de esa comunidad huyeron de la capital o se escondieron. El cónsul general británico en la ciudad, Robert Clive, informó a sus superiores el 11 de noviembre: «A modo de ejemplo de lo que deberíamos esperar si Hitler alcanzase el poder, tengo que mencionar que la misma noche [del 8 al 9 de noviembre] fueron dadas órdenes de acorralar a los judíos» (en Ullrich, 2013: 176). Intuición premonitoria que revela que, con los nazis al mando, desde un principio la suerte de los judíos era poco halagüeña y que, quien quiso verlo, lo vio.

Tratándose de una formación en cuyo epicentro doctrinal figuraba un antisemitismo visceral e irrestricto, no extrañará que la animadversión hacia los judíos se dejara sentir desde la misma fundación del NSDAP y las SA. Los nazis no eran los únicos que abrigaban aviesas intenciones contra estos, ni en esos momentos ni después, tal y como prueba el hecho de que ya en noviembre de 1919 (es decir, antes de la fundación del NSDAP) la comunidad judía de la ciudad solicitase protección a la policía frente a quienes les hacían responsables del desenlace de la guerra, hasta el punto de que las autoridades temieron que se desencadenasen pogromos contra ellos.

¿De verdad podían los judíos, o para el caso cualquier ciudadano tachado como enemigo por los nazis, confiar en la protección de la policía ante sus desmanes? El máximo responsable de la policía de la capital

bávara entre 1919 y 1921, Ernst Pöhner, y el director de la sección encargada de investigar las actividades de los grupos políticos en Múnich, en especial si eran de izquierdas, Wilhelm Frick, tendieron su «manto protector sobre el Partido Nacionalsocialista y sobre el señor Hitler» porque veían en los nazis «el germen de la renovación de Alemania». Así lo confesó el propio Frick en el juicio a los golpistas del año 1923. Hitler les tributó en *Mein Kampf* a ambos el reconocimiento debido por sus impagables servicios:

> El entonces presidente de la policía Ernst Pöhner y su leal asesor, el superintendente Frick, fueron los únicos altos funcionarios que tuvieron entonces el valor de ser primero alemanes y luego funcionarios [...] El odio a los judíos y marxistas, toda su lucha llena de mentiras y calumnias, eran para él [Pöhner] la única luz en medio de la miseria de nuestro pueblo [...] Él y su colaborador, el doctor Frick, son en mi opinión los únicos entre los que ostentaban puestos oficiales con el derecho a figurar entre los artífices de una Baviera nacional.
>
> Hitler, 1943 [1925/27]: 403

A diferencia de los comunistas, que contemplaban a la policía como un instrumento al servicio del orden burgués capitalista, la percepción de los nazis era más matizada, y ello desde el principio de su andadura hasta la toma del poder en 1933. Así, un documento interno nazi de 1929 recordaba a sus huestes que «a las SA les está estrictamente prohibido ofrecer 'resistencia contra la violencia estatal'», sostenido en el argumento de que «los funcionarios policiales no son responsables del sistema actual»[15].

Contra judíos o contra marxistas (subsumidos como judeo-bolcheviques, en su terminología denigratoria), el recurso a la fuerza fue un ingrediente consustancial al nacionalsocialismo en su ruta ascendente hacia el poder. Ni lo ocultaron ni lo camuflaron. El propio Hitler sancionó en *Mein Kampf* la naturaleza intrínsecamente violenta de sus fuerzas paramilitares desde su irrupción en la arena pública:

> El joven movimiento sostuvo desde el primer momento que hacía falta defender espiritualmente su idea, pero que la defensa de esta postura también había que afianzarla por medios violentos en caso de necesidad. Fiel a su convicción en el enorme significado de la nueva enseñanza, juzga evidente por sí mismo que ningún sacrificio en aras de la consecución del objetivo es lo suficientemente gravoso.
>
> Hitler, 1943 [1925-27]: 598

Los aspirantes a engrosar las filas de las SA en Baviera a comienzos de la década de 1920 formalizaban su ingreso mediante un contrato, acompañado de la firma y reforzado por un apretón de manos, en el que se detallaban las obligaciones a que se comprometían (véase Documento 2). A este contrato de adhesión ponía punto final el nombre y apellido del candidato, y reservaba un espacio para la firma. Las cláusulas de entrada recogen valores y pautas de conducta que formarán parte del núcleo doctrinal y de la cosmovisión nazis, de profunda raigambre militar, tales como la obediencia ciega a la autoridad, la lealtad incondicional al programa del movimiento, el compromiso acrítico con la causa, la solidaridad y camaradería con los miembros de la «comunidad nacional» o *Volksgemeinschaft* (con «mi hermano y leal camarada [...] sin atender a su estatus social, profesión, riqueza o pobreza») o el espíritu sacrificial hasta las últimas consecuencias. Todo ello aderezado con una particular noción del honor (adjetivado como «alemán»: la inflación del gentilicio hasta la extenuación es una constante del discurso nazi) que pasaba por un ejercicio sistemático del terror contra quienes pensasen de forma diferente, esto es, contra sus enemigos políticos. En el norte del país, en Prusia, a la altura de 1926, los aspirantes a engrosar las filas de la organización paramilitar nazi firmaban un contrato idéntico en esencia: obediencia incondicional a Hitler, fidelidad y camaradería hacia sus correligionarios, sacrificio en aras de los objetivos del movimiento y escrupulosa puntualidad[16].

Tras la excarcelación de Hitler, en diciembre de 1924, las SA sufrieron una reestructuración. El encargado de llevarla a cabo fue su nuevo máximo responsable, Franz Pfeffer von Salomon (abreviado como Franz von

Pfeffer), aunque supeditado al Führer según el principio jerárquico fundamental del nacionalsocialismo, que atribuía todas las decisiones importantes a la voluntad de Hitler. Von Pfeffer era de origen noble y, mucho más importante para sus credenciales, había combatido en la Primera Guerra Mundial. En la convulsa posguerra se había sumado a los *Freikorps* apagando ensayos revolucionarios y defendiendo las fronteras alemanas en el este, y tenía a sus espaldas una condena a muerte dictada por los franceses por participar en actividades subversivas durante su ocupación de la cuenca del Ruhr en 1923. Era, además, un nazi de primera hora. Junto con Goebbels y Karl Kaufmann fundó en 1924 el NSDAP en la región de Westfalia. El 1 de noviembre de 1926 se hizo cargo de las SA, cargo en el que permaneció hasta 1930.

Durante sus primeras semanas como máximo responsable de las SA, Von Pfeffer dictó a ritmo casi diario una serie de «ordenanzas» conocidas como SABE (SA-Befehle) [Ordenanzas de las SA], destinadas a regular el funcionamiento de las SA en aspectos tales como estructura, medidas disciplinarias, uniformes o los seguros para caso de lesiones o muerte en «actos de servicio». A diferencia del resto de SABE, todas ellas firmadas por Von Pfeffer, la primera llevaba la rúbrica de Hitler. Estaba fechada en Múnich, y en ella se marcaban las directrices generales de las SA en su nueva etapa para alcanzar el poder tras la refundación del movimiento en febrero de 1925, ya no por la vía golpista, sino por la marcada en todo procedimiento democrático: las elecciones. Las SA querían sacudirse la «leyenda de organización secreta» que pesaba sobre ellas. Con tal fin debían renunciar a sus «prácticas militares» y centrarse en la «actividad deportiva», sobre todo en el boxeo y el jiu-jitsu. El eje de las SA habrían de ser marchas a la luz del día; los ejercicios de tiro característicos de otras organizaciones paramilitares nacionalistas tenían los días contados. El fin perseguido con estas pautas lo reflejó Hitler en los términos siguientes:

> Así conseguiremos disociar la lucha contra el Estado vigente de las asociaciones con pequeños actos conspirativos y de venganza en aras de una gran cosmovisión de guerra de exterminio contra el marxismo, contra sus estructuras y sus instigadores [...] Lo que necesitamos no son

cien o doscientos conspiradores osados, sino miles y miles de luchadores fanáticos por nuestra cosmovisión. No se trabajará en conventículos secretos, sino en imponentes marchas de masas; la ruta del movimiento no quedará expedita mediante el puñal, el veneno o la pistola, sino mediante la conquista de la calle. Tenemos que enseñar al marxismo que el nacionalsocialismo es el futuro dueño de la calle, igual que un día será dueño del Estado[17].

Poco antes, en septiembre de 1926, apareció publicado un artículo en las *Nationalsozialistische Briefe* [Cartas nacionalsocialistas], una publicación que dirigía Goebbels desde Elbersfeld (Westfalia) justo antes de su traslado a Berlín para hacerse con las riendas del movimiento en la capital y en Brandemburgo. Su título era «SA. Consideraciones fundamentales sobre función, organización y formación»[18]. Se trata de un documento prácticamente desconocido a día de hoy y que tiene su importancia, entre otras razones, por la sinceridad con que reconoce la naturaleza intrínsecamente violenta de las Tropas de Asalto. No es que hasta entonces resultase una novedad su inclinación al matonismo. Tal y como hemos visto, desde el principio el enfrentamiento físico formaba parte de su repertorio de prácticas. Lo que resultaba una novedad es que lo pusiesen negro sobre blanco.

El artículo arrancaba reconociendo que las SA nacieron para proteger los actos del partido frente al «terror de los partidos marxistas». Sin embargo, prosigue, pronto se añadieron otros cometidos más allá de los meramente defensivos hasta convertirse en «arma del ataque» del movimiento: «cuanto más afilada el arma, más contundente el golpe; a más golpes, mayores serán las posibilidades de victoria. El terror de los marxistas no se doblega con discursos, protestas ni resoluciones, sino subyugándole con el mismo terror». El creyente fiel en la causa patriótica no reparará en prendas a la hora de aplicar la violencia, aunque le cueste la vida; para eso formaba parte de la «espada del movimiento»: «cuando el destino así lo quiera, moriremos por nuestra idea y nuestra fe. Es nuestro deber, pues Alemania ha de vivir aunque nosotros caigamos en el empeño».

¿En qué circunstancias podía sobrevenir la muerte a un SA? O planteado de otra forma: ¿cuáles eran los cometidos concretos asignados a las fuerzas de choque nazis en los que sus miembros arriesgaban la vida? El escrito se ocupó de detallarlas:

I. Seguimiento de personas concretas del lado enemigo y seguimiento de los partidos, organizaciones paramilitares, sindicatos y prensa marxistas. Todo aquello que parezca relevante será trasladado hacia «arriba»; artículos de prensa y convocatorias serán recortados, clasificados y valorados. De este modo conseguiremos estar orientados en todo momento acerca de los métodos e intenciones del enemigo. ¡Esto es fundamental!
II. Reparto de hojas volantes y folletos de mano, pegada de carteles propios y destrucción de panfletos y similares del enemigo.
III. Publicidad de suscripciones para nuestra prensa, anuncios, recaudación de dinero, proselitismo, etc.
IV. Protección de actos propios.
V. Marchas de propaganda en ciudades y pueblos.
VI. Reventar actos del enemigo.

Las SA eran «el armazón del movimiento». Siempre según el documento citado, sus componentes precisaban de formación y adoctrinamiento. El documento distinguía dos planos diferentes: la formación física y la formación política. Todo miembro de las SA tenía que estar dispuesto a batirse físicamente con el enemigo por la regeneración de Alemania, pero también necesitaba saber por qué lo hacía, esto es, cuál era la cosmovisión o programa que reclamaba tan elevado sacrificio. Los temas en que los SA debían ser «ilustrados» eran: «esencia y fines del nacionalsocialismo; el marxismo; la cuestión judía (su presencia en la prensa, banca, comercio, teatro, cine, etc.); la cuestión jesuítica; la cuestión masónica; el antisemitismo en otros países, y otros temas». El aprendizaje y cántico de canciones populares formaba asimismo parte de estos ejercicios formativos, igual que familiarizarse con los héroes de la historia alemana.

A finales de diciembre del mismo año un informe de la policía prusiana (Westfalia era una provincia de Prusia) alertó sobre varios aspectos del

texto aparecido en las páginas de las *Nationalsozialistische Briefe* por si fuesen constitutivos de delito según el Código Penal, como por ejemplo el destrozar carteles del enemigo (punto II) o reventar sus mítines (punto VI). El artículo llevaba la firma de un tal «H». ¿Quién se escondía bajo dicha rúbrica? Goebbels, en Berlín desde principios de noviembre de 1926, fue llamado a declarar por este caso en enero de 1927. Afirmó desconocer la identidad del autor, pero aseguró que en todo caso no se trataba de Hitler[19]. Para conocer la visión del Führer sobre la organización paramilitar nazi, Goebbels remitió a sus inquisidores al segundo volumen de *Mein Kampf,* que acababa de ver la luz.

La autoría de este escrito es desconocida a fecha de hoy. Por un lado se podría especular con que «H» fuese el propio Hitler: él era el único que podía permitirse publicar un artículo en el que se sentase doctrina acerca de aspectos tan relevantes de las SA como eran su estructura, su organización o sus funciones; el hecho de que recurriese (en dos ocasiones) al pronombre personal en primera persona reforzaría esta hipótesis. Sin embargo, hay otros elementos que invitan a descartarle: Hitler marcaba pautas, marcaba fines, pero no solía ocuparse de detalles tales como los ejercicios físicos a que debían empeñarse los SA en verano o en invierno; la terminología utilizada y el estilo no guardan semejanzas con el de Hitler; algunos temas, por ejemplo la referencia a jesuitas y masones, no merecen ni una sola mención en las 781 páginas de *Mein Kampf*. En suma: ignoramos quién compuso el texto; si se trató de Hitler, de Rudolf Hess (secretario de Hitler) o de Heinrich Himmler (que fue nombrado secretario de Von Pfeffer en las SA en noviembre de 1926); o si más bien alguien lo firmó con una «H» como una maniobra de despiste. Quienquiera que fuese su redactor, es seguro que debió de contar con la complicidad inmediata de Goebbels y, en última instancia, también de Hitler; sentar doctrina sobre una cuestión fundamental del movimiento no era accesible a cualquiera.

En fin: los hombres de las SA protagonizaron la lucha por la calle en Alemania y resultaron imprescindibles en el ascenso nazi al poder apenas doce años después de su aparición como grupo paramilitar. Gracias a su organización militarizada, la formación y disciplina de sus miembros, las SA se convirtieron —según reconoció un informe policial de 1931— «en el

armazón, el pegamento de todo el movimiento»[20]. Un pegamento que repartía mamporros a mansalva, como los macarras que siempre fueron.

---

2 Los *Freikorps* eran unidades paramilitares que, después de la desmovilización tras el fin de la guerra, se dedicaron a sofocar con las armas los ensayos revolucionarios de inspiración bolchevique protagonizados por los consejos de obreros y soldados que se desataron en distintos puntos del país, entre ellos en Múnich en 1918/19. Según algunas estimaciones, unos 400.000 hombres se sumaron a los *Freikorps* (Bessel, 1993: 258). Muchos de ellos habían vivido la experiencia de las trincheras en la Primera Guerra Mundial; contaban con experiencia militar y, además, estaban imbuidos de un espíritu militarista traducido en valores como la disposición martirial, la obediencia ciega a la autoridad o la supeditación de los intereses individuales en aras de un modelo de patria.

3 Bayerisches Hauptstaatsarchiv München (HStA), MA 101244/2-101245. Berichte des Reichskommisars für öffentliche Ordnung (RKO). Informe del 4-VIII-1921, p. 52.

4 Bundesarchiv-Berlin (BArch-Berlin), NS 26/300.

5 HStA, MA 101245-101246/2. Berichte des Reichkommisariars für öffentliche Ordnung (RKO), Informe del 1-XII-1922, p. 11.

6 Staatsarchiv München (StA), Polizei Direktion 6803, Informe policial del 30 de abril de 1923, p. 2.

7 *Ibid.,* p. 2.

8 StA, Polizei Direktion 6803, «Zusammenkunft des Sturmtrupps der Nationalsozialistischen Deutschen Arbeiterpartei im Rest. 'Liebherr', Thierschstr. 14, am 30. November 1921», p. 196.

9 Discurso de Hitler «Warum sind wir Antisemiten?» («¿Por qué somos antisemitas?»), pronunciado en la cervecería «Hofbräuhaus» el 13 de agosto de 1920. Texto íntegro en: Phelps, 1968. Referencias a Ballerstedt en pp. 415-416.

10 La crónica de lo allí acontecido en: *Münchner Neueste Nachrichten,* 15-IX-1921.

11 StA, Polizei Direktion 6803, «Abschrift. Richtlinien zur Aufstellung einer Sturmabteilung (Entwurf)», fechado el 16-V-1922, pp. 23-24.

12 Hitler permaneció fiel a la idea de privilegiar esas técnicas de defensa y ataque cuando reestructuró el movimiento a su salida de la cárcel en diciembre de 1924, tras cumplir condena por el fallido intento de golpe de estado de noviembre de 1923. Ver: Brief Adolf Hitlers an Hauptmann v. Pfeffer, 1-XI-1926. En: BArch-Berlin, NS 26/302. Asimismo: Hitler, 1943 [1925/27]: 611.

13 StA, Polizei Direktion 6803, «Abschrift. Richtlinien zur Aufstellung einer Sturmabteilung (Entwurf)», fechado el 16-V-1922, pp. 23-24.

14 HStA, MA 101245-101246/2, Berichte des Reichskommisariats für öffentliche Ordnung. Informe del 17-VII-1923, p. 16.

15 Geheimes Staatsarchiv Preussischer Kulturbesitz (GStA) I. HA Rep 77, Tit. 4043, n.º 309, p. 299.

16 GStA I. HA Rep 77, Tit. 4043, n.º 309, p. 30.

17 BArch NS 26/302. SABE 1. Brief Adolf Hitlers an Hauptmann v. Pfeffer, 1-XI-26.

18 «SA: Grundsätzliche Betrachtungen über: Bestimmung, Organisation und Ausbildung», en *Nationalsozialistische Briefe,* n.º 24, 15-IX-1926.

19 GStA I. HA Rep 77, Ministerium des Innern, Tit. 4043, n.º 309. SA der NSDAP. Bd. 1. 1925-1929, p. 90 (reverso).

20 «Denkschrift über Kampfvorbereitung und Kampfgrundsätze radikaler Organisationen, Preussisches Polizeiinstitut». Bearbeiter: Polizeimajor Ratcliffe, 30-XI-1931. En GStA I. HA Rep 77, Tit. 4043, n.º 311, p. 318.

CAPÍTULO 2

LOS MITOS DE LA «HOFBRÄUHAUS» EN MÚNICH, 1921, Y LAS SALAS «PHARUS» EN BERLÍN, 1927

La tarde-noche del viernes 4 de noviembre de 1921 las Tropas de Asalto recibieron su bautismo de fuego. O eso al menos sostuvo la propaganda nazi.

Ese día estaba convocado un mitin en una sala de la cervecería «Hofbräuhaus», en el centro histórico de Múnich. En esos momentos los nazis eran un grupúsculo más del amplio espectro ultranacionalista y antisemita que pujaba por hacerse un hueco en la capital bávara. Su aparato de propaganda elevó a la categoría de mito lo allí acontecido. En su tarjeta de visita escribieron que se trató de la primera victoria (o, veremos, construida como tal) que ponía de manifiesto el poder irrefrenable e ilimitado de la voluntad, la mejor muestra de lo lejos que podía llegar el incipiente movimiento si exprimía el potencial de fe, sacrificio y determinación de sus primeros apóstoles y su ejemplo prendía entre la población. El mito de la «Hofbräuhaus» marcará el camino a seguir hacia la conquista del poder y la instauración del Tercer Reich.

Desde su afiliación en septiembre de 1919 al Deutsche Arbeiterpartei (DAP) [Partido Obrero Alemán], partido refundado como NSDAP el 24 de febrero siguiente, Hitler dio rienda a una intensa actividad propagandística. Era portador del carnet número 555, bien que con la trampa de arrancar la cuenta desde 500 para inflar la cifra de afiliados. Según informes policiales, entre el 13 de noviembre de 1919 y el 24 de noviembre de 1920 Hitler intervino en no menos de 31 mítines, siempre en la capital bávara excepto en una ocasión. Dicha cifra sobrepasaba ampliamente los actos públicos

organizados por otros partidos. Los escenarios solían ser salas de diferentes cervecerías de la ciudad: la «Eberlbräukeller», la «Löwenbräukeller», la «Bürgerbräukeller», la «Sterneckerbräu» y, sobre todo, la «Hofbräuhaus», ubicada en el centro de la ciudad. La hora de inicio habitual era entre las 19:30 y las 20:00; la duración, entre dos horas y media y tres horas y tres cuartos. Los temas de disertación llevaban títulos como: «Alemania ante su más profunda humillación», «Programa del NSDAP», «Sobre el significado económico y político del Tratado de Paz de Versalles» o «¿Por qué somos antisemitas?». El Tratado de Versalles y el antisemitismo eran sus temas predilectos, que atravesaban todas las intervenciones. Persuadidos como estaban de que era la clave de su éxito, entre diciembre de 1919 y noviembre del año siguiente los nazis sostuvieron la intensidad propagandística a base de mítines y actos políticos en recintos cerrados. Hitler acostumbraba a llevar consigo algunas hojas con notas y palabras clave como hilo conductor para guiar sus intervenciones. Hasta 1928 intervino sin micrófono ni altavoces. La asistencia a los mítines era variable, por lo general entre las 800 y 2.500 personas, aunque en una ocasión se superaron las 3.000 (en Phelps, 1963: 275, 284 y 286; en Deuerlein, 1959: 188-189, 190). Por lo general, los enemigos presentes (casi siempre en minoría numérica) eran comunistas del Komunistische Partei Deutschlands (KPD) [Partido Comunista de Alemania] o seguidores del Unabhängige Sozialdemokratische Partei Deutschlands (USPD) [Partido Socialdemócrata Independiente de Alemania], un partido escindido del SPD con posiciones más izquierdistas y que durante los primeros años de la República de Weimar atrajo a un sector considerable de la clase obrera.

Dos años después de iniciar su actividad de «tamborrero» en las cervecerías de Múnich, y ya curtido en lides de propaganda, Hitler ofició de orador en una velada en la cervecería «Hofbräuhaus» celebrada el 4 de noviembre de 1921. Lo que sigue es un resumen de lo acontecido, extraído principalmente del relato del propio Führer en *Mein Kampf* (1925/1927 [1943]: 563-567). Un relato, según tendremos ocasión de constatar, preñado de medias verdades, cuando no de mentiras.

El mismo viernes 4 de noviembre, arranca Hitler, llegaron rumores a oídos de los organizadores de que enemigos de izquierda, en concreto procedentes de las filas del SPD, se aprestaban a reventar el acto político. En la reunión semanal que las SA celebraron el miércoles anterior, con una asistencia de 50 personas, sus responsables ya habían anticipado el estallido de disturbios y habían insistido en la presencia obligatoria de todos sus miembros como «acto de servicio» que era, por lo que la afirmación de Hitler no merece excesiva credibilidad; los nazis estaban al corriente de las intenciones de sus enemigos con al menos dos días de antelación. En dicha reunión, celebrada en el restaurante «Adelmann» de la parte antigua de la ciudad, Christian Weber, un antiguo tratante de ganado que hacía de guardaespaldas y chófer de Hitler, además de responsable de la sección de propaganda en Múnich en virtud de su cargo de director de organización del partido, arengó a sus hombres con las siguientes palabras:

> Yo voy con las Tropas de Asalto contra viento y marea, pero para ello exijo la más estricta disciplina. Igual que el soldado en activo tuvo que obedecer, también tienen que obedecer los jóvenes de las SA [...] Exijo que, cuando haya convocado un mitin, todo el mundo haga acto de presencia.

Y prosiguió:

> Espero de vosotros, además, que mantengáis el orden en la sala. Aunque asista un judío, no cometáis ninguna cerdada. Podéis echarle el ojo fuera y cuando os pise el callo le sacudís una buena paliza. Pero que no se os ocurra romper ventanas (algo así tampoco hacemos. Risas).

Para incentivar la asistencia, un donante cuyo nombre no se menciona había puesto la suma de 600 marcos a disposición de la fuerza paramilitar nazi[21].

En la investigación subsiguiente, la policía no pudo demostrar que el boicot hubiese sido un acto premeditado. Lo cierto es que se registraron varios detenidos, miembros de una organización paramilitar vinculada a los socialdemócratas que fueron acusados de encender la pelea, aunque fueron puestos en libertad de inmediato[22]. Comoquiera que fuese, la sala de la

cervecería estaba llena hasta la bandera. Tras hacer su entrada en el recinto, Hitler ordenó cerrar las puertas. En esos momentos, sostiene con notable precisión en *Mein Kampf,* le acompañaban 45 o 46 integrantes de la formación paramilitar, encargados de velar por su seguridad personal y por el orden en el local. Les arengó diciendo: «ninguno de nosotros abandonará la sala a menos que sea con los pies por delante [...] si veo que alguien se comporta como un cobarde, yo mismo le arrancaré el brazalete y la insignia». Caras de odio dominaban el lugar, prosigue Hitler en su crónica, conscientes además de su superioridad numérica.

En un documento interno de las SA de 1929 sobre despliegue y modo de proceder en mítines firmado por Curt von Ulrich, entonces un responsable regional de las SA, aparecían pormenorizadas las pautas para el despliegue del servicio de orden de actos nazis que bien nos pueden servir de orientación a la hora de hacernos una idea de la disposición en la sala de la «Hofbräuhaus». Efectivos de las SA, comandados por su responsable, cuyas órdenes debían obedecer sin pestañear, se ubicaban delante y detrás del escenario, donde estaba el orador u oradores y donde nunca faltaba una esvástica. Otros efectivos de las SA se situaban entre los potenciales reventadores como medida preventiva; se trataba de «hombres de las SA especialmente capacitados, quienes, gracias a su físico y a su habilidad para la persuasión, contribuyen al discurrir pacífico de la reunión». Por último, un refuerzo permanecía apostado en una esquina o sala anexa al local de reunión. Si un enemigo osaba perturbar el normal discurrir del mitin, sería primero advertido por el responsable de las SA al mando; si no se aviniese a razones, entonces habría de ser expulsado a la fuerza («los métodos a utilizar son decisión del responsable de tropa o de sus comisionados»). Ahora bien, el recurso a la policía y su «protección» solo venía a cuento en casos de excepcional gravedad: «somos enemigos consecuentes de este sistema y lo suficientemente hombres como para valernos por nosotros mismos», escribió Von Ulrich[23].

En la narrativa de Hitler se deslizan varios mensajes subliminales, en modo alguno casuales y menos aún inocentes, todos ellos al servicio de agitar las emociones de los lectores y conducirles así a identificarse con unos bravos jóvenes prestos a arriesgarlo todo, vida incluida, por su Führer

y, metonimia mediante, por la salvación de Alemania. Así, los alborotadores más conspicuos estaban sentados, no en cualquier lugar de la sala, sino precisamente a su izquierda, allí de donde, siempre según su interpretación, procedían gran parte de los males que asolaban al país. No paraban de pedir jarras de cerveza, ocultándolas debajo de la mesa una vez vaciadas, en muestra inequívoca de que maquinaban una pelea, por no hablar de su inclinación por la bebida. En esta ocasión no recurrió a la metáfora de la «masa negra», como hizo otras veces para referirse a los enemigos de izquierda en una mal disimulada asociación con la muerte. Durante alrededor de media hora el acto programado discurrió de forma tensa, aunque dentro de un orden, hasta que de pronto un individuo se aupó a una silla y gritó «¡Libertad!». A partir de ahí se desató una batalla campal, un «espectáculo idiota» al que Hitler habría asistido impertérrito desde la tribuna de oradores mientras contemplaba entre orgulloso y admirado cómo sus «chicos cumplían con su deber».

Al mando del servicio de orden en la velada estaba Rudolf Hess, fiel servidor de la causa nazi y futuro secretario personal del Führer a partir de su encarcelamiento conjunto en la prisión de Landsberg tras el fallido intento de golpe de estado en Múnich en 1923. En cuestión de 20 minutos, el medio centenar escaso de miembros de su servicio de orden consiguió despachar de la sala y arrojar escaleras abajo a un contingente de agitadores que Hitler estimó en 700 u 800 personas. Todavía se pudieron escuchar dos disparos en el recinto, de autoría —siempre según el relato de Hitler— indeterminada. Tras la trifulca, la sala presentaba un aspecto desolador, «como si hubiera explotado una granada». La autoría de los disparos no pudo ser precisada, pero Emil Maurice, otro colaborador incondicional de Hitler y asimismo presente en el acto, lanzó una advertencia a sus correligionarios en la reunión celebrada al miércoles siguiente de los hechos: «Quien en el futuro recurra a un arma de fuego, que se ande con cuidado, para no alcanzar a los nuestros»[24]. La cifra de enemigos también hay que ponerla en entredicho, a juzgar por las contradicciones en que incurre el propio Hitler en sus narrativas de los hechos en momentos distintos. En un artículo fechado un año más tarde se refiere a «50 hombres frente a casi 400 soldados reventadores del judeo-marxismo»[25]. A Hitler,

según tendremos ocasión de constatar de nuevo cuando cubramos el caso Hirschmann en el capítulo 3, solían bailarle las cifras en este tipo de circunstancias, pero siempre de forma interesada y dejando caer una holgada asimetría numérica en favor de sus enemigos.

Una vez restaurado el orden en el recinto, el conductor del acto, Hermann Esser, cofundador del partido, bregado en este tipo de trifulcas, primer redactor-jefe del *Völkischer Beobachter (VB)* y titular del carnet de afiliado al NSDAP número 2, hizo uso de la palabra para proclamar como si nada hubiera ocurrido: «El acto continúa. Tiene la palabra el ponente». Y Hitler prosiguió con su charla como si tal cosa. Los daños causados en la refriega se elevaron a varios miles de marcos[26]. Algunos de sus fieles precisaron de asistencia médica, otros hubieron de ser evacuados... pero el precio había merecido la pena: habían vencido. Hasta el otoño de 1923, es decir, hasta el intento fallido de golpe de estado por él protagonizado —pone Hitler punto final—, el periódico socialdemócrata *Münchener Post,* señalado por sus acervadas críticas al movimiento nazi, «no ha vuelto a anunciar el puño del proletariado». Pero lo cierto es que dicho periódico le seguía escociendo, a él y a sus seguidores. De otra forma no se explica que en el curso del intento de golpe de estado del 8 y 9 de noviembre de 1923 se registrase un intento de ocupar la sede del periódico: «Hacia las 11 de la noche [...] el líder de las Tropas de Asalto nacionalsocialistas, el capitán en la reserva Göring, dirigió una breve alocución a las tropas de choque reunidas en el jardín y ordenó marchar en dirección al edificio del *Münchener Post* y *destruirlo de raíz* [énfasis en el original]»[27]. El balance de los hechos en la cervecería no podía ser más esperanzador para la causa incivil nazi: «Hemos ganado una batalla. Habéis superado el bautismo de fuego», sostuvo Hitler en un acto interno unos días después repasando lo ocurrido en la reunión de las SA, aunque se lamentó de que:

> [...] había durado demasiado. El mismo resultado se podría haber conseguido en cinco minutos. Tenéis que ir mesa por mesa en grupos cerrados y sacarlos fuera [a los reventadores]. No tenéis que dudar si recibís un par de tortas. Quien entra en pelea, tiene que contar con ello[28].

Parece que los nazis rentabilizaron de inmediato la resonancia alcanzada en la opinión pública por los sucesos en la cervecería. Casi dos semanas después de acontecidos los hechos, Hitler confesaba ante sus seguidores en la reunión semanal acostumbrada, a las que, por cierto, solía llegar tarde o ausentarse anticipadamente:

> Gracias al así denominado mitin reventado nos hemos dado a conocer en todo el Reich. Nuestras finanzas se han visto considerablemente reforzadas en consecuencia. Desde toda Alemania llegan a diario nuevas aportaciones a nuestra cuenta (¡Bravo!).

Alguien apellidado Böckel, recién nombrado responsable de las SA para la formación gimnástica y presentado por Hitler como miembro fundador del partido, arengó a los presentes en los siguientes términos: «Llevaremos hasta el final batallas como la última en el menor tiempo posible. Solo tenéis que prestar atención a vuestros jefes y estar con ellos (aplausos)»[29].

Réditos inmediatos al margen, Hitler había forjado algo de mucho mayor alcance: un mito. A partir de estos sucesos la propaganda nazi rebotó por doquier y este suceso marcó el nacimiento de las SA. Así lo recoge Hitler en *Mein Kampf,* y en términos parecidos lo harán todos sus replicantes:

> Tras la batalla en la Hofbräuhaus de Múnich, la tropa de orden recibió para siempre la denominación de Tropas de Asalto, para recordar de forma permanente el valiente ataque de un pequeño grupo.

La forja se irá perfeccionando durante el Tercer Reich. Así:

> De regreso a casa tras esta memorable celebración del 4 de noviembre de 1921 sucedió que alguien, sin que hoy se pueda atestiguar quién, acuñó el término Tropas de Asalto para referirse al servicio de protección de actos, que se había empleado con una valentía imbatible y gran sacrificio.

Koch, 1934: 17; asimismo Weberstedt y Langner, 1935: 13; Volz, 1939: 9, 93.

El «Catecismo de las SA» cifra su surgimiento ese mismo día, con la función de «proteger las enseñanzas de Hitler frente a los actos violentos de sus enemigos»[30]. Esta versión no es cierta. Ya a partir del verano de 1921, la policía de Múnich constató que era habitual la denominación de «Tropas de Asalto» para referirse a las fuerzas de choque nazis por sus propios protagonistas. No hubo, pues, que esperar al mitin en la «Hofbräuhaus» y a la bronca que lo acompañó para que las SA recibiesen el nombre con el que han pasado a la historia universal de la ignominia.

En realidad, este suceso que engrosó los anales de la épica nazi discurrió de forma ligeramente diferente a como lo presenta Hitler o, para el caso, el órgano oficial del movimiento, que no dejó pasar la ocasión para sacar a relucir su acervado antisemitismo y referirse a los adversarios allí presentes como «mercenarios del judaísmo» (*VB,* 9-XI-1921). El desenlace no se puede contemplar en términos de vencedores y vencidos desde el momento en que la encargada de restaurar el orden en la sala fue la policía, no los nazis (Large, 1996: 148). Se trata de un recurso que se convirtió en habitual en la propaganda nacionalsocialista con el paso del tiempo. En los disturbios ocurridos en recintos cerrados, las fuerzas de las SA se bastarían y sobrarían para restaurar el orden; atendiendo a sus relatos, la policía rara vez participaba en reconducir la situación. Hacerlo hubiese supuesto, primero, difuminar la épica del momento; segundo, reconocer la necesidad de ayuda suplementaria para doblegar a los enemigos y, por último, en casos como en Berlín —donde, a partir de que Goebbels se hiciese con las riendas del movimiento en la capital en el otoño de 1926, los ataques en la prensa nazi a la policía en tanto que instrumento del sistema en manos de judíos y marxistas eran sistemáticos—, un recurso tal resultaba poco presentable ante su clientela.

Años después de estos acontecimientos, y ya dueño de un poder absoluto en Alemania, Hitler contempló retrospectivamente los años iniciales de lucha como aquellos que trajeron la victoria de la épica de la mano de una vanguardia, de una minoría hiperactiva y dueña exclusiva de la verdad, y por tanto refractaria al compromiso, sola frente a la inmensidad del enemigo. El órgano de expresión nazi publicó una nota firmada por Hitler conmemorando el décimo aniversario de los sucesos de la «Hofbräuhaus»:

«En una década de lucha sacrificada y fanática, de incansable y duro trabajo y dedicación, un reducido grupo de luchadores dispuestos a la acción se ha transformado en un ejército de esvásticas» (*VB,* 4-XI-1931). Se trata del mismo espíritu inquebrantable de lucha que subrayó la cineasta Leni Riefenstahl en su documental sobre las jornadas del partido nazi en Núremberg en 1934, *El triunfo de la voluntad,* en el que se exalta en lenguaje audiovisual la marcha triunfal de los militantes agrupados en secciones (jóvenes, trabajadores, SA, etc.) exhibiendo su victoria por las calles y escenarios dispuestos para la ocasión en la capital de Franconia.

Los nazis proyectaron el mito de la «Hofbräuhaus» en 1921 en la capital bávara a Berlín pocos años más tarde. Desde su llegada a la capital del país a principios de noviembre de 1926 para hacerse con las riendas del movimiento allí, Joseph Goebbels diseñó y activó una estrategia de la provocación permanente. La conquista de la calle era la antesala de la conquista del poder, una condición necesaria para su consecución: «nuestro objetivo —escribió Goebbels refiriéndose a sus comienzos en Berlín— era la conquista de la calle. Con la calle queríamos ganar para nuestra causa a las masas y al pueblo. Al final de este camino estaba el poder político» (1932: 127). Dicha conquista tenía su primera línea de frente en la capital: «La llave del poder en Alemania está en Prusia. Quien tiene Prusia, tiene el Reich. El camino al poder de Prusia pasa por la conquista de Berlín» (*Der Angriff,* 5-X-1930). Con sus 39.175.989 habitantes según el censo de 1925, la población de Prusia representaba el 61,2% del conjunto del país. No hacía falta ser un avezado estratega político para percatarse de que el control de la nación pasaba por el control de su región hegemónica. En *Mein Kampf* Hitler sentó un principio de la propaganda que Goebbels cumplió al pie de la letra, como alumno aventajado suyo que era:

> Da lo mismo que se rían de nosotros o nos insulten, que nos califiquen de payasos o de delincuentes. Lo importante es que nos mencionen, que se ocupen constantemente de nosotros, y que poco a poco aparezcamos a ojos de los trabajadores como la única fuerza con la que actualmente tiene lugar una confrontación. Lo que de verdad somos y queremos, eso se lo mostraremos un buen día a la jauría de la prensa judía.

Hitler, 1943 [1925/27]: 544

La conquista de la capital y del país pasaba por acaparar titulares en la prensa, y a esa misión es a la que se aplicó el futuro ministro de Propaganda y para la Ilustración del Pueblo a partir de la llegada a Berlín.

Goebbels se incorporó a su destino berlinés con una agenda perfectamente pergeñada en sus líneas maestras. El 14 de noviembre de 1926, una semana después de arribar en la ciudad, organizó una marcha por el centro del distrito de Neukölln, bastión comunista. Anotó el balance de la jornada en su diario: «Marcha en Neukölln, 4 heridos graves, 14 heridos leves. Pese a todo, ¡desfilamos!» (2005, 1/II: entrada del 15-XI-1926). Siguieron actos similares en otros rincones de la capital y en la región de Brandemburgo, en esos momentos también bajo su jurisdicción, hasta que llegó el momento de un mitin en el distrito de Wedding. La algarada que se desencadenó allí en las salas «Pharus» son a la mitología de las SA de Berlín lo que la pelea en la «Hofbräuhaus» a la mitología de las SA en el conjunto del país: el punto de arranque simbólico de la conquista a golpe de fe y determinación regadas en sangre que habría de culminar pocos años más tarde con el derribo del orden republicano-democrático y la instauración de un régimen totalitario en Alemania. La propaganda nazi presentó lo allí acontecido como «una de las batallas más furiosas que libraron las SA», como «la primera incursión en el frente enemigo y, así, el comienzo del avance. El desolado campo de escombros en que se convirtió la sala principal después de la batalla fue el símbolo de la lucha de las SA en su camino por la aniquilación del enemigo» (Koch, 1936: 166, 167). Una historia autorizada de las SA en la capital sentenció que el acontecimiento «marcó el devenir del movimiento en Berlín» (Engelbrechten, 1937: 54). El episodio entró a formar parte enseguida del patrimonio simbólico, no ya solo de las SA, sino también del conjunto del movimiento nacionalsocialista en su ruta ascendente al poder.

El mitin en cuestión tuvo lugar el 11 de febrero de 1927. El escenario fueron las salas «Pharus», en el corazón del barrio obrero de Wedding, uno de los distritos electorales del país con mayor implantación comunista. En las últimas elecciones al Reichstag celebradas antes de la llegada de

Goebbels a la capital, celebradas el 7 de diciembre de 1924, el partido más votado en el distrito fue el socialdemócrata, con el 34,4% de los votos, seguido de cerca por los comunistas con el 29,3%. En el resto de elecciones al parlamento nacional celebradas durante la República de Weimar hasta finales de 1932 los comunistas retuvieron la primera plaza, siempre por encima del 40% de los sufragios. Era uno de esos distritos obreros, como Neukölln, Friedrichshain o Weissensee, donde «todo era rojo, rojo y solamente rojo: las fachadas de los edificios cubiertas con carteles y banderas, guirnaldas de papel y pancartas cruzando la calle con la leyenda: '¡Vota comunista!'» (Ewers, 1932: 154); donde —y ahora es Albert Speer, el arquitecto favorito de Hitler y futuro ministro de Armamento del régimen, quien lo confiesa en sus memorias— «las tropas nacionalsocialistas habitaban en sótanos que más bien parecían agujeros y llevaban una existencia de perseguidos» (2001: 45). Al igual que en la cervecería «Hofbräuhaus» en 1921, el episodio en Wedding transcurre sin resultado de muerte, pero ilustra sobre el espíritu que imbuyó a los nazis de primera hora y que merecía ser inoculado en el «hombre nuevo» a forjar en el Tercer Reich: el espíritu de la dedicación absoluta a la causa de la nación rediviva.

Goebbels no solo eligió Wedding para celebrar su mitin, sino que además alquiló las salas «Pharus», donde los comunistas acostumbraban a celebrar sus congresos y otros actos políticos. Se trató de una abierta provocación. Hasta entonces en dichas salas «uno solo oía hablar de revolución mundial y solidaridad de clase internacional». En el ideario nazi todo lo que sonase a «internacional» era sospechoso de cosmopolitismo, de disolución de las esencias patrias, de contaminación por parte de los portadores de su espíritu. Lo internacional apestaba a judeo-bolchevismo, la quintaesencia de los responsables de los males que asolaban a Alemania, de su degeneración: judíos y marxistas. Reservar los mismos locales donde los comunistas acostumbraban a celebrar sus mítines formaba, pues, parte de la provocación del enemigo para atraer la atención de la opinión pública y presentarse como los adalides de un nuevo orden, huelga añadir que nacional. Lo que sigue es la crónica tal y como la relata su principal protagonista, Goebbels, en su libro *Der Kampf um Berlin* [La lucha por

Berlín](1932: 63-75), según una estructura narrativa —veremos— calcada a la empleada por Hitler en *Mein Kampf* unos años antes para dar cuenta de los acontecimientos en Múnich.

El tema de la disertación de Goebbels llevaba por título «El colapso del estado de clases burgués». Los carteles anunciadores aportaban información adicional:

> El estado burgués se acerca a su fin. Hay que forjar una nueva Alemania. Trabajadores del intelecto y trabajadores manuales, de vosotros depende el destino del pueblo alemán. El 11 de febrero, ¡a las salas Pharus!

«Se trataba —se sincera Goebbels— de una declaración abierta de guerra. Así lo concebimos y el enemigo así lo entendió». A la luz del eco que tuvo el acto en la prensa bolchevique, Goebbels acertó de lleno. La crónica de los acontecimientos aparecida en el órgano comunista *Die rote Fahne* [Bandera roja] dos días después de haber tenido lugar, se refirió al «ataque fascista a los trabajadores» como «el comienzo de la lucha contra el proletariado consciente de Berlín», al tiempo que vaticinaba que «el rojo Berlín nunca será una Baviera», en referencia al rico espectro de organizaciones ultranacionalistas que convulsionaban aquella región alemana, de la que los nazis eran a esas alturas ya el principal exponente.

La elección del emplazamiento y del tema de la disertación cobraban sentido dentro de la estrategia nazi por atraer la atención de la opinión pública. Lo consiguieron. El Partido Comunista de Alemania (KPD) convocó a sus seguidores para hacer frente a la provocación de ver a los camisas pardas en su feudo rojo con la abierta intención de reventar el acto. Con carácter previo, en las inmediaciones de las salas aparecieron unas hojas voladeras firmadas por el Rotfrontkämpferbund (RFB) [Liga de Combatientes del Frente Rojo] la organización paramilitar comunista, en las que se advertía: «El rojo Wedding para el proletariado rojo. Quien ponga el pie en las salas «Pharus» será hecho papilla». Fuera del recinto se apiñaban, a decir de Goebbels, «oscuras masas» que daban rienda suelta a su rabia y odio con amenazas explícitas. Según un informe policial, en el exterior de la sala se concentraron alrededor de 1.000 personas, que recibieron a las fuerzas del orden con insultos y piedras, razón por la cual efectuaron diez

detenciones. Todas fueron posteriormente condenadas a penas comprendidas entre una semana y un año de prisión. Este último fue el caso de Karl. H., de 18 años de edad. El tribunal tomó en consideración como argumento de benevolencia «la agitación política de la juventud de hoy»[31]. Su pena se correspondía con el tiempo efectivo que Hitler pasó en prisión por su intento de insurrección que costó la vida a un total de 20 personas. Además, otros seis individuos fueron también detenidos en las inmediaciones de las salas y juzgados más tarde por protagonizar una agresión con arma blanca contra un grupo de cinco nazis que habían participado en la velada[32].

Como era su uso y costumbre, los nazis pusieron todo el empeño por transmitir a la opinión pública una inferioridad de efectivos que, en realidad, no era sino una gran mentira. Según Goebbels, dentro de la sala la correlación de fuerzas era abrumadora a favor de los comunistas: suyos eran dos tercios del aforo. El propio responsable del movimiento en la capital se habría percatado de que «éramos una minoría, pero una minoría determinada a luchar, y por tanto a vencer». Un grupo de SA uniformados y provistos con brazaletes con esvásticas le protegían «dispuestos en todo momento a ofrecer sus vidas por defenderme de la avalancha de la masa roja recurriendo a la fuerza». Ante esta muestra de determinación y coraje, al líder nazi pronto se le hizo evidente que:

> [...] aunque el Partido Comunista gozaba de un apoyo masivo, estas mismas masas se comportaban como cobardes cuando se encontraban frente a un oponente firmemente disciplinado y decidido. Huyeron. La masa roja que había venido a reventar nuestro acto fue expulsada de la sala con celeridad. El orden que no pudo ser instaurado de buena fe, fue instaurado por la fuerza bruta.

Si bien Goebbels se refiere expresamente a métodos expeditivos para solventar las dificultades, no hay ningún indicio que apunte a un intento por preservar la paz recurriendo a métodos discursivos, como podría dar a entender cuando habla de la «buena fe».

Una vez restaurada la paz gracias —según los nazis— a la épica propia, el acto prosiguió en términos idénticos que en 1921 en Múnich, solo que con diferentes protagonistas. Kurt Daluege, fundador de la primera célula de las SA en Berlín y encargado de conducir la velada, subió al estrado y proclamó: «El acto prosigue. Tiene la palabra el ponente». Daluege fue condenado a muerte y ejecutado en Praga en 1946 acusado de crímenes de guerra. Según su propia versión, Goebbels había sido interrumpido con gritos de «¡Al tema!», igual que Hitler en Múnich había sido interrumpido por alguien que gritó «¡Libertad!». Un individuo en particular, subido a una silla, se destacó en las labores de agitación. Cuando Daluege dio la orden a sus hombres de expulsarle del recinto, estalló la algarabía, a la que pusieron fin las propias fuerzas de orden nazi, bien que auxiliadas por la policía, que en realidad, según la prensa independiente, fue la que puso fin a la tumultuosa pelea a base de sillas, jarras de cerveza y otros arietes en potencia[33]. No es baladí subrayar lo idéntico del fraseado final de los actos de Hitler en 1921 y de Goebbels en 1927, detalle que delata el recurso a un mismo patrón retórico; más aún, a una misma fuente: *Mein Kampf* de Hitler. La única diferencia terminológica resulta irrelevante a efectos prácticos: el Führer utiliza el verbo *weitergehen* y Goebbels en *La lucha por Berlín* emplea *fortsetzen,* que son sinónimos y significan «proseguir, continuar». Por lo demás, las dos frases supuestamente empleadas en Múnich y en Berlín para dar la palabra a los respectivos oradores tras imponerse a sus enemigos son copias literales. Todo apunta a que la construcción retrospectiva de los acontecimientos en las dos ciudades es fruto de un mismo troquel discursivo en la secuencia siguiente: actos públicos nazis en Múnich y Berlín con sus oradores más incendiarios, Hitler y Goebbels, respectivamente; intento de boicot por parte de enemigos políticos que les sobrepasaban ampliamente en efectivos; victoria final nazi guiada por la determinación y disciplina de las SA; punto de inflexión subsiguiente en la lucha política entre marxistas y nacionalsocialistas allí donde tuvieron lugar los hechos, Múnich y Berlín y, por extensión, en todo el país.

Lo ocurrido en las salas «Pharus», como por lo demás el conjunto de provocaciones a los comunistas en la esfera pública remuneradas con el eco mediático, fue rentabilizado muy pronto por el movimiento. Según una

información de fuentes de confianza enviada a la sección de la policía encargada de los delitos políticos, en marzo de 1927, un mes después de producirse los hechos aquí narrados, los nazis registraron unas 400 nuevas solicitudes de ingreso en Berlín.

En los relatos nacionalsocialistas de lo sucedido en las salas «Pharus» se produjo un auténtico baile de cifras sobre los participantes en la pelea, aunque con un punto en común: reflejar una asimetría numérica entre devotos de la causa nazi y sus encarnizados enemigos, los comunistas. La memoria colectiva reproducida en sus relatos retrospectivos nazis se hace eco de una desproporción entre ambos contendientes, huelga apostillar que siempre a favor de los comunistas. Goebbels habla en su crónica de una relación de dos comunistas por cada nazi presente; la historia oficial de las SA en Berlín elevaba la relación, 300 de las SA frente a 1.500 comunistas, o uno a cinco (Engelbrechten, 1937: 54), algo que es sintomático del uso político de la mentira por parte de los nazis desde el momento en que su autor confiesa basar su relato en la crónica de Goebbels en *La lucha por Berlín*. Otras fuentes nazis doblan la proporción y apuntan a 300 contra 3.000 (Kelter, 1933; Ewers, 1932: 52); Horst Wessel, el mártir por excelencia de las SA y cuadro dirigente en la capital, habla de 400 contra 3.000 (I. Wessel, 1934: 66). La crónica oficial del Sturm 33 de las SA, bien conocido de la policía y de las organizaciones obreras en el distrito de Charlottenburg por su brutalidad, asegura que su líder, Hans Maikowski, fue uno de los 300 de las SA que «expulsaron de la sala» a 2.000 comunistas (Sturm 33, 1938 [1933]: 53). Difieren las proporciones, pero todas las fuentes nazis coinciden en destacar la abrumadora superioridad numérica comunista.

¿Hasta qué punto se ajusta a la realidad esta desproporción que, cualquiera que fuese el calibre, siempre era unívoca al mostrar una notable superioridad de fuerzas a favor de los comunistas? O por expresarlo en otros términos: ¿se trata de una crónica objetiva de los hechos, o más bien de una instancia más de mentira política con el ánimo de manipular las emociones de la opinión pública? En sus informes la policía se refirió a «un gran número» de miembros del KPD entre los asistentes, lo cual no clarifica la correlación precisa de fuerzas[34]. Sin embargo, para dilucidar este

extremo contamos con una valiosísima fuente de primera mano. La aporta Reinhold Muchow, un joven cuadro de las SA que fue testigo presencial de los hechos. Entre junio de 1926 y marzo de 1927 Muchow redactó varios «informes de situación» del movimiento en la capital, siempre para consumo interno, o lo que es lo mismo, nunca con el ánimo de ser dados a conocer a la opinión pública. De ahí precisamente se deriva la fiabilidad de sus informaciones. En el informe correspondiente al mes de febrero de 1927, en el que se recogen los hechos acontecidos en las salas «Pharus», se sincera: «Más de 1.000 personas llenaban la sala, la relación política era de 4/5 SA y 1/5 KPD» (informe reproducido en Broszat, 1960: 111). Es decir, que la relación de fuerzas en absoluto se corresponde con lo que sostenía la propaganda nazi, empezando por Goebbels. Más bien la relación era justo la inversa: más nazis que comunistas. Con una desproporción de cuatro a uno no sorprenderá el balance que efectúa Goebbels, según el cual «la batalla se resolvió pronto», con un saldo de 83 heridos graves en las filas comunistas y 3 en las nazis. En fin, que si damos por razonablemente buenos los datos de Muchow, más que una ocasión para exhibir la épica, deberíamos hablar de una instancia de abuso de la asimetría en la correlación de fuerzas.

Un mes después de los sucesos en las salas «Pharus», Goebbels efectuó un llamamiento en el *VB* (10-III-1927) bajo la rúbrica de «Camaradas en el Reich». Empezaba así:

> El 11 de febrero libramos la batalla de Pharus. Desde ese día se nos conoce en Berlín. No somos tan ilusos como para creer que ya está todo hecho. Pharus es solo un comienzo, ¡y el comienzo fue bueno!

Goebbels puso punto final a su arenga solicitando donativos para atender a los camaradas heridos que habían derramado su sangre por la causa de la regeneración de la patria.

La hagiografía nazi pretende que uno de esos heridos graves fue Edmund Behnke, que falleció varios años después de ocurridos estos hechos, en concreto el 16 de marzo de 1930. Sin embargo su nombre no figura entre los cuatro heridos de consideración que, según fuentes independientes, fueron trasladados al hospital (*Vossische Zeitung,* 12-II-1927; edición matinal). Con todo, Behnke fue aupado al panteón martirial

nazi como «una víctima de la batalla de 'Pharus'» (*Der Angriff,* 20-III-1930). Sin embargo, la relación de causa-efecto entre los altercados de las salas «Pharus» y el fallecimiento de Behnke es más bien dudosa. Las propias crónicas nazis sostienen que murió de un ataque al corazón «que le alivió de sus dolores» (Engelbrachten, 1937: 123). También resulta un tanto sospechosa la supuesta gravedad de sus heridas. Esas mismas crónicas se refieren a unos altercados posteriores a los de Wedding en los que participó Behnke y en los que también resultó herido. Ocurrieron el 23 de septiembre, también de 1927, en un mitin en una sala del barrio de Schöneberg (*Ibid.:* 123). Si resultó herido de gravedad en Wedding y habría de fallecer a consecuencia de las heridas, ¿cómo es que ocho meses más tarde estaba en condiciones de volver a las andadas? Y, si lo había hecho, ¿cómo sabemos que falleció a consecuencia de las heridas sufridas en las salas «Pharus» y no en la otra trifulca? Demasiadas sombras como para dar credibilidad a las plumas nazis.

En todo caso, el episodio de Wedding no se saldó con un éxito inmediato, si por tal entendemos que el movimiento que en Berlín comandaba Goebbels lograse instalarse en ese distrito. A partir del análisis de las comunicaciones internas del NSDAP a través de su órgano de expresión en la capital, *Der Angriff,* hasta finales de 1928 no hay noticia de una sección del NSDAP en el distrito de Wedding, y cuando existe constancia de que había surgido, sus reuniones discurrían en el distrito vecino de Mitte. A partir de entonces, sí, el ascenso nazi resultará imparable, en la capital y en el resto del país.

Dos mitos de las SA, el de la cervecería «Hofbräuhaus» en Múnich en 1921 y el de las salas «Pharus» en Berlín en 1927, sirvieron de referente de las Tropas de Asalto para abrirse paso a golpes en el agitado clima político de la época que ellos tanto alimentaron. No es casualidad que el primer mito tuviese su origen en Múnich, la ciudad que vio nacer al movimiento y elevarse a una fuerza política relevante, y el segundo en Berlín, la capital de Prusia y del país. En tanto que mitos, aportaban una narrativa de los hechos con el siguiente mensaje: no importaban las dificultades que entrañase el camino ni el músculo del enemigo, porque una minoría convencida de su monopolio de la verdad y comprometida hasta las últimas consecuencias sin

opción al compromiso con el adversario resultaba una fuerza irrefrenable para restaurar la dignidad nacional y depurar a sus enemigos marxistas y judíos, exponentes del internacionalismo y del cosmopolitismo.

En tanto que mitos, la mentira constituye un ingrediente indispensable para su forja. En concreto, hemos comprobado que la asimetría numérica descomunal a favor de los izquierdistas resulta más que dudosa, mentira muñida tanto por Hitler como por Goebbels. Hemos identificado también un mismo patrón narrativo que incluso calca las frases que se intercalan en momentos claves de los sucesos, troquel y calco que remite a *Mein Kampf* de Hitler.

---

21 StArchiv München (StA), Polizei Direktion 6803: «PND, n.º 320. Nationalsozialistische Deutsche Arbeiterpartei Sturmabteilung. Versammlung im Rest. Adelmann am 2-XI-21, p. 192. En el curso de la siguiente reunión de las SA, el miércoles 9 de noviembre, intervino de nuevo Weber, para insistir en los valores militares y para manifestar que, gracias al servicio militar, él «se convirtió en un hombre». Dado que los jóvenes actuales no podían disfrutar de esa posibilidad, un equivalente funcional era la realización de ejercicios y prácticas, «para que así aprendáis algo del viejo espíritu militar». *Ibid.,* «PND n.º 322. Versammlung der Nationalsozialisten —Sturmabteilung— im Rest. 'Adelmann', Isartorplatz, am 9-XI-1921», p. 193.

22 StA, Polizei Direktion München 6803: «Selbschutzorganisationen», 30-IV-1923, p. 2.

23 Geheimes Staatsarchiv (GStA) I. HA Rep 77, Ministerium des Innern, Tit. 4043, Nr. 309. SA der NSDAP. Bd. 1. 1925-1929, p. 300.

24 StA, Polizei Direktion 6803: «PND n.º 322. Versammlung der Nationalsozialisten —Sturmabteilung— im Rest. 'Adelmann', Isartorplatz, am 9.11.1921», p. 193.

25 StA, Polizei Direktion 6803: «Unsere Sturmabteilung».

26 StA, Polizei Direktion 6803: «Selbschutzorganisationen», 30-IV-1923, p. 2.

27 Bundesarchiv-Berlin (BArch-Berlin), NS 23/224.

28 StA, Polizei Direktion 6803: «PND, n.º 322. Versammlung der Nationalsozialisten —Sturmabteilung— im Rest. 'Adelmann', Isartorplatz, am 9.11.1921», p. 193.

29 StArchiv München, Polizei Direktion 6803: «PND n.º 324. Versammlung der Nationasozialisten —Sturmabteilung— im Rest. 'Adelmann' am 16. November 1921», p. 195.

30 Hans Georg Hofmann, «Pflichtenlehre des Sturm-Abteilungsmannes (SA-Katechismus)», de 1934. En: Geheimes Staatsarchiv (GstA) I. HA Rep 77, Tit. 4043, n.º 311, p. 276.

31 Landesarchiv-Berlin (LABerlin) A Rep. 358-01, n.º 364, p. 15.

32 LABerlin-A Rep. 358-01, n.º 365.

33 LABerlin-A Rep. 358-01, n.º 366; *Vossische Zeitung,* 12-II-1927, edición matinal.

34 LABerlin-A Rep. 358-01, n.º 366.

CAPÍTULO 3

GEORG HIRSCHMANN, PRIMER (Y ÚLTIMO) «MÁRTIR» DEL MOVIMIENTO EN MÚNICH

A través de su siempre bien lubricado aparato de propaganda (es decir, de confección de mentiras), los nazis insistieron hasta la saciedad en la *exempla virtutis* de sus activistas de las SA, capaces de sacrificar vida y bienes en el altar de la patria. En realidad, la supuesta épica era un traje confeccionado a medida, una fabulación para la venta en el mercado de las emociones en una época en que estas cotizaban al alza. Si los mitos de la «Hofbräuhaus» en Múnich en 1921 y de las salas «Pharus» en Wedding en 1927 se saldaron sin víctimas mortales y no contaron con protagonistas concretos, los mártires nazis muertos en enfrentamientos con sus enemigos políticos tenían nombres y apellidos. En tanto que portadores de la épica, a todos ellos se les rendirá tributo público y glorificará como los modelos a seguir por su grado máximo de altruismo llevado hasta las últimas consecuencias, la muerte; serán presentados como los modelos del «hombre nuevo» por construir. ¿De cuántos «mártires» nazis estamos hablando? Según la «Lista de honor» oficial del movimiento, entre 1923 y 1938 (ambos años incluidos) habrían fallecido un total de 412 personas en la lucha por la nueva Alemania, todos varones menos dos mujeres. De ellas 271 murieron en Alemania y 141 en Austria (Volz, 1939: 130).

En la cosmovisión totalitaria, el ser humano es dúctil como la cera. Sus dictadores serán los encargados de la misión histórica de la forja del hombre nuevo, de dar forma a la materia prima humana. No es casualidad, pues, que los máximos responsables nazis se contemplaran a sí mismos como artistas comisionados por el destino para labrar al nuevo hombre. El objetivo último era llenar el país de individuos capaces de los mayores sacrificios en

nombre de la patria: Alemania, Alemania sobre todo, sobre todo en el mundo.

Hitler tuvo aspiraciones artísticas, de pintor. Sin embargo, es Goebbels el líder nazi que más trazas dejó de las analogías entre la misión del líder totalitario y la labor del artista. En su novela *Michael,* publicada en 1929, el protagonista homónimo (en realidad trasunto de sí mismo, un experimento ficcional con su propia biografía), se expresó en los siguientes términos:

> El hombre de Estado también es un artista. Para él, el pueblo no es otra cosa que la piedra para el escultor [...] El sentido más profundo de la política verdadera ha consistido siempre en hacer de la masa un pueblo, y del pueblo un Estado.
>
> Goebbels, 1929: 21

Un mes escaso después de ser nombrado ministro de Propaganda apareció publicada una carta suya en el periódico *Vossische Zeitung* (11-IV-1933) dirigida al director de orquesta Wilhelm Furtwängler. En la carta, Goebbels abundaba en la misma idea expresada en su novela, en realidad una constante en el pensamiento utópico de carácter totalitario:

> Nosotros, que proyectamos la política alemana, nos sentimos como artistas que tienen encomendada la misión llena de responsabilidad de configurar una imagen firme del pueblo a partir de la materia prima de la masa.

El caso del miembro de las SA, Georg Hirschmann, fallecido en Múnich en 1927 como consecuencia de un enfrentamiento con socialdemócratas y comunistas, es tan desconocido como paradigmático de la troqueladora nazi para construir mártires desde la mentira y la tergiversación más descaradas. Hirschmann no es sino un ejemplo entre 412 de ese «hombre nuevo» que los nacionalsocialistas aspiraban a forjar en el futuro: alguien que se ha sacudido las servidumbres de su yo egoísta (o, en el discurso nazi, de su yo «judío») para ponerse incondicionalmente al servicio de su Führer, es decir, de la patria. El examen de las circunstancias de su muerte aporta pistas

interesantes acerca del pensar y actuar de las fuerzas paramilitares, con un valor añadido nada despreciable: que el propio Hitler fue el principal artífice de la estrategia de la confusión que rodeó al caso, siempre con el fin de agitar las emociones de los alemanes para así mejor conducirlos por la senda de su proyecto totalitario.

Hirschmann se vinculó al movimiento nazi en 1926. En esos momentos, el partido sumaba 2.300 afiliados en Múnich, y las SA unos 300. Si exceptuamos los 16 caídos en el curso del intento fallido de golpe de estado en Múnich el 9 de noviembre de 1923, se trató del segundo nazi caído en Baviera tras Matthias Mann, fallecido el 28 de junio de 1925 en Rosenheim, pero del primero en la capital bávara. En todo caso, fue el primer caído en la cuna del movimiento a quien el Führer rindió homenaje tras su excarcelación en diciembre de 1924, lo que aporta al caso un atractivo singular. Hirschmann es también el último nazi caído en Múnich en la «lucha por la calle», nada que ver con Berlín, donde solo entre 1923 y 1928 computaron un total de 35 muertos en sus filas (Volz, 1939: 113-121). De ahí también el interés por abundar en el caso de Hirschmann para poner de manifiesto el recurso sistemático y deliberado de la mentira (o sea, sostener algo que no es cierto a sabiendas) por parte del nacionalsocialismo en general y, en el caso que nos ocupa, por Hitler en particular.

Contamos con dos fuentes de información sobre el decurso de los acontecimientos que desembocaron en la muerte de Hirschmann. Por un lado, está la documentación de casi 800 páginas con las investigaciones policiales, incluyendo las declaraciones de implicados y testigos, que se puede consultar en el Archivo Estatal con sede en Múnich; por otro lado, disponemos de las noticias recogidas esos días en la prensa muniquesa y bávara[35]. La combinación de ambas fuentes nos permite reconstruir los hechos del siguiente modo.

La tarde del miércoles 25 de mayo de 1927 un grupo de nueve nacionalsocialistas puso rumbo desde el barrio de Giesing hacia la cervecería «Hirschbräukeller», donde a las 20:30 estaba previsto un mitin de Adolf Hitler sobre el tema «Las tareas futuras de las SA de Múnich». Se trataba del último de la serie de cinco mítines que protagonizó en Múnich en el curso de dos semanas. Giesing pasaba por ser un distrito «rojo» (el

«Wedding de Múnich», se le llegó a denominar) por su alta concentración de trabajadores y de organizaciones de clase obrera, en particular de socialdemócratas y sindicatos.

El número de efectivos nazis, nueve, no era aleatorio. En realidad, se dejaban pocos detalles a la improvisación. Según el boceto de «Directrices para la constitución de una Tropa de Asalto» del 16 de mayo de 1922, las unidades más pequeñas de las SA habrían de constar de ocho integrantes, con un jefe de batallón a la cabeza. Una vez constituida la unidad, la regla era no permitir modificaciones en lo referido a sus integrantes. El objetivo de la cifra era fomentar un sentido fuerte de la identidad colectiva y de la solidaridad grupal entre sus miembros. Se trataba de «alcanzar un mejor conocimiento mutuo, fomentar el sentido de pertenencia colectiva y, de este modo, que cada grupo constituya un todo cerrado»[36]. Año y medio después, poco antes del intento de golpe de estado en Múnich, las directrices de las SA mantenían la cifra de ocho hombres para formar un grupo, a los que había que sumar un responsable[37]. Una nueva disposición relativa a la estructura de las SA decretada por su órgano superior en junio de 1927 apenas alteró el principio, aunque sí el número. Ahora la unidad podía constar de una cifra variable comprendida entre tres y 13 hombres, y era concebida del modo siguiente:

> El grupo está integrado por hombres de las SA que en circunstancias de necesidad y de pelea mejor encajen entre sí y que quieran luchar juntos. Además, deben estar en disposición de localizarse de forma sencilla. Es decir, que los grupos deben estar formados por amigos, compañeros de trabajo y camaradas de deporte que vivan y trabajen cerca entre sí.

La unidad de asalto era contemplada como «el fundamento de nuestra SA, de toda nuestra estructura, de nuestra presentación pública»; a su alrededor giraba el día a día de la organización paramilitar. Su responsable debía visitar al menos en una ocasión el domicilio de cada uno de los hombres bajo su mando. Varias unidades conformaban una tropa o batallón *(Stosstrupp,* o *Trupp);* varias tropas una sección de asalto *(Sturm);* varias secciones un estandarte *(Standarte);* varios estandartes una brigada; varias

brigadas una sección regional *(Gausturm);* y el conjunto de las secciones regionales era lo que daba lugar a las SA del NSDAP[38].

Como era el caso para los militantes nazis en todos sus actos públicos, el mitin al que se dirigían Hirschmann y sus correligionarios era un acto de asistencia obligatoria al que estaban convocados todos los miembros del NSDAP y de las SA de Múnich, aunque no conviene magnificar su grado de disciplina, puesto que el absentismo también hacía mella en sus filas. Los SA iban uniformados con sus camisas pardas y otros signos distintivos de su militancia, tal y como era norma siempre que acudían a algún acto del movimiento («acto de servicio» en su terminología). Un correligionario de Hirschmann, Hermann R., portaba al hombro una bandera enrollada y sin funda, fácilmente identificable como la enseña nazi para un observador externo por su combinación de colores rojo, blanco y negro y, sobre todo, porque era la única que podía portar alguien ataviado con una camisa parda. Esa bandera, como veremos a continuación, va a figurar en el epicentro del «caso Hirschmann». A la postre será la causa de su muerte.

En la cosmovisión nazi, la bandera y otros símbolos que condensaban su ideología, tales como estandartes o canciones como la *Horst-Wessel-Lied* (véase Documento 3), estaban investidos de un carácter sagrado que impelía a sus militantes a sacrificar la vida por ellos. Cualquier afrenta bien valía el sacrificio de vidas, propias o ajenas. Hitler incidió en *Mein Kampf* en el valor que adquiría la enseña para el movimiento:

> En tanto que nacionalsocialistas, en la bandera vemos representado nuestro programa. En el rojo contemplamos la idea social del movimiento, en el blanco la nacionalista, en la esvástica la misión de la lucha por la victoria del hombre ario, así como la victoria de la idea del trabajo productivo, que siempre ha sido antisemita y seguirá siendo antisemita.
>
> Hitler, 1943 [1925/27]: 557

El escritor Jan Petersen resumió, tras el ascenso nacionalsocialista al poder, cómo se sentían muchos comunistas al ver el color rojo en la bandera nazi:

«Nuestra calle [una calle de hegemonía comunista en Berlín] siempre ha tenido banderas. Rojas. No como otras, que han robado su rojo» (2013 [1936]: 126). Goebbels fue algo más explícito que el Führer al apuntar a la bandera como condensadora de su proyecto totalitario. Con ocasión de una «consagración de la bandera» (un acto ritual nazi) celebrada en el Ministerio de Propaganda el 4 de julio de 1933, ya con los nazis enseñoreados del país, afirmó:

> Cuando ustedes se adhieren a esta bandera, se adhieren a los ideales nacionalsocialistas. Saben asimismo que el nacionalsocialismo no es ninguna afición privada que se desempeñe después del trabajo, que no solo se cumple leyendo la prensa nacionalsocialista o acudiendo de cuando en cuando a los mítines. El nacionalsocialismo es una tarea que ocupa el conjunto de la vida, algo que todos tenemos que tener claro: por la mañana, al despertarnos, empieza mi misión nacionalsocialista y acaba a la noche, al acostarme.
>
> Goebbels, 1934: 180-181

El documento de afiliación que firmaban los SA al ingresar en la organización recogía expresamente en su primer punto la prominencia de la bandera en su imaginario: «Me comprometo mientras viva, con lealtad inquebrantable, con el programa de nuestro movimiento, con servir a nuestro Führer y con la adhesión a nuestra bandera»[39]. Alfred Rosenberg, dirigente nazi que pasaba por ser el filósofo del movimiento, escribió sobre el poder de arrastre de las banderas: «Con una bandera se conduce a millones de personas a la lucha [...] Eso representa la esvástica negra, el signo germánico de la raza y el signo de la lucha por los valores de nuestro ser nacional»[40]. Donde unos nazis subrayaban el significado racial de la bandera, otros destacaban el social: «El símbolo de la comunidad sin clases de nuestra juventud es la bandera de las Juventudes Hitlerianas, que es la bandera del nacionalsocialismo y la bandera de Adolf Hitler», según Baldur von Schirach, el máximo responsable de las Hitlerjugend (HJ) [Juventudes Hitlerianas] (1934: 78). Kurt Tucholsky, un escritor y publicista de

izquierdas, pacifista y de origen judío, y azote del nacionalismo en general y del nacionalsocialismo en particular, subsumió con su sagacidad privilegiada el espíritu de la época en relación con este símbolo: «Cada individuo tiene un hígado, un bazo, un pulmón y una bandera. Los cuatro son fundamentales para la vida. Hay individuos sin hígado, sin bazo o con medio pulmón; individuos sin bandera no existen». Como quiera que sea, los nazis y su esvástica resultaban indisociables. Estar dispuesto a dar la vida por ella figuraba en su contrato de ingreso e iba implícito. El caso de Hirschmann da fe de ello; el SA pagó con su vida la defensa de la enseña nazi.

Antes de poner rumbo al acto, los ocho voluntarios de las SA se citaron en el domicilio de su responsable, Hans Zöberlein, para desde allí acudir juntos en misión de «protección y cobertura de la bandera». Nacido en Núremberg el 1 de septiembre de 1895, Hans Zöberlein era un nazi de primera hora: miembro del partido y de las SA desde 1921 o 1922 (porque en ambas fechas declaró en distintas comparecencias judiciales tras verse involucrado en actos de violencia política) y luego nuevamente a partir de su legalización, con fecha del 25 de abril de 1925 y número de afiliado 869[41]. En la Primera Guerra Mundial participó en los frentes de Verdún, Somme y Marne, y fue condecorado con la Cruz de Hierro de Primera Clase y con la Medalla Bávara al valor. Una vez acabada la contienda, se sumó a los *Freikorps* para apagar con las armas el conato revolucionario que vivió Múnich en 1918/19.

En el momento de los hechos, Zöberlein era responsable del Batallón V de las SA del distrito de Giesing en Múnich, con más de 100 efectivos a su cargo. No era una unidad cualquiera de las SA. Fundada oficialmente el 11 de octubre de 1922, al cabo de una década era la unidad más veterana que había sobrevivido de forma ininterrumpida. Su batallón sentó varios precedentes de calado para la historia del nacionalsocialismo: fueron los primeros que acuñaron como grito de lucha el «¡Alemania, despierta!» que luego se bordó en los estandartes nazis, y también fueron los precursores del sistema de seguros de las SA (véase capítulo 8)[42].

El episodio que costó la vida al SA Hirschmann ilustra el día a día de la violencia política en Múnich durante esos años, violencia que acompañará

al auge de los nazis después en el resto del país y, en particular, en las zonas con mayor arraigo del movimiento obrero. Cuando dirigían sus pasos al mitin de Hitler, alrededor de las 20:00, Zöberlein y sus correligionarios se cruzaron con un grupo de seis jóvenes de orientación izquierdista, pero sin militancia reconocible a partir de su indumentaria y de su simbología. Un camino que los primeros habrían realizado cuando menos medio centenar de ocasiones en los últimos tiempos, siempre con la bandera a cuestas, sin haber sido nunca importunados[43].

De acuerdo con la versión nazi por boca de su responsable de grupo, los hostigados fueron ellos, apostillando acto seguido que, por supuesto, se defendieron. Los nacionalsocialistas entendían la confrontación con sus enemigos como apuestas de virilidad; los desafíos, insultos y provocaciones no podían, no debían quedar sin respuesta. De acuerdo con esta versión, el agredido fue el propio Zöberlein, y el agresor un izquierdista que habría intentado arrebatarles la bandera. Según la versión de los izquierdistas, corroborada por varios testigos oculares, fueron los nazis quienes abofetearon a uno de los miembros de un grupo de unos siete jóvenes alegando que se habían burlado de ellos. Las declaraciones ante la policía de Theodor K., un joven que acompañaba a algunos de los izquierdistas que luego resultarían implicados, pero que no participó en los hechos ni fue procesado, y de Franz M., un comerciante de la calle donde empezaron los hechos, apuntalan la segunda versión. El primero habla de una bofetada como inicio de la refriega, el segundo de un puñetazo, pero los dos coinciden en identificar al nazi como agresor y a un joven izquierdista como el agredido. Es sintomática la terminología que utiliza este último testigo. Se refiere a los nazis como «nacionalsocialistas», en tanto que habla de «civiles» para referirse a sus adversarios. Según la declaración policial de Zöberlein, sus subordinados tenían la consigna de no responder bajo ninguna circunstancia a provocaciones verbales. Pero ante pitidos e insultos tales como «cerdos» o «esvásticos», los nacionalsocialistas no pudieron contenerse y cruzaron la calle en dirección a los supuestos agresores con la intención de «invitarles a la discusión por su comportamiento». Se trata de un eufemismo que aparece a menudo en su literatura en este contexto para referirse a los prolegómenos de una pelea. «Invitación a la discusión» y

«bronca» son sinónimos en su vocabulario. En su declaración Zöberlein reconoce que este proceder rompía sus propias pautas de conducta y que, en realidad, el comportamiento de los jóvenes no representaba una amenaza directa para ellos. A la luz del cariz que tomaron los acontecimientos, Zöberlein admitió de forma retrospectiva en su declaración policial que tal vez su respuesta no había sido del todo proporcionada.

Al poco de iniciarse la trifulca, comenzaron a afluir miembros de la organización paramilitar leal a la república y dominada por los socialdemócratas, la Reichsbanner. Procedían de un local cercano, conocido como lugar de reunión suyo, y resultaban fácilmente reconocibles por su uniforme. Como consecuencia del enfrentamiento resultaron heridos seis nazis, entre ellos el zapatero de 39 años Georg Hirschmann (una edad elevada para los estándares de las SA), quien sufrió rotura craneal y conmoción cerebral tras ser golpeado con una estaca que se partió en varios pedazos a consecuencia del impacto. No falleció en el acto, sino que se mantuvo consciente auxiliado por sus compañeros hasta que perdió el conocimiento poco más tarde, ya de forma irreversible. Los servicios médicos poco pudieron hacer para salvar su vida. Falleció el día siguiente.

De los nueve SA implicados, Hirschmann era el de mayor edad. Asimismo resultaron heridos dos izquierdistas, uno con una herida superficial de arma blanca (el informe médico pronosticaba la curación de las heridas en cuestión de dos días), y otro con un golpe en el cráneo que obligó a su hospitalización. Seis comunistas y miembros de la Reichsbanner fueron detenidos por la policía en relación con los hechos, pero más adelante, como fruto de las investigaciones, se elevaron cargos contra un total de 14 personas con distinto grado de implicación en la pelea. El principal encausado, Karl S., de 17 años, había sido miembro de la sección infantil de las Juventudes Comunistas, pero se declaró apartidista. Su padre había cumplido dos años de prisión por participar en el ensayo revolucionario muniqués de 1919 y, al parecer, vivía en el mismo edificio que el portabanderas nazi. El más joven de ellos tenía 16 años; el mayor, 26. Todos residían en Múnich.

¿Cuál fue la versión nazi de los hechos? La primera página de la edición del 29 y 30 de mayo de 1927 del *Völkischer Beobachter* se hizo eco de una

nota firmada por Hitler bajo el título de «A los hombres de las SA de Múnich», en la que destacan tres afirmaciones: 1) ocho hombres fueron atacados por una fuerza «veinte veces superior en número»; 2) su comportamiento fue ejemplar, como demostraban la camaradería mostrada para con el compañero Hirschmann, inconsciente, y «el rescate de la bandera», y; 3) el orgullo de que hizo gala Hitler por ser «el Führer de estos camaradas». Zöberlein consideró que la crónica de los hechos publicada por el *VB* el 28-V-1927 «se desvía de los hechos, resulta exagerada y en apariencia partidista». ¿Por qué sostuvo algo así, contradiciendo la versión oficial nazi vertida en su órgano de prensa? Según su estimación en la declaración ante la policía, los izquierdistas implicados en la pelea en ningún caso habrían pasado del medio centenar, y eso en su momento álgido: al principio de los altercados había entre ocho y 20, a los que se sumarían otros 20 o 30 que acudieron desde el local de reunión de la Reichsbanner[44]. Un lustro después, en un artículo conmemorativo del décimo aniversario de las SA del barrio de Giesing, escribió que siete nazis (no nueve) habían defendido la bandera frente a «300 rojos»[45]. Las cifras que en un principio le habían parecido exageradas, luego se le quedaron cortas. Mentira sobre mentira.

En realidad el orgullo que expresa el Führer por el «rescate de la bandera» era una fabulación, porque esta nunca dejó de estar en su posesión. En medio de la trifulca, Zöberlein dio orden de soltar la bandera del asta, unidas por un mosquetón. Los tres SA que se responsabilizaron de ella emprendieron la huida echando a correr en medio de una lluvia de piedras y palos[46]. Su portador, Hermann R., desde un año antes miembro del NSDAP, intentó escapar corriendo. De poco le sirvió, porque fue alcanzado por sus perseguidores, quienes le golpearon y arrebataron el palo de la bandera. En esta tesitura, reconoce, no le quedó otra alternativa que huir. La evidencia disponible apunta a que allí reinó el «sálvese quien pueda». Al año siguiente a Zöberlein no le dolerían prendas a la hora de retorcer la verdad a conveniencia; de mentir. En un artículo publicado en el órgano de expresión nazi (17-IV-1928) escribió: «Pueden [los camaradas de las SA] decir de sí mismos con orgullo que no conocen la huida cobarde».

En esa misma edición del 29/30 de mayo, el *Münchener Beobachter* (suplemento del *VB)* se hizo eco de la convocatoria a todos los SA de la ciudad para acudir al funeral. Imprimió asimismo una nota necrológica con el encabezamiento de «¡Un héroe alemán!», con la firma de Von Pfeffer, máximo responsable de las SA, que decía así:

> Nuestro camarada, hombre de las SA, Georg Hirschmann, Múnich, un veterano luchador por Hitler, ha caído en el campo del deber y del honor. Resultó asesinado por los marxistas en su defensa contra ataques de terror, pese a su brava defensa en condiciones de inferioridad. Ha ofrecido su vida para llevar a la victoria nuestra gran causa sagrada. Ha efectuado el mayor de los sacrificios imaginable. Su nombre ha de ser preservado por las SA con el mayor de los respetos. La gloria le sea concedida a quien la merece.

En el *Münchener Beobachter* del día siguiente, 31 de mayo, se da noticia del velatorio de Hirschmann, al tiempo que se abunda en la mentira relativa a la bandera, puesto que —tal y como hemos comprobado— no se produjo «rescate» alguno de la misma:

> La bandera del alemán consciente, el símbolo de la cosmovisión nacionalsocialista, nuestra bandera con la esvástica, detrás de la cual el fallecido desfilaba desde hacía algunos años, la defendió y allanó el avance, yace sobre el camarada muerto.

En la edición del 1 de junio de dicho suplemento se da cuenta pormenorizada del funeral y entierro de Hirschmann. La liturgia que rodeaba a los mártires caídos era algo que los nazis cuidaban con especial mimo. El artículo llevaba el título de «Funeral por un héroe», e incluía una oración fúnebre de Hitler con una caracterización insuperable de la *Volksgemeinschaft* o «comunidad nacional» en el imaginario nazi y del papel que en su preservación tienen reservado los activistas de primera fila:

> [...] se sumó a un movimiento que no conoce ricos o pobres, sino solo compatriotas alemanes, personas que se pertenecen mutuamente [...] queremos conmemorarlo predicando, preservando y defendiendo la idea

> del amor a nuestros compatriotas, igual que la han defendido estos siete u ocho hombres [...] Cada uno de nosotros tiene que estar dispuesto a efectuar el mismo sacrificio que ha prestado nuestro querido camarada.

Con sacrificios de esta naturaleza sería posible alcanzar el objetivo por el que había muerto Hirschmann: la regeneración de Alemania según los más escrupulosos criterios raciales. Cuando llegue ese día, «en el más allá, ya no llorará, sino que reconocerá con una sonrisa: su querida patria alemana se elevará libre, poderosa y fuerte». Hans Zöberlein recordó en el funeral unas palabras del interfecto: «no hay nada más bello que morir por la idea de su Führer. ¡Ahora ha alcanzado lo más alto!».

Hitler siguió modelando el mito de la muerte épica de Hirschmann. Dos días después de haberle dado sepultura, el Führer pronunció un mitin en la cervecería «Bürgerbraukeller» de Múnich, recogida en una crónica aparecida en el *VB* de los días 5, 6 y 7 de junio. La prédica llevaba por título «Marxistas: ¿por qué habéis asesinado al obrero Hirschmann?». Como era habitual en este tipo de actos, había que adquirir una entrada al precio regular de 50 céntimos, o de 20 para desempleados y heridos de guerra; los afiliados del movimiento tenían acceso gratuito. En su discurso, Hitler dejó caer un detalle adicional del relato sobre el que hasta ese momento no había hecho hincapié: «El enemigo está fuertemente armado, los nacionalsocialistas no tienen armas». Se trata de otro aspecto clave en la victimización nazi por cuanto refuerza el desequilibrio numérico con una desigualdad de condiciones de lucha: unos, los rojos, armados hasta los dientes; los otros, los nazis, desvalidos, provistos únicamente de su fuerza bruta. Si así fuese, entonces, ¿cómo es que resultó herido de arma blanca uno de los izquierdistas involucrados? O, si siempre iban desarmados: ¿qué hacía Zöberlein dos años más tarde con un estilete en un mitin del NSDAP, incautado en una cacheo policial?[47]. Insistiendo en los temas preferidos de su propaganda, Hitler no tiene además ninguna duda acerca del responsable último del acto criminal: «El terror marxista es el arma del judaísmo». Sus dos obsesiones, movimiento obrero y judíos, aparecían tejidos en una misma sentencia, matando así dos pájaros de un tiro.

En lo que aquí nos interesa, el punto final del «episodio Hirschmann» lo pone de nuevo Hitler el 9 de junio. Ese día pronunció en Núremberg un discurso con el mismo título que en Múnich, asimismo ante miembros y simpatizantes de su movimiento. Allí insistió en la retórica de presentar a Hirschmann como un obrero patriota asesinado por los marxistas por la única razón de amar a Alemania; el ejemplo por él señalado marcaba la ruta a seguir para la inminente palingenesia nacional liderada por los nacionalsocialistas. Ahora bien, Hitler añade una información que corrige la proporcionada por él mismo unos días antes: «Los ocho hombres no tenían ningún arma con qué defenderse frente a 300 individuos armados» (Hitler, 1998, II/1: 348). Nótese: la proporción de enemigos apuntada por Hitler con anterioridad, de unas 160 personas (ocho SA —aunque eran nueve— atacados por una fuerza «veinte veces superior en número») estaba lejos de las 50 personas, como máximo, que señaló Zöberlein. Pero es que la relación se había doblado en el curso de poco más de una semana con respecto a las cifras ofrecidas por él mismo. En un breve lapso de tiempo, entre un discurso y otro, duplicó la relación desde unos 160 a los 300 efectivos. Claro que la cifra de enemigos podía estirarse a discreción, sobre todo cuando no quedase quien la rebatiese: basándose en el testimonio de uno de los nazis implicados, una historia de las SA habló de hasta 400 enemigos (Rehm, 1938: 92).

En el verano de 1934, coincidiendo con el séptimo aniversario de la muerte de Hirschmann, sus antiguos camaradas se reunieron para bautizar un local como «Georg-Hirschmann-Heim» [Hogar de Georg Hirschmann]. Se trataba de un antiguo local donde los rojos practicaban gimnasia.

En las oraciones fúnebres por Hirschmann vienen prefiguradas dos líneas discursivas que se repetirán en las glorificaciones de muertos nazis caídos durante la República de Weimar: la inferioridad numérica y la asimetría en las armas empleadas en la confrontación. Victimizaciones según este patrón fueron una constante en la reconstrucción de la épica nazi, repetidas hasta la saciedad en todas sus obras de propaganda. Goebbels, muñidor clave de esta retórica martirial desde su puesto clave de responsable en la capital del país, describió así el periodo de lucha anterior a 1930, año en que se convirtieron en una fuerza electoral relevante: «Al

regreso a casa de los mítines, nuestros camaradas eran apuñalados y disparados. Eran asaltados en los patios de las casas de alquiler por efectivos diez o veinte veces superiores en número». Con lo que no contaban los comunistas (si hubiesen sido lo suficientemente clarividentes «habrían aplastado nuestro trabajo incipiente sin compasión y de forma brutal»), apostilló Goebbels, es que «la sangre derramada estrechaba aún más nuestros vínculos, en lugar de dividirnos por el miedo» (1932: 58, 31 y 32). Goebbels subrayó, pues, los argumentos constitutivos de la confección martirial de la inferioridad numérica, de su desvalimiento y de la virtualidad integradora de la muerte.

El troquel se reproduce tozudamente en infinidad de ocasiones. De forma sistemática, cuando ocurrían acontecimientos con resultado de la muerte de un nazi, las narrativas apologéticas dibujan los hechos como consecuencia de una asimetría numérica insalvable con el objeto de despertar en la opinión pública, es decir, en el pueblo alemán, el sentimiento irreflexivo de solidaridad con los nazis desvalidos y sufrientes. Ellos, eran siempre las víctimas; los rojos, los agresores; los primeros no iban armados, el enemigo sí; los nazis estaban en clara inferioridad numérica, pese a lo cual se defendían con bravura porque suya era la verdad. En estos términos discurrían las narrativas de las muertes de sus activistas. Lo singular del caso Hirschmann es que Hitler participó de forma directa y activa en la construcción de un mártir introduciendo mentiras y medias verdades cada vez que lo exigía el guion para agitar las emociones de la población y presentarse ante ella como sus salvadores. Así escribieron los nazis el guion de la épica en su confrontación con el enemigo judeobolchevique.

---

35 Staatsarchiv München (StA), Polizei Direktion 6747. Fuentes de prensa: *Münchener Zeitung,* 27-V-1927, 28/29-V-1927; *Münchner Neueste Nachrichten,* 27-V-1927, 28-V-1927, 29-V-1927; *Bayerischer Kurier,* 27-V-1927; *Augsburger Abendzeitung,* 28-V-1927; *Bayerische Staatszeitung,* 27-V-1927, 28-V-1927; *Neue Zeitung,* 28-V-1927.

36 StA, Polizei Direktion 6803, «Abschrift. Richtlinien zur Aufstellung einer Sturmabteilung (Entwurf)», 16-V-1922, p. 23.

37 «Allgemeine Richtilinien bei Gründung einer SA», Múnich 11-VII-1923. En: Bennecke, 1962: 236-237.

38 Bundesarchiv-Berlin (BArch-Berlin), NS 26/302 y NS 26/303.

39 StA, Polizei Direktion 6803, «Abschrift. Richtlinien zur Aufstellung einer Sturmabteilung (Entwurf)», fechado el 16-V-1922, pp. 25-26; «Abschrift. Verpflichtungsschein», pp. 145 y 147.

40 «Dokumente aus dem Kampf der Bewegung», *Nationalsozialistische Monatshefte,* 9 (1938), p. 653.

41 BArch-Berlin, R55/21838.

42 Hans Zöberlein, «Zehn Jahre 'SA-Giesing'», *Der SA-Mann,* 15-X-1932.

43 Según testimonio de Hans Zöberlein: StA, Polizei Direktion 6747, p. 154. Mientras no se especifique otra cosa, las citas y referencias que siguen proceden de esta fuente.

44 StA, Polizei Direktion 10179, VIa F. München, 28-V-1927.

45 Hans Zöberlein, «Zehn Jahre 'SA-Giesing'», *Der SA-Mann,* 15-X-1932.

46 StA, Polizei Direktion 10179, VIa F. München, 28-V-1927.

47 StA, Polizei Direktion 10179, VId, 11-VII-1930.

CAPÍTULO 4

LOS LOCALES DE ASALTO NAZIS

Acompañando al crecimiento exponencial del movimiento nazi a partir de 1928, y sobre todo desde 1930, Alemania asistió al desarrollo de una tupida red de bares que servían de sede a las unidades de las SA. Se trataba de una traducción lógica del salto electoral experimentado por el NSDAP, un partido-movimiento que fiaba su éxito a la agitación callejera más que a la labor institucional, en la que no creía como el enemigo consecuente e incondicional de la democracia que era. De ser la octava fuerza del país en las elecciones al Reichstag de 1928 (2,6% de los votos, traducidos en 12 parlamentarios de un total de 491, todos varones; siempre serán varones (véase capítulo 5), pasó a ser la segunda preferencia de la ciudadanía (18,3% de los votos, o 107 representantes de 577), solo por detrás del SPD. En las dos elecciones siguientes, ambas celebradas en 1932, el NSDAP superó el 30% de los votos y se convirtió en la primera opción de los alemanes.

Los locales nazis hacían funciones de taberna, de lugar de reunión y, ocasionalmente, también de comedor social y alojamiento de sus miembros más necesitados en unos años de crisis económica galopante y con cifras de paro del 14% a principios de 1929 y del 32% en 1932, eso sin incluir a los «parados invisibles». Las cifras de paro entre la juventud eran aún mayores, en algunos momentos y lugares por encima del 50%. Este tipo de bares no eran ninguna innovación nazi, ni siquiera alemana. Diferentes movimientos políticos en la era de la nacionalización de las masas y de su irrupción en la vida política en Occidente, como los nacionalistas, fascistas y obreros, recurrieron a esos espacios de sociabilidad que eran los bares y tabernas. Lugares para el ocio sin más y para el intercambio de experiencias e informaciones de manera informal alrededor de un vaso de vino o de una

jarra de cerveza, pero también para las reuniones de las organizaciones políticas, culturales o recreativas ligadas al movimiento en cuestión.

En la terminología nacionalsocialista, los bares donde se reunían los miembros de las SA se denominaban *Sturmlokale*. No dependían directamente del NSDAP, sino que estaban regentados por particulares más o menos afines al ideario nazi que permitían a las SA reunirse en sus establecimientos. De ahí también las dificultades a la hora de precisar su número. Los había distribuidos a lo largo y ancho del país, en entornos urbanos y en provincias. Estos locales no solo aumentaron en número a partir de finales de la década de 1920, sino que cada vez más se adentraron en el corazón de los distritos rojos, en aquellos enclaves urbanos donde las izquierdas eran dueñas de los votos y de las calles, cabe decir, de la esfera pública. En el marco de su estrategia de la provocación permanente, y al compás de sus éxitos electorales, los nazis comenzaron a instalarse en distritos en los que las izquierdas, socialdemócratas y comunistas, eran hegemónicas. Su empeño era asentarse «a ser posible enfrente de un local del Partido Comunista» (Engelbrechten, 1937: 197). Si el local estaba regentado por un nazi fiel a su causa, se conseguía la cuadratura del círculo, pero no era un requisito imprescindible. A fin de cuentas, en tiempos de crisis económica galopante los taberneros anhelaban fidelizar una clientela que sostuviese su negocio, y vincularse a un partido o movimiento era una forma de lograrlo. Los nazis se ganaban la aquiescencia y complicidad de los taberneros desde el momento en que les garantizaban un trasiego de bebidas que les compensase por la renuncia a una clientela potencialmente más amplia y plural. Fue el caso, por ejemplo, de Heinrich Böwe, un tabernero de Berlín-Neukölln cuyo establecimiento había servido de local de encuentro para diferentes organizaciones socialistas y que en agosto de 1931 pasó a cumplir la misma función para los nazis con el compromiso de que se alcanzasen unos niveles mínimos de consumo de cerveza.

Aunque en principio se trataba de locales abiertos al público general, estaban tan marcados que quien no se identificase con el ideario nazi a duras penas osaba entrar en ellos. Otro tanto, por cierto, ocurría con los locales comunistas: quien no simpatizase con el internacionalismo proletario sentía cuando menos incomodidad al verse rodeado de banderas

soviéticas y bustos de Lenin. En fin, que los parroquianos predilectos de los *Sturmlokale* eran militantes y simpatizantes del NSDAP que residían en sus inmediaciones.

Los *Sturmlokale* se convirtieron en símbolos del avance nazi en territorio enemigo. Allí se reunían sus seguidores para preparar actividades políticas, departir entre camaradas en momentos de aguda crisis económica, en especial a raíz del colapso económico de 1929, con largos días por delante para los numerosos desempleados que nutrían las filas de las SA (jornadas que no siempre, por falta de espacio y especialmente con mal tiempo, podían pasar en sus diminutas, saturadas y mal acondicionadas viviendas) y, de paso, alimentar la incivilidad intrínseca al movimiento preparando ataques contra quienes pensaban de forma diferente y, en particular, contra comunistas y socialistas, sin obviar claro está a los judíos que tuviesen la mala fortuna de cruzarse en su camino en el momento menos oportuno. Claro que los nazis se presentaban a sí mismos en términos completamente diferentes. Las reconstrucciones retrospectivas propias de los «años de lucha» pusieron el énfasis en el carácter pacífico e inocente de las actividades que discurrían en sus locales, atacados de forma sistemática por enemigos políticos que, en realidad, no eran sino unos delincuentes. Un autor afín lo expresa en los términos siguientes:

> No era raro que de repente entrase una piedra por la ventana o que se astillara la madera de las mesas o del techo por disparos que descerrajaban los de «ideología diferente» (en realidad la chusma delincuente del inframundo) en sus ataques indiscriminados desde puertas y ventanas, mientras que los hombres de las SA departían pacíficamente en su círculo de camaradas, dedicados a sus tareas de propaganda con vistas a la conquista legal de los bastiones rojos.
>
> Rehm, 1938: 53

Berlín ofrece un ejemplo ilustrativo del papel que jugaron los *Sturmlokale* en la estrategia de conquista de la calle por las SA y, por ende, en su ascenso al poder. El despliegue en la capital fue espectacular, mero reflejo de su avance en el frente electoral y en la conquista de la esfera pública a lo

largo y ancho del país. La crónica oficial de las SA en Berlín se refiere a 22 bares nazis a la altura de 1928, para atender a una militancia estimada de 800 miembros (Engelbrechten, 1937: 85-86). En los años siguientes su número se incrementó de forma notable. Según fuentes policiales, a finales de 1931 ya eran 107 locales[48]; si se daba crédito a las fuentes comunistas, los *Sturmlokale* se elevaban a unos 200; fuentes contemporáneas apuntan a una cifra salomónica, unos 150. Como quiera que fuera, a finales de septiembre de 1932 el número de locales comunistas en la capital seguía siendo considerablemente superior, un total de 365 según la policía. En esos años los nazis experimentaron un ascenso meteórico en la capital, aunque los comunistas gozaban de tantos apoyos o más entre la población y, además, tenían una mayor tradición[49].

La descripción recogida en una crónica de las SA da pie para ilustrar algunos aspectos fundamentales de la atmósfera reinante en los bares de reunión nazis (Koch, 1936: 209 y ss.). El local típico disponía de una sala con capacidad para unas diez mesas, aunque a menudo tenía una estancia adicional. El mostrador estaba junto a la entrada, de modo que el tabernero disfrutaba de una visión panorámica de todo el espacio. Obviamente, estos no eran aspectos que distinguiesen a un local nazi del resto de bares. Lo que sí marcaba una diferencia decisiva era su decoración. En los aderezos de los *Sturmlokale* no faltaban fotos del Führer y de otras personalidades del movimiento, a veces también un retrato firmado de algún responsable de las SA como recuerdo de su visita y (esto no lo menciona nuestro cronista) tampoco era raro que figurasen fotos de camaradas caídos en enfrentamientos violentos. La bebida reina era la cerveza, aunque también ofrecían cerveza de malta para los abstemios, así como limonada y agua para las mujeres. La ingesta de licores («solo viene a cuento el más barato») no estaba bien vista por los responsables de las SA. Por descontado que «en jornadas electorales, con toque de alarma o durante el servicio, reina una prohibición total» de consumo de alcohol. El «servicio» al que hace referencia Koch comenzaba al anochecer. Entonces, una pareja apostada a la entrada, que tenía prohibido beber y fumar, se encargaba de labores de vigilancia y prevención de ataques. En la entrada solía ondear una esvástica. Una vez a la semana tenía lugar una reunión de sección de asalto, y otra de

los subgrupos en que se dividía. En ellas sus responsables informaban sobre las vicisitudes más destacables desde la sesión anterior y repartían órdenes para la próxima actividad, ya fuese una marcha propagandística por algún barrio de la ciudad o por el campo, o la protección de algún acto o mitin convocado por el movimiento. En las reuniones también se instruía a los participantes en las técnicas para batirse en la lucha por la calle contra comunistas y socialdemócratas, así como sobre la naturaleza y objetivos del movimiento. Defensa, ataque y propaganda eran, recordemos, las misiones encomendadas a las SA desde su aparición en Múnich en 1920. La formación física y dialéctica de los miembros de la SA era necesaria para poder entablar una «discusión» con los enemigos políticos, puesto que hacía falta ser «duro y disciplinado para poder contrarrestar su violencia [la de sus enemigos políticos] con tu violencia». La expresión de «invitación a la discusión» hay que leerla como sinónimo de recurso a la violencia. Veamos varios ejemplos a este respecto. El responsable de la Tropa de Asalto que se vio envuelto en unos altercados en Múnich en 1927 a consecuencia de los cuales falleció el SA Georg Hirschmann «invitó a la discusión por su comportamiento» a aquellos con quienes, al cabo, se iba a desatar una batalla campal (ver capítulo 3). Un SA correligionario del mártir nazi Horst Wessel y autor de una biografía sobre él, sostiene que cuando el líder berlinés de las SA reventaba actos del enemigo, lo que en realidad hacía era «invitarles a la discusión» (Reitmann, 1933: 69). Un último ejemplo procede de la Tropa de Asalto 33 en Berlín:

> El 28 de enero de 1931 irrumpe en nuestro local una banda de seis miembros armados con pistolas y puñales [...] En legítima defensa resulta apuñalado un comunista. El 31 de enero «visitamos» de nuevo el «Treue Freunde» [nombre de un local comunista], pero somos expulsados rudamente. Hahn [el responsable nazi] se dirige a continuación junto con otro SA a dicho local para mantener una conversación y para que ataques como ese no se vuelvan a repetir.

Acto seguido se desató en sus alrededores un enfrentamiento entre ambos bandos a consecuencia del cual un comunista resultó muerto y otros dos

heridos (Sturm 33, 1938 [1933]: 33-34). Singular manera de entender una discusión...

Pero sigamos con la descripción del cronista de las SA. A las 23:30 finalizaba el servicio con un triple «Sieg Heil» dedicado a Hitler. A continuación se abría la posibilidad de departir ante una jarra de cerveza. El espíritu de camaradería reinante se ponía de manifiesto a la hora de pagar: cada uno lo hacía en función de sus posibilidades, de modo que los más acaudalados entre ellos cubrían la parte de los que poco o nada tenían. Llegado el momento de regresar a casa, quienes residían en entornos hostiles («rojos») eran escoltados por los que vivían en zonas más seguras. Los responsables de grupo eran los últimos en recogerse, después de cerciorarse de que «el último de sus hombres esté a salvo en casa». Un testigo de excepción de esos años en Berlín, el periodista polaco Antoni Graf Sobański, añadió un detalle que también formaba parte inherente de los rituales de las SA, tanto en sus locales como en las actividades de propaganda que desempeñaban: allí «son interpretadas marchas, cánticos patrióticos y canciones de guerra» (2009: 21). Es un dato constatable que, con el alcohol como elemento para desatascar inhibiciones, a menudo los ataques violentos contra individuos o locales «enemigos» bien entrada la noche venían precedidos de la ingesta de cantidades considerables de cerveza.

El autor de la crónica oficial de las SA de Berlín y Brandemburgo, el oficial de las Tropas de Asalto Engelbrechten, explicitó la doble función que desempeñaban estos bares: primero, eran una avanzadilla en territorio enemigo; segundo, constituían una especie de segundo hogar donde regía la forma más elevada de camaradería entre los correligionarios del movimiento, todos ellos hermanos de raza:

> El local de los batallones de las SA es un enclave seguro en zona de combate. Es el lugar donde reinan la tranquilidad y la seguridad frente al enemigo, el descanso y la recuperación de fuerzas después de haber prestado un servicio lleno de tensión. Gracias a las reuniones vespertinas de sección y de grupo, el local figura en el centro del servicio de las SA y, de este modo, es portador, garante y renovador del espíritu de las SA. En sus locales los hombres experimentan aquello que casi siempre les

> falta en casa: el corazón cálido, la mano solícita, el interés en su «yo», la consonancia con el sentir y el pensar de su comunidad. Experimentan la camaradería, y con ella todo: hogar y alegría de vivir. De este modo, el local de asalto se convierte en un muro de hierro moral y material contra el comunismo y la reacción. Por ello se erigieron en la primera línea de combate. Así comenzó la lucha por ellos, su ataque, los intentos por asaltarlos y destruirlos.
>
> Engelbrechten, 1937: 85

La seguridad de los *Sturmlokale* era preservada gracias a una serie de medidas preventivas para neutralizar posibles ataques. Este extremo lo ilustra la Tropa de Asalto 33 en su autobiografía grupal:

> De forma permanente hay colocados vehículos, coches y motos a la puerta del local. Así estamos en disposición de apresurarnos de forma inmediata ante la llamada de auxilio de camaradas en peligro.
>
> Sturm 33, 1938 [1933]: 33

Los locales de asalto eran semilleros de violencia, y las autoridades policiales estaban al corriente. Precisamente «Zur Altstadt», sede de la Tropa de Asalto 33 en el distrito de Charlottenburg en Berlín, fue uno de los bares clausurados parcial y temporalmente por orden policial en virtud de una ley presidencial de octubre de 1931 que posibilitaba el cierre de locales desde los que se hubiesen perpetrado o preparado actos violentos. La resolución administrativa argüía que:

> [...] bajo las circunstancias presentes era motivo de preocupación que el local fuese utilizado por una mayoría de personas motivadas políticamente y para fines políticos como centro de reunión y de base para la comisión de actos violentos contra personas u objetos, y porque el cierre se hacía necesario para el mantenimiento de la seguridad y el orden públicos.

El primer cierre de este local «de mala fama» y «nido de discordia permanente en el entorno afectado del distrito de Charlottenburg» (los términos están tomados del informe policial en cuestión) se prolongó durante tres semanas de octubre de 1931, con efectos diarios entre las 18:00 y las 6:00. Ya desde un año antes, inmediatamente después de su conversión en local nazi, se habían venido repitiendo actos violentos protagonizados por parroquianos suyos que ocasionaron la muerte a dos personas, además de varios heridos. El 28 de enero de 1931 cuatro comunistas, con la excusa de tomar una cerveza, accedieron al local tratando de pasar desapercibidos. Fueron desenmascarados y atacados de inmediato. Max Schirmer, uno de los comunistas, resultó herido de muerte tras sufrir varias puñaladas. Dos días más tarde la desgracia se cebó en otro comunista, Otto Grüneberg. Se encontraba junto con unos camaradas en una heladería anexa al *Sturmlokal,* cuando, de madrugada, se produjo un enfrentamiento con un grupo de nazis. Grüneberg fue alcanzado por un disparo de bala en el corazón. De acuerdo con la versión nazi, las muertes discurrieron en «legítima defensa» (Sturm 33, 1938 [1933]: 33-34). Varios comunistas más resultaron heridos de diversa consideración.

Comoquiera que el cierre no surtió los efectos deseados de pacificar el orden público en la zona, las autoridades decretaron un segundo cierre parcial del local, en esta ocasión durante tres meses entre las 18.00 horas y las 6:00 del día siguiente de la mañana con efectos a partir del 13 de enero de 1932[50].

Casi de forma simultánea al cierre del local de reunión de la Tropa de Asalto 33 las autoridades procedieron a clausurar el *Sturmlokal* «Zur Hochburg», donde falleció el SA Hermann Thielsch, el 9 de septiembre de 1931 (véase capítulo 7). La policía decretó como medida cautelar su cierre diario parcial durante cuatro semanas a partir del 6 de octubre. Las autoridades basaron su decisión en que el bar era utilizado como «lugar de reunión y de preparación de actos violentos contra personas y cosas», y en que incentivaba lo que calificaban gráficamente de «tendencia inflamatoria», manifestada por ejemplo en los tres impactos de bala en la pared junto a una imagen del presidente de la policía. La medida gubernativa no debió de resultar lo suficientemente disuasoria para el titular

del local, puesto que fue implementada de nuevo, también por espacio de cuatro semanas, entre el 5 de febrero y el 4 de marzo, solo que ahora el cierre fue de todo el día. A la adopción de la medida contribuyó el hecho de que, donde antes figuraban los impactos de bala, ahora colgaran una esvástica y una foto de Thielsch acompañada de la leyenda «Justicia», hecho que, según la policía, servía para «incrementar entre los parroquianos nazis la disposición al combate». «Las representaciones de imágenes —concluía el informe— [...] solo pueden conducir a un incremento de la actividad de los miembros de las SA» o, en un informe posterior, a «un deseo permanente de ataque»[51]. En realidad, colgar en el interior del local esvásticas, retratos de Hitler, pero también fotos de miembros con crespones negros de las unidades correspondientes de las SA que habían resultado asesinados, constituía una práctica habitual en los *Sturmlokale* como modo de perpetuar su memoria grupal y de difundir su ejemplo de sacrificio entre el resto de la tropa.

Al despliegue de bares nazis en territorios sentidos como propios, los comunistas respondían tratando de impedírselo por todos los medios a su alcance, recurso a la violencia incluido. El suyo era un marco entendido como de autodefensa y de lucha por la preservación del espacio. La hoja volante difundida en vísperas de la celebración del Primero de Mayo de 1931 en Moabit, en el distrito de Wedding, resulta bien ilustrativa (y representativa) de cuán lejos estaban dispuestos a llegar los comunistas por impedir el avance nazi. Apuntando expresamente a los *Sturmlokale* y sus parroquianos, la nota decía:

> Desde hace unos días los nazis de Hitler se han instalado en el hasta hace poco tranquilo Schwindelschweiz [barrio dentro del distrito de Wedding]. Tienen su sede en el local de Klotzsche, en la calle Hutten n.º 23. Trabajadores, ¡no os dejéis embaucar por las bendiciones del «Tercer Reich», que hasta ahora han matado a 115 currelas! ¡Dadles la respuesta adecuada! ¡Cazadlos a pares y expulsadlos de vuestro barrio obrero! ¡Agrupaos bajo la dirección del Partido Comunista, el único que combate el fascismo, en un frente de lucha antifascista contra el fascismo asesino![52].

El temor en el que vivían los nacionalsocialistas en su fase de despliegue en los barrios obreros de la ciudad era manifiesto. Tomar medidas de autoprotección, como acompañar a los camaradas residentes a sus domicilios en zonas calientes tras frecuentar algún *Sturmlokal,* era entre ellos una práctica rutinaria. En ocasiones puntuales no dudaron en solicitar el auxilio de la policía para salvaguardar su integridad física. Los nazis, a diferencia de los comunistas, no tenían especiales reparos en acudir a la policía. Por cuanto denota la confianza que depositaban en las fuerzas del orden, resulta bien elocuente el escrito dirigido el 15 de agosto de 1932 por dos militantes al presidente de la policía de Berlín. El escrito fundaba la solicitud de protección policial personalizada en los términos siguientes:

> Los abajo firmantes, residentes en la calle Hussiten [en el distrito de Wedding], solicitan protección policial y argumentan su petición como sigue:
>
> Ambos somos miembros del NSDAP y hemos sufrido gravemente bajo el terror comunista. Contra mí, el cofirmante Karl. B., planean ataques todas las noches, de modo que me tengo que hacer acompañar hasta casa por varios camaradas del Partido. Nos remitimos a la causa penal pendiente en la Secc. I «Ataque en la calle Hussiten el 29.6.1932». En dicha causa se ve confirmada nuestra denuncia, igual que de la misma se desprende la autoría de la agresión por dos comunistas. Además ambos, Karl. B. y Robert M., hemos sido amenazados públicamente en los patios de la calle Hussiten con hacernos desaparecer. La comisaría competente conoce la gran inseguridad que en estos momentos reina en la calle Hussiten. Hasta el momento no se ha tomado en serio el auxilio, de modo que nos vemos en la obligación de dirigir nuestro ruego personalmente al Sr. Presidente de la Policía, tanto más cuanto que el pasado domingo a la noche hubo planeado de nuevo un ataque contra el firmante, el Jefe de Batallón [de las SA] Karl B., que resultó frustrado gracias a la oportuna intervención de la policía, cuya presencia fue requerida por teléfono[53].

El altercado al que hacen referencia los firmantes tuvo lugar hacia la 1:30 de la madrugada del 30 de julio de 1932, víspera de elecciones al Reichstag. Esa noche, el SA Karl B. regresaba a su domicilio acompañado de otros dos correligionarios cuando fue víctima de un ataque protagonizado, según sus estimaciones, por entre 60 y 80 comunistas armados. Bajo gritos de «¡matadlo!» se produjeron varias detonaciones, a los que B. replicó con su pistola, con la que efectuó tres o cuatro disparos. A pesar de la gravedad de los hechos relatados, B. decidió no interponer denuncia alguna[54]. Tuvo suerte, después de todo: esa misma jornada perdieron la vida 10 personas en Alemania, a las que hay que sumar otras 12 durante la jornada electoral. En total durante ese mes, el más sangriento de la precaria democracia alemana, se produjeron 86 muertos. Por momentos parecía que la guerra civil latente corría el riesgo de convertirse en una guerra real.

En un marco de escalada de la violencia entre nazis y comunistas librada durante los años finales de la República de Weimar, conviene dejar constancia de que no solo los locales nazis eran objeto de ataques por parte de comunistas. Idéntico patrón operaba en sentido contrario. Así, según informaba la prensa independiente (*Vossische Zeitung,* 8-VII-1932; edición matinal), en una sola noche de julio de 1932 siete locales comunistas fueron víctimas de disparos por parte de nazis. Comoquiera que sea, gran parte de la violencia que permeó la vida política de Berlín y de Alemania durante esos años giró alrededor de los locales de reunión de una corriente u otra, en particular de nazis y comunistas. Bien porque los locales nacionalsocialistas y sus parroquianos fuesen víctimas de ataques de sus adversarios o, más bien, porque desde ellos emanase la violencia contra comunistas y, también, socialdemócratas, el clima de guerra civil latente de ese periodo histórico alemán resulta incomprensible sin prestar la atención debida a los *Sturmlokale*.

Mencionemos un ejemplo espigado entre tantos que deja bien a las claras la centralidad de los bares políticos en el clima de violencia de estos tumultuosos años. Al filo de la medianoche del 23 de diciembre de 1932, el miembro de la Sección de Asalto 66 Erich Sagasser, de 23 años de edad y desde julio anterior afiliado al NSDAP, resultó herido por arma blanca en el abdomen en las inmediaciones de un bar comunista en Wedding. Poco antes

había entrado en dicho bar junto con otros dos compañeros de filas con la excusa de tomar una cerveza, aunque en realidad se trataba de una provocación. Sagasser tenía su residencia en las cercanías, a menos de 500 metros de distancia de donde discurrieron los hechos, y llevaba desempleado desde hacía tres años. Fue trasladado de inmediato por sus compañeros a un *Sturmlokal* cercano, el «Kadtke», el mismo donde antes habían estado celebrando la llegada de la Navidad. De allí fue llevado al hospital, para fallecer pocos días después. Tras Walter Wagnitz, fallecido también en Wedding el día de Año Nuevo de 1933, se trató del segundo nazi muerto en Berlín en la primera semana del año que se acababa de estrenar[55]. A partir de la información recogida en los informes policiales y de la sentencia judicial, la necrológica aparecida en el *Völkischer Beobachter* (10-I-1933) ignora el hecho (mejor: miente sobre el hecho) de que los tres SA entraron en el local comunista en señal evidente de provocación, y sostiene que simplemente pasaban al lado. A pesar de encontrarse en inferioridad numérica, prosigue el órgano oficial del NSDAP, «se defendieron con energía». El órgano oficial nazi en la capital, *Der Angriff* (9-I-1933), añadió que «era uno de los muchos miles de hombres de las SA, que cumplen en silencio con su obligación y que saben morir», uno más a añadir a la lista de los «caídos por Adolf Hitler». El de Sagasser fue un caso único por cuanto, hasta donde alcanza nuestro conocimiento, es la única instancia de muerte violenta en Berlín en el que un local nazi y uno comunista sirven de escenarios sucesivos del deceso de un SA.

Con el ascenso de los nazis al poder los *Sturmlokale* perdieron su sentido original de enclave difusor de violencia en una república sometida a una presión creciente. Durante los primeros meses del régimen, con una democracia finiquitada a paso galopante y una dictadura ejercitándose en la brutalidad más cruda y arbitraria, proliferaron los recintos «irregulares» o «salvajes» de detención y tortura, improvisados con la insana misión de reprimir a la disidencia política y de acosar a los judíos. Solo en Berlín, en 1933 se contaron unas 220 instalaciones con esos fines, con especial densidad en aquellos distritos con mayor implantación de las organizaciones ligadas a la clase obrera, como Wedding (15 centros salvajes

de detención y tortura), Friedrichshain (14), Neukölln (16) o Kreuzberg (25). Muchos de estos centros eran *Sturmlokale,* «Zur Hochburg» en Kreuzberg y «Zur Alstadt» en Charlottenburg entre ellos, que cumplieron con esta función de modo provisional, durante unos días o unas semanas como máximo. Los detenidos eran interrogados, a menudo maltratados, y luego, bien liberados o trasladados a centros de detención mejor dotados para el maltrato o la tortura. Al mando estaba casi siempre un responsable local de las SA. El espíritu de revancha por los muertos caídos en las filas nazis durante los años anteriores guió a los nuevos señores del país. Comunistas, socialdemócratas, miembros de otras organizaciones ligadas al movimiento obrero y judíos fueron las víctimas predilectas de maltratos y humillaciones. En general los detenidos vivían en el entorno de los *Sturmlokale*. Un nuevo orden que arrancó sus días con medidas brutales contra sus enemigos con la coartada de la normalidad y los acabó con la capitulación ante las potencias aliadas tras desencadenar la guerra más sangrienta nunca librada.

---

48 Geheimes Staatsarchiv (GStA), I. HA, Rep. 77, Tit. 4043, n.º 311 (M), 286-330, en 327.

49 Landesarchiv-Berlin (LABerlin), A Pr. Br. Rep. 030, n.º 164, pp. 343-347.

50 GStA, I HA Rep. 77 Tit. 4043, n.º 314, pp. 105-108.

51 GStA, I. HA Rep. 77 Tit. 4043 n.º 314, p. 234, 244, 251 y 254-255.

52 LABerlin, A Rep. 358-01, n.º 516.

53 LABerlin, A Pr. Br. Rep. 030, n.º 164, p. 48.

54 LABerlin, A Rep. 350-01, n.º 1451.

55 LABerlin, A Rep 358-01, n.º 8024.

CAPÍTULO 5

LA VIOLENCIA ES COSA DE HOMBRES

El nacionalsocialismo, igual que otros movimientos y regímenes totalitarios que proliferaron en la Europa de entreguerras, abrazó un orden social que consideraba a la mujer como el segundo género. La perspectiva en sí no era original. Se trataba de una variante antimodernista que pujaba por mantener a la mujer prisionera de su rol ancestral y subordinado de guardiana del hogar.

En la República de Weimar esta visión patriarcal se ajustaba con bastante precisión a la de las organizaciones de mujeres conservadoras y confesionales (tanto católicas como protestantes), que rechazaban frontalmente los espacios conquistados por la «nueva mujer» en la década de 1920 en ámbitos como el trabajo, la política, la sexualidad o el arte. Pero no solo a ellas. El movimiento homólogo ligado al Partido Socialdemócrata antes de la Primera Guerra Mundial tampoco desafió el reparto tradicional de roles y los ideales femeninos de servicio, deber y sacrificio. Por esos años los socialdemócratas, los principales artífices de la conquista del voto femenino en 1918, todavía animaban a las mujeres a limitar sus actividades políticas a la esfera social y a delegar el resto en los varones. El tradicionalismo, esencialismo y patriarcalismo nazis no eran, pues, un rasgo privativo de su movimiento; se trataba de una cualidad en la que convergían tanto las derechas como las izquierdas.

Entonces, ¿dónde radica el carácter distintivo de la visión de género del nacionalsocialismo? La especificidad de esta variante totalitaria estribó en poner a la mujer al servicio de un proyecto de «purificación» racial desde su rol reproductivo de madre y esposa. Las mujeres eran de interés político, no como madres *per se,* sino en tanto que madres de individuos de raza aria. Los nazis ensayaron las medidas biopolíticas y eugenésicas oportunas para

que solo aquellas mujeres «racialmente valiosas» pudiesen engendrar vástagos arios y sanos para la «comunidad nacional». Hitler ya lo había anticipado en *Mein Kampf:* «Quien desde el punto de vista físico y psíquico no esté sano y sea digno, no debe perpetuar su desgracia en el cuerpo de su hijo» (1943 [1925/1927]: 447).

El esencialismo nazi sobre el género se aprecia en los actos públicos protagonizados por sus máximos dirigentes. La repercusión que alcanzaban sus discursos en el escaparate del régimen que era Núremberg en la celebración de las jornadas del partido, durante el Tercer Reich y hasta el inicio de la Segunda Guerra Mundial, siempre a comienzos de septiembre, los convierte en un observatorio privilegiado para acceder a la doctrina nacionalsocialista en parcelas como la juventud, el trabajo o la defensa, pero también (lo que ahora nos interesa) sobre la mujer. Del análisis del discurso de género nazi a partir de los escritos y discursos de sus máximos jerarcas, y en particular de Hitler, se explica por qué las mujeres no podían jugar sino un papel subordinado en el despliegue de la violencia perpetrado por las SA; o, dicho de otro modo, por qué la violencia era, y no podía ser de otra manera desde su marco de pensamiento, cosa de hombres.

De todos los congresos celebrados en la ciudad bávara hasta 1938 (el del año siguiente, el bautizado como «Congreso de la Paz», fue cancelado por la invasión de Polonia), el discurso que mejor compendia la visión de Hitler de la mujer y sienta doctrina al respecto es el que pronunció el 8 de septiembre de 1934 ante 25.000 mujeres, según sus fuentes (Streicher, 1934: 340). En su ánimo estaba marcar el tono del discurso nazi sobre la condición femenina, en particular sobre su esfera de competencia en la sociedad y en el Reich que se acababa de instaurar en enero del año anterior. Como régimen totalitario que era, marcado por la impronta de su líder supremo, todos los dirigentes tomaron buena nota y sincronizaron oportunamente la frecuencia que dictó el Führer.

El argumentario biologicista del Führer apela a la «naturaleza» (hasta en ocho ocasiones se remite expresamente a ella en el discurso en cuestión) y al «destino» como altares de la justificación de una división sexista del trabajo y del sometimiento de la mujer. Las esferas del hombre y la mujer son radicalmente diferentes, bien que complementarias. Es el imaginario de

los «dos mundos», según el cual ambos géneros son diferentes pero igual de imprescindibles para el devenir del conjunto:

> Cuando se sostiene que el mundo del varón es el Estado, que el mundo del varón es la lucha, la disposición por servir a la comunidad, podría tal vez derivarse que el mundo de la mujer es más pequeño, puesto que su mundo es su marido, su familia, sus hijos y su hogar. Sin embargo, ¿dónde estaría el mundo grande si nadie se hiciese cargo del mundo pequeño? ¿Cómo podría sobrevivir el mundo grande si nadie se hiciese cargo de las tareas del mundo pequeño? ¡No, el mundo grande se erige sobre este mundo pequeño! El mundo grande no puede perdurar cuando el pequeño no está garantizado. La providencia ha asignado a la mujer las tareas propias de su mundo, a partir del cual se forma y construye el mundo de los varones.
>
> Hitler, 1934: 4

No fue la última ocasión en que el Führer insistió sobre el mismo escenario en la teoría de los «dos mundos». En el congreso del partido de 1936 reconvino a los «sabelotodo literarios y a los filósofos de la igualdad de derechos» e incidió en la estricta divisoria entre géneros de matriz biológica:

> ¡No se confundan! En la vida de un pueblo hay dos mundos: el mundo de la mujer y el mundo del varón. La naturaleza ha resuelto de forma correcta situar al hombre al frente de la familia y le ha impuesto otra obligación: la defensa del pueblo, del conjunto. El mundo de la mujer es, si tiene suerte, la familia, su marido, sus hijos, su hogar [...]. Los dos forman un conjunto que posibilita a un pueblo vivir y perdurar. Nosotros queremos construir este mundo conjunto de ambos, en el que cada género reconozca el trabajo que solo él puede desempeñar y, en consecuencia, solo él debe desempeñar.
>
> Hitler, 1936: 45-46

Frente a quienes concebían los dos mundos como enfrentados, es decir, frente a los valedores del discurso emancipador de las mujeres, el nacionalsocialismo adoptó una perspectiva que se quería conciliatoria: «Estos dos mundos no están enfrentados. Se complementan mutuamente, forman un conjunto, igual que lo forman los hombres y las mujeres» (1934: 4). La mujer aporta al todo, aquello para lo que la naturaleza mejor le ha dotado: el sentimiento; el varón, por su parte, contribuye con su inteligencia (1935: 54). Mientras que la mujer se desenvuelve mejor en el terreno de las emociones, el varón domina en el uso de la razón.

Las tareas que los nazis asignaban a la mujer, primero en la fase de lucha del movimiento, a continuación durante el régimen tras la conquista del poder, tenían que ver con el hogar (reproducción, tareas domésticas, etc.), pero también con la atención sanitaria y asistencial, la educación, la religión o la preservación de la tradición. Hubo mujeres de otros partidos, también conservadores, que contribuyeron a la elaboración de políticas en esas esferas desde el ámbito institucional, por ejemplo desde su condición de parlamentarias; no fue el caso de las mujeres nazis, que nunca accedieron a cargo político de responsabilidad alguno. Hasta 1933, las esposas, hijas o hermanas de miembros de las organizaciones más emblemáticas del movimiento, NSDAP, SA, SS (Schutzstaffel) [Escuadras de defensa], se dedicaron a cocinar, coser ropas y uniformes, cuidar de los enfermos, proporcionar primeros auxilios a los heridos de sus filas, recolectar dinero o ropa, llevar a cabo actividades de propaganda, organizar fiestas para niños, cubrir el avituallamiento de comida y bebida en los actos que organizaban, así como otras tareas asistenciales relacionadas con activistas en apuros, como la atención en casas de acogida. Así por ejemplo, a comienzos de la década de 1930, una asociación de mujeres nazis regentaba una residencia en Berlín para miembros de las SA heridos o enfermos que no precisaban hospitalización[56]. A ese tipo de quehaceres destinaban los nacionalsocialistas a sus mujeres más comprometidas con la causa.

Una vez alcanzado el poder, a partir de mayo de 1934, estas asociaciones nazis femeninas organizaron «escuelas de mujeres» en el marco del programa denominado *Servicio de las Mujeres del Reich*. La máxima responsable de estas organizaciones de mujeres durante el Tercer Reich,

Gertrud Scholtz-Klink, dejó sentada en Núremberg en 1934 la premisa sobre la que descansaba su misión en el seno del movimiento: «el pequeño Yo tiene que subordinarse al gran Tú —el Pueblo—. Este es el núcleo de nuestros cursos de maternidad» (1934: 10). La oferta formativa de dicho programa incluía cursos sobre cometidos considerados específicamente femeninos: el gobierno del hogar, la crianza y educación de niños (siempre con la «higiene racial» de telón de fondo), la cocina, la atención sanitaria y asistencial como enfermeras, o la preservación de las tradiciones. El objetivo final apuntaba a profesionalizar las tareas femeninas, concebidas en sentido estrecho como tareas domésticas y asistenciales. Entre julio de 1934 y el mismo mes de 1937 se ofertaron 53.977 cursos, con un total de 1.139.945 participantes. Hasta 1944 unos cinco millones de mujeres habían pasado por ellos. El servicio laboral femenino, por su parte, «formaba parte de la tarea más amplia de revitalización de nuestro pueblo. Sus prioridades eran la agricultura, la educación de la juventud femenina en las tareas del hogar y proporcionar ayuda a las madres sobresaturadas de familias numerosas; la formación en pensamiento y obra según los principios nacionalsocialistas de un cuerpo de líderes femeninas y la inculcación de disciplina y disposición al servicio de todas las voluntarias», según Scholtz-Klink (1978: 31).

Varones y mujeres constituían, pues, piezas de un mismo conjunto, bien que con rangos y atribuciones concebidos como compartimentos estancos y jerarquizados; constituían piezas de una misma maquinaria, pero de cotizaciones diferentes. En la medida que un género no podía «invadir» las tareas propias del otro, los canales de comunicación entre ambos mundos estaban cegados. La ocupación de la mujer estaba meridianamente clara: «Vemos en la mujer la madre eterna de nuestro pueblo y la compañera de vida, de trabajo y de lucha del hombre». La maternidad era el espacio en el que se desplegaba el «heroísmo de la mujer», era su destino: «no hay mayor honor para la mujer que convertirse en la madre de los hijos y las hijas de su pueblo», proclamó Hitler (1935: 53, 54 y 55). Ahora bien:

> No juzgamos correcto que la mujer interfiera en el mundo del hombre, en su parcela principal, sino que juzgamos acorde con la naturaleza que

> ambos mundos permanezcan separados. ¡A uno le corresponde la fuerza del espíritu, la fuerza del alma! ¡Al otro le corresponde la fuerza de la visión, del temple, de la determinación y de la disposición a la acción!
>
> Scholtz-Klink, 1934: 5

Lo contrario, el cruce de los mundos, acarrearía, por tomar prestadas las expresiones de Goebbels, una «feminización» del varón al tiempo que una «masculinización» de la mujer (1934: 120). En la cosmovisión de Hitler, el hogar era el espacio privativo de la mujer; el del varón era la esfera pública, la política y el combate (en su fase de movimiento, la lucha por la calle contra el enemigo comunista y socialista en grupos paramilitares; en la fase de institución, la participación en estructuras militares formales, como el ejército). Resta especificarlo mejor. Veámoslo de nuevo según el prisma de Hitler:

> Lo que aporta el varón al sacrificio por su pueblo en forma de lucha, lo aporta la mujer en la lucha por la supervivencia de este pueblo en casos concretos. Lo que aporta el varón de valor heroico en el campo de batalla, lo aporta la mujer en forma de dedicación paciente y eterna, en paciente y eterno sufrimiento y pena. Cada niño que trae al mundo supone un paso más en el ser o no ser de su pueblo. Ambos mundos deben, por lo tanto, apreciarse y respetarse mutuamente, cuando cada parte cumple el cometido que la naturaleza y la providencia le ha reservado.
>
> Hitler, 1934: 5

Estas ideas conformaban el abc del nacionalsocialismo acerca de la división sexual del trabajo, y se repiten hasta la extenuación en la propaganda de la época. Un ejemplo entre muchos: en un cuaderno de «formación política», Wilhelm Frick, ministro del Interior nazi y compañero de prisión de Hitler tras el intento de golpe de estado en Múnich en 1923, sintetizó al respecto:

> La mujer debe volcarse exclusivamente en sus hijos y su familia, la esposa en el marido y la mujer soltera en aquellos trabajos que se corresponden con su condición femenina. Por lo demás, los trabajos remunerados deben reservarse al varón.
>
> Frick, 1934: 10

Los nazis no tardaron en identificar a los responsables de la difusión del mensaje de la emancipación femenina, a los valedores de la filosofía igualitarista: los judíos. El marcado antisemitismo del espectro conservador alemán era un sentir extendido en la sociedad alemana mucho antes de la irrupción del nacionalsocialismo. Tampoco culpabilizar a los judíos de la difusión del mensaje emancipador fue ninguna invención del movimiento liderado por Hitler. Un destacado exponente de esa mentalidad, que presidió durante tres décadas hasta 1938 la muy nacionalista Alldeutscher Verband (Liga Pangermánica), escribió años antes de la aparición del NSDAP:

> No hay que ignorar el hecho de que, lo que hasta ahora no se situaba en la extrema izquierda contemplaba el movimiento femenino con recelo, porque no cabía duda de que las judías desempeñaban en él un papel dirigente y de que toda la prensa socialdemócrata y radical era su representante.
>
> Frymann, 1912: 1920

Con estos mimbres, Hitler y su movimiento tampoco albergaban ninguna duda sobre los responsables de la difusión de ideas que buscaban alterar el orden natural de las cosas: el judaísmo y sus productos intelectuales, a saber, el liberalismo y, con particular insistencia y virulencia en sus diatribas, el marxismo. Hitler ya se habría percatado en Viena de que el marxismo era una nave comandada por los judíos (1943 [1925/27]: 64). Los judíos eran los propagadores y responsables de la idea de la mal llamada emancipación femenina, porque más que la igualdad entre géneros (en una curiosa filigrana de inversión) lo que buscaban era una privación de los derechos de uno de ellos: «la así denominada ‘igualdad de derechos’ de la

mujer, promovida por el marxismo, en realidad no supone la igualdad de derechos, sino una desposesión de los mismos, puesto que conduce a la mujer a un terreno en el que por fuerza estará subordinada». Es más: históricamente en las «naciones germánicas» nunca ha reinado otra cosa que la igualdad de derechos, puesto que a cada género le han sido siempre asignados cometidos de «igual dignidad, igual valor y de la misma clase» (Hitler, 1935: 53).

A pesar de todos los argumentos en contra —prosigue Hitler—, no faltaba quien considerase que, al reducirla a la esfera privada y a la crianza de los hijos, la doctrina nazi denigraba a la mujer. Nada más lejos de la realidad, replicó el Führer; dicho proceder condensaba su apoteosis: «no hay mayor honor para la mujer que ser la madre de los hijos e hijas de su pueblo» (1935: 55). Por eso, lo que para unos (a saber: los defensores de la emancipación de la mujer: marxistas y liberales, unidos por su matriz judía) era un «yugo», para otros (los nazis) era una «bendición» (1936: 45). Trazado el perímetro axiomático, no extrañará que (estamos siguiendo a Hitler), en un momento en que el discurso emancipador dejaba sentir su impronta, el rostro de la mujer reflejase desesperanza y tristeza. Bien distinta se había vuelto la situación tras la conquista nacionalsocialista del poder, con «rostros relucientes y sonrientes» dominando el panorama (1935: 55).

La intromisión de un género en los roles y tareas que la naturaleza ha dispuesto para el otro constituía un ataque intolerable al orden natural de las cosas. Resultaba inadmisible que «de repente los hombres se conviertan en mujeres», al igual que lo era que «de repente las mujeres se conviertan en hombres». Hitler aspiraba a que «las mujeres sigan siendo mujeres en su esencia, en su vida, en la fijación de objetivos y en la realización de su vida, igual que deseamos que los hombres sigan siendo hombres, también en su esencia, en la fijación de objetivos y en la realización de su esencia y de su vida» (1938: 57-58). Porque (y ahora es Gertrud Scholtz-Klink quien se hace la pregunta), «¿qué relación va a iniciar en los últimos años un hombre con una mujer que ni siquiera es capaz de cumplir satisfactoriamente sus justos deberes en su ámbito innato, por ejemplo el cuidado del hogar?» (1978: 489; orig. de 1933). Ella se pregunta, ella se responde: «Cuanto más

intenta [la mujer] asimilarse al varón, más perderá»; de forma correlativa, «todo verdadero hombre buscará siempre en la mujer a su complemento, y con el trabajo conjunto también dará la bienvenida al complemento de la mujer-madre» (1978: 50). Las fricciones brotan cuando los géneros que la naturaleza ha destinado a unas tareas se inmiscuyen en actividades para las que no estaban predestinados, esto es, cuando se feminizan o se masculinizan, por decirlo con Goebbels. La defensa de esferas de actividad según roles no era privativa —ya lo hemos dicho— del nacionalsocialismo, pero sí su obstinación e integrismo en la divisoria.

Esa mezcla de roles preconizada por los adalides de la emancipación femenina, que alcanzaron su máxima visibilidad durante la República de Weimar, exigía un «cambio de curso en aras tanto de la nación como, sobre todo, de las mujeres implicadas» (Scholtz-Klink, 1978: 487; orig. de 1933). Poner las cosas en su sitio implicaba combatir frontalmente la perniciosa idea de la emancipación femenina, idea que hundía sus raíces en la Revolución francesa. La misión más sagrada de la «auténtica mujer» radicaba, según quien se hacía pasar por el filósofo del movimiento, en «emancipar a las mujeres de la emancipación femenina», esto es, en «mantener la pureza de la raza» para, de este modo, «salvar del hundimiento» al pueblo (Rosenberg, 1937 [1930]: 512).

La esfera pública era —hemos insistido en ello— monopolio del varón. Constituía su espacio exclusivo de actividad. La interferencia en él de la mujer suponía una inversión de roles atentatoria contra las leyes dictadas por el orden natural. Una dimensión de la esfera pública era la política. ¿Cómo contemplaban los nazis la participación femenina en la actividad política? El derecho al voto igual, secreto y directo para hombres y mujeres mayores de 20 años fue recogido en la Ley Electoral del Reich del 30 de noviembre de 1918, e inmediatamente después sancionado en la Constitución de Weimar. De todo el espectro político, la ley contó únicamente con el apoyo desde un principio de los partidos de confesión socialista, es decir, el Partido Socialdemócrata de Alemania (SPD) y el Partido Socialdemócrata Independiente de Alemania (USPD), una escisión pacifista e izquierdista de los socialdemócratas de Alemania. De mejor (la izquierda) o peor grado (los conservadores), todos los partidos con

representación parlamentaria durante el periodo republicano se aprestaron a incluir en sus programas la «cuestión femenina», y contaron con mujeres en sus filas, así como en el máximo órgano representativo de la nación, el Reichstag, aunque ninguna en el Reichsrat, la cámara de representación territorial, ni tampoco en puestos ministeriales. Todos, pues, interiorizaron de forma más o menos expresa en sus programas la igualdad de la mujer e incorporaron de forma consecuente a algunas en puestos electorales seguros, pero nunca como primeras candidatas. Todos menos los nazis.

Se pueden condenar muchas cosas del nacionalsocialismo, reprochar todavía más, pero lo cierto es que la inconsecuencia nunca presidió su praxis con respecto a sus convicciones biologicistas fundamentales. El NSDAP fue el único partido que excluyó a las mujeres de su grupo parlamentario, así como de cualquier puesto de responsabilidad en el movimiento y en el régimen. Entre 1919 y el intento de golpe de estado protagonizado por Hitler en 1923, las mujeres no sobrepasaron el 10% de la afiliación; entre 1925 y 1932 la militancia femenina osciló alrededor del 8%; inmediatamente después de la toma del poder se redujo al 5%. En esta baja afiliación también se distinguieron los nazis de los partidos de izquierda como el SPD, que osciló en su porcentaje entre un 10,3 y un 22,8% entre 1919 y 1931. El papel residual de las mujeres en la vida partidaria y política de los nazis durante la República Weimar prefiguró su destino en otras parcelas de la vida pública tan pronto como se hicieron con el poder. Por ejemplo, su presencia en la universidad; a partir de 1933 el régimen introdujo un *numerus clausus* según el cual el porcentaje femenino no podía sobrepasar el 10% de los estudiantes, aunque en 1935 dio marcha atrás. Como quiera que sea, si en 1932 había 18.315 mujeres universitarias, en 1939 eran solo 5.447. Más radical fue su exclusión de la judicatura: a partir de 1936 no pudieron ejercer de jueces ni de fiscales, ni siquiera siendo miembros del partido. También fueron excluidas de los jurados por su incapacidad para «pensar lógicamente o razonar objetivamente».

Desde 1921 las mujeres estuvieron formalmente excluidas de cualquier puesto de responsabilidad en el movimiento. Aunque eran bienvenidas a afiliarse, el partido no efectuó esfuerzo alguno por reclutarlas. Sin embargo, las cifras de afiliación no son reflejo fiel de su contribución efectiva al auge

del movimiento. Primero porque las mujeres contemplaban su papel más en funciones auxiliares y de retaguardia que en la primera fila política y de lucha; y segundo, porque a menudo la situación económica familiar solo alcanzaba para pagar una cuota de partido, y esta, naturalmente, estaba reservada al varón.

La contribución femenina al éxito del movimiento en su ruta ascendente al poder fue reconocida por el Führer, a quienes mostró reiteradamente su agradecimiento por su apoyo, incluso en los momentos más delicados. En su alocución ante las mujeres del movimiento en Núremberg en 1935 arrancó con la siguiente confesión:

> Creo que hoy no estaríamos aquí si desde el principio de nuestra lucha muchas, muchísimas mujeres, no se hubiesen sentido íntimamente ligadas a este movimiento y no se hubiesen comprometido con él desde el primer instante.
>
> Hitler, 1935: 53

El año siguiente se expresó en términos similares: «Sin la perseverancia y abnegación verdaderamente cariñosa de la mujer al movimiento, el Partido no habría podido alcanzar la victoria» (1936: 46). Hitler insistió en este agradecimiento por su apoyo en el marco de actos públicos, como los mencionados de Núremberg, pero también en otros foros. En una entrevista en julio de 1933 declaró: «Sienten [las mujeres] que mi victoria es la suya. Saben que sirvo a su causa al trabajar por la redención de la juventud alemana, por crear un orden social y por restaurar la esperanza y la salud» (en Koonz, 1987: 140-141).

Antes del acceso nazi al poder, las mujeres desempeñaron funciones auxiliares en el movimiento al lado de los varones cocinando, cosiendo, cuidando de enfermos y heridos, colaborando en tareas de propaganda..., pero también votando. De forma consecuente con su desprecio a la democracia, Hitler no era ningún entusiasta del sufragio femenino reconocido por la Constitución de Weimar de 1919, pero tampoco del masculino. Sin embargo, en el marco de la estrategia de alcanzar el poder

por la vía electoral diseñada tras su excarcelación en diciembre de 1924 (es decir, de destruir la democracia sirviéndose de ella), se ufanó de atraer el voto femenino para alcanzar sus fines:

> No soy partidario del sufragio femenino, pero si hemos de continuar con esta payasada, tenemos que aprovecharla al máximo [...] Las mujeres siempre votarán por la ley y el orden y por un uniforme, puede usted estar seguro de ello.
>
> en Koonz, 1987: 54

La huella de Hitler se deja sentir en la exclusión de la mujer del combate político, una actividad que juzga «indigna» para ella. En 1934, proclamó en Núremberg:

> En una ocasión una mujer me pidió: tiene usted que ocuparse de que las mujeres lleguen al parlamento, es lo único que las puede ennoblecer. No creo, le repliqué, que pueda ennoblecer al individuo algo que es malo en sí mismo. A la mujer que se enzarza en ese engranaje no la ennoblecerá el parlamento; por el contrario, el engranaje la deshonrará. No quiero dejar en manos de la mujer aquello que quiero arrebatar al hombre. Los enemigos de este punto de vista sostienen que así no atraeremos mujeres al movimiento. El caso es que acuden a nosotros más mujeres que al resto de partidos juntos.
>
> Hitler, 1934: 5

En los regímenes totalitarios la doctrina sentada por el líder no admite matices, mucho menos réplica. Otro destacado ideólogo del nacionalsocialismo, su responsable de propaganda, Joseph Goebbels, insistió en los dictados del Führer sobre la condición femenina y su papel político en el Tercer Reich. Con ocasión de la inauguración en marzo de 1933 de una exposición dedicada precisamente a la mujer, el recién nombrado ministro dejó bien sentado el papel que cada género tenía asignado en el nuevo orden social y político: los hombres, hacer la historia;

las mujeres, convertir a los jóvenes en hombres que hagan la historia. Adujo entonces:

> El movimiento nacionalsocialista es el único partido que mantiene a la mujer alejada de la política del día [...] No por falta de respeto, sino porque la respetamos demasiado, la hemos alejado del juego parlamentario-democrático de intrigas que ha caracterizado a Alemania durante los últimos 14 años. No porque veamos en la mujer un valor inferior, sino porque apreciamos en ella y en su misión otro valor diferente al destino que desempeña el hombre. Por eso estábamos convencidos de que la mujer, sobre todo la mujer alemana, que más que cualquier otra es en el verdadero sentido de la palabra, una mujer, debería aplicar su energía y capacidades en ámbitos distintos a los del hombre.

Su despliegue argumentativo, sin embargo, está preñado de inconsistencias, de las cuales no precisamente la menor es reconocer a la mujer su derecho a coprotagonizar la esfera pública, para acto seguido vaciar esa misma esfera de atribuciones: «Nadie que comprenda el tiempo moderno puede albergar la ocurrencia de apartar a la mujer de la vida pública, del trabajo, de la profesión y del empleo». Sentado lo cual afirma: «No debemos ocultar que las tareas que corresponden al hombre deben también seguir siendo tareas del hombre. Entre ellas figuran la política y la defensa». En cambio:

> El primer, mejor y más razonable emplazamiento de la mujer es la familia. La tarea más maravillosa que puede desempeñar es regalar hijos a su país y a su pueblo para dar continuidad a los géneros y garantizar la inmortalidad de la nación. La mujer es la educadora de la juventud y la portadora del futuro.
>
> Goebbels, 1934: 118, 119 y 120-121

Con anterioridad, ambos dirigentes, Hitler y Goebbels, habían tenido ocasión de intercambiar opiniones acerca del rol de la mujer en la Alemania del futuro. En la entrada de sus diarios correspondiente al 30 de marzo de

1932, Goebbels se hace eco de forma aprobatoria de las reflexiones del Führer:

> Finalmente con Hitler a solas. Desarrolla nuevas ideas sobre nuestra postura con respecto a la mujer. Es la compañera de género y de trabajo del hombre. También en la economía de hoy. Antes en el campo, hoy en la oficina. El hombre es organizador, la mujer órgano de ayuda y de ejecución. Bien y correcto.
>
> Goebbels, 2005, 2/II: 251

Aún antes, en su novela de tintes autobiográficos aparecida en 1929 (pero redactada años antes y oportunamente retocada a efectos de publicación), Goebbels había escrito: «La mujer no es ni ángel ni diablo. Es un ser humano, a menudo uno insignificante [...] Las mujeres que dan a luz necesitan hombres que protejan la vida de esos niños [...] Su tarea consiste en estar bella y en traer niños al mundo» (1929: 40-41). Por lo excelso de su misión, el hombre tenía que tratarla con el máximo respeto. En sus «Diez mandamientos de todo hombre de las SA», de 1926, Goebbels reservó uno para la mujer: «Al hombre verdadero se le reconoce en su relación con la mujer. Por eso: Sé con la mujer un hombre alemán: solícito y cortés, respetuoso y bondadoso» (véase Documento 4).

Hitler reflexionó en *Mein Kampf* acerca del estatus político de la mujer en el futuro. En su fijación por establecer jerarquías entre los seres humanos, distinguió tres clases de residentes: los ciudadanos, los «miembros del Estado» y los extranjeros. La categoría de extranjero era inequívoca: los nacidos fuera de las fronteras del país. Los matices entre ciudadano y miembro merecen mayor consideración. El nacimiento en Alemania acreditaba para formar parte del Estado como miembro, pero no así para el desempeño de funciones públicas ni tampoco para la participación electoral. Será la categoría atribuida más tarde a los judíos en las leyes raciales aprobadas en el congreso de Núremberg de 1935. Cada miembro del Estado tenía que demostrar raza y nacionalidad. Todo joven de nacionalidad alemana estaba obligado a asistir a la escuela, donde sería educado según los principios raciales y nacionales. Una educación física

prescrita por el estado serviría de preparación para su ulterior incorporación al ejército. Solo después del cumplimiento del servicio militar le sería otorgado el título de ciudadano, «el certificado más preciado de toda su vida terrenal [...] Será mayor honor ser barrendero del Reich que rey en un estado extranjero». Hasta aquí Hitler se ha referido a los varones y al modo de alcanzar la ciudadanía desde la mera pertenencia, pero, ¿qué ocurre con las mujeres?; ¿pueden ser ciudadanas?; ¿cuál es, dado el caso, su vía de acceso a la ciudadanía? Su respuesta es una nueva muestra del papel subordinado que le tenía reservado desde los inicios de su andadura política. La mujer alemana puede efectuar el tránsito desde la membresía a la ciudadanía, adquiriendo así derechos políticos activos, dando un sencillo paso: el matrimonio con un ciudadano alemán en los términos prescritos por la doctrina racial nazi (1943 [1925/27]: 491; asimismo, 675). Varón o mujer, solo desde la condición de ciudadanía sería posible ejercer «el derecho a fijar la dirección y las leyes del Estado», según recogía el artículo 6 del programa del NSDAP de 1920 (ver Documento 1).

La mujer había de desempeñar, pues, un papel de retaguardia en lo que se refería a su participación en política. Otro tanto ocurría con la otra dimensión del «gran mundo» de relevancia para el nazismo: el combate. Tanto en el «periodo de lucha» librado en las calles alemanas entre las SA y otras organizaciones paramilitares vinculadas a las formaciones de izquierda antes de 1933, como en el marco de estructuras de defensa formales como el ejército o la policía una vez erigido en régimen, Hitler y su movimiento dejaron bien sentado que la pelea en la calle y el combate eran tareas impropias de la mujer. Un «hombre de verdad» se sentiría avergonzado de contemplar a una mujer participar en tareas de combate en una guerra. Ese no es su «campo de batalla». Su lugar está con los niños, su función es la maternidad: ahí libra la mujer su batalla por la nación (Hitler, 1935: 54). Al año siguiente insistirá en la misma idea: «Mientras conservemos un género masculino sano [...] no habrá en Alemania ninguna sección de granaderas ni ningún cuerpo de francotiradoras. Eso no es igualdad de derechos, sino una minusvaloración de la mujer» (1936: 45). No deja de ser una ironía del destino el hecho de que, según testimonio de un testigo cercano en los últimos días del dictador en Berlín, su

guardaespaldas, telefonista y correo, los primeros soldados rusos en entrar en el búnker del Führer fuesen precisamente mujeres (Misch, 2009: 233). La liturgia de las jornadas del Partido en Núremberg era un fiel reflejo del alejamiento deliberado de la mujer de cualquier actividad de defensa. En tanto que al resto de organizaciones sectoriales del movimiento (SA, trabajadores, jóvenes, etc.) les estaba permitido desfilar uniformados ante el Führer en sus jornadas correspondientes, a las mujeres se les prohibió expresamente cualquier tipo de formación militar.

Habida cuenta de esta exclusión formal e informal, no sorprenderá que solo figurasen dos mujeres en el panteón oficial de «mártires» del nacionalsocialismo (de un total de 412 hasta finales de 1938) que habían sacrificado su vida por la «idea» y por quien la personificaba, Hitler: Katharina Grünewald, fallecida el 2 de agosto de 1929 en un enfrentamiento armado entre las SA y la Reichsbanner socialdemócrata cuando acompañaba a su marido tras haber participado en las jornadas del partido celebradas en Núremberg; y Helene Winkler, una simpatizante nazi fallecida de un disparo en Altona-Hamburgo, el 17 de julio de 1932, junto a otras 17 personas (dos de ellas SA, el resto civiles) tras la intervención policial en una marcha de 7.000 SA por un distrito obrero en lo que pasó a la historia como el «domingo sangriento de Altona».

Los encargados de batirse en la calle hasta la muerte con comunistas y socialdemócratas eran exclusivamente varones, y a ellos iban dirigidas las muestras de reconocimiento expresadas en homenajes a sus mártires que contaban con la participación ritual del Führer y de otras figuras prominentes del régimen. Los actos estelares eran los que tenían lugar en Múnich cada 9 de noviembre con motivo del homenaje en la capital bávara en recuerdo a los 16 caídos en el intento de golpe de estado de 1923, los momentos reservados en cada congreso de Núremberg a homenajear a los caídos del movimiento (tal y como se puede apreciar en el documental *El triunfo de la voluntad,* de Leni Riefenstahl), y también los actos con motivo de los aniversarios de héroes eminentes fallecidos en circunstancias más o menos épicas. Valga de muestra el siguiente extracto de la alocución de Hitler con motivo del tercer aniversario de la muerte del mártir por excelencia del nacionalsocialismo, Horst Wessel. El 22 de enero de 1933,

apenas unos días antes de hacerse con la jefatura del gobierno, Hitler se dirigió en los términos siguientes a los congregados en el acto conmemorativo que se desarrolló en Berlín:

> Contamos con hombres que lo han dado todo y lo sacrificarán todo por una idea, por un ideal. No sólo eso, sino que también están dispuestos a dar sus vidas por el reconocimiento y con él por la vida del conjunto. ¡Catorce años nos han dado cientos de héroes! Por eso, mis camaradas de partido, hombres de las SA y las SS, estamos orgullosos de ellos.
>
> *Der Angriff,* 23 de enero de1933

Horst Wessel redactó una «autobiografía política» bajo la rúbrica de *Politika* cuando tenía 22 años. En sus 70 páginas se desliza de forma clara el papel que el régimen le tenía reservado a las mujeres en la esfera pública. No menciona ni en una sola ocasión a su madre, con quien vivía y quien le mantenía, porque era huérfano de padre, ni a su hermana, y nunca se refiere a ninguna mujer por su nombre; solo genéricos tales como «chica» o «jóvenes alemanas». Al fin y al cabo, por decirlo según Klaus Theweleit, «el amor a las mujeres y el amor a la patria son contradictorios» (2000: 40). En el mundo de la política y de la defensa, las mujeres estaban condenadas a la irrelevancia, y ese era un espíritu compartido desde la alta jerarquía hasta el último militante de la causa nazi. Magda Goebbels, esposa del ministro de Propaganda y una de las pocas mujeres con cierto grado de influencia (que no poder) en el régimen gracias a su complicidad con Hitler, abundó en estas líneas en un discurso radiofónico pronunciado el 14 de mayo de 1933 con ocasión del Día de la Madre. Entonces declaró que «la cifra de maridos e hijos que han sido asesinados en la lucha por la nueva Alemania es grande; la cifra de lágrimas derramadas por la madre alemana es incontable» (1933: 19). Tanto Hitler como la esposa de Goebbels dejan claro que la épica era patrimonio reservado al varón, y que a las féminas les quedaba reservada la lírica.

Las mujeres, pues, no tenían nada que ofrecer ni ofrendar en la esfera pública de la nueva Alemania instituida en el Tercer Reich. La actividad política orientada a la configuración de la sociedad le estaba vedada. La

épica de la lucha por la calle protagonizada por las SA durante la República de Weimar tampoco era su mundo. La primera fila del combate violento era cosa de hombres. Ellas podían coserles la ropa, curarles las heridas o hacerles la comida, pero hablar de las Tropas de Asalto es hablar única y exclusivamente de varones.

---

56 Bundesarchiv-Berlin (BArch-Berlin), NS 1, n.º 630, pp. 2-5.

CAPÍTULO 6

ANTISEMITISMO EN LAS SA

El periodista Wilhelm Marr fundó en Berlín la Liga Antisemita para «salvar a la patria de su completa judaización». Corría el año 1879, e incorporaba de paso el término «antisemitismo» al vocabulario mundial. Un coetáneo y compatriota suyo, el historiador Heinrich von Treitschke, acuñó por esas mismas fechas un eslogan que pronto haría fortuna en círculos nacionalistas: «Los judíos son nuestra desgracia». Aún otro (por no convertir la lista en interminable), Ernst Henrici, impelió a sus compatriotas a finales del año 1880 con una admonición que viviría su momento de esplendor en el Tercer Reich: «no compres en tiendas judías». A rebufo de planteamientos de este tenor surgieron varios partidos políticos que colocaron en el frontispicio de su ideario el odio y la envidia a los judíos, sin menoscabo de que otras formaciones políticas incorporasen el credo antisemita a sus programas como un ingrediente más. En las elecciones al Reichstag de 1893 los partidos que hicieron del antisemitismo su principal seña de identidad (llamémosles «antisemitas monotemáticos») sumaron un 3,5% de los votos, traducidos en 16 representantes en una cámara de 397 miembros. En el periodo imperial (1871-1918) su mejor resultado lo obtuvieron en las elecciones de 1907, cuando el 3,1% de los votos se convirtió en 21 escaños. Con todo, no pasaron de ser un fenómeno residual, pero daban buena cuenta del arraigo en la sociedad de la enemistad hacia los judíos. Más allá del ancestral resentimiento cristiano, el nuevo antisemitismo hacía responsable a los judíos de la decadencia moral, económica, política y cultural del presente. El suyo era un programa «anti»: antiliberalismo, antiparlamentarismo, anticapitalismo, antisocialismo, antiurbanismo, antifeminismo.

En esta tesitura, en la década de 1880, el prestigioso historiador Theodor Mommsen fue requerido para sumarse a la lucha contra los prejuicios,

actitudes y prácticas antijudías que se abrían paso en Alemania. Respondió a la solicitud en los siguientes términos:

> Se equivocan si creen que se puede lograr algo mediante la razón [...] Los antisemitas solo prestan oídos a su odio y a su envidia, a sus instintos más ruines [...] [El antisemitismo] es una epidemia terrible, como la del cólera: no es posible explicarla ni curarla. Hay que esperar pacientemente hasta que su veneno se consuma y pierda su virulencia.

Desde entonces es una asunción común entre los especialistas en la materia que el antisemitismo no descansa en hechos, sino en estereotipos y emociones, lo cual le convierte en especialmente refractario a la discusión racional.

El odio a los judíos era (y es) una disposición ancestral, alimentada históricamente por una Iglesia que veía en ellos al pueblo deicida. En los tiempos de Marr o Mommsen la envidia era (y sigue siendo) un sentimiento clave a la hora de explicar los prejuicios en su contra, prejuicios que cotizaban al alza en todas las sociedades donde los judíos gozaban de una presencia numérica significativa. Una muestra: a la altura de 1886-1887 en Prusia el porcentaje de universitarios judíos sobre el total era del 10%, aunque no pasaban del 1% de su población. Muchos iban a la universidad, y además eran mejores estudiantes: iniciaban los estudios a edad más temprana y los terminaban antes que sus compañeros cristianos. Daba igual dónde, en Berlín, Praga, Viena, Budapest u Odessa, el resquemor que despertaban crecía al unísono con su ascenso social en el mundo de los negocios, las artes, la ciencia, la medicina o el derecho.

El antisemitismo es la hostilidad, individual o colectiva, hacia los judíos por el hecho de serlo. No es una invención nazi, ni tampoco un fenómeno específicamente alemán. De hecho, el odio nazi a los judíos se alzó a hombros de todo un amplio abanico de precursores que se habían dedicado durante el medio siglo precedente a alimentar de forma organizada su discriminación y erradicación de la vida social, política y cultural. La secuencia sufrida en Alemania es sencilla de resumir: primero algunos alimentaron con la pluma y la palabra la estigmatización de los judíos, y

luego llegó el turno de quienes se aplicaron a eliminarlos de la faz de la tierra.

El historiador Raul Hilberg ha condensado la historia de las iniciativas contra los judíos de forma telegráfica a la par que certera:

> Los misioneros cristianos habían dicho en realidad: no tenéis derecho a vivir entre nosotros como judíos. Los gobernantes laicos que les siguieron habían proclamado: no tenéis derecho a vivir entre nosotros. Los nazis alemanes decretaron finalmente: no tenéis derecho a vivir.
>
> Hilberg, 1990, Vol. I: 15

En tres frases, Hilberg condensa el recorrido de siglos. Durante el periodo imperial, los antisemitas se limitaron a proponer medidas como la expulsión de los judíos, la retirada de la ciudadanía alemana o, en todo caso, su declaración como ciudadanos de segunda clase. Sin embargo, su odio rara vez se manifestó de forma violenta; física, queremos decir. La llegada de la democracia a suelo alemán con la proclamación de la República de Weimar estrechó el margen para discursos segregacionistas de este tenor. En la década de 1920 había censados unos 560.000 judíos en Alemania, menos de un 1% de la población; Berlín contaba con 170.000 habitantes de esa adscripción, algo más del 30% de todos los judíos del país y alrededor del 4% de la población de la ciudad. No es casualidad que el movimiento social y político antisemita viera allí la luz. A gran distancia en cuanto a población judía seguían ciudades como Breslau (23.000) y Colonia (16.000). Para entonces la semilla de lo que habría de venir ya estaba sembrada; cuando se carga en forma de discurso el odio a un grupo social, no suele faltar quien proponga pasar de las palabras a los hechos.

En Alemania ese alguien fueron los nacionalsocialistas. La irrupción del NSDAP en el escenario político introdujo una nueva dimensión en el odio a los judíos, indisociable de su odio a la «república judía», a los judíos traidores responsables de la «puñalada por la espalda» plasmada en el Tratado de Versalles y a los judíos cabecillas de los ensayos revolucionarios en el país tras el fin de la contienda bélica, siempre según su particular

visión. De su mano, lejos de diluirse por sí solo el carácter letal del veneno antisemita, como con cierta ingenuidad había confiado Mommsen, los nazis lo inocularon en el tejido social hasta llegar a implementar unas políticas que encabezan el mayor capítulo de las ignominias de la historia: el Holocausto.

Cuando el NSDAP nació en Múnich en febrero de 1920, la ciudad tenía 666.000 habitantes, de los que 10.000 eran judíos, un 1,5%. Desde ese momento se hizo notoria la amenaza de agresiones físicas en la calle que pesaba sobre estos por obra y gracia de la organización paramilitar del movimiento. Ante esta eventualidad, algunos optaron por cubrirse la cabeza con sombreros para cumplir con la prescripción ritual sin por ello llamar la atención, especialmente si transitaban por lugares que los nazis estigmatizaban como de especial presencia de judíos. Tratándose de un movimiento en cuyo epicentro doctrinal figuraba un antisemitismo visceral e irrestricto, la animadversión hacia sus conciudadanos de ese origen se dejó sentir desde su mismo momento fundacional. Los nazis no eran los únicos ni los primeros que abrigaron aviesas intenciones contra ellos, como demuestra el hecho de que ya en noviembre de 1919 la comunidad judía de la ciudad solicitase protección a la policía frente a quienes les hacían responsables del desenlace de la guerra y de sus consecuencias, hasta el punto de que las autoridades temieron que se desencadenasen pogromos. El filólogo Victor Klemperer, que por esas fechas intentaba abrirse un hueco en la universidad de Múnich, se hace eco en sus memorias relativas al ensayo revolucionario que allí discurrió en 1918-1919, de lo extendidos que estaban los prejuicios antisemitas en los círculos universitarios e intelectuales: «La verdad es que los judíos no lo tienen aquí [en Múnich] mejor que en Prusia. Comparten con ellos la suerte de ser los culpables de todo» (2015: 115). Un año después de que Klemperer consignase esta reflexión, en abril de 1920, el gobierno bávaro ordenó la expulsión inmediata de los judíos del Este recién llegados, que antes fueron internados en un (así denominado entonces) «campo de concentración» *(Konzentrationslager)* sito en la ciudad de Ingolstadt. El gobierno prusiano siguió pronto la estela. Su responsable de interior, el socialdemócrata Carl Severing, abrió a comienzos de 1921 dos campos para judíos del Este, uno

en Cottbus-Sielow, el otro en Stargard, ambos clausurados dos años más tarde. Se estima que unos 160.000 judíos llegaron en la inmediata posguerra a Alemania desde Polonia y Rusia. La medida encontró amplia aprobación entre la población, también entre los judíos alemanes asimilados que veían en los recién llegados el cliché que durante generaciones ellos mismos habían intentado sacudirse. El escritor Joseph Roth, él mismo de origen judío, se aventuró en 1920 en el barrio berlinés donde se asentaban los recién llegados, en el Scheunenviertel, al lado de Alexanderplatz. Sus comentarios son expresivos de la consideración en que muchos alemanes judíos, y muchos alemanes en general, tenían de los que acababan de llegar. Le pareció que las calles estaban pobladas por «figuras grotescas del Este» que reflejaban «mil años de dolor en sus rostros». Los varones arrastraban sus caftanes, mientras que las mujeres llevaban a sus hijos a la espalda «como si fuesen sacos de ropa sucia». Los judíos del Este le parecieron «una avalancha de desastre y suciedad, aumentando de tamaño y llegando de forma irresistible del Este a Alemania» (en Bienert, 1994: 74, 77, 78).

En este caldo de cultivo, en el medio año posterior a la fundación del NSDAP en febrero de 1920, de los 19 mítines en los que participó Hitler y de los que se tiene constancia, cuatro giraron alrededor de los judíos, publicitados con los siguientes rótulos: «Judaísmo», «El judío como dirigente obrero» y «¿Por qué somos antisemitas?», este último repetido en dos sesiones diferentes (en Deuerlein, 1959: 188-189). Con independencia del tema de la convocatoria, en las intervenciones públicas de Hitler había dos obsesiones recurrentes: el Tratado de Versalles y el judaísmo. En realidad el tema publicitado no importaba demasiado; cualquier ocasión era propicia para dirigir los ánimos contra los judíos. Arremetiendo contra ellos conseguía encender a una audiencia de por sí receptiva al discurso antisemita. La policía de Múnich había llegado a la conclusión de que Hitler era un «orador populista que apunta a fascinar a su audiencia y a inflamarla hasta atraerla a sus filas», tal y como demuestra el hecho de que, pese a la crisis económica del momento (había que pagar una entrada, a lo que se añadía el precio de la cerveza), sus intervenciones consiguiesen llenos totales. Hitler y los nazis supieron tocar la fibra sensible de la población, de

por sí impregnada de odio a los judíos, tal y como confirma un informe policial de octubre de 1922:

> Es un hecho incontrovertible que la idea del antisemitismo está arraigada en amplias capas de la clase media y del proletariado. Está claro que este movimiento [...] abundará en esta idea y que tiene futuro[57].

Los ejemplos de antisemitismo en esta fase incipiente del movimiento son incontables. Así, en un acto celebrado en la cervecería «Hofbräuhaus» el 24 de julio de 1920 ante un público estimado de 2.000 asistentes, Hitler proclamó: «¡Con los judíos no tenemos nada que negociar! Prefiero a 100 negros en la sala antes que a un judío (aplausos)» (en Phelps, 1963: 330). Dos meses después protagonizó otro mitin en el mismo escenario. En los carteles anunciadores se afirmaba que el Talmud era el origen del «odio y desprecio de los judíos contra todo lo humano». Acompañado de cinco personas de su mismo credo, el rabino Leo Bärwald se presentó en la cervecería e intentó hacer uso de la palabra. Osó así desafiar la prohibición que pesaba sobre los judíos de asistir a los mítines nazis, y lo acabó pagando. «Extranjero», le increparon. En la pausa, él y sus compañeros fueron empujados a golpes escaleras abajo y expulsados del recinto (Deuerlein, 1968: 124-126). Asimismo en la cervecería «Hofbräuhaus», y entre ambos actos referidos, Hitler pronunció un mitin dedicado de forma monográfica a agitar el odio a los judíos bajo el título de «¿Por qué somos antisemitas?». Fue el 13 de agosto, y el texto se conserva íntegro: 33 páginas mecanografiadas. El mitin transcurrió entre las 19:30 y las 22:30; Hitler usó algo más de dos horas para su perorata. Las más de 2.000 personas que llenaban la sala le escucharon atentamente, interrumpiéndole con gritos de «¡Bravo!» o «¡Muy bien!», con aplausos o con murmullos de aprobación. Así hasta en 58 ocasiones. Su discurso del odio no resultaba original en la época, pero sí efectivo en cargar las pilas del antisemitismo de la audiencia, que se sentía reforzada en sus prejuicios. Sus argumentos se alimentaban del pesebre del antisemitismo engordado en las décadas precedentes: los judíos no habían efectuado ninguna aportación sustancial a la cultura; eran conspiradores (los *Protocolos de los sabios de Sión* habían

aparecido publicados un año antes); eran unos apátridas, unos «nómadas» y parásitos que se aprovechaban del cuerpo ario alemán; el trabajo para ellos no era «un deber moral, sino en el mejor de los casos solo un medio en provecho propio»; eran además unos manipuladores que «colocan la así llamada autoridad de la mayoría de la masa en lugar de la autoridad de la razón porque saben que dicha mayoría baila a su son», pues para eso editan «más del 95% de los periódicos que se publican». La propuesta terapéutica era inmediata: «la expulsión de los judíos de nuestra nación» (en Phelps, 1968: 404, 414, 413 y 417, resp.). El mensaje último era claro: quien concurriese en diagnóstico y terapia, tenía alternativa: sumarse al NSDAP.

A base de repetirlo, sus acólitos aprendieron la lección. En septiembre de 1921, o sea, coincidiendo con la adopción de la denominación definitiva de la formación paramilitar nazi como SA, un informe policial se hizo eco de una resolución suya según la cual «en un acto público ningún judío hará uso de la palabra; si fuese el caso, entonces se reventará el acto»[58]. Nótese que el acto en cuestión ni siquiera tenía que ser suyo; daba igual quién fuese el organizador. Con independencia del contenido de su prédica, la mera intervención en público de un judío era motivo suficiente (también necesario) para encender a los nazis y reventar el acto.

El informe policial de una reunión celebrada por las SA la tarde-noche del 19 de octubre de 1921, con 75 asistentes, resulta bien elocuente de la fijación nacionalsocialista con los judíos. Casi una hora después de su inicio, a las 20:50, decidieron poner fin a la reunión y acudir juntos a la estación central de tren para recibir a su Führer, cuya llegada procedente de Viena estaba prevista para tres cuartos de hora más tarde. Antes se conjuraron para «apalear a todo judío que nos crucemos (gritos de ¡Heil! Aplausos)». En el camino cantaron «canciones patrióticas», a las que añadían el estribillo:

> El judío con pies planos
> y nariz ganchuda
> y pelo embrollado
> no tiene derecho a disfrutar de Alemania
> ¡échalo, échalo!

Como variante al final de las melodías también arremetieron contra otro de sus objetivos predilectos, la República de Weimar:

> No queremos ninguna república judía
> asco de república
> la república judía tiene la culpa.

Un ciudadano que les reprochó en la estación de tren su comportamiento incívico resultó «molido a palos». «Algunos judíos que se encontraban allí se esfumaron poco a poco», se ufanaron los matones. Resultó que Hitler se había apeado en una parada anterior. Los nazis deshicieron sus pasos a su encuentro. Entonces se cruzaron con una persona a quien, guiados por su apariencia, tomaron por judía: «¡Alto, vuelta! Hemos pillado a un judío. Fue rodeado de inmediato, pero resultó que no lo era, solo tenía la nariz ganchuda»[59]. Se trata del informe policial de la primera reunión de las SA de que existe constancia escrita. El decurso de este episodio es sintomático del miedo que difundieron los nazis entre los judíos; primero en Múnich, luego en el resto del país y, por fin, en los países bajo su yugo en la Segunda Guerra Mundial. Lo que empezó con agresiones de carácter más o menos venial acabó con las cámaras de gas. En sus balbuceos como movimiento, los judíos figuraron en el centro de sus obsesiones. En los momentos iniciales del movimiento, para estos ciudadanos resultaba especialmente peligroso cruzarse con nazis a la salida de sus mítines, reuniones o marchas. Más que de atentados premeditados contra ellos, se trataba de agresiones relativamente espontáneas. Todavía.

En la siguiente reunión de las SA en Múnich, celebrada una semana más tarde, los participantes martillearon su fijación con judíos. El informe policial reproduce las palabras de Hitler, quien, por cierto, acostumbraba a llegar tarde o a ausentarse antes de finalizar la reunión, quién sabe si para hacerse jalear en sus entradas y salidas y así engrosar su aura:

> No tenemos que echarlo todo a perder con la policía. En su fuero interno están de nuestro lado, porque también odian a los judíos [...] Para nosotros es un inconveniente que 100 hombres recorran las calles y rompan unos cientos de escaparates de judíos[60].

Comportarse de forma comedida frente a sus conciudadanos que resultaban ser judíos respondía, pues, única y exclusivamente a razones de oportunidad, para guardar las apariencias, con el único fin de no indisponerse con la policía. Con luz y taquígrafos no resultaba adecuado dar rienda suelta a su odio; sin embargo, por la puerta de atrás promovían el antisemitismo más desatado e irrestricto. Las autoridades del país estaban perfectamente al corriente: «El NSDAP es un grupo con marcadas tendencias antisemitas», según recogía un informe oficial de enero de 1922[61].

Una década después el panorama era muy otro. El NSDAP ya no era aquella fuerza política que pujaba por abrirse paso en el convulso panorama de Múnich, sino la segunda fuerza política del país con el 18,3% de los votos, solo por detrás del SPD (24,5%), según los resultados de las elecciones al Reichstag celebradas en septiembre de 1930. Se sentían seguros de sí mismos; no reparaban en violencia cuando se trataba de demostrar ante comunistas, autoridades y la opinión pública en general, que estaban dispuestos a todo por el dominio de la calle, la antesala a la conquista del estado. La comunidad judía fue una víctima más de esta disposición. Ya no era preciso privarse de romper unos escaparates ni de romperles la cara a unos cuantos judíos por miedo a las consecuencias que ello pudiera acarrear.

Los judíos (o, para los efectos, los que así se lo parecían) eran objeto de acoso por parte de los nazis, que no se ahorraban señales y mamporros para transmitirles que eran extraños sociales, elementos sobrantes en su «comunidad nacional» según líneas raciales. El intento (de momento eso, solo un intento) por expulsarles del ámbito de obligación moral durante la República de Weimar fue implacable. Afectaba a su cotidianidad en los entornos más diversos: en el trabajo, en la escuela o en las actividades de ocio. En estas y otras esferas eran víctimas de insultos y vejaciones, pero también de agresiones físicas. Veamos un par de ejemplos de baja intensidad violenta, bien que sintomáticos, entresacados del día a día para los judíos en la capital del país.

En junio de 1930 un grupo de nazis irrumpió en Wannsee, un lago con zona de baños que servía (y sirve) como zona de esparcimiento de los

berlineses. Gracias a la pregunta que un parlamentario socialdemócrata dirigió al ministro prusiano del Interior, a las noticias de prensa y al informe policial al efecto, conocemos con cierta precisión lo ocurrido, una muestra más del matonismo irrestricto de los nacionalsocialistas. Los hechos, en dos fases, discurrieron del modo siguiente. El domingo día 15 de dicho mes hizo acto de presencia en el recinto un grupo de entre 12 y 15 nazis cantando canciones del partido y portando un banderín con la esvástica. En esos momentos pesaba una prohibición de exhibir su enseña en la esfera pública. Bañistas con «apariencia» judía fueron molestados y agredidos. Los nazis no atendieron a las indicaciones de los miembros del servicio de orden del lago, por lo que los «esvásticos» (*Hakenkreuzler,* que así se les conocía entre sus detractores) acabaron siendo expulsados del recinto. Juraron revancha. Cumplieron su palabra el mediodía del domingo siguiente. Un grupo integrado por unas 30 personas, los reincidentes y sus acólitos, regresó para dar continuidad a su provocación. No olvidaron su banderín con la esvástica, tampoco izar una bandera con símbolo idéntico. Gritaron «¡Fuera judíos de Wannsee!» o «¡Al judío hay que matarlo, es vago y no quiere trabajar!». Un ciudadano que se les enfrentó fue esperado a la salida del recinto, perseguido y agredido. Otro se defendió y arreó un puñetazo a un nazi. La policía, que desde la semana anterior había apostado diez efectivos en Wannsee en previsión de altercados, procedió a arrestar a los implicados[62].

En la calle, en el trabajo o disfrutando del tiempo de ocio, los judíos estaban en el punto de mira permanente de los antisemitas irredentos que eran los nazis. También mientras estudiaban. En enero de 1932, el rector de la universidad de Berlín decretó su cierre después de que un grupo de nazis estimado en unos 40 efectivos sembrase el terror en las instalaciones. Agredieron a varios miembros de una asociación de estudiantes judía al grito de «¡Judíos fuera!», «¡Judío, díñala!», y de los acordes de la canción «Cuando del cuchillo brota sangre judía, todo va bien». Estudiantes republicanos y comunistas también fueron víctimas del sinsentido nazi. No se trató, pues, de un acto exclusivamente antisemita[63].

Los sucesos acaecidos en los «tumultos de Kurfürsterdamm» en Berlín son una magnífica prueba de la suerte que esperaba a los judíos el día en

que los nazis se hiciesen con las riendas del país. Los episodios anteriores en el lago y en la universidad fueron actos de matonismo con coartada antisemita. Lo allí ocurrido en 1931 fue un acto dirigido a humillar a ciudadanos alemanes judíos por el hecho de serlo, o de parecerlo, según venimos insinuando y tendremos ocasión de comprobar en breve. Fue un acto contra ellos en primera y última instancia.

Kurfürstendamm (Ku'damm para los berlineses) es una céntrica avenida ubicada en el distrito de Charlottenburg. Su entorno, entonces como hoy, estaba poblado de establecimientos comerciales, grandes almacenes, teatros y cafés. Muchos de sus propietarios eran judíos; una porción sustancial de sus habitantes también. Según el censo de 1932, estos representaban el 16,8% de los habitantes del distrito, pero en el entorno de Kurfürstendam eran más, alrededor de un 25%. En su inmensa mayoría se trataba de judíos asimilados y de clase media-alta y alta: empresarios, banqueros, médicos, abogados, artistas. Los nazis se referían a la zona como un «gueto judío lujoso», la «Suiza judía», cuando no como la «nueva Jerusalén». Goebbels, un maestro a la hora de condensar en personas o lugares concretos el objeto de su odio, puso en su punto de mira a Kurfürstendamm desde que se hizo con las riendas del movimiento en la capital en noviembre de 1926 y arrancó «la lucha por Berlín». No era raro que sus fuerzas de choque abofeteasen allí a miembros de esa «horda de filibusteros asiáticos», como los denominó en una ocasión desde las páginas de su periódico (*Der Angriff,* 28-XI-1927). De hecho, para las SA berlinesas insultar y agredir a paseantes en Ku'damm los domingos era una especie de macabro «deporte» del que existían numerosos precedentes.

Lo que provocaron los nazis en Ku'damm el 12 de septiembre de 1931 fue algo más que un reparto de bofetadas[64]. La crisis económica de 1929 puso al capital —según su terminología— «depredador» judío (frente al ario «productivo») en el disparadero de los nacionalsocialistas. La celebración del Año Nuevo judío o Rosh Hashana ofreció la oportunidad inmediata para desatar su odio. Entre 500 y 1.000 «militantes y simpatizantes» del NSDAP integrados en al menos 13 grupos de las SA de la capital, secundados por varios miembros de la Stahlhelm, la fuerza paramilitar conservadora y asimismo antisemita que se disolvió en el

movimiento nazi cuando este alcanzó el poder, arrancaron la batida hacia las 19:30 en la Gedächtniskirche, la Iglesia del Recuerdo. Algunos portaban distintivos que revelaban su pertenencia: chalecos, pantalones y camisas pardas. Pesaba una prohibición de uniformes de las SA, pero llevar prendas sueltas encima dificultaba cualquier acusación. Los comandaban Wolf-Heinrich Graf von Helldorf, desde principios de agosto anterior, máximo responsable de las SA en Berlín, y su lugarteniente Karl Ernst. También estaba presente Wilhelm Brandt, un responsable de la Stahlhelm del distrito de Charlottenburg. Al cabo, en 1932, Von Helldorf fue nombrado presidente de la fracción parlamentaria del NSDAP en el parlamento de Prusia, donde tenía acta de diputado desde 1924. Tras el ascenso nazi al poder, en marzo de 1933, ejerció como responsable de la policía de Potsdam; a partir de julio de 1935 desempeñó la misma función en Berlín. Acabó ejecutado en 1944 por su supuesta participación en la conspiración para atentar contra Hitler el 20 de julio de ese mismo año. Ernst fue purgado en la «Noche de los cuchillos largos», en el ajuste de cuentas en las filas de las SA que tuvo lugar en julio de 1934 y que acabó con la vida, entre otros, de su entonces máximo responsable, Ernst Röhm.

La fecha escogida (festividad judía), la zona (Ku'damm), la selección de víctimas (judíos o personas tomadas por tales) y los eslóganes que acompañaron no dejaban lugar a dudas de que se trataba de un acto antisemita planificado. Las sentencias judiciales emitidas al respecto así lo confirman.

En una calle anexa a Ku'damm, en la calle Fasanen, había una sinagoga, lo que facilitaba las cosas cuando de buscar víctimas se trataba. Hacia allí se dirigieron los alborotadores, abarcando a su paso las calles anexas a la caza de judíos. Judíos, o personas de «apariencia judía». Gritaban «¡Judío, díñala!», «¡Fuera judíos!», «¡Mata a los judíos!», «¡Estira la pata, carroña!», «¡Acaba con el perro judío», «¡Eres un maldito judío!», «¡Ahí va un pillo judío!», «¡Rameras judías!», «¡Sara, haz la maleta!» o coreaban los acordes de canciones antisemitas. Muchos de ellos iban armados: la policía se incautó de porras, palos, puños americanos, navajas y pistolas, si bien la mayoría de los damnificados lo fueron por puñetazos. El ataque fue coordinado por Von Helldorf y Ernst a bordo de un automóvil, desde el que

iban dando instrucciones a sus subordinados. La policía facilitó las cosas a los nazis:

> A las 8:45, cuando fue dada la señal para el inicio de los disturbios, no había ni un policía a la vista [...] Nos han llegado quejas generalizadas de que el pasado sábado las fuerzas policiales se desplegaron tarde, poco y mal.
>
> *Vossische Zeitung,* 14-IX-1931

El artículo no lleva firma, pero su autor bien podría ser Max Reiner, un periodista austriaco que trabajaba para dicho periódico. En sus memorias, redactadas en 1940 en Palestina, cuenta que se apresuró a acudir al lugar de los hechos poco después de acaecidos. La casualidad quiso que justo al día siguiente mantuviese una conversación privada e informal con Carl Severing, ministro prusiano del Interior y miembro del SPD. Reiner le transmitió su sospecha de que:

> [...] en la policía y el funcionariado reina una marcada simpatía hacia los nazis. Resulta sospechoso que la policía esté puntualmente informada de todo lo que pasa entre los comunistas, pero parecen no tener ni idea cuando los nazis entran en consideración.

Severing, continuó Reiner, no lo rebatió (en Richarz, 1982: 114).

Muchos de los agredidos, estimados en 30 o 40, eran judíos, pero no todos; bastaba con responder a los estereotipos que los nazis tenían de ellos para que fuesen víctimas de agresiones. Y erraron el puñetazo, claro; a menudo. Veamos algunos ejemplos. Hans Hecht, de 63 años, paseaba junto a su esposa por la Kurfürtenstrasse cuando escucharon a alguien gritar «¡Matad al judío!». La sentencia judicial se hizo eco de lo que siguió desde el momento en que buscaron refugio en un comercio:

> Cuando miraban a través del escaparate se les acercaron de la masa unos cinco hombres, de los cuales uno gritó: «Aquí tenemos a uno!» A continuación la testigo Hecht [la esposa de H. Hecht] echó a correr al

> grito de «¡Ayuda!» [...] recibió un fuerte golpe, intencionado, en la sien, quitándose entonces el sobrero para, mostrando su rubia cabellera, probar que no era ninguna judía.

La agresión que sufrió el asesor judicial Peter Derichsweiler fue de similar factura. Avanzaba por la calle Fasanen después de cenar cuando se cruzó con un grupo de entre 40 y 70 personas que avanzaban en formación. De poco le sirvió cambiar de acera, porque se topó con otro grupo, uno de cuyos integrantes le lanzó sin mayores preámbulos un puñetazo al rostro. Derichsweiler, de envergadura considerable, repelió la agresión, lo que solo le sirvió para que se abalanzasen sobre él más matones. Fue trasladado al hospital. El acta judicial dio fe de su estado: «no le quedó ninguna parte del cuerpo sana. El rostro estaba demacrado, los dientes sueltos, los pies sangrantes, el traje embadurnado de sangre». La víctima no solo no era judía; era miembro de una asociación dedicada a preservar la memoria de Albert Leo Schlageter, un activista de extrema derecha que fue ajusticiado por los franceses en 1923 por la comisión de atentados durante la ocupación de la cuenca del Ruhr y, por eso mismo, elevado a mártir en círculos ultranacionalistas y nazis. «Se trata de una prueba —rezaba la sentencia judicial— de la ceguera con que discurrieron las agresiones».

Una suerte parecida corrió Oskar Pauly. Estaba a la puerta del cine junto con una amiga, ya tenían las entradas compradas. Un grupo estimado en varios cientos de individuos pasó al lado en formación cerrada. Uno de sus integrantes, un adolescente, le espetó al paso: «¡No te rías!» Acto seguido Pauly recibió un puñetazo en la mandíbula que lo derribó. Al intentar ponerse en pie, fue rodeado por otros tres o cuatro miembros del grupo, quienes lo golpearon en la cabeza con una correa con un objeto metálico en el extremo. Pauly tenía una «tez oscura del sur de Alemania», pero no era judío. Tampoco lo era Oskar Möhring, a quien «sin duda los agresores han tomado por judío. De hecho, y a diferencia de su hermano Erich [que le acompañaba en los hechos], parece judío, aunque [...] no hay sangre judía en la familia». Los estereotipos y prejuicios que manejaban los jueces no eran tan distintos de los que tenían los nazis y, por lo demás, de los de amplios sectores conservadores de la sociedad alemana.

El café «Reimann», un local sencillo para los estándares de la zona, con buenos precios y frecuentado por artistas, estaba regentado por Walter Reimann, que no era judío. El café resultó pasto de las iras de los alborotadores. Un grupo de 25 o 30 vándalos destrozó mobiliario, vajilla, ceniceros y arrojó una silla contra el escaparate en un local repleto, causando daños estimados en 1.200 marcos, equivalente a dos tercios del salario medio anual de la época. No dejaron pasar la ocasión de agredir a varios clientes sentados en la terraza, ni de efectuar algunos disparos al techo, los únicos por lo demás que se produjeron en el curso de los disturbios de la jornada.

Judíos o no, la inmensa mayoría de los agredidos eran ciudadanos alemanes, aunque no todos. Un estudiante armenio fue golpeado a la salida de una reunión de compatriotas que había tenido lugar en un local de la zona. Le tomaron por judío. Un ciudadano indio fue asimismo vapuleado sin mediar palabra a la salida de un restaurante vegetariano.

La policía hizo por fin acto de presencia a las 21:15. Demasiado tarde. Para entonces los nazis ya habían sembrado el pánico en la zona. En la mayor parte de los casos causaron daños físicos por puñetazos y patadas, en ningún caso por uso de armas de fuego o navajas. La prensa independiente habló de «excesos vergonzantes», de «pogromo de judíos», de «vergüenza cultural». El diario *Vossische Zeitung* (14-IX-1931) exigió la adopción de medidas contundentes para preservar la reputación de la ciudad en la comunidad internacional. La prensa nacionalsocialista, por su parte, justificó el ataque en la pluma de uno de los abogados defensores de los encausados, Hans Frank:

> [era] motivo de alegría que jóvenes alemanes en indignación justificada vayan a Kurfürstendamm en el año nuevo judío, rompan los escaparates de los templos de las rameras y, en auténtica ira cristiana, castiguen a la gentuza judía y de otro tipo en estos nidos de corrupción. Cualquier nación se alegraría a buen seguro de albergar a una juventud tan sana que se defiende contra una carga y bajeza anticristiana tal.

VB, 29-IX-31

Frank fue fundador en 1933 de la Academia Alemana del Derecho, de la que ejerció como presidente entre 1934 y 1942. En su introducción al *Manual Nacionalsocialista de Derecho y Legislación,* de 1935, delimitó los objetivos del derecho en el nuevo estado totalitario: «La preservación del pueblo alemán en un estado de derecho nacionalsocialista erigido sobre la doctrina del Führer y mediante la realización del programa nacionalsocialista». Para deslindar lo justo de lo injusto formuló un criterio inapelable, sobre todo cuando la decisión quedaba a su arbitrio: «Justo es todo lo que sirve al pueblo; injusto todo lo que le perjudica». Los judíos eran perniciosos para la vida pública del país; por eso había que extirparlos, empezando por el ámbito que en ese momento le competía, el derecho y la abogacía. De los 18.053 abogados en ejercicio que había en Alemania en 1933, seguía Frank, 2.900 eran judíos, que equivalía a un 16% del total (en Pauer-Studer y Fink, 2014: 141, 142 y 149). Frank fue el máximo responsable nazi de la Polonia ocupada durante toda la guerra, a continuación condenado a muerte en el proceso de Núremberg y ejecutado.

Las fuerzas del orden arrestaron a varias decenas de sospechosos, 33 de los cuales fueron llevados a juicio, casi todos miembros de las SA. El juicio se celebró mes y medio después de los hechos. 27 de los acusados fueron condenados en primera instancia por «perturbación del orden público de carácter político» a penas de cárcel comprendidas entre nueve meses (los más jóvenes de ellos, en razón de su edad) y un año y nueve meses en el caso más grave. Con la sentencia, el tribunal pretendía enviar un mensaje a la ciudadanía ante la proliferación de actos violentos:

> Si el invierno ha de servir para abrir una temporada de alborotos [...] es preciso transmitir a la población de Berlín a través de un tribunal prusiano que en ese caso el tribunal del estado se ve obligado a abrir la temporada con castigos que no son un juego de niños.

El 7 de noviembre siguiente, en juicio aparte, los principales encausado por los hechos, Von Helldorf, Ernst y Brandt, recibieron una condena de seis meses de prisión, los dos primeros, además, una multa de 100 marcos por perturbación del orden público y ofensas a un judío; otros dos implicados recibieron sendas sentencias de prisión de tres y cuatro meses. Todos

negaron la mayor. En contra de la conclusión recogida en la sentencia, según la cual los hechos habían sido preparados con antelación, Von Helldorf y Ernst sostuvieron que se acercaron al lugar de los hechos tan pronto tuvieron noticia de ellos con el fin de disuadir a las tropas de las SA para que se alejasen de los disturbios. Alejarse de algo que uno está causando es metafísicamente imposible, pero los jueces les dieron crédito:

> Cuando en el curso de una perturbación del orden público un padre ve a su hijo en mitad del grupo violento y se adentra en el alboroto para que dicho hijo deje de participar [...] entonces ese padre no puede ser castigado por perturbar el orden.

Los condenados recurrieron la sentencia. Su revisión dio lugar a una nueva sentencia, hecha pública en febrero de 1932 que dejó a las claras que, después de todo, las penas originales sí que tenían algo de juego de niños. Muchos de los condenados en primera instancia fueron absueltos; Von Helldorf y Ernst recibieron una multa de 100 marcos por injurias. Con todo, Goebbels puso el grito en el cielo:

> Uno vestía una camisa parda, otro había puesto en peligro la paz y seguridad públicas mostrando un símbolo del partido, un tercero había pegado una bofetada a un judío descarado y arrogante. Sin llamar la atención se les castigaba con penas draconianas. Seis meses era el mínimo a lo que eran condenados nuestros hombres de las SA por bagatelas ridículas.
>
> Goebbels, 1932: 217

En un ejemplo impagable de desvergüenza, la historia oficial de las SA en Berlín y Brandemburgo sostuvo que los culpables de la agresión fueron... los propios judíos: los SA se habrían limitado a sacudir «a algunos judíos descarados en comprensible irritación» (Engelbrechten, 1937: 183). Se limitaba así a replicar a Goebbels, que había justificado las agresiones nazis a judíos en el entorno de Ku’damm en una ocasión anterior diciendo: «un

par de hebreos descarados incapaces de contener su sucio pico recibieron unas bofetadas».

Hay un dato de trasfondo que no conviene pasar por alto a la hora de enmarcar el episodio. Tal y como declaró Von Helldorf, tras sufrir ocho muertos y 800 heridos en sus filas, las SA eran por esas fechas «una caldera de vapor a punto de estallar». Un miembro de las SA de Kreuzberg, Hermann Thielsch, había sido asesinado por comunistas solo tres días antes, lo cual, según la sentencia, habría «desatado los ánimos» clamando venganza (véase capítulo 7). De hecho, varios implicados confesaron que pensaban que el llamamiento que circuló por los *Sturmlokale* de la ciudad para acudir a Ku'damm era para participar en una marcha de protesta por su muerte. Brandt, por ejemplo, en la revisión del proceso que le condenó a seis meses de cárcel, afirmó «que la rabia por el asesinato de Thielsch se descargó contra los líderes judíos responsables en una fiesta judía en Kurfürstendamm». Otro encausado, condenado a un año de prisión, era miembro de la Tropa de Asalto 24, la misma de Thielsch. En el *Sturmlokal* de dicha tropa, el «Zur Hochburg», supo unas horas antes de los hechos que iba a celebrarse una manifestación para llamar la atención sobre su asesinato. El semanario que editaba el Consejo Judío alemán recibió justo después de la muerte de Thielsch un escrito anónimo acusandoles de ser sus responsables: «¿Quiénes son los asesinos de los nacionalsocialistas, en especial de Thielsch? Ustedes y otra vez ustedes, que reciben de los judíos y de los grandes almacenes judíos miles y miles de marcos para dárselo a los comunistas y que la chusma asesina apuñale y asesine a los nazis»[65].

Como quiera que sea, con Thielsch como detonante o con independencia de él, lo cierto es que en el entorno nazi se tenía noticia de la convocatoria en Ku'damm. Tres miembros de las SA hicieron público un manifiesto por esas fechas mostrando su disconformidad por el modo en que sus líderes estaban gestionando el caso. Dirigiéndose a sus correligionarios, escribieron: «Sabéis que tres días antes de los disturbios era un secreto a voces que se iba a desarrollar una acción de las SA con motivo del Año Nuevo judío». En efecto, los días inmediatamente anteriores Goebbels y Von Helldorf habían acordado emprender alguna acción en Ku'damm coincidiendo con la festividad judía. Por cierto: preguntado en sede judicial

si tenía conocimiento previo de la marcha prevista, Goebbels se negó a responder. Fue condenado por ello a una multa de 500 marcos.

Los disturbios de Kurfürstendamm fueron el acto antisemita con protagonismo nazi más grave durante la República de Weimar. No constituyeron, sin embargo, el primer episodio de esta naturaleza y a esa escala. Antes se había escenificado otro igualmente grave, unas agresiones a judíos del Este de Europa en el Scheunenviertel el 5 y 6 de noviembre de 1923, también en Berlín. A diferencia de la población judía en Charlottenburg, perfectamente asimilada, los judíos del Este eran fácilmente reconocibles por sus caftanes, tirabuzones, barbas y sombreros. Llegados al país durante y después de la Primera Guerra Mundial, constituían una cuarta parte de la población judía de la ciudad. Se asentaban sobre todo en torno a la popular y céntrica Alexanderplatz, algo así como el Ku'damm de los judíos pobres en Berlín. Se trató de un acto de tinte inequívocamente antisemita, pero no lo protagonizaron los nazis, que a esas alturas no pasaban todavía de ser un fenómeno bávaro. Años después, el 13 de octubre de 1930, estos la emprendieron contra comercios judíos aprovechando la constitución del Reichstag. Sus 107 parlamentarios hicieron entrada en sede parlamentaria vistiendo la camisa parda, en un momento en que pesaba en Prusia la prohibición de exhibir uniformes políticos. En los alrededores se congregaron varios miles de seguidores, una parte de los cuales se dirigió hacia Potsdamerplatz y calles adyacentes, donde destrozaron los escaparates de negocios y grandes almacenes judíos. La policía detuvo a 103 personas, 39 de ellas miembros del NSDAP, otras 58 simpatizantes, dos miembros de la Stahlhelm y el resto sin adscripción definida. A diferencia de los disturbios de 1923, el protagonismo de los nazis fue claro; a diferencia de los altercados de Ku'damm, en esta ocasión no se produjeron daños personales, solo materiales.

Comparado con lo que estaba por venir, con la capitulación de la democracia en Alemania, las afrentas, humillaciones y agresiones sufridas hasta entonces por judíos en los espacios públicos de Múnich, Berlín y otros rincones del país no pasaron de ser una nota a pie de página de la historia de la infamia. Con todo, los sucesos de Ku'damm, ampliamente comentados y discutidos en la prensa del momento, desautorizan a quienes pretendieron

no haber tenido noticia del odio a los judíos reinante en las filas nazis antes de 1933. Fueron un preludio de lo que se avecinaba.

---

57 Staatsarchiv München (StA), LRA 109010. Monatliche Lageberichte der Polizeidirektion München, P. n.º 61, 9-XI-1922; P. n.º 77, 8-IX-1923; P. n.º 60, 13-X-1922.

58 StA, Polizei Direktion 6803, «Polizeidirektion, Abt. VI/N. München den 24.IX.21», p. 8.

59 StA, Polizei Direktion 6803, PND, n.º 317. Nationalsozialistische Deutsche Arbeiterpartei Sturmabteilung im Hotel Adelmann am 19.10.1921.

60 StA, Polizei Direktion 6803, PND, n.º 319. Versammlung der Nationalsozialisten —Sturmabteilung— im Rest. Adelmann, Isartorplatz, am 26.10.21.

61 Bayerisches Hauptstaatsarchiv (HStA), MA 101245-101246/2. Berichte des Reichskommisariats für öffentliche Ordnung (RKO), p. 15.

62 Geheimes Staatsarchiv (GStA), I. HA Rep 77, Tit. 4043, n.º 131. Ausschreitungen im Polizeibezirk Berlin, 1930-1931, pp. 6-11.

63 *Vossische Zeitung,* 22-I-1932 y 23-I-1932; *Deutsche Allgemeine Zeitung,* 22-I-1932; *Berliner Tageblatt,* 22-I-1932.

64 El relato recogido a continuación, citas incluidas, está extraído de las sentencias judiciales: Landesarchiv-Berlin (LABerlin) A Rep. 358-01, n.º 20, Bd. 1, 3 y 4.

65 *Central-Vereins-Zeitung* (CVZ), 12-I-1932.

CAPÍTULO 7

GUERRA CIVIL LATENTE EN ALEMANIA

La República de Weimar fue escribiendo día a día su acta de defunción hasta su colapso final en enero de 1933. Los movimientos políticos que le habían declarado su abierta enemistad, nazis y comunistas, la atenazaban por los extremos. A partir de finales de la década de 1920, ambos sumaban en cada elección nuevos votos a sus cuentas de resultados; también militantes y simpatizantes dispuestos a ocupar la calle por su causa respectiva, la regeneración nacional según líneas raciales o la revolución proletaria. Los enfrentamientos entre sus seguidores condujeron al país a una guerra civil latente, hasta que la tenaza acabó por romper el frágil hilo de la democracia en Alemania y los nazis se hicieron con las riendas del poder.

Cuando menos desde 1929 el clima guerracivilista era evidente para cualquier observador atento. Las autoridades tampoco se esforzaban en camuflar la gravedad de la situación. En un memorándum de ese mismo año, Carl Severing, entonces ministro de Interior del país, dibujó un panorama poco halagüeño: apenas discurría un día «en el que no se dispare, apalee o apuñale a adversarios políticos. El estado de la seguridad ciudadana ha alcanzado un punto mínimo deplorable, y desciende cada día más». Durante los años siguientes la situación se envenenó aún más si cabe. Albert Grzesinski, durante varios años ministro prusiano de Interior y luego máximo responsable de la policía en la capital, al igual que Severing socialdemócrata, fue categórico al respecto en julio de 1932, el momento álgido de la violencia política en Alemania: «Sí, hay que decirlo con rotundidad, de hecho hay una guerra civil en Alemania, una guerra civil latente».

Con variaciones locales y regionales en función del arraigo de los dos principales contendientes, la violencia extendía su manto sobre todo el país. Para Prusia disponemos de información oficial, bien que no sistemática. En la región más extensa y poblada de Alemania, con 38 millones de habitantes (o el 61,2% del total), solo entre enero y agosto de 1932 se produjeron 155 víctimas mortales en enfrentamientos de motivación política: 70 de ellas fueron nazis, 54 comunistas, 10 Reichsbanner y socialdemócratas, y 21 indeterminados. Los casos de disturbios políticos sin resultado de muerte que requirieron la actuación policial en la región fueron muchos más, claro indicador de la intensificación y grado de extensión de la violencia: en 1928 la policía intervino en un total de 318 ocasiones para restaurar el orden público; en 1929 ya fueron 579 veces; en 1930, 2.494; en 1931, 2.904; en 1932, antesala del colapso republicano, efectuó 5.296 intervenciones[66]. La intensificación de la violencia fue la antesala del colapso final de la república y, con ella, de la democracia en Alemania.

No existen datos oficiales de víctimas de la violencia para el conjunto de Alemania, pero sí estimaciones a partir de periódicos, memorias, informes y notas policiales elaboradas por un semanario independiente, *Die Welt am Montag* (12-X-1931). Tras constatar que «el terror como medio de discusión política se está erigiendo en Alemania en la marca de una cierta política de partido» y que se estaban imponiendo «el puño y la pistola en lugar del argumento persuasivo», el informe cifró en 437 muertos y 1.154 heridos las víctimas de la «lucha política de ideas» para el periodo comprendido entre enero de 1923 y julio de 1931. Si fijamos la atención en el perfil ideológico de los fallecidos a partir de 1929 obtenemos el siguiente balance: 108 muertos correspondieron a «radicales de izquierda» (sobre todo comunistas), 29 a «radicales de derecha» (en particular nazis), 8 a «organizaciones republicanas» (nutridas principalmente por socialdemócratas) y 10 a las fuerzas del orden. Más que en las cifras concretas, que no son congruentes con las aportadas por la policía prusiana recién mencionadas, nos interesa el balance final. A partir de 1929, concluía el semanario coincidiendo en este extremo con las máximas autoridades policiales prusianas, «arranca una era de guerra civil latente, una situación

organizada y promovida de forma consciente por ciertos grupos políticos y sociales en lucha por el control inmediato del poder».

Por lo demás, durante la República de Weimar se observó una severidad judicial distinta según los encausados fueran izquierdistas o nazis. Emil Julius Gumbel, un profesor de estadística de la universidad de Heidelberg, redactó dos informes sobre asesinatos políticos perpetrados por grupos paramilitares ultranacionalistas (los *Freikorps*) primero, y por los nazis después. El primero de ellos llevaba por título *Cuatro años de muerte política* (1922). En él aportó datos harto elocuentes: 22 asesinatos cometidos por activistas de izquierda, sobre todo comunistas, habían arrojado diez ejecuciones y penas de 15 años de promedio; 354 asesinatos cometidos por los *Freikorps* dieron como resultado penas medias de cuatro meses, y ninguna pena capital (Gumbel, 1922: 81). Su segundo informe, *Dejad rodar las cabezas. Asesinatos fascistas, 1924-1931* (1991 [1931]), estaba comisionado por la Liga Alemana por los Derechos Humanos y llegó a la siguiente conclusión, la misma que había alcanzado en su informe anterior: «Los tribunales son blandos con los nacionalsocialistas; los comunistas son condenados con todo el peso de la ley» (1991: 53). Los historiadores que han abundado en su funcionamiento tras la Primera Guerra Mundial coinciden con esta apreciación y caracterizan al sistema judicial durante la República de Weimar en general, y a los jueces en particular, como antidemocrático y antisemita.

Ningún escenario en Alemania como su capital para ilustrar el enconamiento callejero entre las dos cosmovisiones en liza más combativas, nazis y comunistas. Berlín era una ciudad con clara hegemonía de izquierdas, pero donde los nazis se abrían paso por momentos a partir de finales de la década de 1920, tal y como refleja su avance electoral (véase tabla 7.1).

TABLA 7.1 Resultados electorales al Reichstag en Berlín, 1928-1932 (%). Entre paréntesis, las cifras obtenidas en el conjunto del país.

	KPD	*NSDAP*	*SPD*	*Zentrum*	*DDP*	*DVP*	*DNVP*
20-V-1928	24,65 (10,62)	1,57 (2,63)	32,90 (29,76)	3,31 (12,07)	7,90 (4,90)	6,44 (8,71)	17,74 (14,25)

14-IX-1930	27,29 (13,13)	14,62 (18,33)	27,24 (24,53)	3,62 (11,81)	5,36 (3,78)	3,66 (4,75)	12,97 (7,03)
31-VII-1932	27,33 (14,56)	28,65 (37,36)	27,34 (21,58)	4,93 (12,44)	1,55 (1,01)	0,75 (1,18)	8,30 (5,93)
6-XI-1932	31,02 (16,86)	25,97 (33,09)	23,30 (20,44)	4,42 (11,93)	1,42 (0,95)	1,11 (1,86)	11,37 (8,66)

La estrategia pergeñada por Joseph Goebbels en la capital desde su llegada en 1926 pasaba por aumentar la cuenta de resultados del NSDAP en los comicios electorales, pero también por la conquista de la calle por obra y gracia de las SA; es decir, por simultanear la lucha electoral con la callejera mediante las movilizaciones y otras actividades de propaganda. En su ruta hacia el poder, la conquista de la calle era la antesala del control del Estado. Claro que no todas las calles tenían el mismo valor estratégico:

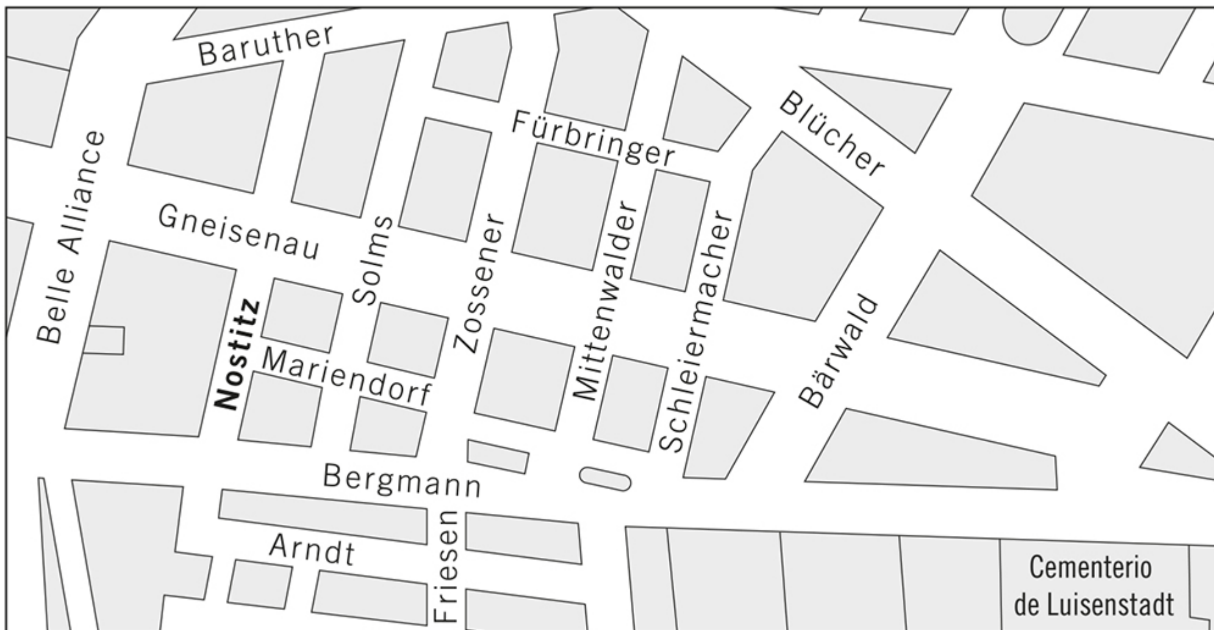
> La lucha por la capital abre siempre un capítulo especial en la historia de los movimientos revolucionarios [...] Es el centro de las fuerzas políticas, espirituales, económicas y culturales del país. De ella irradia su fuerza a las provincias; ninguna ciudad, ningún pueblo permanece inmutable.
>
> Goebbels, 1932: 11

Los protagonistas directos de la violencia política en climas guerracivilistas acostumbran a vivir puerta con puerta. También en Alemania. Unos y otros, nazis y comunistas, vivían a la vuelta de la esquina, cuando no en el mismo edificio. Interactuaban a diario en la calle, en las tiendas, en los colegios e institutos, usaban las mismas estaciones de metro o paradas de tranvía, se enzarzaban en trifulcas y, en un clima cainita desbocado en el que quien pensaba de forma diferente era tachado de enemigo, en algunos casos también se mataban entre sí.

La violencia desatada alrededor de la calle Nostitz, en el distrito berlinés de Kreuzberg, resulta elocuente del clima de guerra civil que asolaba al país (véase mapa 7.1). Su estudio ilustra la cotidianidad de la violencia durante

los años terminales de la República de Weimar y el enconamiento entre vecinos en un círculo vicioso y letal.

MAPA 7.1 Barrio Nostitz en Berlín-Kreuzberg



Durante la década de 1920, la policía consideró a la calle Nostitz como «de especial concentración comunista»[67]. Allí se celebraban las festividades del 1 de mayo, del 7 de noviembre, aniversario de la revolución soviética, y del 11 de enero, aniversario de los asesinatos en 1919 de Karl Liebknecht y Rosa Luxemburgo; allí también ondeaban banderas y pancartas con la hoz y el martillo, pero nunca la esvástica. En el curso de diez meses, en sus aledaños cayeron abatidos dos miembros de las SA, Hermann Thielsch, en septiembre de 1931, y Helmut Köster, en junio del año siguiente.

Thielsch residía en la calle Friesen, en las inmediaciones del lugar donde resultó abatido. Trabajaba como mecánico de automóviles y, en un contexto de profunda crisis económica y elevadas cifras de paro espoleadas por la depresión mundial, era el único sostén de su familia, padre y madre, con quienes vivía. Apenas dos años después, en 1933 —pero nos sirve a modo de orientación—, el paro afectaba en Kreuzberg a un total de 64.722 personas (42.693 hombres y 22.029 mujeres), un 34% de la población

activa y un 50% entre los jóvenes; en el conjunto de la capital la tasa de desempleo general era de un 29,8% (o 675.096 personas: 464.126 varones y 210.970 mujeres), y un 63% si se consideraba únicamente a los jóvenes. En cuanto a oficio y nivel de cualificación profesional su perfil se ajustaba al de los activistas de las SA en la capital. También su edad, 21 años, le convertía en prototípico de las fuerzas paramilitares nazis. Era uno de los casi 3.500 efectivos con que contaban las SA en Berlín en esas fechas, según sus propios cómputos (aunque a la altura de noviembre ya sumaban 4.024). Era miembro de una de las 3.000 Tropas de Asalto que había en esos momentos en Alemania[68].

La muerte de los SA vino precedida por una serie de enfrentamientos *in crescendo* en el entorno de la calle Nostitz. Los archivos documentan apedreamientos, peleas, disparos... hasta alcanzar el resultado de muerte en dos ocasiones en menos de un año. La primera ocurrió la noche del 9 de septiembre. Hermann Thielsch prestaba servicio de vigilancia en la puerta del *Sturmlokal* «Zur Hochburg» [La fortaleza], que servía de sede de la Tropa de Asalto 24 y estaba sito en una esquina de las calles Gneisenau y Solms. La frecuencia e intensidad de los actos violentos hacía recomendable adoptar medidas de carácter preventivo en la puerta del local de reunión «cada noche al ponerse el sol» (*Der Angriff,* 10-IX-1931). Lo habitual era que esta misión la desempeñase una pareja de SA, que se iba turnando con otras subsiguientes según una cadencia preestablecida. Durante el servicio regía una estricta prohibición de fumar y beber[69]. Lo peligroso de la situación no eran ensoñaciones nazis, sino el día a día en las zonas más conflictivas de la ciudad, donde nazis y comunistas se enzarzaban a diario en una dura pugna por el dominio del espacio urbano. De hecho «Zur Hochburg» ya había sido atacado con anterioridad en varias ocasiones[70].

Desde las 21:30 de esa noche el turno de vigilancia correspondía a Thielsch y Karl Seelig. Sus dos correligionarios precedentes en esa tarea se habían percatado de una serie de movimientos sospechosos alrededor del local por parte de un número indeterminado de personas, una de las cuales había levantado sus sospechas porque, según declararon a la policía, intentaba atisbar su interior cada vez que se abría la puerta[71]. En el

momento de los hechos, dentro del «Zur Hochburg» se encontraba departiendo un grupo de parroquianos, entre 12 y 15 según estimaciones de testigos presenciales, disfrutando de unas cervezas tras una jornada de dedicación a la causa. Ese día diferentes unidades de las SA habían prestado servicio de orden en las seis concentraciones de parados convocadas por los nazis en la capital. A la Tropa de Asalto 24 le había correspondido desplegarse en una sala ubicada en las cercanías, por lo demás escenario habitual de mítines comunistas, añadiendo así un ingrediente más a su estrategia de la provocación permanente. Una vez finalizada su misión, dirigieron sus pasos a «Zur Hochburg», que desde hacía solo tres semanas servía como lugar de reunión de la Tropa 24[72].

Según fuentes nazis, Thielsch se encontraba junto a Seelig prestando guardia en la entrada del local cuando vio cruzar la calle y dirigirse hacia el local a «una horda de ocho comunistas» (*Der Angriff,* 10-IX-1931). En realidad los informes policiales, basados en declaraciones tomadas a testigos presenciales y a sospechosos, hacen referencia a una cifra de entre 4 y 5 atacantes. La desproporción no es un elemento anecdótico. La exageración de los efectivos enemigos era un recurso sistemático en su propaganda. Merece la pena detenerse en este detalle aparentemente menor de su confección a medida de los altercados con enemigos políticos, pero que tiene una relevancia indudable. Mentían al respecto para tocar la fibra emocional de la opinión pública y despertar en ella un sentimiento de piedad con un sufriente que era sistemáticamente atacado y asesinado por su abnegada dedicación a la patria. Sin ánimo de exhaustividad, algunos casos espigados de publicaciones nazis ilustran este patrón.

Rudolf von Henke falleció el 1 de julio de 1924 al ser atacado por tres comunistas cuando regresaba a casa (Weberstedt y Langner, 1935: 59). Es la relación de asimetría más baja que hemos podido encontrar en la literatura nazi, quién sabe si porque a esas alturas, con su máximo líder encarcelado, el movimiento proscrito y Goebbels todavía sin entrar en escena, el troquel para forjar mártires no estaba del todo perfilado. Franz Kortyka, por su parte, falleció como consecuencia de un disparo el 8 de junio de 1926 cuando, en compañía de otros dos correligionarios, fue atacado por «50 comunistas, miembros del Reichsbanner e insurgentes

polacos [el ataque tuvo lugar en Silesia Superior, entonces territorio alemán]» (*Ibid.:* 63). Hans Georg Kütemeyer, el primer mártir nazi caído en Berlín desde que Goebbels se hizo con las riendas del partido en la capital en noviembre de 1926, fue atacado de noche cuando se dirigía a casa y arrojado a un canal por 22 trabajadores de la construcción de filiación comunista tras asistir a un mitin de Hitler y luego celebrarlo con sus camaradas en un local del partido (*Der Angriff,* 26-XI-1928). De acuerdo con la versión policial, Kütemeyer se cayó al canal bien entrada la noche y se había ahogado como consecuencia del exceso de bebida ingerida en el curso de la celebración del acto de Hitler. El máximo responsable de esta hipótesis habría sido el jefe de la policía de Berlín, Bernhard Weiss, «el hijo de un jefe de sinagoga» (su padre era el presidente de una comunidad judía berlinesa) que contaría para su misión con la complicidad de la «prensa marxista-democrática-judía» (*Der Angriff,* 26-XI-1928; asimismo *Der Angriff,* 3-XII-1928). Weiss, miembro del centrista y liberal Deutsche Demokratische Partei (DDP) [Partido Democrático Alemán], era víctima de campañas regulares de difamación por parte de Goebbels, que se refería a él con el alias de «Isidor». Friedrich Meier murió el 8 de diciembre de 1929; «iba de regreso a casa junto con unos camaradas cuando, de repente, fueron atacados por 40 miembros del Reichsbanner al grito de '¡Muerte a los fascistas!'» (*VB,* 13-XII-1929). En el asesinato de Horst Wessel, fallecido el 23 de febrero de 1930 en Berlín y elevado a continuación por Goebbels a la condición de mártir por excelencia del panteón nacionalsocialista, habrían estado implicadas, de forma directa o indirecta, un total de 16 personas (Ewers, 1932: 215-216). Gerhard Bischof fue uno de los 30 nazis que hicieron frente a 300 «atacantes rojos»; murió el 28 de febrero de 1931 (Weberstedt y Langner, 1935: 101). Walter Blümel se dirigía junto con otros 14 compañeros a su local de reunión y fueron apedreados por unos 70 comunistas que les siguieron de cerca hasta que dos de ellos les dispararon, alcanzándole mortalmente; falleció el 2 de julio de 1931 (*VB,* 5/6-VII-1930). Bruno Schramm murió el 23 de enero de 1932; un policía, otro miembro de las SA y él mismo fueron atacados por unos 80 comunistas armados con porras y navajas (*VB,* 26-I-1932). El 9 de diciembre falleció Wilhelm Decker, uno de los 20 nazis que fueron atacados por 200 «vagos

rojos» (Weberstedt y Langner, 1935: 123). Por no convertir en interminable el listado: Walter Ufer, a la sazón responsable de prensa nazi de Dortmund-Eving, fue atacado el 24 de junio de 1932 por 40 comunistas, a consecuencia de cuyas heridas falleció dos semanas después (*Ibid.:* 161). La asimetría de la relación, se observará, progresa a menudo en múltiplos de diez.

Pero retomemos el caso de Thielsch. Los informes policiales ofrecen la siguiente relación de los hechos que acabaron con su vida[73]. Hacia las 21:50, un grupo de individuos cruzó la calle en dirección a «Zur Hochburg». Sin mediar palabra, uno de ellos efectuó varios disparos a quemarropa contra los SA apostados en la entrada, alcanzando a Thielsch en la cabeza y a Seelig a la altura del estómago, por lo que le fue extirpado un riñón. Ambos abandonaron su puesto precipitadamente e intentaron ponerse a salvo, pero Thielsch apenas avanzó 30 o 40 metros, hasta que se desplomó[74]. A continuación, los agresores subieron las escaleras del local que se encontraba elevado a una altura de un metro y medio de la calle, aproximadamente. Uno de ellos abrió la puerta y efectuó varios disparos al interior, a consecuencia de los cuales resultaron heridos Gerhard I. y Hermann A. Ambos eran vecinos de calles adyacentes y de 21 y 19 años de edad, respectivamente. Ninguno sufrió daños de consideración. Parece que la rápida reacción del tabernero, que apagó la luz tan pronto como se percató del cariz de los acontecimientos, consiguió evitar una masacre mayor. A continuación «la banda de rojos asesinos desapareció en la oscuridad» (*Der Angriff,* 10-IX-1931). Con cierta insistencia, los relatos retrospectivos desde las filas nazis sobre los años más crudos de lucha por el dominio de la calle subrayan que estos militantes sufrían ataques de los comunistas cuando regresaban al hogar por la noche, en plena oscuridad, después de haber cumplido con su «deber». Goebbels, una vez más, marca la pauta de este hilo argumentativo. Dramatizó del siguiente modo el día a día nazi en territorio enemigo: «No pasaba una noche sin que nuestros camaradas fuesen atacados por la turbamulta roja y ocasionalmente heridos graves a su regreso al hogar»; «al regreso de las reuniones, nuestros camaradas eran acuchillados y tiroteados con nocturnidad y en la oscuridad» (1932: 32, 59). La noche, la penumbra, el negro, son recursos

retóricos que emergen de forma recurrente asociados con los marxistas, que aprovechan la oscuridad para atacar a SA indefensos que regresan solos al hogar después de haber efectuado su contribución a la regeneración de Alemania participando en las actividades de su formación paramilitar: «En una noche gris de diciembre reina la niebla en las calles. En estas noches los SA saben que la 'comuna' [apelativo nazi para las izquierdas] acecha con la muerte» (Stelzner, 1938: 90). Este tracto de la propaganda y victimización nazis adoptó también forma lírica. Baldur von Schirach, entonces máximo dirigente de la Nationalsozialistischer Deutscher Studentenbund (NSDStB) [Liga de Estudiantes Nacionalsocialistas Alemanes] y después, ya instalado el régimen, de las Juventudes Hitlerianas (HJ), publicó el siguiente poema:

También hay muertos en nuestras filas
El que nos mataron ayer
No lo hemos llevado a la tumba
¡No!
El que asesinasteis ayer en la noche cobarde
En la oscura calle
Cuando comenzó el anochecer del día
¡Se ha despertado!

Der Angriff, 19-XII-1929

Una biografía novelada de Horst Wessel insistió en este recurso retórico activador de emociones. Hasta en diez ocasiones a lo largo de sus escasas cien páginas recurre al adjetivo «oscuro», la mayor parte de las veces ligado a actividades comunistas: «en las oscuras calles acechaba la muerte»; «en una oscura calle se cocía todo» o «en cuanto llegaba la noche, acechaba la muerte asesina a sus víctimas en las callejuelas oscuras» (Reitmann, 1933).

Según los cómputos nazis, Thielsch fue el tercer nazi fallecido en el conjunto del país en circunstancias violentas en el curso de cinco días (*VB,* 11-IX-1931), y el número 14 de todos los caídos en Berlín-Brandemburgo desde agosto de 1925 (Engelbrechten, 1937: 27). La prensa afín lo celebró como «un modelo para muchos», y no tardó nada en identificar a los responsables últimos del asesinato: «la morralla asesina judía de la plaza

Bülow» (*Der Angriff,* 10-IX-1931). En dicha plaza tenía su sede central el Partido Comunista de Alemania (KPD). Es la misma plaza que, al cabo de alcanzar el poder, fue rebautizada como Plaza Horst Wessel y, después de la formación de la República Democrática Alemana (y hasta hoy), como Plaza Rosa Luxemburgo. Es una muestra elocuente de las sucesivas políticas simbólicas a golpe de callejero por parte de regímenes sucesivos: nacionalsocialismo, comunismo prusiano y democracia liberal, en ese orden.

Los tres heridos en el ataque al «Zur Hochburg» procedían de las filas comunistas, de las que, desencantados, se habían pasado a las nazis. En ese hecho habría que buscar una de las razones inmediatas del ataque. Tal es al menos la sospecha de Seelig. Al día siguiente del ataque fue interrogado por la policía en el hospital y apuntó al escarmiento a los tránsfugas que se habían pasado a los nazis como la razón de la mortal agresión. Lo cierto es que durante los últimos años de la República de Weimar las fronteras entre ambos fueron fluidas. El tránsito de un movimiento a otro era una práctica relativamente habitual, sobre todo de los comunistas a los nazis. Al fin y al cabo, ambos compartían el lenguaje de la revolución y de la solidaridad, con la sustancial diferencia de que los comunistas las enmarcaban en términos internacionalistas en tanto que sus enemigos, los nazis, los volcaban en la *Volksgemeinschaft* o «comunidad nacional», una forma de solidaridad incompatible con una sociedad dividida en clases. De hecho, unos días antes, el 1 de septiembre, el propio Seelig había sido agredido por esta razón por su propio cuñado, miembro del KPD[75]. El envenenado clima político que se vivía en la calle tenía su correlato en los hogares, en el seno de las familias. Resulta imposible cuantificar la cifra de desertores de las filas comunistas y socialdemócratas que cambiaron de bando, pero las estimaciones disponibles nos permiten sostener que su frecuencia trascendía lo anecdótico. Con el fin de disuadir a otros comunistas que albergasen la intención de cambiarse de filas, los tránsfugas eran objeto de repetidas amenazas por parte de sus antiguos correligionarios, o eso al menos sostenía la propaganda nazi (*Der Angriff,* 10-IX-1931). Se trataba de un excipiente más en el envenenado clima de la época.

La policía ofreció una recompensa de 1.000 marcos por cualquier información que condujese a la detención de los implicados en los hechos[76]. Gracias a las pistas recabadas por esta vía, o a las conseguidas por sus propios medios, identificó pronto a los agresores. Todos ellos pertenecían a la Liga de Combatientes del Frente Rojo (RFB), la organización paramilitar comunista sobre la que pesaba una prohibición desde mayo de 1929. Habían preparado el ataque con unos días de antelación. Inmediatamente después de los hechos emprendieron la huida a la Unión Soviética, auxiliados por el Partido Comunista.

En el momento en que le fue transmitida la noticia de que Thielsch «se había reunido con el batallón de Horst Wessel» o, también en expresión habitual en medios nazis en circunstancias mortuorias de sus miembros, de que emprendiese el «último viaje», Goebbels se encontraba pronunciando un mitin en Wilmersdorf, otro distrito de Berlín. Cerró su intervención ante varios miles de personas con las siguientes palabras: «El programa de nuestro partido está escrito en los rostros de nuestros hombres de las SA vivos y muertos» (Engelbrechten, 1937: 183). Dos días después de la muerte de Thielsch, Goebbels decretó varias jornadas de luto en muestra de respeto y homenaje a la «víctima del terror bolchevique», un «alemán íntegro y trabajador socialista por el pan y la libertad de la nación alemana» (*Der Angriff,* 11-IX-1931). La regulación del luto recogía los siguientes pormenores:

1. La comunidad nacionalsocialista de Berlín respetará el luto por el camarada caído desde hoy [11 de septiembre] hasta el jueves día 15 de septiembre, inclusive. Los varones llevarán una corbata negra o un crespón negro en el brazo, las mujeres un lazo negro debajo del símbolo del partido.
2. En este plazo los camaradas del partido evitarán toda actividad pública al aire libre; tampoco acudirán a cines ni teatros.
3. La comunidad del partido al completo participará de forma decidida en los funerales por el camarada caído (se proporcionarán más detalles desde las páginas de *Der Angriff*).

La cobarde campaña de terror protagonizada por el KPD será respondida por nuestra parte con disciplina, rabia obstinada y dedicación creciente al trabajo.

¡No olvidamos nada!

De Angriff, 11-IX-1931

La muerte de Thielsch no apaciguó los ya de por sí encrespados ánimos en las filas nazis y comunistas en el barrio de Nostitz. El 10 de septiembre, al día siguiente de esta muerte, se produjeron varios incidentes, no ya en el distrito de Kreuzberg, tampoco en el marco que estamos contemplando del barrio de Nostitz, sino en la misma calle Solms, el escenario donde cayó abatido el joven SA.

El primer altercado ocurrió apenas unas horas después del asesinato de Thielsch. El aprendiz de tipógrafo de 16 años Gerhard S., con domicilio en la calle Bergmann, fue agredido por dos nazis. Esa calle era (aún lo es) una popular y populosa arteria del barrio, habitada entonces sobre todo por obreros que ocupaban viviendas de una y dos habitaciones. A las 7 de la mañana, Gerhard S. se dirigió a su lugar de trabajo acompañado de su amigo y vecino Fritz M. Portaba en la solapa una insignia de la Reichsbanner, el grupo paramilitar leal a la República dominado por los socialdemócratas. A la altura de la calle Solms dos personas, a quienes su indumentaria delataba como nazis, increparon a Gerhard S. Comoquiera que los interpelados no reaccionaron ante la provocación, uno de ellos se interpuso en el camino de Gerhard S. y le propinó un puñetazo en la mandíbula. El agresor, Karl G., afiliado al NSDAP y miembro de la Tropa de Asalto 24, era vecino de la calle Solms; el acompañante, Franz S., tenía su residencia en la calle Blücher, en las inmediaciones. Gerhard S. prosiguió su camino, lo que no acabó de apaciguar a Karl G., que le amenazó: «¡Sigue adelante, si no quieres que te meta un cuchillo entre las costillas!». No acabó ahí el episodio. Los dos nazis siguieron el paso de Gerhard S. desde un coche, hasta que Karl G. se apeó y le abordó de nuevo, esta vez provisto de la pata de una silla. No consiguió culminar su propósito e intentó huir en el coche en el que le esperaba su compañero. La veracidad

de la secuencia fue corroborada por un testigo que, además, resultó ser policía y consiguió retener a los autores de los hechos. El principal acusado declaró que actuó motivado por la rabia por el asesinato de su compañero de tropa la noche anterior[77].

Esa misma tarde la víctima fue el cobrador de tranvía Willy D. Había salido a pasear por la calle Gneisenau con sus dos hijos cuando, alrededor de las 17:30, se vio «enmarañado en una discusión política» con miembros del NSDAP. Uno de ellos efectuó un comentario sobre la muerte de Thielsch a escasos metros de donde se encontraban, a lo que Willy D. replicó que las molestias procedentes del local resultaban escandalosas y que habría que enseñar «verdaderos modales militares» a sus parroquianos. Alrededor se congregaron más personas, unas tomando partido por uno, otras por los otros. Una dotación policial puso fin a la discusión. Con los ánimos aparentemente apaciguados, a continuación Willy D. se encaminó a su domicilio en la calle Solms, pero fue seguido hasta la puerta por unos ocho o diez jóvenes. Allí le propinaron puñetazos y patearon hasta que, alarmados por el griterío de los niños, varios vecinos se percataron de lo que estaba ocurriendo. En ese momento los agresores emprendieron la huida hacia el local nazi. Willy D. consiguió auxilio policial, cifrado en seis efectivos. Se dirigió con ellos al *Sturmlokal,* frecuentado en esos momentos por unas 80 personas. En su interior identificó sin vacilar a dos de los autores de los hechos. Uno de ellos, de 19 años de edad, era vecino de la calle Nostitz; el segundo, asimismo de 19 años, vivía en la calle Zossener. Un tercer varón, de 21 años de edad y con domicilio en la calle Gneisenau, resultó detenido por desobediencia a la autoridad. Temeroso de las represalias, Willy D. retiró la denuncia de forma voluntaria, lo cual no fue suficiente para impedir que el caso llegase a los juzgados. Los dos primeros acusados fueron condenados a un mes de prisión cada uno, el tercero a 20 marcos de multa, sustituible por cuatro días de cárcel en caso de impago. La sentencia consideró la ausencia de antecedentes policiales de los encausados, el atenuante de excitación por los hechos acontecidos la víspera y su edad, lo cual les impedía «ser conscientes de la gravedad de los hechos», es decir, de los «actos de terror con trasfondo político»[78]. En los meses subsiguientes se repitieron los enfrentamientos con armas de fuego

entre nazis y comunistas, añadiendo nuevos eslabones a la cadena violenta hasta culminar el 22 de junio de 1932 con la muerte en el mismo barrio del también SA Helmut Köster[79].

El 18 de septiembre, Goebbels ofició de orador ante la tumba de Thielsch en el cementerio de Luisenstadt (véase capítulo 10). Formaba parte del guion que el máximo dirigente en la capital protagonizase los funerales de los caídos del movimiento. Fue conducido hasta allí desde la capilla «como un príncipe» (*Der Angriff,* 25-IX-1931). En las inmediaciones un grupo de comunistas intentó boicotear el acto, lo que irritó sobremanera a Goebbels: «La comuna silba y grita. Hay que poner fin a esta peste. Es nuestra primera misión» (2005: 2/II: 103. Entrada del 19 de septiembre). La tarde de la misma jornada tuvo lugar un acto político en el Sportpalast, escenario donde los nazis acostumbraban a celebrar sus actos de masas. Goebbels hizo entrada en el recinto secundado por los padres de Thielsch. El periodista español Antonio Bermúdez Cañete, presente en uno de esos actos en el Sportpalast con Goebbels como orador principal, destacó en una de sus crónicas el énfasis propio de la propaganda en las emociones: «A Goebbels le atrae su público como a una chica bonita el espejo [...] El cronista sufre lo indecible viendo a estos buenos nórdicos arrastrados hasta el delirio por un orador típicamente mediterráneo» (*El Debate,* 2-II-1935). Los asistentes, que abarrotaban el aforo, se pusieron en pie ante ellos y guardaron escrupuloso silencio en señal de respeto. Inmediatamente después sonaron por los altavoces fragmentos de la sinfonía *Heroica,* de Beethoven, y de la ópera *El ocaso de los dioses,* de Wagner. «La madre avanza ante la masa silenciosa agarrada a mi brazo. ¡Odio! ¡Rabia!» (2005: 2/II: 103. Entrada del 19 de septiembre). Se trata de la misma madre que, en nombre de la familia, dirigió poco después una carta a Goebbels expresando su profundo agradecimiento por la ayuda prestada y, de paso, mostrando su afección al mismo ideario por el que su hijo había sacrificado su vida:

> Si algo puede consolarme por el profundo dolor por la pérdida de mi único, amado y rubio hijo es el profundo dolor de los camaradas de las SA y las SS, la participación sincera de los camaradas del partido y los numerosos honores que han de preservar el recuerdo de nuestros

> queridos y sagrados muertos. Por todo ello, querido y venerado doctor, reciba usted de nuevo las gracias de todo corazón.
>
> Weberstedt y Langner, 1935: 118-119

La madre de Thielsch fue presentada por la propaganda nazi como modelo de esa madre alemana cuyos hijos caen por la causa de la redención nacional:

> Todas las madres, cuyos hijos también figuran en el ejército de soldados desconocidos, peregrinan a la tumba del fallecido, que cayó por todos nosotros. Mañana puede tratarse del hijo propio. Incontables madres lloran al muerto.
>
> *Der Angriff,* 25-IX-1931

La misma noche del entierro de Thielsch se reprodujeron los altercados en los aledaños del barrio de Nostitz. A la luz del informe policial y de las sentencias judiciales subsiguientes, los hechos discurrieron del modo siguiente. A las 23:45 del día 18 de septiembre de 1931, un grupo estimado en unos diez efectivos nazis retuvo a la altura de la calle Bergmann al joven aprendiz Kurt E. al sospechar que se trataba de un izquierdista. Lo cierto es que E. simpatizaba con los comunistas, igual de cierto que era de sobra conocido en el barrio: allí había vivido, y allí había ido a la escuela. El informe policial concluyó que «el ataque a E. estaba organizado». E. intentó huir de sus acosadores, uno de ellos un conocido suyo que se había pasado de los comunistas a los nazis, hasta que fue alcanzado en la calle Arndt. Allí se encontraba junto a su domicilio Hermann A., un chófer de 19 años en paro. A. había resultado herido de bala en el brazo en el mismo atentado a «Zur Hochburg» que costó la vida a Thielsch. De hecho, el día de los hechos por la mañana había participado en su funeral, y por la tarde-noche en el acto público celebrado en el Sportpalast; un cóctel emocional que alivió a la primera ocasión que se le presentó. Todavía llevaba el brazo vendado cuando se sumó a la paliza a E., a quien conocía personalmente porque había sido compañero de clase de su hermano. Tras el apaleamiento

dirigió sus pasos a «Zur Hochburg» para dar cuenta de lo sucedido. El juez consideró probado que A. participó activamente en los altercados, por lo que fue condenado a tres meses de prisión por perturbación del orden público, así como a hacerse cargo de las costas judiciales. La sentencia caracterizó los hechos como «una venganza por la muerte de Thielsch» si bien, y pese a su gravedad, descartó una pena superior «porque el acusado [...] se involucró en los hechos de forma inesperada, porque debido a la herida de bala sufrida y como consecuencia del entierro y acto funeral por su camarada se encontraba en un estado de excitación humanamente comprensible, y porque se vio envuelto en los desmanes guiado por un sentimiento de venganza». La pena fue ratificada en segunda instancia de apelación[80].

En un clima de inflación memorística como el que catalizaban los nazis para honrar a sus mártires, los aniversarios de la muerte de Thielsch sirvieron de detonante para el recuerdo, pero también los de su nacimiento. En el *Sturmlokal* donde ocurrieron los hechos fue colocada una placa conmemorativa que rezaba: «Hermann Thielsch, abatido a tiros por asesinos comunistas el 9 de septiembre de 1931, Tropa 24 de las SA (1/8)» (Engelbrechten y Volz, 1937: 180). Con motivo del primer aniversario de su muerte, y en presencia de Goebbels, fue levantado un monumento en el cementerio de Luisenstadt con la inscripción «Fiel y sin temor». El 30 de enero de 1935 apareció publicada una nota en *Der Angriff* dando cumplida cuenta de la efeméride del modo siguiente:

> Hoy, día de honor de la nación, estamos obligados a recordar especialmente a un camarada de nuestra larga lista de caídos: Hermann Thielsch, caído el 9 de septiembre de 1931, hubiese cumplido hoy 24 años de edad [...] Dejó su vida en la lucha por la conquista del distrito rojo de Kreuzberg.

Tal y como era práctica habitual en las filas nazis, la Tropa de Asalto 24 fue rebautizada en su honor como «Tropa de Asalto 24-Hermann Thielsch» mediante una disposición del propio Führer (Hitler, 1992, IV-2: 133). También según el guion nazi, aunque con una demora desacostumbrada para lo que solía ser habitual en su política de la memoria, el 20 de mayo de

1937 una calle de las inmediaciones al lugar de los hechos fue bautizada con su nombre *(Thielschufer),* en vigor hasta 1947. Una banda de música de las SA en la capital también adoptó su nombre. Todos estos ejemplos ilustran el modo nazi de perpetuar la memoria de sus mártires para difundir su ejemplo.

Las Tropas de Asalto fueron, junto con otras organizaciones paramilitares vinculadas con comunistas, socialdemócratas y conservadores, coprotagonistas de la guerra civil latente que se vivió en las calles alemanas con particular intensidad desde finales de la década de 1920, cuando los nazis se erigieron en una pieza clave del escenario político del país. Vecinos contra vecinos o —aunque no hemos abundado en ello aquí— hijos contra padres y hermanos contra hermanos, el caso es que la deshumanización de las relaciones comunitarias y familiares estuvo a la orden del día en este convulso periodo de la historia alemana que pavimentó el camino al poder de un movimiento brutal como pocos.

---

66 Geheimes Staatsarchiv (GStA), I. HA Rep. 77 Tit. 4043, n.º 122, pp. 259, 453-454. Ver asimismo: GStA, I. HA Rep. 77 Tit. 4043, n.º 120, pp. 98-101.

67 Landesarchiv-Berlin (LABerlin) A Rep. 358-01, n.º 8004, p. 209.

68 GStA I. HA Rep 77, Tit. 4043, n.º 311, pp. 37 y 543.

69 Bundesarchiv-Berlin (BArch-Berlin), NS 26, n.º 302, SABE n.º 10, 14-X-1926.

70 LABerlin-A Rep. 358-01, n.º 8005, pp. 3-14; LABerlin-A Rep. 358-01, n.º 186, p. 18.

71 LABerlin-A Rep. 358-01, n.º 8004, p. 10, 124.

72 Según declaración ante la policía de Paul Skubel, el tabernero de «Zur Hochburg»: LABerlin-A Rep. 358-01, n.º 8004, p. 124.

73 LABerlin-A Rep. 358-01, n.º 8004, pp. 209-211; LABerlin-A Rep. 358-01, n.º 8005, pp. 3-14.

74 LABerlin-A Rep. 358-01, n.º 8004, p. 124, 171.

75 LABerlin-A Rep. 358-01, n.º 8004, pp. 10d, 11.

76 *Ibid.,* p. 175.

77 LABerlin, A Rep. 358-01, n.º 186, pp. 17-18.

78 LABerlin, A Rep. 358-01, n.º 2614. Citas en pp. 15, 53 y 58, resp.

79 LABerlin, A Rep. 358-01, n.º 226; n.º 1669; n.º 2606.

80 LABerlin, A Rep 358-01, n.º 202. Citas en pp. 13, 47, 49-50.

CAPÍTULO 8

EL SISTEMA DE SEGUROS DE LAS SA

> El siglo de la seguridad se convirtió en la edad de oro de las compañías de seguros. La gente aseguraba su casa contra los incendios y los robos, los campos contra el granizo y las tempestades, el cuerpo contra accidentes y enfermedades; suscribía rentas vitalicias para la vejez y depositaba en la cuna de sus hijas una póliza para la futura dote. Finalmente incluso los obreros se organizaron, consiguieron un salario estable y seguridad social; el servicio doméstico ahorraba para un seguro de previsión para la vejez y pagaba su entierro por adelantado, a plazos. Sólo aquel que podía mirar al futuro sin preocupaciones gozaba con buen ánimo del presente.
>
> Stefan Zweig, 2001: 18-19

Cuando el escritor austriaco plasmó estas reflexiones en sus memorias, *El mundo de ayer,* estaba levantando acta de un hecho que el tiempo no haría sino agudizar: la necesidad que los individuos sentían (y sienten) de un colchón de seguridad para mejor hacer frente a las incertidumbres y contingencias inherentes a la vida moderna. Lo que no sospechó Zweig es que las compañías de seguros se pusiesen al servicio de la propagación de la violencia, o sea, de alimentar los peligros que acechaban a muchos ciudadanos alemanes, judíos o izquierdistas, por el mero hecho de pisar la calle. Paradojas del negocio en época turbulenta, en lugar de ser un mecanismo para reducir los riesgos de la existencia, los seguros también sirvieron para espolearlos. Gracias a los seguros de que se dotaron, los nazis pudieron involucrarse en acciones violentas con mayor tranquilidad.

Desde su surgimiento en 1920, las SA fueron un semillero de violencia. Batirse contra el enemigo les resultaba tan inherente como la camisa parda o el brazalete con la esvástica. Protegiendo actos propios o reventando los de marxistas, el enfrentamiento físico era una eventualidad con la que tenían que contar todos aquellos que nutrían sus filas; estaba grabado en su contrato de manera expresa. Quien se unía a ellos sabía de antemano a lo que se exponía. No hacían ningún secreto de ello, y se preparaban a conciencia a base de deporte (en particular boxeo y jiu-jitsu) y de formación paramilitar. Ya organizasen un mitin, escenificasen una marcha propagandística o celebrasen una reunión formal o informal en un *Sturmlokal,* sobre ellos pendía el riesgo de ser agredidos. Suerte idéntica, por lo demás, a la que corrían sus antagonistas políticos, según una lógica perversa de reciprocidad. Los nazis boicoteaban los actos organizados por comunistas y socialdemócratas, y agredían a sus militantes y simpatizantes en calles, mítines, salas y bares de reunión. Una suerte parecida pesaba sobre los judíos, objeto de agresiones y vejaciones sistemáticas y cotidianas. Bastaba con que un grupo de nazis en «acto de servicio» se cruzase en la calle con un ciudadano con apariencia judía para darle una «lección» y humillarlo en la vía pública.

Desde su nacimiento en Múnich en 1920, pero sobre todo en los años finales de la República de Weimar, entre 1929 y 1933, engrosar las SA era una empresa que entrañaba riesgos físicos y costes personales elevados. Para entonces los nacionalsocialistas ya eran un actor insoslayable del escenario político del país. Además del desempeño de labores de propaganda (repartir folletos, pegar carteles, vender periódicos, etc.), vigilar sus actos y reventar los de los enemigos era su razón de ser. Sus responsables eran conscientes de esta barrera a la participación que disuadía a activistas potenciales a comprometerse hasta las últimas consecuencias en las actividades del movimiento. El clima político turbulento de la época atraía a las formaciones paramilitares nazis y comunistas, las más combativas de todas las que pululaban por Alemania, a un amplio abanico de varones dispuestos al sacrificio de la propia vida, ni qué decir tiene a arrebatársela al enemigo.

Para atemperar los efectos paralizantes del miedo, la dirección de las SA diseñó un esquema de seguros para cubrir a los fieles a la causa en casos de percances ocurridos en el ejercicio de sus deberes de militantes. En el fondo, se trataba de una idea sencilla: rebajar las barreras al compromiso asegurando a sus activistas ante eventualidades como la muerte, lesiones o daños en la defensa de su causa. La estrategia de brutalidad y terror callejeros para hacer avanzar la «idea» se vio facilitada porque sus principales ejecutores, los hombres de las Tropas de Asalto, estaban cubiertos por un sofisticado sistema de seguros. Se trata de un aspecto que acompaña el auge del nazismo durante los últimos años de democracia en Alemania, que, sorprendentemente, apenas ha recibido atención por parte de los estudiosos del nacionalsocialismo en general, y de sus fuerzas paramilitares en particular. Es un elemento que ha permanecido en la sombra de la historia del ascenso nazi al poder. Urge, pues, su rescate para comprender cómo discurrió este y por qué se produjo.

Por adelantar los principales hitos del diseño asegurador nazi antes de enero de 1933: desde noviembre de 1926 hasta finales de 1928, los responsables del movimiento alcanzaron acuerdos consecutivos con dos aseguradoras, la Stuttgart-Berliner y Albingia. Entre enero de 1929 y febrero de 1930 se vivió una fase de transición presidida por un acuerdo con la Deutscher Ring. A continuación los nazis fundaron la Hilfskasse o «Caja de Auxilio» del NSDAP, que sobrevivió hasta el final del Tercer Reich, aunque con funciones redefinidas una vez estos alcanzaron el poder.

Hay indicios, aunque vagos, de que el primer esquema de seguros para miembros de las SA en actos de servicio surgió a iniciativa de la sección del distrito de Múnich-Giesing, la cuna del movimiento. Así al menos lo asegura —sin abundar en detalles— quien fuera su máximo responsable entre 1922 y 1928, Hans Zöberlein (véase capítulo 3). Desde ahí la idea de asegurar la violencia se habría hecho extensiva al conjunto de la formación paramilitar[81]. Con todo, la iniciativa de diseñar un sistema de seguros para cubrir a los miembros de las SA frente a daños provocados por su activismo no era del todo original en la época, pues contó con un precedente inmediato en sus aledaños ideológicos. La organización paramilitar Stahlhelm, nutrida principalmente por soldados licenciados tras la Primera

Guerra Mundial, señaló el camino. Fundada en diciembre de 1918 por el oficial en la reserva Franz Seldte, la Stahlhelm se bregó sofocando los ensayos revolucionarios desatados en el país emulando el ejemplo soviético. Era la fuerza paramilitar del derechista Deutschnationale Volkspartei (DNVP) [Partido Popular Nacional Alemán]; en su hoja de servicios figuraba proteger los actos públicos del partido. Era una organización de marcado carácter conservador, algo que en Alemania iba de la mano del nacionalismo y del antisemitismo; la nostalgia de la época imperial pesaba sobremanera en su ideario y práctica políticas.

La Stahlhelm se dotó de un sistema de seguros con cláusulas muy similares a las que al cabo tendrían las SA en su periplo por diferentes compañías aseguradoras, hasta que en 1930 estableció su propia sección de seguros dentro del partido, la «Caja de Auxilio». El contrato está fechado en marzo de 1926, y la Stahlhelm lo cerró con una compañía que luego colaboró con los nazis, la Deutscher Ring. Cubría los siguientes imponderables, previo pago por adelantado de una cuota mensual de 25 céntimos:

1) daños sufridos en la participación en actos organizados por la Stahlhelm cuya asistencia fuese obligatoria para los militantes según su pliego de compromisos, incluyendo los que tuviesen lugar en el viaje de ida y vuelta desde el domicilio hasta el lugar de celebración del acto;
2) daños sufridos en ataques contra sus miembros por su condición de tales, y
3) daños sufridos en disturbios y enfrentamientos.

La defunción se compensaba con 2.000 marcos; en caso de invalidez permanente la cuantía a percibir ascendía a 5.000 marcos, y por incapacidad laboral transitoria y día no trabajado, dos marcos. Por poner las cifras en contexto, en 1926 el salario medio anual en Alemania era de 1.642 marcos, o 137 al mes, y un ejemplar del reputado periódico *Vossische Zeitung* costaba 15 céntimos. El contrato suscrito entre la Stahlhelm y la Deutscher Ring contemplaba hasta la posibilidad de cubrir las banderas[82]. Tras la toma nazi del poder en 1933, la Stahlhelm se disolvió en las SA, igual, por

lo demás, que los parlamentarios del DNVP en el Reichstag se integraron en el NSDAP. Seldte se afilió al NSDAP en 1933, y fue ministro de Trabajo durante todo el Tercer Reich.

Hasta aquí los precedentes. La historia de los seguros de los activistas nazis arranca en el otoño de 1926, a la par que la reestructuración de las SA. En el curso de las primeras semanas al frente de la organización paramilitar a partir de su nombramiento el 1 de noviembre de dicho año, Franz Pfeffer von Salomon emitió una serie de directrices sobre temas tales como misión y funciones de las SA, su organización, estructura o la regulación de los uniformes. En la inmediata posguerra, Von Pfeffer fue integrante de los *Freikorps,* y después responsable del NSDAP en Westfalia. Se trata de las Ordenanzas de las SA, conocidas como SABE en su acrónimo alemán (SA-Befehle). El frenesí reglamentador de Von Pfeffer, con no menos de media docena de órdenes emitidas en sus dos primeras semanas en el cargo, cobraba sentido en el ánimo de Hitler tras su excarcelación por refundar el NSDAP y, en ese marco, por reestructurar las SA. El intento de alcanzar el poder por la vía insurreccional había fracasado; ahora se imponía la vía electoral. De acuerdo con la nueva estrategia, se trataba de forjar una tropa paramilitar apta para la lucha callejera y el cuerpo a cuerpo con el enemigo marxista.

La SABE número 5, hecha pública por Von Pfeffer el 5 de noviembre de 1926, se ocupaba íntegramente del tema de los seguros (véase Documento 5), y daba cuenta de la póliza colectiva de accidentes suscrita entre el NSDAP y una compañía aseguradora que, aunque no es mencionada expresamente, sabemos que se trata de la Stuttgart-Berliner. El contrato surtía efectos inmediatos para que «las intervenciones de las SA no se vean paralizadas por las indemnizaciones ulteriores a que den lugar». Dicho en otros términos: se trataba de que las actividades intrínsecamente violentas de las SA no se viesen frenadas por los daños y perjuicios que pudieran sufrir sus miembros en el curso de enfrentamientos con socialdemócratas o comunistas. La tarifa estándar contratada con la aseguradora ascendía a 20 céntimos al mes, pagaderos por adelantado en cada primera quincena, y daba derecho a las siguientes indemnizaciones, casi calcadas a las contempladas en el seguro de la Stahlhelm: 2.000 marcos por casos de

muerte; hasta 5.000 marcos por un 100% de invalidez, cifra que disminuía según el porcentaje tasado por los médicos; 3 marcos al día por baja (con la siguiente apostilla a modo de incentivo: con tres días que el asegurado esté de baja, recibe casi tanta compensación como lo desembolsado por la póliza en cuatro años); 10.000 marcos como máximo por responsabilidad civil por daños a objetos, incluidos autos y locales y, por último; hasta 100.000 marcos por responsabilidad civil frente a terceros. Eran objeto de cobertura los daños sufridos por los cotizantes al corriente del pago en las siguientes circunstancias: ataques atribuibles a la pertenencia al NSDAP; percances en actividades del NSDAP; daños sufridos en el camino de ida o de regreso a actos del partido, ya fuese a pie, en coche o en tren, o daños originados en el curso de ejercicios de tiro con armas de pequeño calibre. Como quiera que fuese, el SA afectado debía dar parte de los hechos a sus superiores en un plazo máximo de 14 días. Los responsables de los grupos de las SA eran los encargados de un registro con sus hombres al corriente de pago (nombre, apellido y domicilio), listado que debían remitir a la sede central de la formación paramilitar acompañado con las cuotas recaudadas[83].

Desde un principio, Von Pfeffer contempló la posibilidad de hacer extensiva la cobertura al resto de organizaciones sectoriales del movimiento, esto es: a los miembros del partido (incluyendo a las mujeres), de la organización nazi de estudiantes, de las Juventudes Hitlerianas y de la asociación nazi de mujeres[84]. Mientras que para las Tropas de Asalto la contratación del seguro se presentaba como obligatoria, pues obedecía al «deseo de Hitler», para el resto de miembros de organizaciones del movimiento tenía carácter voluntario. El aparato de propaganda justificó así el sentido de la iniciativa:

> El seguro de las SA indemniza a miembros del movimiento desde el momento en que dejan su domicilio para participar en actos, marchas y ejercicios del partido hasta el momento en que regresan de nuevo al hogar. Están asimismo asegurados por los perjuicios sufridos en actos de revancha o ataques debido a su pertenencia al NSDAP, aun cuando estos no se produzcan en acto de servicio[85].

Así pues, pese a que el sistema se denominaba «Seguros de las SA», estaba abierto a los integrantes del resto de organizaciones del movimiento.

De puertas para adentro los nazis eran más explícitos si cabe a la hora de justificar la necesidad de disfrutar de la cobertura. Así al menos se deduce de un escrito para consumo interno firmado por Von Pfeffer en el que, por lo demás, reconoce que la formación paramilitar no era meramente una fuerza defensiva y de propaganda, sino que también estaba destinada a boicotear actos del enemigo:

> Exigimos de los camaradas de nuestro partido la puesta a disposición de toda su persona. La lucha por la libertad implica conducir a los camaradas del partido a situaciones en las que cuerpo y vida corren riesgo, o en las que se pueden producir daños. Todo mitin electoral reventado, toda reunión pública amenazada por el terror marxista, acarrean un riesgo de esta naturaleza. En tiempos turbulentos el peligro se multiplica de forma fácil y repentina[86].

Fuese por desidia, desconocimiento o dificultades económicas, lo cierto es que muchos SA ignoraban el dictado, precisamente ellos, que eran los más expuestos a los peligros que acarreaba la primera fila de la «lucha por la calle». Los máximos responsables nazis, de Von Pfeffer a Hitler, no cejaron en recordar la obligación de estar al corriente de pago. En uno de esos recordatorios periódicos se especificaban las indemnizaciones a que daba derecho la póliza, y se informaba de la cantidad desembolsada por el seguro en el mes de enero de 1928, un total de 2.885,90 marcos, repartidos de la siguiente manera: un 20% en concepto de accidentes por resbalarse y golpearse en el camino de ida o al regreso de actos del partido; un 20% por lesiones sufridas en el curso de prácticas deportivas; un 52% por «actos de terror marxista»[87].

El acuerdo con la aseguradora Stuttgart-Berliner estuvo en vigor hasta mayo de 1927, medio año en total. Sin embargo, la proliferación de partes de daños lastró el negocio de forma irreversible, por lo que la compañía rescindió el contrato. Las cuotas habían sido calculadas para un colectivo asegurado de 40.000 hombres, cifra que, pese a sus reiterados esfuerzos impeliendo a sus activistas a suscribir el seguro, por ejemplo mediante

anuncios en la prensa afín, ni de lejos se había alcanzado. Todo suscriptor de la póliza colectiva firmaba un contrato en los términos siguientes: «Mediante la presente declaro mi incorporación inmediata al seguro de accidentes del NSDAP con la sociedad anónima aseguradora Stuttgart-Berliner, con un desembolso de 20 céntimos mensuales durante el periodo de mi pertenencia al partido». Seguían el nombre y apellidos del signatario, su domicilio y la fecha de la firma. Sin embargo, la cifra de suscriptores no cumplió las previsiones. En febrero de 1927 los SA asegurados en la Stuttgart-Berliner al corriente de sus mensualidades ascendían a 1.570; un mes antes de la rescisión del contrato, esto es, en abril de 1927, la cifra se había cuadruplicado hasta las 5.961 personas[88]. Desde el punto de vista empresarial, se trató de un negocio ruinoso.

El movimiento nazi no tardó en encontrar otra aseguradora dispuesta a tomar el relevo: Albingia, con sede en Hamburgo. El convenio con ella estuvo en vigor desde mayo de 1927 hasta finales del año siguiente, con unas cláusulas prácticamente calcadas a las acordadas con la Stuttgart-Berliner. El capítulo de la responsabilidad civil ya había sido fuente de conflicto con anterioridad, de ahí que en el nuevo contrato se preocupasen de especificarlo mejor. El principio incorporado ahora era que el seguro cubría daños a cosas y personas, siempre y cuando no fuesen actos deliberados. Con el fin de disipar dudas sobre las coberturas por responsabilidad civil, Von Pfeffer hizo circular una nota informativa con casos ilustrativos. Percances cubiertos por el seguro eran, por ejemplo, los siguientes: cuando en «situación de emergencia» un SA causaba desperfectos en una bicicleta; si un portabanderas provocaba heridas a un paseante con el extremo puntiagudo de la bandera; si el marco de una ventana sufría daños durante el transporte de material deportivo para una actividad. Lo que los nazis interpretaban por «situación de emergencia» y lo que el seguro estaba dispuesto a pasar por tal y cubrirlo, eran cosas que podían ser bien distintas. Para dilucidar eventualidades no cubiertas, Von Pfeffer recurrió a un ejemplo elocuente: si los nazis alquilaban un local para celebrar una reunión y los «marxistas» destrozaban sillas y lámparas, entonces ni el seguro, ni los organizadores, ni tampoco los dueños del local se harían cargo de los desperfectos; el propietario se tenía que dirigir a los

causantes de los destrozos para exigir la indemnización pertinente. Las cuotas mensuales, todavía de 20 céntimos, estaban calculadas a partir de unas estimaciones para 20.000 asegurados que, como había ocurrido antes con la Stuttgart-Berliner, tampoco se alcanzaron. Cuando el contrato entró en vigor en mayo de 1927, la cifra de suscriptores se elevaba a 6.624 personas; en diciembre de 1928 ya eran 11.504, algo más de la mitad de la cifra de asegurados que sirvió de base para los cálculos[89]. Después de un año y ocho meses de relación contractual, el partido optó por rescindir el acuerdo. Albingia requería informes policiales para determinar si procedía exculpar a sus asegurados, requerimiento que no fue del agrado de los nazis.

Coincidiendo con la cancelación del vínculo, a principios de 1929 los nazis iniciaron una campaña animando a contratar seguros únicamente con compañías «arias», aunque la preocupación por no alimentar empresas participadas por judíos no era ninguna novedad en un movimiento que tenía en el antisemitismo uno de sus pilares doctrinales fundamentales. Desde su surgimiento como movimiento, los nazis habían puesto en su punto de mira a los grandes almacenes y los bancos, tachados como la punta de lanza de la «judaización» de la economía, del dominio del «capital devorador» e «improductivo». El reto que afrontaba ahora el movimiento era dar con la fórmula para cubrir a sus militantes sin tener que recurrir a negocios que, en el imaginario nazi, estaban dominados por los judíos. En una directriz enviada desde la central del partido en Múnich y dirigida a todos los responsables del NSDAP se podía leer: «El Partido Nacionalsocialista Obrero Alemán libra una dura lucha contra el capital bancario y bursátil internacional, de cuya cadena el pueblo alemán quiere liberarse. Bastiones especialmente relevantes de este capital bancario y bursátil son las numerosas compañías aseguradoras asociadas en comunidades de intereses». El corolario era inmediato: «¡No te asegures en compañías aseguradoras internacionales, pues así refuerzas el poder de las altas finanzas internacionales! ¡Contrata seguros solo con sociedades alemanas que libren batalla contra las altas finanzas!»[90]. Obviamente, los cimientos de la campaña encontraron asiento cómodo en el antisemitismo visceral intrínseco al ideario nazi.

En la trastienda de esta campaña contra las aseguradoras que no respondiesen a los criterios de «limpieza de sangre» se encontraba Lambert Josef Friederichs, miembro del partido y a la sazón corredor de seguros de las cuatro compañías asociadas en la Deutschnationale Versicherungsring o, en su forma abreviada, Deutscher Ring: una de ellas estaba especializada en seguros de vida, otra en seguros de incendios, una tercera en seguros de enfermedad y la última se dedicaba a seguros de transporte y de vehículos. Un vistazo al volumen de negocio de la compañía corrobora esa edad de oro que atravesaban las aseguradoras a la que se refería Zweig: a finales de 1924 alcanzó un volumen de negocio de 29 millones de marcos; un año más tarde ya eran 63,5 millones; a finales de 1927 triplicó la cifra hasta los 195 millones. La compañía aplicaba el «parágrafo ario» introducido en Alemania en la época imperial y que daba cobertura legal a la discriminación de los judíos. En este caso, el parágrafo se traducía en que ni se aseguraba ni se permitía a los judíos adquirir acciones de la compañía. Prácticas como esta le hizo ganar a la Deutscher Ring credibilidad en los círculos nacionalistas, como probaba el hecho de que estuviese «en relación contractual con prácticamente todas las organizaciones patrióticas» del país. Franz Stöhr, a la sazón parlamentario del NSDAP en el Reichstag, del que llegó a ser vicepresidente en 1930, dio fe del pedigrí antisemita de la compañía: «afirmo con convicción absoluta que ningún otro negocio asegurador en Alemania ofrece, ni de lejos, la misma garantía de que un judío no pondrá la mano sobre el dinero del partido»[91].

En marzo de 1928, con el convenio con Albingia todavía vigente, Friederichs elaboró un informe interno remitido a Rudolf Hess, secretario personal de Hitler. Llevaba por título «La formación de capital nacional en el negocio de seguros». Después de subrayar la relevancia del negocio asegurador para la economía alemana, Friederichs dejó caer algunos apellidos de inequívoca resonancia judía en los consejos directivos de las principales compañías del sector (Goldschmidt, Koburger, Schloesmann, Gerstenberg...), al tiempo que aprovechó para hacer campaña a favor de una colaboración con la aseguradora que él representaba con un argumento definitivo para esos antisemitas viscerales que eran los nazis: los judíos no tenían presencia en ella. De hecho, seguía Friederichs, su eslogan

publicitario de «Pensar y sentir la nación exige actuar pensando en la nación» era prueba suficiente de su apuesta por erradicar de la economía alemana a «judíos y ciudadanos de naciones enfrentados de manera consciente a la germanidad»[92].

Los esfuerzos de Friederichs por alcanzar un acuerdo con la Deutscher Ring rindieron su fruto. Entre enero de 1929 y febrero de 1930 la compañía ofreció a los miembros del NSDAP un seguro de muerte e invalidez en términos similares a los contemplados en los acuerdos precedentes. El partido se hizo cargo del resto de coberturas. El dispositivo que fraguó el NSDAP para que sus afiliados y simpatizantes contratasen seguros acordes con los criterios de pureza racial fue el Nationalsozialistische Versicherungshilfe (NSVH) [Auxilio de Seguros Nacionalsocialista], una división dentro del partido para prestar asesoría en todos los temas relacionados con seguros de la que Friederichs fue primer responsable. Con el fin de «liberarse» del yugo de los judíos en el negocio asegurador, la NSVH buscó «en los círculos del partido empleados adecuados para que publiciten los seguros ofrecidos por las compañías agrupadas en el Deutscher Ring». La NSVH asesoraba asimismo de forma gratuita en caso de desavenencias con las aseguradoras, fuesen las que fuesen. En un documento interno fueron más explícitos respecto a sus intenciones de fondo:

> [...] queremos [...] fomentar la labor de las empresas que estén en manos alemanas puras y solicitar a nuestros seguidores que todos los seguros necesarios se orienten a la Deutscher Versicherungsring por mediación de la NSVH, de modo que tengamos la certeza de que así en el futuro se detraigan cuotas millonarias de los consorcios judíos y, en su lugar, se depositen en empresas que remen en la misma dirección que nosotros[93].

En realidad, pues, las labores de asesoría prestadas por la NSVH no eran sino una estratagema para dirigir a los miembros del movimiento a la Deutscher Ring, una compañía con las pertinentes credenciales de «nacional», con todo lo que el adjetivo significaba en el vocabulario nazi, esto es, pureza racial de sus dirigentes y propietarios.

Antes de dar un paso que tuviese que ver con los seguros, se afanaron de forma frenética en consultar el *Neumanns Jahrbuch der Privatversicherung im Deutschen Reich,* un anuario publicado entre 1925 y 1934 que recogía los nombres de los miembros de los consejos de administración y de dirección en el sector de seguros. Menudean los ejemplos del escrutinio nazi al negocio. Fue el caso de la compañía Hovad, que se barajó como candidata para asegurarlos: al tratarse de una sociedad anónima, cualquiera podía adquirir acciones suyas, abriendo así al capital judío la posibilidad de intervenir en ella. Si bien no ofrecía pruebas concluyentes, el informe disparaba la sombra de sospecha en diferentes direcciones: la compañía estaba participada por el Berliner Bank, cuyo principal accionista, Ladendorf (que no era judío), era propietario de una editorial que contaba en su catálogo con varios autores judíos. En la paranoia nazi, se trataba de un motivo suficiente de sospecha. Otras veces eran las compañías aseguradoras las que buscaban establecer algún tipo de acuerdo con el partido-movimiento y se adaptaban a las circunstancias del cliente dando fe expresa de sus credenciales arias. La Bayerische Beamtenversicherungsanstalt arrancó su oferta en los términos siguientes:

> [La compañía] es un instituto asegurador antiguo y puro alemán, en el que no hay invertido capital extranjero o judío. No hay judíos ni en el consejo de administración, ni en la junta directiva ni entre los trabajadores.

La NSVH abrigaba sospechas en contrario. Por eso incluyó en un escrito anexo los nombres de sus directivos; al lado de algunos de ellos había signos de interrogación, muestra inequívoca de sospecha de que fuesen de judíos, pese a que los apellidos no constituyen un criterio infalible a este respecto. Tampoco la Deutscher Ring se vio libre del ánimo inquisitorial nazi. La sección del partido de Braunschweig, entonces una ciudad libre que en febrero de 1932 facilitó la ciudadanía alemana a Hitler, permitiéndole así concurrir a las elecciones presidenciales (que acabó perdiendo frente a Hindenburg), identificó a partir del *Neumanns Jahrbuch* a un miembro del consejo de administración de la compañía con un apellido, Loewe, de resonancias judías[94].

El celo de la NSVH en la vigilancia de las credenciales arias la convirtió en guardiana de las esencias antisemitas en todo lo concerniente a seguros. En una carta dirigida desde el alto mando de las SA en Múnich en julio de 1929 a Gottfried Feder, nazi de primera hora (participó en el intento de golpe de estado en Múnich en 1923) y portavoz del NSDAP en asuntos económicos en el Reichstag, se le llamaba la atención por el «desliz de consecuencias que podría lamentar». Feder había cerrado un contrato de seguros para los periódicos que dirigía con una aseguradora, la Frankfurter Allgemeine Versicherung, en cuyo consejo de administración figuraban nombres como Willy Dreyfus, Kurt Goldschmidt o Eduard Rotschchild, lo que la convertía en un «consorcio típico del judaísmo internacional». No faltaron tampoco afiliados al partido con intereses en el negocio asegurador que se sintieron agraviados porque la compañía escogida no fuese la que ellos representaban. Un corredor de seguros, a la sazón concejal del NSDAP en una localidad bávara, llamó la atención a los responsables del partido por el perjuicio que su apuesta podía causar a nazis leales como él, a quien «resultaba impensable hacer negocios con judíos y con otros enemigos manifiestos de nuestro movimiento»[95]. Otro emprendedor del sector, asimismo de ese entorno, remitió en el verano de 1928 una propuesta al partido para asegurar las banderas de las SA, SS, Juventudes Hitlerianas y NSDAP. Su aseguradora cumplía con el precepto de pureza racial («¡Ningún judío!»). No le movían «intereses materiales», solo pretendía «servir al movimiento». Propuso a los responsables nazis asegurar por una reducida cantidad la «sacralidad [de las banderas] frente a incendio, hurto, robo y sabotaje». Probablemente se inspiró en un seguro similar que tenía la Stahlhelm. La propuesta no encontró eco, probablemente porque el valor de las banderas era más simbólico que material. A fin de cuentas, se trataba de una tela[96].

A pesar de que desde arriba se hacía ver su conveniencia y de los recordatorios periódicos para que se cumpliese la obligación de asegurarse, muchos nazis siguieron haciendo caso omiso. Hitler hizo suya la causa ante la evidencia de que, a finales de 1928, solo una cuarta parte de los afiliados del partido (no hay datos para el porcentaje de los miembros de las SA) cumplían con su mensualidad: «Todo responsable [del movimiento] ha de

tener claro que en los difíciles años de lucha que tenemos por delante *todos* los camaradas del partido, y no solo los miembros de las SA, tienen que prestar atención a su cobertura de seguros» (*VB,* 19-XII-1929. Énfasis en el original). La prensa del movimiento cumplía con su papel de correa de transmisión de las órdenes superiores e insertaba periódicamente en sus páginas un recordatorio que decía: «¡Atención! No faltes a la cita con el seguro de las SA».

De los acuerdos alcanzados con la Deutscher Ring (igual que antes con la Stuttgart-Berliner y con Albingia) no siempre era fácil dilucidar qué constituía un «acto de servicio». Esto fue motivo una y otra vez de controversias entre partido y aseguradoras. Si un SA sufría una lesión tras patinar a causa del hielo, ¿se trataba de un acto de servicio?; ¿y si le atropellaba un coche? Un caso real es el ocurrido el 22 de diciembre de 1929, cuando cuatro integrantes de un grupo de las SA fallecieron por congelación cuando esquiaban en Hirschberg, Silesia. Uno de los fallecidos en la excursión fue Werner Wessel, hermano menor de Horst. El seguro se negó a cubrir el percance. Según las cláusulas de la póliza, si el fallecimiento hubiese ocurrido a consecuencia de un accidente en un ejercicio organizado bajo supervisión de las SA, entonces el seguro sí que se hubiese hecho cargo, pero no fue el caso, sino que se trató de una imprudencia temeraria[97].

A principios de marzo de 1930 se puso punto final a la colaboración entre el NSDAP y el Deutscher Ring. En el momento de entrar en vigor el contrato en enero de 1929, los cotizantes del movimiento ascendían a 14.385, entre miembros del NSDAP, SA, SS, Juventudes Hitlerianas, estudiantes y mujeres nazis; en agosto ya eran 22.035; en diciembre 37.725 y, en febrero de 1930, cuando dejó de regir, las personas aseguradas eran 44.995[98]. Ignoramos los datos desagregados por organización. Pese a la abierta simpatía que la aseguradora Deutscher Ring profesaba a la causa ultranacionalista y antisemita representada por el NSDAP, el negocio se resintió.

A la vista de las dificultades crecientes para cerrar acuerdos con aseguradoras privadas que, además, cumpliesen con los requisitos raciales exigidos, pero sobre todo por el incremento de afiliados que experimentó, el

NSDAP concluyó que podía hacerse cargo él mismo del negocio. Así es como el 1 de septiembre de 1930 los nazis fundaron su propia división de seguros. A partir de ese momento la antigua SA-Versicherung pasó a denominarse Hilfskasse o «Caja de auxilio» del NSDAP. Su primer responsable fue Martin Bormann, futuro secretario personal de Hitler en los años finales del Tercer Reich, cuando estaba considerado el segundo hombre más poderoso del régimen tras el Führer. De acuerdo con el nuevo modelo, los accidentes acaecidos en el curso de servicios al movimiento quedaban cubiertos (en los propios actos o en el desplazamiento a ellos a pie, bicicleta, auto o tren, pero no en moto, que quedaban expresamente excluidos de la cobertura, igual que lo estaban antes), incluyendo los enfrentamientos con enemigos. La cuota mensual se incrementó hasta los 30 céntimos, lo que equivalía —animaba la propaganda nazi— a un céntimo al día. En todo caso, como siempre había sido el caso de los convenios firmados con las aseguradoras, no se trataba de un seguro universal, puesto que únicamente cubría a sus suscriptores por «los accidentes que el asegurado sufra desde que sale de su domicilio para acudir a actos, marchas y ejercicios del partido, hasta que regrese de ellos a su casa», así como por «los actos de revancha y ataques debidos a la pertenencia al NSDAP», aun cuando no discurriesen estrictamente durante el «servicio al partido» sino, por ejemplo, al ser víctima de un ataque en la calle por portar símbolos o el uniforme nazis. Las coberturas eran las mismas que las cerradas en 1926 con la Stuttgart-Berliner: 2.000 marcos por fallecimiento, hasta 5.000 marcos por una invalidez del 100%, y 3 marcos diarios por baja laboral[99].

El NSDAP experimentó un incremento meteórico de afiliados durante los años finales de la República de Weimar: de 176.000 a finales de 1929 a 1.200.000 tres años más tarde, en vísperas de hacerse con las riendas del país. Esa circunstancia, unida al hecho de que ahora el seguro fuera una apuesta del partido, trajo consigo un aumento considerable en el número de cotizantes. En 1930 la cifra se disparó hasta alcanzar los 119.305 asegurados[100]. El volumen de negocio se incrementó en consecuencia: si en 1930 la Hilfskasse ingresó 400.000 marcos, en 1933 ya eran 8 millones. A mediados de 1932 empleaba a 95 personas. Las cifras desembolsadas por

daños en incidentes son un indicador elocuente del clima de guerra civil latente durante esos años: en 1927 se registraron 110 partes, una cifra todavía modesta; en 1928 se dio entrada a 360 partes, cinco de ellos por muerte; en 1929, a 881 (nueve muertos); en 1930, el año en el que el NSDAP pasó desde el 2,6 al 18,3% de los votos, 2.463 incidencias (18 muertos); en 1931, 6.307 (46 muertos); en 1932, 14.005 casos[101].

Los partes al seguro solían tener su origen en enfrentamientos callejeros. Un miembro de las SS de Baviera solicitó cobertura a la Hilfskasse después de sufrir un ataque comunista el día de Nochevieja de 1932 que le causó cinco costillas rotas. La resolución desde la central del partido en Múnich llegó un mes y medio más tarde: no procedía la compensación por incapacidad laboral porque el afectado no estaba al corriente de pago de sus mensualidades. Distinto fue el caso de otro nazi de Westfalia que resultó herido en mayo de 1932 tras un ataque de comunistas al *Sturmlokal* en el que se encontraba. Por los 13 días que estuvo de baja percibió 39 marcos. Más serias fueron las heridas que recibió en abril de 1932 Fritz B., quien estuvo de baja durante un año y casi tres meses. Durante ese periodo percibió un total de 852 marcos[102].

Con el acceso nazi al poder la Hilfskasse redefinió sus funciones: los enemigos políticos que se batían con las SA en la calle estaban internados en centros de detención o campos de concentración, o exiliados y, en cualquier caso, perseguidos y prohibidos. Siguió cubriendo los accidentes de sus militantes en actos del partido, por ejemplo los ocurridos en el marco de las jornadas del partido en Núremberg. Con todo, lo más reseñable de su papel en el nuevo régimen fue el pago de pensiones a herederos de héroes nazis fallecidos. Con efectos a partir de 1935, la Hilfskasse se ocupó de remunerar con un «sueldo de honor» a hijos, esposas y padres de los caídos del movimiento. La orden firmada por Hitler rezaba:

> Nuestros muertos han efectuado el mayor de los sacrificios por el movimiento. Han dado su vida al servicio de la idea nacionalsocialista y por la conquista del Estado. Por ello el 9 de noviembre de 1934, en el 11.º aniversario del alzamiento nacionalsocialista en Múnich y del gran sacrificio de nuestros primeros testigos de sangre, ordeno lo siguiente:

1. Con cargo a las arcas del NSDAP será puesta a disposición de los familiares inmediatos de nuestros caídos una suma anual de medio millón de marcos.

Berl. Börs. Ztg, 9-XI-1934

El listado de perceptores se amplió con efectos de 1936. Igual que en la ocasión precedente, y en un ejemplo de política simbólica, la medida fue dada a conocer el 9 de noviembre. En tal fecha, Hitler promulgó otro decreto que reconocía la percepción de una pensión, no ya solo a los herederos de los fallecidos del movimiento, sino también a sus heridos graves. La disposición decía así:

> En la lucha preñada de víctimas de nuestro movimiento, numerosos nacionalsocialistas han sufrido heridas graves. Agradecerles su compromiso al servicio de la idea nacionalsocialista es una cuestión de honor para el NSDAP.

Y proseguía:

> Se pondrá una suma anual de medio millón de marcos para una pensión de honor con cargo al Partido y a disposición de los heridos graves del partido que, en cumplimiento voluntario del deber por el Tercer Reich, sufran una incapacidad laboral grave y permanente.

Estas disposiciones se repitieron en años sucesivos y hasta el comienzo de la contienda[103].

El esquema de seguros nazi, bien fuera contratado con aseguradoras privadas o encajado en la estructura del partido, allanó el camino para que la violencia se enseñorease de Alemania hasta conducir al país a la mayor catástrofe de la historia de la Humanidad: la Segunda Guerra Mundial y el Holocausto. Un mecanismo para vencer las barreras a la participación en actos violentos y, por lo tanto, de alto coste potencial, fue instaurar un sistema de seguros.

81 «Zehn Jahre 'SA-Giesing'», *Der SA-Mann,* 15-X-1932.

82 Bundesarchiv-Berlin (BArch-Berlin), NS 1, n.º 394, pp. 174-175 y 197.

83 BArch-Berlin, NS 26, n.º 302; GStA I, HA Rep 77, Tit. 4043, n.º 309, p. 107-108.

84 BArch-Berlin, NS 1, n.º 393, p. 602. Borrador del 13-I-1927.

85 BArch-Berlin, NS 1, n.º 393, p. 171; BArch-Berlin, NS 1, n.º 394, pp. 327.

86 Circular de Von Pfeffer del 15 de enero de 1927 en: Geheimes Staatsarchiv (GStA) I, HA Rep 77, Tit. 4043, n.º 309, p. 107 y 184.

87 BArch-Berlin, NS 1, n.º 393, p. 171. Fechado en enero de 1929.

88 BArch-Berlin, NS 1, n.º 393, pp. 557-561, 572-575 y 592-593.

89 BArch-Berlin, NS 1, n.º 393, pp. 423, 438, 464, 470-477, 482-487, 493-494, 496-500, 502-506, 516 y 531.

90 BArch-Berlin, NS 1, n.º 389, p. 487. Fechado el 1-V-1929.

91 BArch-Berlin, NS 1, n.º 389, pp. 274-276 y 413-414. El escrito, remitido a Von Pfeffer, está fechado el 15-I-1929.

92 BArch-Berlin, NS 1, n.º 393, pp. 230-240; BArch-Berlin, NS 1, n.º 389, pp. 274-276.

93 BArch-Berlin, NS 1, n.º 389, pp. 75-76, 299-302 y 461-462.

94 BArch-Berlin, NS 1, n.º 394, pp. 50-51. Escrito del 12-III-1929; BArch-Berlin, NS 1, n.º 389, pp. 145-146. Escrito del 17-IV-1927; BArch-Berlin, NS 1, n.º 389, p. 155.

95 BArch-Berlin, NS 1, n.º 389, p. 331; BArch-Berlin, NS 1, n.º 389, p. 209.

96 BArch-Berlin, NS 1, n.º 394, p. 129.

97 *Ibid.,* p. 153.

98 BArch-Berlin, NS 1, n.º 393, pp. 164, 58 y 5, resp.

99 BArchiv-Berlin NS 1, n.º 303.

100 BArchiv-Berlin NS 1, n.º 295.

101 Bessel, 1984: 76; BArchiv-Berlin NS 1, n.º 295.

102 BArch-Berlin, NS 1, n.º 599.

103 BArch-Berlin, NS 1, n.º 395.

CAPÍTULO 9

LOS CRISTIANOS ALEMANES, LAS SA DE JESUCRISTO

Poco después del ascenso de Hitler a la cancillería del Reich, un sacerdote protestante se dirigió a un grupo de correligionarios en los siguientes términos:

> Puesto que he nacido y sido formado en cuerpo, alma y espíritu como alemán, y dado que he sido bautizado en mi idioma materno, no puedo ser un cristiano sin más; solo puedo ser un cristiano *alemán*[104].

Quienes así pensaban y sentían engrosaron las filas de los Deutsche Christen (DC) [Cristianos Alemanes], la organización de la que se sirvió el nacionalsocialismo para proceder al abordaje de la iglesia protestante en Alemania que, a la altura de 1933, cobijaba en su seno (siquiera formalmente) a casi dos tercios de los alemanes, o 40 millones de personas. Esta es, necesariamente resumida, la historia de su gestación y de su servicio al movimiento nazi desde la trinchera de la incivilidad de quienes se presumía, en virtud de sus creencias y valores, un respeto escrupuloso de las reglas de convivencia, por no hablar de amor al prójimo.

A comienzos de enero de 1932, Wilhelm Kube, en esos momentos máximo responsable de la fracción del NSDAP en el parlamento prusiano, publicó un artículo en la prensa del partido alentando a sus camaradas a tomar el control de la iglesia evangélica. Procedía con suficiente antelación. Ese mismo otoño estaban previstas las elecciones a los consejos parroquiales de Prusia, los órganos de representación y decisión de las congregaciones. Cada provincia eclesial tenía su propio calendario, y en Prusia, la región más poblada y extensa del país con 40 millones de habitantes (el 61% del total), llegaba la hora. Como en política, también en

los asuntos relacionados con la iglesia protestante Prusia marcaba el paso del país.

En su alegato, Kube apeló a los «nacionalsocialistas evangélicos» para que hiciesen uso de su derecho al voto (el registro previo era requisito imprescindible) y presentasen candidaturas a los consejos parroquiales. Les arengó en el estilo declamatorio nazi al uso:

> Ha llegado el momento de que el pueblo evangélico en Alemania dedique más tiempo a su iglesia [...]¡Nacionalsocialistas! ¡No permitáis que os den con la puerta de vuestras parroquias en las narices! [...] ¡Conquistad vuestras iglesias y llenadlas con el vivo espíritu cristiano de la nación alemana rediviva!
>
> *Völkischer Beobachter,* 10/11-I-1932

Para figurar en las listas impulsadas por los DC y contribuir así a la conquista de la iglesia protestante era requisito imprescindible ser miembro del NSDAP[105]. En un escrito de esas mismas fechas dirigido al responsable de organización del partido, Gregor Strasser, Kube efectuó un diagnóstico poco menos que apocalíptico: «La iglesia evangélica se halla hoy en día en manos de nuestro enemigo. Los consistorios están formados por individuos ansiosos de dinero y sin carácter». Acto seguido confesó sin pudor su objetivo: la participación en las elecciones parroquiales abría la posibilidad de «confeccionar listas nacionalsocialistas propias para tener a la iglesia en nuestras manos». Por supuesto, seguía Kube, el partido «no podía presentar listas nacionalsocialistas a las elecciones»; por eso requirió a Strasser, en su calidad de responsable del movimiento para ese tipo de cuestiones, para hallar una fórmula «discreta en la trastienda» para que el partido estuviese representado en dichos consejos (en Wright, 1977: 149). Conviene dejar constancia de que el peso del protestantismo en la jerarquía nazi reflejaba casi milimétricamente el peso específico de cada confesión en el país. De los 107 representantes en el Reichstag obtenidos por el NSDAP en las elecciones de 1930, dos terceras partes eran de esa confesión, y el resto

católicos, incluidos su máximo líder, aunque no fuese parlamentario, y Goebbels.

El requerimiento de Kube encontró pronto el eco buscado. La iglesia protestante venía de cultivar durante las décadas precedentes una tradición monárquica, nacionalista, autoritaria y enemiga de una república que, de acuerdo con su diagnóstico, estaba al servicio de los ateos. Del conjunto de la feligresía protestante, unos 11 millones eran considerados activos, cifra estimada a partir de quienes acudían a comulgar con regularidad. En Berlín unos tres millones de sus habitantes eran protestantes, un 70% de su población, seguidos por un 14% de aconfesionales, un 10% de católicos y un 3,8% de judíos. Que nominalmente dos tercios de los habitantes de la ciudad estuviesen adscritos a la iglesia protestante no los convertía automáticamente en piadosos creyentes: algunos cálculos sugieren la cifra de protestantes activos entre 200.000 y 300.000.

En el momento en que Kube efectuó su llamamiento, una parte considerable de la jerarquía y feligresía protestantes contemporizaba con los nazis, cuando no abrazaban con entusiasmo su proyecto. Si atendemos a la iglesia católica, su jerarquía tampoco se destacó por oponerse al nazismo, pero al menos no vio surgir en su seno corriente filonazi alguna. En contraste, en el seno de la iglesia protestante, la toma del poder de Hitler fue celebrada por muchos como un regalo divino.

Entre quienes no ocultaron su alborozo por la causa de la regeneración nacional defendida por los nazis se contó un grupo de pastores de la capital. En connivencia con Kube, dicho grupo pergeñó una lista electoral compuesta con miembros del NSDAP[106]. Ahí hay que buscar el origen de los DC. Según, Friedrich Wieneke, uno de sus principales animadores y uno de los primeros religiosos que abrazó la causa nazi en Prusia (desde 1929 era responsable del NSDAP en el ayuntamiento de Soldin, hoy perteneciente a Polonia), habría sido el propio Hitler quien sugirió la denominación (1933: 13). Verdad o leyenda para mayor gloria del Führer, porque su aparato de propaganda era muy dado a atribuir a Hitler las decisiones de cierta trascendencia, lo cierto es que se trató de una corriente en el seno del protestantismo que brotó de la fe en el ideario ultranacionalista y antisemita nazi de un grupo de sacerdotes y feligreses,

en estrecha conexión con la iniciativa y el cálculo del partido. Estamos todavía —y la datación no es baladí— en 1932, antes de que los nazis se hiciesen con el control absoluto del Estado, asimilasen las organizaciones de la sociedad civil a sus estructuras (sindicatos, organizaciones de mujeres, etc.) y empezasen a difundir el terror en la sociedad con la ley y el aparato represivo bajo su férreo control. Al NSDAP no le interesaba contar con un brazo religioso en el seno del protestantismo o, para el caso, tampoco del catolicismo; hubiese quebrado el principio sentado por Hitler de neutralidad entre las dos confesiones principales del país. En cualquier caso, la Iglesia (ya hablemos de la protestante o de la católica) no lo podría haber permitido, aunque en la práctica, la primera toleró la fusión de teología y política. Toda organización ligada al movimiento nazi (SA, juventud, estudiantes, mujeres, obreros, maestros, etc.) debía obediencia ciega a su Führer. Un grupo religioso dirigido desde el cuartel general en Múnich habría ocasionado un conflicto de lealtades en la práctica insoluble. Esta razón convertía en inviable una organización religiosa bajo la égida del NSDAP.

La exhortación de Kube en las páginas del órgano oficial del movimiento surtió pronto los efectos deseados. El 6 de junio siguiente los DC presentaron ante la opinión pública su programa, condensado en diez puntos (ver Documento 6), que no dejaba margen de duda sobre su ideario religioso, que también era político; sobre su vocación por aunar trono y altar; sobre su intención de politizar la religión. Los DC hicieron compatible la fe en Dios con un programa de regeneración nacional según líneas raciales, con la veneración y obediencia debida al encargado de llevarla a buen puerto, a Hitler. El propio Führer marcó la pauta a seguir muy pronto en su carrera política. En un artículo periodístico de 1923 titulado «Nacionalsocialismo y cristianismo» sentenció: «Según la cosmovisión cristiana, la nación, la supuesta unidad racial del 'pueblo', no tiene valor absoluto ni necesario», a lo que contrapuso el punto de vista de su movimiento: «el nacionalsocialismo coloca la idea nacional por delante del pensamiento cristiano» (*Bayerischer Kurier,* 23-V-1923). Patria, Führer y Dios cohabitaron en perfecta armonía en el ideario y práctica eclesiales de los DC. La esvástica y la cruz de Dios se presentaban amalgamadas:

«Ambas no se excluyen, sino que se necesitan mutuamente», sostuvo el pastor de la iglesia de Getsemaní, en Berlín-Prenzlauer Berg (Thom, 1933: 4), por cierto, la misma en la que Kube ocupaba un puesto en el consejo parroquial como representante electo. Ni Martin Thom ni ningún otro párroco afiliado a los DC vio contradicción alguna en rendir culto a la peculiar santísima trinidad formada por Dios, Hitler y Alemania. Paradojas del destino, poco más de medio siglo después, a finales de la década de 1980, esa misma parroquia que jaleó peroratas excluyentes y totalitarias se convirtió en uno de los puntales de la lucha contra el régimen estalinista prusiano de la República Democrática Alemana. En su recinto encontraron cobijo los disidentes que socavaban los endebles cimientos de un sistema que hizo del control de su ciudadanía hasta extremos enfermizos el pilar de su preservación.

El artífice del programa de los DC fue el pastor Joachim Hossenfelder. Como muchos de sus correligionarios en las filas de protestantes nazis, procedía de una familia campesina en las provincias orientales de Prusia, una región con particular arraigo nacionalsocialista. Hossenfelder se presentó voluntario a la Primera Guerra Mundial en 1917, tan pronto como alcanzó la mayoría de edad. «Ser luchadores por Dios y por la patria fue la misión que nos encomendó la guerra», según recogió en un escrito autobiográfico fechado en 1922 (en Scholder, 1977: 258). Acabada la contienda, interrumpió sus estudios de teología en Kiel y Breslau dos veces, en los veranos de 1919 y de 1921, en ambas ocasiones para sumarse a los *Freikorps* que combatieron en Polonia en misión de «protección de fronteras», según lo denominó él mismo siguiendo la terminología al uso en círculos nacionalistas. Afiliado al NSDAP desde el 1 de abril de 1929, Hossenfelder fue párroco en Berlín-Kreuzberg a partir de 1931[107]. Primero fue asesor del partido en cuestiones eclesiales. La confianza depositada en él por los responsables nazis le sirvió poco después para acceder al cargo de primer coordinador de los DC. De su escritorio salió su decálogo de los Cristianos Alemanes[108]. Debido a su inequívoca impronta nacionalista en una plataforma que, en tanto cristiana, se pretendía ecuménica, el último artículo de dicho programa resulta el más revelador:

> Aspiramos a una iglesia evangélica enraizada en su ser nacional, y rechazamos el espíritu de una ciudadanía universal cristiana. Aspiramos a trascender las manifestaciones nocivas derivadas de dicho espíritu, como son el pacifismo, el movimiento obrero internacionalista, la masonería, etc., y a sustituirlos en su lugar por la fe en la misión nacional encomendada por Dios.

Como era habitual en el credo y la praxis nazis, el gentilicio «alemán» adornaba muchas de sus formulaciones, empezando por la misma denominación del colectivo. El manifiesto apelaba a «todos los cristianos protestantes de naturaleza alemana»; aspiraba a hacer valer el «sentido vital alemán renacido en nuestra iglesia», para lo cual se hacía necesario un rol más activo en «la lucha decisiva por el ser o no ser de nuestro pueblo».

Si la impronta nacionalista en el programa resultaba incontestable, no lo era menos la presencia de otro pilar del nazismo, el antisemitismo: «Vemos en la raza, el carácter nacional y la nación unos órdenes vitales concedidos y confiados por Dios, cuya preservación es para nosotros una ley divina». De ahí que ante cualquier hierba que afease el jardín ario soñado se aferraran a un imperativo de inequívoco resabio racista: «¡Mantén limpia tu raza!». La suerte que anticipaban a los discapacitados físicos y psíquicos dejaba entrever asimismo las medidas eugenésicas que implementó poco después el régimen: «promovemos la defensa del pueblo frente a los incapaces e inferiores». Pero, sobre todo, anunciaban la suerte que esperaba a los judíos: «En la misión judía vemos un enorme peligro para nuestro carácter nacional. Es la puerta de entrada de sangre extraña en nuestro cuerpo nacional». Para conjurar la amenaza, abogaron por prohibir los matrimonios entre alemanes y judíos. Cuando las medidas para frenar «la misión judía» se hicieron más letales y a la muerte civil y social siguió la física, los DC miraron a otro lado o, peor aún, prestaron una pátina de legitimación religiosa a la barbarie. Su programa tenía más de nacionalismo que de teología; primero la patria, y luego Dios. Alemania figuró siempre en el frontispicio de sus preocupaciones y, por ende, de sus formulaciones: «Que Jesucristo, vivo Señor de la historia, también de la de nuestro pueblo, proteja y conserve con su misericordia nuestra cara y querida patria», según pronunció desde el altar uno de sus pastores (Thom, 1933: 4). En fin, que

los DC fueron el caballo de Troya de los nazis para hacerse con las riendas de la iglesia protestante en Alemania.

Los DC concurrieron a las elecciones eclesiales de otoño de 1932 en Prusia con un programa de este cariz sin que las máximas autoridades protestantes pusiesen mayores reparos a su concurso. Que el ideario nazi encontrase firme asiento en el seno de la iglesia es un indicador elocuente de la podredumbre moral que habría de asolar a Alemania durante el Tercer Reich. La indulgencia exhibida por la jerarquía ante la presencia en su seno de una corriente que pregonaba la expulsión de los judíos del universo de obligación moral de la «comunidad nacional» constituye una vergüenza dentro de la vergüenza que representó el nacionalsocialismo para una institución, la Iglesia, que como referente moral debía haber velado por la vida y dignidad de sus conciudadanos con independencia de su credo y condición física o social.

En dichas elecciones los DC alcanzaron un tercio de los puestos de representación en las parroquias, en concurrencia con otras corrientes conservadoras tradicionales, liberales, centristas e, incluso —aunque muy minoritarias— socialistas. En Berlín se hicieron con un 29% de los votos[109]. Los resultados en otras provincias en que se dividía la diócesis prusiana no permiten extraer una conclusión clara acerca del grado de penetración de los DC en la iglesia evangélica: en Westfalia y Renania consiguieron un 20% de los puestos; en Prusia Oriental, Prusia Occidental y Pomerania, todas ellas bastiones del NSDAP a esas alturas, lograron alrededor de un 50% de los mandatos. A partir de ese momento, las corrientes formadas en el seno de la iglesia protestante, y en particular los DC y el polo opositor más bien conservador, pero no filonazi, estructurado alrededor de la Iglesia Confesional *(Bekennende Kirche),* protagonizaron lo que se ha denominado la «disputa eclesial» *(Kirchenkampf)*. Los últimos hicieron suyo el lema «Primero Cristo, luego Alemania»; los primeros suscribieron el de «Cristo y Alemania», o el de «Alemania a través de Cristo» —Hossenfelder, 1933: 25—, dejando en todo caso clara la jerarquía de sus valores y la relación entre medios y fines, singular sin duda para cualquier miembro de la comunidad cristiana. De forma congruente con la visión nazi de género (véase capítulo 5), los DC eran un grupo dominado

por varones; en la Iglesia Confesional las mujeres tenían mayor peso específico. En Berlín, escenario principal de la contienda eclesial y la diócesis más dividida del país, a partir de 1933 una cuarta parte de las parroquias quedaron bajo el control de los DC, y en otras muchas lograron condicionar su funcionamiento diario. Sin abandonar la capital, hay un dato escalofriante: hasta un 40% de sus párrocos se sumaron a los DC, la mitad de los cuales estaban además afiliados al NSDAP.

Con estos mimbres, no sorprenderá que en las parroquias nazificadas ondease la esvástica, presente hasta en los altares, o que resonasen los acordes de la *Deutschlandslied [La canción de Alemania]* y de la *Canción de Horst Wessel,* en ocasiones no excepcionales con la feligresía puesta en pie haciendo el saludo alemán. El arsenal simbólico nazi, con su enseña, su himno y su gesto, invadieron el espacio sagrado de muchas iglesias alemanas, para no salir de él hasta finalizada la pesadilla totalitaria. Los DC también diseñaron su propia enseña: una cruz con una esvástica en el eje y, debajo, el acrónimo de la organización con una sílaba a cada lazo de la cruz, una «D» y una «C». Todo sobre un fondo rojo con un círculo blanco en medio dentro del que figuraban, en negro, los ingredientes mencionados. Rojo, blanco y negro eran los colores de la bandera nazi. También en recinto sagrado, retratos del Führer adornaron salas de reuniones, pasillos y despachos de los pastores. Los símbolos nazis y los religiosos compartían espacio; lo sagrado y lo profano se solapaban. Otro tanto ocurría con los tiempos sagrados. El calendario nazi ofreció ocasiones propicias para entrecruzar esferas: en las parroquias nazificadas se conmemoró el 30 de enero (aniversario de su toma del poder), el 9 de noviembre (Día de los Héroes, aniversario del intento de golpe de estado en Múnich en 1923), el 20 de abril (cumpleaños de Hitler) y el 1 de mayo (Día del Trabajo Nacional, fiesta declarada oficial por el régimen en 1933).

El 3 de febrero de 1933, unos días después de que Hitler fuese nombrado canciller el 30 de enero, a iniciativa de los DC se celebró una misa de acción de gracias en una de las iglesias más emblemáticas de Berlín, la de Santa María. Acudieron tantos feligreses que, para satisfacer el interés despertado, se hubieron de celebrar dos ceremonias consecutivas. El altar estaba decorado con unas 200 esvásticas; cuatro estandartes de las SA de

Berlín flanqueaban el púlpito. Hossenfelder fue el encargado del sermón de la primera misa, pronunciada ante 2.500 personas «conscientes de su ser alemán» que abarrotaban el templo desde una hora antes. Como hilo conductor de su prédica escogió un fragmento de los Corintios: «¡Pero gracias a Dios, que nos da la victoria por medio de nuestro Señor Jesucristo!». El Señor —prosiguió el máximo representante de los protestantes nazificados— siempre había regalado al pueblo alemán hombres capaces de sacarles de su estado de postración. Lo hizo enviándole a Bismarck, que forjó un imperio. Le siguió Hindenburg, que blandió su espada ante el ataque ruso en Prusia Oriental. El Señor también le ha enviado a Alemania a alguien capaz de superar el calvario de los 14 años precedentes, los de la República y la primera democracia en el país. El enemigo acechaba en las fronteras; mentiras y mezquindades estaban a la orden del día, «una ciénaga de miles de bacterias y bacilos mortales» asolaban al país. Urgía, pues, recuperar el lugar que le correspondía a Alemania en el mundo y en la historia. El hilo de su prédica estaba al servicio de presentar a Hitler como el encomendado por Dios para esa misión:

> En este estado de necesidad, que no consistía sólo en la simple existencia, sino que iba mucho más allá, en el alma del pueblo alemán, Dios forjó un hombre, uno de entre los millones de la Guerra Mundial, y le confió la misión más importante de nuestra historia: sacar al pueblo alemán de la desesperación y volverle a conceder la fe en la vida [...] Consciente de su misión, apuesta todo por ella y convierte de nuevo en creyentes a los desesperados y timoratos. Reúne en torno a sí un ejército de un millón de personas que solo saben una cosa de él: que es el enviado de Dios. Porque tú crees, nosotros queremos volver a creer; porque tú luchas, nosotros también queremos luchar, para que vuelva a salir el sol en Alemania.

Se escuchaba por doquier —siguió Hossenfelder—: «¿Cuándo se pondrá fin al periodo de prueba para Alemania? ¿Cuándo interviene el Señor?»; «¡Señor, ayúdanos!». Hasta que el 30 de enero de 1933, Dios escuchó las plegarias y llamó a «un hombre forjado de una pieza, puro, devoto, enérgico

y firme de carácter, nuestro Adolf Hitler. Fue un día de gozo y una hora gloriosa ver desfilar por la Puerta de Brandemburgo al ejército pardo junto a los veteranos de guerra para saludar al general de la Guerra Mundial [a Hindenburg] y al forjador del Tercer Reich. La fe en la vida ha vencido». Hossenfelder tampoco perdió la ocasión de plasmar por escrito su regocijo y el de los DC por el acceso de los nazis al poder. Por si quedaba algún resquicio de duda de la mezcla de trono y altar, remitió un telegrama de felicitación a Hitler sin ahorro de parabienes y poniendo el altar a su disposición: «Le felicito a usted y al pueblo alemán por el acontecimiento del 30 de enero gracias a la providencia de Dios. Como responsable del movimiento de creyentes 'Cristianos Alemanes' le aseguro que estaremos con usted en nuestras oraciones». No fue el único párroco nazi que aprovechó la ocasión para esparcir el nuevo evangelio entre sus feligreses. El domingo siguiente al nombramiento de Hitler como canciller, el día 5 de febrero, el pastor Thom puso el siguiente título a su sermón para celebrar el acceso al poder por Hitler: «Si Dios está con nosotros, ¿quién osará estar contra nosotros?»[110]. Al final, oponerse al régimen equivalía a desafiar los designios divinos.

Los DC de Hossenfelder desplegaron sin tardanza una actividad frenética para mostrar públicamente su adhesión y regocijo por el nuevo régimen. Dos días después de celebrar la ceremonia de acción de gracias referida, Hossenfelder protagonizó otro servicio al régimen recién instituido de alto valor simbólico por lo que tuvo de abdicación moral de sectores sustanciales de la iglesia protestante. Hans Maikowski, responsable de la Tropa de Asalto 33 de Berlín, conocida entre sus muchos detractores y víctimas como la «Tropa de la muerte» por su brutalidad, falleció el 30 de enero como consecuencia de un tiroteo tras la marcha de antorchas que celebró el ascenso de Hitler al poder. Junto con los integrantes de su batallón, tras el desfile de antorchas bajo la Puerta de Brandemburgo se encaminó al distrito de Charlottenburg celebrando la victoria. La propaganda del régimen sostuvo que Maikowski resultó abatido por balas comunistas. Era mentira. La Gestapo tenía la certeza ya desde julio de 1933 de que en realidad el autor de los disparos fue un correligionario suyo de las SA (véase capítulo 11). Su funeral fue oficiado el domingo 5 de febrero en

la catedral evangélica con el concurso de los principales líderes del movimiento, ahora ya con las riendas del poder: Hitler, Goebbels y Göring. El personaje que había disfrutado de semejante honor en ese escenario por última vez fue el emperador Guillermo I en 1888. El funeral fue transmitido por radio y, según algunas estimaciones interesadas, participaron en él unos 40.000 nazis y miembros del Stahlhelm, todos ellos uniformados. Cuando el cuerpo fue sacado de la catedral en dirección al cementerio de la Invalidenstrasse pasando por Unter den Linden y la Friedrichstrasse, un avión volando en círculos arrojó flores sobre los participantes. Se trató del primer funeral de Estado oficiado por el nacionalsocialismo.

Hossenfelder se refirió en una ocasión a los DC como «las SA de Jesucristo en lucha por erradicar la miseria física, social y espiritual» (Hossenfelder, 1933: 25). Ahora tenía ocasión de rendir su tributo y admiración a un paramilitar que protagonizó incontables actos de brutalidad y que sacrificó su vida por la palingenesia de Alemania. Dirigiéndose al fallecido, pronunció las siguientes palabras en su homilía desde el púlpito de la catedral del país:

> Eras uno de los mejores entre nosotros, igual que Horst Wessel. Has labrado con nosotros el terreno y no lo has tenido fácil. A menudo arriesgaste tu vida. Nunca pensaste en ti, sino solo en la causa mayor, en la que Dios te asignó [...] Fuiste un sembrador, a quien Dios puso a disposición de los hombres para sembrar su preciada semilla, y la has esparcido en los corazones de tus camaradas, contigo contra viento y marea y fieles a su fe. Eras el alma de tu querida Tropa de Asalto 33, que dirigías. Lo que es hoy, lo es gracias a ti [...] ¿Te acuerdas todavía de cuando eras un joven de 14 o 15 años y leías cuentos alemanes y te empapabas de un trozo de su espíritu? ¿Te acuerdas de cuando, acabada la escuela, te adheriste a un grupo de estudio de la Biblia, para a través suyo luchar? ¿Te acuerdas todavía de cuando un día viniste a nosotros y te sumaste al ejército pardo, para servir y luego para convertirte en dirigente suyo? Una canción cantada a menudo en el campo de batalla dice: «¡Es el mayor misterio de todos, son los mejores, caen los mejores!» Esta canción nos quema el alma al contemplar tu féretro. La esvástica adorna tu féretro, ante él está tu Führer máximo, Adolf Hitler, y

> nosotros cantamos el final de aquella vieja canción de soldados: «Si la semilla es tan selecta, ¡cuán dorada y rica no será la cosecha»[111].

No flojeó la fe de los DC en la misión divina encomendada a Hitler cuando fueron convocadas elecciones al Reichstag para el 5 de marzo de 1933, ya con los nazis al frente del Estado y la oposición pagando las consecuencias de su terror con internamientos en campos de concentración, muerte y exilio. Para él pidieron expresamente el voto:

> «El 5 de marzo, ¡a por el Tercer Reich!».
>
> Adolf Hitler nos ha demostrado que es el Führer. Nuestra cosmovisión cristiana se identifica con el pensamiento del Führer. Una vez más, el Evangelio y la historia de nuestro ser nacional nos ilustran para seguir al Führer!

El mismo día de las elecciones su órgano de expresión semanal publicó en sus páginas la siguiente admonición: «Con la esvástica sobre el pecho y la cruz de Cristo en el pecho, el 5 de marzo cumplimos nuestro deber con el pueblo y la iglesia y votamos la Lista 1 del movimiento de Hitler». El pastor Thom, desde su púlpito en el barrio de Prenzlauer Berg, tampoco perdió la ocasión de seguir la estela de sus correligionarios de los DC. Tituló su sermón «Pueblo entre cruces», y lo pronunció el mismo día 5 de marzo, el día «del levantamiento de Alemania tras 14 años de humillación y vergüenza». Ese día, avisó, «debemos y tenemos que decidir con nuestro voto si ha de ser concedida la confianza incondicional con la mayoría absoluta de nuestro pueblo al gobierno cristiano-nacional nombrado por nuestro respetable presidente del Reich, Hindenburg». Por si alguien albergase alguna duda acerca de su apuesta, siguió:

> Damos gracias a Dios porque hoy millones de compatriotas coinciden en reconocer que, en la dura lucha por el alma de Alemania, el hoy celebrado Führer de la Alemania nacional, nuestro canciller nacional Adolf Hitler, nos ha grabado sin descanso en el alma: «El requisito de la

> comunidad nacional ideal no es el egoísmo material, sino el sacrificio desprendido» ¡Aprestémonos, pues, al sacrifico en aras de nuestra patria!
>
> Thom, 1933: 47-54; citas en 47 y 51

Un «amén» cerró la prédica.

Justo un mes después de celebrarse las elecciones e iniciarse ya sin oposición el dominio totalitario nazi, los DC organizaron su primer congreso en la iglesia Garnison, de Potsdam, al lado de Berlín y de gran valor simbólico en la historia de Prusia y de Alemania. En su cripta reposaba el rey prusiano Federico el Grande, muy apreciado por los nazis por sus éxitos militares, en particular durante la Guerra de los Siete Años entre 1756 y 1763. El comité de honor lo encabezó Hermann Göring. Los discursos principales fueron retransmitidos por radio, ya bajo el control absoluto de Goebbels en su calidad de ministro de Propaganda y para la Ilustración del Pueblo, que tal era su denominación oficial completa. El propósito del congreso, en palabras de su cronista el sacerdote Freitag, era «presentar el acontecimiento alemán [el acceso de Hitler al poder] ante Dios y bendecirnos en el trabajo simultáneo como alemanes y cristianos». Nótese una vez más: primero la patria, luego la religión. Los DC no conocían otro orden de prioridades: «como alemanes y cristianos reconocemos a nuestra patria y a nuestro pueblo, a nuestra estirpe y a nuestra raza, como obsequio y como misión dadas por Dios». En la tribuna de oradores, o sea, en el púlpito, figuraban las enseñas de los DC, pero también la esvástica, «como corresponde a nuestro sentimiento más profundo». Hossenfelder rindió homenaje a los caídos en la Primera Guerra Mundial, pero también a los camisas pardas caídos durante la República de Weimar, como había hecho poco antes con Maikowski, todos ellos «semillas para el día de la cosecha que despunta radiante y orgulloso». El presidente de los DC cerró el acto con tres hurras a Hitler y al pueblo alemán, acogidos con entusiasmo por el público presente[112]. El 21 de mayo siguiente una nota de prensa oficial anunció la presencia de Hitler en una «fiesta deportiva» de las SA en Erkner, una pequeña ciudad a las afueras de Berlín. Hossenfelder, fiel soldado de Jesucristo y del nazismo, fue el encargado de oficiar el

sermón[113]. Cuando en julio de 1933 se celebraron nuevas elecciones a los consejos parroquiales, ya sin oposición, los DC se hicieron en Berlín con dos terceras partes de los mandatos. En ciudades como Colonia consiguieron hasta el 90% de los votos.

Una vez Hitler en el poder, los DC dieron rienda suelta a su satisfacción. Ahora su objetivo de fundir el evangelio y el ser nacional estaba más cerca de ser alcanzado. El grito de «Heil», y no un «amén», ponía el punto final a sus oficios religiosos. Aspiraban a una «iglesia imperial» según el principio: «Un pueblo, un imperio, un Führer, un Dios, una fe, una iglesia». Ante la pregunta: «¿quieres poner a disposición del Tercer Reich con responsabilidad consciente todo tu ser evangélico en tanto que motor creyente?», la respuesta de todo buen nacionalsocialista no podía sino ser afirmativa[114]. A esa misión se encomendaron los DC hasta su ocaso final en 1945, a la par que el régimen al que prestó tan inestimables servicios proporcionando cobertura religiosa a la barbarie.

---

104 Bundesarchiv-Berlin (BArch-Berlin) R 5101/23138. Reichsministerium für die kirchlichen Angelegenheiten 1807-1950. Bd. 1, septiembre de 1932-junio de 1936, p. 16. Cursiva en el original.

105 *Ibid.,* p. 17.

106 *Ibid.,* p. 17.

107 Notas biográficas sobre Hossenfelder en: *Magdeburgische Zeitung,* 29-IV-1933.

108 Evangelisches Zentralarchiv (EZA) 50/234, Bl. 1 ff.

109 *Evangelium im Dritten Reich,* I, 27-11-1932.

110 Fuentes: Crónica de Albert Freitag de la ceremonia de acción de gracias por el nombramiento de Adolf Hitler como canciller del Imperio Alemán en: *Evangelium im Dritten Reich* II, 12-II-1933. El discurso del responsable de los CA en: Hossenfelder, 1933, pp. 20-24; la cita aquí recogida en la p. 22. En el mismo número de *Evangelium*... reproduce el telegrama citado. Sermón de Thom en: Thom, 1933: 40-46.

111 Reproducción de la homilía en: *Evangelium im Dritten Reich* II, 19-II-1933.

112 *Evangelium im Dritten Reich* II, 26-II-1933; 5-III-1933 y 19-III-1933; las citas de la crónica en el número del 16-IV-1933, pp. 141-142.

113 Bundesarchiv-Berlin (BArch-Berlin) R 5101/23138. Reichsministerium für die kirchlichen Angelegenheiten 1807-1950. Bd. 1, September 1932-Juni 1936, p. 33.

114 EZA 7/2046, p. 241.

CAPÍTULO 10

EL CEMENTERIO PRINCIPAL DEL MOVIMIENTO

A finales del verano de 1931 el cementerio de Luisenstadt en Berlín-Kreuzberg empezó a ser conocido en círculos nazis como «el cementerio principal del movimiento» (Engelbrechten y Volz, 1937: 173). El punto de arranque de esa denominación coincide con el entierro del SA Hermann Thielsch, asesinado en el barrio de Nostitz el 9 de septiembre de ese mismo año (véase capítulo 7). Como era práctica habitual en este tipo de decesos en Berlín, Thielsch fue inmediatamente aupado por Goebbels a los altares del movimiento, quien se refirió a él como un «alemán íntegro y trabajador socialista por el pan y la libertad de la nación alemana». Desde entonces y hasta abril de 1935, un total de 22 miembros de las SA, SS y Juventudes Hitlerianas fueron enterrados en dicho cementerio, si bien ninguno de los más emblemáticos de la capital y del país, como eran Horst Wessel (mártir por excelencia de las SA y del nacionalsocialismo), Herbert Norkus (mártir de las Juventudes Hitlerianas) o Hans Maikowski, un dirigente local de las Tropas de Asalto que mereció en febrero de 1933 el primer funeral de estado organizado por el régimen nazi. Solo entre septiembre y noviembre de 1931 recibieron sepultura allí tres SA. Jugadas del destino, todos ellos compartieron última vecindad con Gustav Ernst Stresemann, fallecido en 1929 y enterrado en olor de multitudes (*Vossische Zeitung,* 1-VII-1929 —edición vespertina— y 25-IX-1929 —edición vespertina—). Stresemann fue un político liberal y masón, ministro de Asuntos Exteriores y canciller efímero, además de merecedor en 1926 del Premio Nobel de la Paz. Uno solo de esos atributos le habría ganado la animadversión de todo nazi que se preciara; todos combinados le convertían a sus ojos en un ser despreciable. Cuando los nazis empezaron a enterrar a sus muertos en el cementerio de

Luisenstadt, la policía se vio obligada a adoptar medidas especiales de seguridad para proteger la tumba del político.

El camposanto fue inaugurado en octubre de 1831, exactamente un siglo antes de que los nazis lo convirtiesen en un lugar de memoria de su movimiento. Conviene avisar de un dato contrastado: el hecho de que en él se concentrasen tantas tumbas de estos militantes no tuvo su razón de ser en la vecindad administrativa. De hecho, los residentes en los alrededores, como Thielsch, constituían una minoría. Ello se debió, más bien, al hecho de que el pastor protestante de la parroquia a cargo del cementerio era un abierto simpatizante del movimiento, siempre bien dispuesto a oficiar sus prédicas y repartir sus bendiciones rodeado de cruces gamadas y envuelto en los acordes de la *Canción de Horst-Wessel,* entre otros ingredientes del cóctel simbólico totalitario.

Si la vecindad no era requisito imprescindible para ser enterrado en sus instalaciones, tampoco lo era profesar la confesión protestante. En el cementerio de Luisenstadt recibió sepultura Richard Harwik, católico, porque su párroco de referencia se negó a oficiar un funeral con el féretro cubierto por la esvástica, es decir, ataviado con toda la parafernalia nazi a pesar de que había dado muestras fehacientes —según los nazis, claro— de haber sido «católico íntegro». Harwik ni residía ni falleció en el distrito de Kreuzberg. Goebbels no se mordió la lengua al criticar a la Iglesia católica por su negativa a enterrar al SA Harwik bajo esas condiciones, *sus* condiciones:

> Quienes están encargados por tu Iglesia para estar aquí no están [...] En su lugar ante tu tumba está el pueblo alemán, por el que tanto has luchado y sufrido y por el que al final has muerto.

Der Angriff, 3-XI-1932 [véase capítulo 11]

El oficio religioso (el político era cosa de Goebbels) de Thielsch, como el de Harwik y los de «una gran parte de los SA y camaradas del partido asesinados a tiros en Berlín» (*Evangelium im Dritten Reich,* V, 23-VIII-1936) corrió a cargo de Johannes Wenzel. Nacido en 1883 en Warpuhnen,

una pequeña localidad de Prusia Oriental, era hijo de un director de escuela. Apenas medio siglo más tarde, los nazis cosecharán excelentes resultados en esa provincia prusiana separada de Polonia por un corredor: en las elecciones al Reichstag de 1930 obtuvieron un 22,5% de los sufragios (18,3% en el conjunto del país); en julio de 1932 un 47,1% (frente a un 37,4%); en noviembre siguiente un 39,7% (33,1%). Tras la Segunda Guerra Mundial, el territorio quedó repartido entre Polonia y la Unión Soviética, con el consiguiente éxodo de la población de origen alemán.

Wenzel cursó estudios de teología y de filosofía en Königsberg y en Berlín, pero sus dos exámenes de estado, imprescindibles para el reconocimiento por las autoridades públicas de sus estudios y el acceso al ejercicio profesional, los superó en Danzig. Se ordenó sacerdote el 26 de septiembre de 1911[115]. Su expediente académico es revelador de lo que será su carrera en adelante. En el primero de los exámenes de estado obtuvo un «aprobado» en la asignatura de ética. Y es que la ética no era el fuerte de Wenzel, como tendría ocasión de demostrar de forma reiterada en sus diferentes destinos profesionales y en circunstancias variopintas a lo largo de su vida. La exégesis y conocimiento bíblico, el idioma alemán, la dogmática o la filosofía parece que se le daban mejor. Wenzel no llegó a afiliarse al NSDAP, pero sí que fue miembro de los Cristianos Alemanes (DC), los «SA de Jesucristo» que surgieron en Berlín a finales de 1932 (véase capítulo 9).

Al poco de completar sus estudios y superar las pruebas pertinentes, en 1912, se convirtió en capellán militar. Permaneció en el ejército hasta 1920, participando consecutivamente durante la Primera Guerra Mundial en las campañas occidental, rusa, rumana y francesa. Acabada la contienda, y en virtud del Tratado de Versalles que redujo los efectivos militares del ejército alemán a 100.000 soldados y 4.000 oficiales, sus servicios de consuelo espiritual a la tropa se hicieron superfluos. Consiguió sin solución de continuidad una plaza de párroco en la localidad de Willenberg, en Prusia Oriental, su región de origen. A diferencia de la Iglesia católica, en la que el sacerdote viene nombrado por la jerarquía eclesiástica, en el protestantismo son las comunidades las que eligen a su pastor a través de un proceso más o menos abierto.

Precisamente en Willenberg ocurrió un episodio que revela una asimilación deficiente por parte de Wenzel de valores como la honestidad y la honradez, esto es: de un sustrato moral cuando menos endeble. En el futuro —tendremos ocasión de constatarlo— dará pruebas adicionales de su inconsistencia moral. A mediados de 1929, y en virtud de su juramento y del derecho eclesial que le atribuía la salvaguarda del buen gobierno de la comunidad, el máximo responsable del consejo parroquial de Willenberg interpuso ante la fiscalía superior correspondiente una denuncia contra Wenzel en la que le acusaba de varias irregularidades graves en el ejercicio de su función que se retrotraían a años anteriores. Predecesores suyos en el puesto suscribían la denuncia. En concreto, dicho responsable le acusó de haber efectuado durante 1927 varios viajes de carácter privado a Königsberg con cargo a la parroquia, aunque camuflándolos como viajes de trabajo. Al ser interpelado al respecto, Wenzel habría respondido: «Al consejo parroquial no le debo ningún tipo de explicación». Asimismo en 1927, pasó una factura de alquiler de cuatro meses que no tendría justificación. La tercera acusación era la de incitar a un empleado de la parroquia a incurrir en falsedad documental. A buen seguro la fiscalía no contaba con muchos precedentes de denuncia por supuestas irregularidades contra un clérigo interpuesta por la máxima instancia de su congregación. El dictamen judicial concluyó que los cargos no quedaban probados.

Como quiera que fuese, la situación de Wenzel en Willenberg se hizo insostenible. Buscó un nuevo destino, y lo encontró en la iglesia Neue Garnison, en Berlín-Neukölln, de la que dependía el cementerio de Luisenstadt, ya en el distrito de Kreuzberg. Tomó posesión de la plaza el 1 de agosto de 1930, en pleno clima de guerra civil latente entre nazis, por un lado, y socialdemócratas y comunistas, por otro, en uno de los distritos de la capital con mayor arraigo de las izquierdas, un enclave donde las luchas por el control territorial entre ambos enemigos se libraban de forma más encarnizada. Wenzel era un hombre de salud quebradiza. Nada más incorporarse solicitó una baja que, tras sucesivas prórrogas acompañadas de los consiguientes certificados médicos, se prolongó durante varios meses. No fingía sobre su mal estado de salud; falleció de un ataque cardiaco en 1936, a los 53 años de edad.

En el lapso de tiempo que transcurrió entre su llegada a Berlín y su defunción, Wenzel reunió los méritos suficientes para pasar a ocupar un lugar en la historia alemana tan ignominioso como desconocido a día de hoy. Su quehacer resulta ilustrativo del papel que la iglesia, en este caso la protestante, jugó como cómplice del nacionalsocialismo. Su aportación «como alemán íntegro y como nacionalsocialista íntegro» fue —según reconoció el máximo responsable de los Cristianos Alemanes de Berlín al pie de su sepultura— procurar que «la revolución nacionalsocialista no pasase de largo en la iglesia» (*Evangelium im Dritten Reich,* V, 23-VIII-1933). ¿Cómo? Prestando servicios varios al movimiento totalitario desde su misión pastoral.

El primer y principal servicio, ya lo hemos apuntado, consistió en acoger en su iglesia y cementerio a los fallecidos nazis en confrontaciones políticas durante los últimos turbulentos años de la República de Weimar y primeros del Tercer Reich. Wenzel fue el artífice, como pastor de la parroquia a su cargo, de que el cementerio de Luisenstadt acogiese a una porción sustancial de los «mártires» nazis caídos a lo largo y ancho de la capital, empezando por Thielsch en septiembre de 1931 y terminando por Oskar Soll en abril de 1935, (en este caso un miembro de las SS) que cierra las lista de los enterrados allí. En muchas de las ocasiones se trató de enfrentamientos o ataques protagonizados por comunistas, pero tampoco faltaron casos de fallecidos en circunstancias en las que la épica brillaba por su ausencia. Los nacionalsocialistas acostumbraban a hacer pasar sus muertos como mártires caídos en la lucha por la calle contra el enemigo marxista, pero no siempre fue el caso. Por limitarnos a casos de nazis enterrados en el cementerio de Luisentadt, mencionemos el caso de Kurt Thiel, un integrante de la misma unidad de las Tropas de Asalto que Thieslch, que se suicidó el 30 de diciembre de 1931 de un disparo. La historia oficial de las SA en Berlín y Brandemburgo ofreció la siguiente explicación para incorporarlo al panteón martirial nazi: «los altercados constantes con comunistas y con la policía, las numerosas heridas, detenciones y procesos judiciales sufridos y, por fin, el asesinato de su camarada Thielsch, perturbaron su espíritu». Según la misma fuente, Thiel se suicidó con las fotos de Hitler, Thielsch y el jefe de su tropa de asalto en

la mano (Englebrechten, 1937: 192). No faltaron tampoco los fallecidos en circunstancias que no permitían dilucidar si el fuego había sido amigo o enemigo. Como quiera que sea, todo nazi muerto era bueno para el convento, y el movimiento les rindió tributo público en Luisenstadt.

Los rituales funerarios seguían el mismo guion. El objetivo en todos los casos era agitar las emociones de los presentes presentando a los finados como modelos a seguir en aras de la consecución de un nuevo Reich, es decir, como prefiguraciones del «hombre nuevo» que todo proyecto totalitario aspira a forjar igual que el artista esculpe la arcilla o forja el hierro. El mensaje iba dirigido a la opinión pública («bien o mal, el caso es que hablen de nosotros», según dictaba el argumentario propagandístico nazi), pero también aspiraba a reforzar la identidad colectiva en sus filas. Es como si se dijeran a sí mismos: somos los mejores, estamos unidos, somos muchos y sacrificamos todo por nuestra sagrada causa, generosidad condensada en la ofrenda de la propia vida.

A fuerza de representarla, desarrollaron una sofisticada liturgia funeraria nutrida del cruce de elementos religiosos y políticos en la que se podían distinguir los siguientes estadios. El punto de arranque lo marcaba el traslado del cadáver al cementerio, bien desde el tanatorio o desde el hospital. Una vez en el cementerio, el siguiente punto del guion era el velatorio con una guardia de honor integrada por antiguos camaradas de la Tropa de Asalto del fallecido, con sus uniformes, banderas y estandartes. Acto seguido tenía lugar el responso en la capilla a cargo del párroco de la iglesia Neue Garnison, en muchos casos (hasta dónde sabemos por fuentes indirectas, porque no se conserva el archivo parroquial) a cargo de Wenzel. En su sermón ante el féretro del SA Erwin Moritz a principios de noviembre de 1931, el tercer enterrado en el cementerio de Luisenstadt en el curso de dos meses, Wenzel no pudo ser más explícito a la hora de dar legitimidad religiosa a las fuerzas paramilitares nazis: «Bienaventurados sean aquellos que sufren y son perseguidos por causa de la justicia» (*Der Angriff,* 12-XI-1931). Moritz era un lechero de 21 años que fue abatido de camino a casa por la noche «con alevosía por dos balas comunistas» (Weberstedt y Langner, 1935: 122). En el caso del SA Helmut Köster, un SA fallecido en

el barrio de Nostitz en Kreuzberg en junio de 1932, Wenzel se dirigió a los presentes en los siguientes términos[116]:

> El pastor Wenzel dedicó palabras de consuelo a los allegados dolientes, el consuelo de la Iglesia cristiana. Ningún reproche al Señor, ninguna palabra que alimentase el odio. Las palabras sonaban dulces. Es el llamamiento a la grandeza de espíritu de los padres, que ofrendaron a su ser querido para que Alemania pueda vivir. ¡Padres orgullosos! Vuestro hijo murió sobre el escudo, con grandes honores. Corta fue su vida, pero heroica. Consolaros por ello, padres llorosos. ¡Millones lloran su muerte con vosotros, padres, madres y jóvenes! Vuestro hijo dio su vida por una gran y gloriosa causa: ¡Por la Idea de la amada patria!

Der Angriff, 1-VII-1932

Una vez concluida la intervención del párroco, los presentes emprendían el camino desde la capilla hasta la tumba. Allí el párroco cedía todo el protagonismo a Goebbels, secundado por otros dirigentes nazis de la capital y, ocasionalmente porque se encontrasen en la ciudad, también por el máximo responsable de las SA, Ernst Röhm, presente en noviembre de 1931 en el entierro de Erwin Moritz, o excepcionalmente por Hitler, que acudió al entierro de Herbert Gatschke en agosto de 1932, el único al que asistió en Berlín (Engelbrechten y Volz, 1937: 176). Hitler pronunció en aquella ocasión las siguientes palabras:

> Para cientos de personas la muerte resulta especialmente difícil, porque para ellas no se trata de una despedida de la vida, sino también de una despedida de Alemania, por la que han muerto [...] ¡Por ella habéis muerto, y por ella seguiremos la lucha!»

Documento 7

La sentencia del juicio por los sucesos que condujeron a la muerte de Gatschke declaró inocentes a los comunistas sobre los que pesaba la

acusación. Los disparos que acabaron con su vida procedían de las filas propias. Sus camaradas de las SA escribieron:

> Los delincuentes rojos que te asesinaron, con el judío de pelo rizado Calm en cabeza, fueron declarados inocentes por el tribunal especial berlinés a las pocas semanas del hecho sangriento.

Sturm 33, 1938 [1933]: 48

Un mensaje martilleado por Goebbels en sus discursos fúnebres era la llamada, abierta o disimulada, a la venganza. Las apelaciones en este sentido por parte del líder del movimiento en la capital eran constantes, tanto desde sus tribunas en *Der Angriff* como en sus diarios íntimos. No sorprenderá, entonces, que en un clima emocional denso, con apelaciones constantes a la ley del talión, menudeasen los ataques contra comunistas y socialdemócratas inmediatamente después de haber dado sepultura a sus correligionarios nazis. Retomando el caso del entierro de Köster, Goebbels pronunció la prédica mortuoria ante una cifra estimada entre 2.500 y 3.000 asistentes, de ellos 1.000 o 1.200 uniformados. Estos últimos, adornados por un total de 26 estandartes de las SA, fueron los encargados de formar, en filas de a dos, un pasillo entre la capilla del cementerio y la tumba. En su oración fúnebre Goebbels lanzó una amenaza nada velada:

> Será un consuelo para sus padres que aclaremos ante esta tumba de forma clara, serena, imperturbable y rotunda: ¡Es la última víctima que enterramos sin castigo! ¡No estamos dispuestos a seguir contemplando impasibles cómo se abate a disparos a víctimas inocentes! ¡Pondremos fin a esta situación! ¡De una vez por todas! ¡De una forma u otra! No volverá a ocurrir en adelante: ¡No queremos seguir siendo yunque, queremos ser martillo!

Der Angriff, 1-VII-1932

El informe policial recabado *in situ* ratificó la literalidad de la declaración reproducida en el órgano oficial de expresión del movimiento en la capital.

Dicho informe añadió que Goebbels juró que en el futuro cada nazi caído, y de paso todos los precedentes, sería vengado. Su prédica se parecía a una «jura de venganza», en palabras del funcionario policial infiltrado en el acto. Ya no cabía seguir el consejo bíblico de «poner la otra mejilla»; ahora se imponía el «ojo por ojo, diente por diente». En el momento de pronunciar estas palabras, Goebbels era miembro electo del parlamento de Prusia y del Reichstag. Le fue abierta una diligencia que finalmente no prosperó porque «tan solo ha reclamado el derecho de autodefensa cuando fuesen atacados miembros del partido». Además, añadió el informe, no quedaba probado que «el Dr. Goebbels fuese consciente de que sus declaraciones podían incitar a actos de violencia»[117].

Todavía con estas palabras resonando, un grupo de nazis se decidió a poner en práctica lo que Goebbels alentaba con la pluma y la palabra. La prensa del día se hizo eco de los hechos. El *Berliner Tageblatt,* periódico de orientación liberal y propiedad del padre del futuro historiador George L. Mosse, informó al respecto: «En la esquina de la calle Friedrich fue atacado un vendedor de periódicos que vendía *Alarm,* periódico de la Reichsbanner [organización paramilitar controlada por los socialdemócratas], por parte de un grupo de nacionalsocialistas que regresaban del entierro de su correligionario Köster en el cementerio de Luisenstadt, en la calle Bergmann» (26-VI-1932). Según algunas informaciones, el vendedor en cuestión habría sido víctima de agresiones similares con anterioridad (*Berlin am Morgen,* 26-VI-1932). No quedó ahí la cosa. Comoquiera que el vendedor de periódicos buscó refugio en la cercana sede del periódico *Vorwärts,* órgano de expresión del SPD, el grupo de nazis, que iban uniformados, le siguió los pasos (*Vossische Zeitung,* 26-VI-1932). En el primer patio de la sede del periódico irrumpieron entre 150 y 200 nazis, según las estimaciones. Se produjo un cruce de disparos con los miembros del Reichsbanner que custodiaban el edificio, a consecuencia del cual resultaron heridos dos de sus integrantes, además de un nazi. La prensa comunista también se hizo eco de los sucesos, denunciando la pasividad policial frente a los «bandidos de las SA» y sugiriendo la hipótesis de que el nazi herido había sido alcanzado por fuego amigo (*Die Rote Fahne,* 26-VI-1932). No se trataba de un argumento novedoso en el contexto violento de

estos años; el intento de endosar al enemigo la responsabilidad del uso de armas de fuego era algo habitual entre los dos contendientes más comprometidos con la lucha por la calle cada vez que se registraban heridos o muertos por arma de fuego. Pese a la gravedad de los hechos, con heridos de bala incluidos, la policía se amparó en que no se había presentado denuncia alguna para suspender el procedimiento investigador[118].

El último momento del ritual fúnebre consistía en introducir el féretro en la tumba. A la orden de «Deponed las banderas», sus portadores las descendían parsimoniosamente por el lado derecho de sus cuerpos hasta que la tela rozaba el suelo[119]. Acompañando el momento, resonaban los acordes de *Der gute Kamerad* (El buen camarada: «Yo tenía un camarada/ no encontrarás uno mejor») y el himno de *Horst-Wessel* (véase Documento 3). Una vez plegada con la delicadeza y consideración que merece todo objeto sagrado, la esvástica que cubría el ataud era incorporada a la tumba antes de cubrirlo de tierra. Así ocurrió, por ejemplo, en el caso de Heinrich Böwe, mesonero de un *Sturmlokal* en el distrito vecino de Neukölln y segundo nazi enterrado en Luisentadt quien, según el párroco —la crónica periodística no menciona su nombre, pero es probable que se tratase de Wenzel—, durante la guerra «también fue un luchador y soldado» (*Der Angriff,* 26-X-1931).

Los rituales mortuorios por los correligionarios caídos en Berlín fueron el marco en el que Wenzel trabó contacto con Goebbels. Wenzel sostuvo que la primera ocasión en que conoció personalmente al máximo responsable del movimiento en la capital fue a finales del otoño de 1931, pero no es del todo correcto: se conocieron como tarde con ocasión del entierro de Thielsch, y eso fue al final del verano del mismo año, a la altura de septiembre, para ser precisos. En cualquier caso, se trató de la primera de una serie de coincidencias con motivo del entierro de «nacionalsocialistas que han resultado víctimas de las luchas políticas», según las palabras del párroco en una declaración ante sus autoridades eclesiásticas[120]. A partir de ese momento, y estamos en septiembre de 1931, Goebbels se presentó de forma esporádica en la iglesia de Neue Garnison. La siguiente vez que lo hizo y de la que tenemos constancia (después del entierro de Thielsch y hasta finales de noviembre hubo otros dos entierros de nazis en Luisenstadt,

pero no sabemos si Goebbels y Wenzel coincidieron) fue con ocasión del Día de los Difuntos, una celebración que en el calendario protestante tiene lugar a finales de noviembre. Para Goebbels (que era de confesión católica) y el resto de presentes que llenaban el recinto religioso se trataba de un «funeral por nuestros caídos». El fruto de Magda Quandt de su anterior matrimonio, su hijo Harald, de 9 años de edad, acudió a la ceremonia ataviado con el uniforme nazi. En estos momentos Magda era la prometida de Goebbels. «El pastor Wenzel es un tipo magnífico», dejó escrito Goebbels en su diario (2005, 2/II: entrada del 23-XI-1931). El máximo responsable nazi en la capital llevaba otro objetivo en la cartera: concertar una cita con el pastor para hablar de ciertos asuntos personales. Este será el origen del segundo servicio que Wenzel prestará al movimiento nacionalsocialista. No será algo con visos de continuidad, como era oficiar funerales de los fallecidos en circunstancias violentas, sino algo más bien puntual. Tampoco tendrá un carácter luctuoso, sino celebratorio. ¿De qué se trató?; ¿qué misión le tenía encomendada Goebbels al pastor Wenzel?

Goebbels acudió el Día de los Difuntos a la parroquia de Neue Garnison con el fin de solicitarle que se hiciese cargo de su ceremonia de matrimonio con Magda Quandt, que tenía previsto celebrar en la pequeña localidad de Severin, en Mecklenburgo, el 19 de diciembre siguiente, sábado, a las 13:00. El exmarido de Magda, Günther Quandt, un importante empresario de la época, poseía allí una hacienda, a la que ella tenía derecho de usufructo. Los prometidos habían tomado la decisión de contraer matrimonio el septiembre anterior y, a pesar de la animadversión que Goebbels profesaba a la Iglesia, optaron porque la ceremonia fuese religiosa. Goebbels quería que fuera discreta y lejos de Berlín, lejos de los focos (y de los comunistas). Lo que ocurrió en Severin supuso una nueva muestra de la catadura moral de Wenzel. Si antes había engañado a su comunidad de Willenberg, ahora no le dolerán prendas en mentir a sus superiores religiosos. Veámoslo.

Wenzel no había pisado nunca antes la iglesia de Severin. Acudió allí con una encomienda de Goebbels. Para cumplir con su cometido era necesario que se coordinase con el párroco local, apellidado Kayatz, con el fin de recabar algunos documentos imprescindibles en estas eventualidades,

como por ejemplo el certificado de separación de Magda Quandt de su anterior marido y otro documento declarando que, si surgiesen hijos del matrimonio (y los hubo, cinco hijas y un hijo), serían educados en la fe protestante[121]. El asunto dio origen a una serie de aclaraciones ante la autoridad eclesiástica pertinente por parte de ambos párrocos, Wenzel y Kayatz, con el fin de depurar ciertas negligencias que habían marcado el camino, como por ejemplo, el hecho de que no constase el certificado escrito (Magda lo había hecho de forma verbal) de educación de los hijos según el protestantismo. No interesan aquí los pormenores; al fin y al cabo, se trataba de un asunto que afectaba únicamente a la administración y procedimiento interno de la iglesia. Tampoco es relevante para lo que aquí nos ocupa las consecuencias que el derecho canónico contemplaba (la excomunión) para casos en que un católico, como era Goebbels, contrajese matrimonio con una mujer separada y protestante, ceremonia celebrada ante dos testigos católicos, Hitler y Franz Ritter von Epp[122]. Desde nuestro interés aquí, resulta más revelador el incidente ocurrido en el interior de la iglesia. En efecto, la ceremonia vino aderezada de un despliegue simbólico nazi que delataba un cruce de religión y política que, cuando menos, precisaba de algún tipo de explicación por parte de los párrocos implicados, pero de Wenzel en primera instancia por ser el responsable del acto por delegación.

La prensa local se hizo eco del acontecimiento y dio la primera voz de alarma: Goebbels había celebrado su matrimonio rodeado de miembros de las SA en uniforme completo (visera, pantalón breesche, polainas de cuero, camisa y corbata); un niño, Harald Quandt, también con el uniforme hitleriano, avanzó junto con la comitiva tras la pareja, a la par que la dama de compañía, Maria, la hermana de Goebbels. Goebbels llevaba puesta una camisa parda bajo su chaqueta. En estos momentos pesaba una prohibición sobre el uniforme nazi que se prolongó hasta junio de 1932. En el interior de la iglesia se podían ver ramos y coronas de flores con lazos con la esvástica. Claro que hasta ahí las autoridades parroquiales no disponían de mucho margen de maniobra. Al fin y al cabo, no era competencia suya controlar las ofrendas de los invitados. Lo que sí le incumbía era velar por que la iglesia no estuviese adornada con ningún símbolo político. No lo

cumplió: el altar estaba cubierto por una esvástica de considerable tamaño; la iglesia y el altar aparecían fundidos con la política.

El tamaño de la esvástica fue precisamente un motivo de controversia entre Wenzel, por un lado, y Kayatz y la prensa que se hizo eco del acto, por otro lado. Todas las partes implicadas coincidieron en que la esvástica resultaba bien visible. Todos menos Wenzel. ¿No vio la enseña nazi, o más bien mintió? Repasemos los hechos a partir de la evidencia disponible.

Inmediatamente después de que la opinión pública tuviese conocimiento de lo acontecido en Severin a través de la prensa, la autoridad eclesiástica competente intervino pidiendo explicaciones a los implicados. Todavía el 18 de febrero siguiente, dos meses después de la ceremonia de desposamiento, dicha autoridad se lamentaba porque Wenzel «a fecha de hoy no ha estimado pertinente manifestarse ante nosotros acerca de los hechos ni siquiera con una palabra». Hubo que esperar hasta el mes siguiente para que ofreciese su versión. Entonces declaró que pisó por primera vez la iglesia junto con la comitiva, no antes, lo cual le exoneraría de cualquier responsabilidad por la simbología allí exhibida. Rehusaba así haber participado en modo alguno en la decoración de su interior, y apostilló: «no he visto esvástica alguna en el altar, y hoy tendría que decir que no sé si había una, aunque por supuesto no me atrevo a contradecir a otros testigos dignos de crédito. En cualquier caso, no era llamativa». Después de negar que hubiese nazis uniformados presentes en el acto, excepción hecha del hijo de Magda Goebbels, ironizó al respecto de la supuesta presencia de miembros de las SS en uniforme, que era de color negro: «Estaba presente una unidad de las SS, según mi recuerdo no con el uniforme prohibido, sino con la vestimenta habitual en los funerales *[sic],* que según mi conocimiento no está prohibida». Su sarcasmo resultaba insólito: intentaba camuflar la presencia de SS uniformados como si se tratase de individuos que acudiesen a un funeral... ¡cuando se trataba de una boda! Como corolario a su declaración, negó tajantemente que la ceremonia hubiese tenido connotación política alguna. No debió de ser testigo de algo que el propio Goebbels confiesa en sus diarios: que fuera de la iglesia aguardaban las SA, gritando «Heil» y en formación militar; ni tampoco de

la presencia de las SS, a quienes Hitler se dirigió expresamente a saludar y animarles: «Pronto seremos los amos».

A la luz de la versión que ofreció ante sus autoridades inmediatas, cualquiera diría que el otro párroco implicado, Kayatz, en su calidad de responsable de la parroquia, hubiese acudido a un acto diferente al de Wenzel. También presente en la ceremonia, pero sin responsabilidad inmediata en su decurso, Kayatz prestó declaración en mayo afirmando que «la iglesia estaba llena de gente del pueblo y de las SA». Al hacer acto de presencia en el recinto religioso, «lo primero que me llamó la atención fue el altar, totalmente cubierto por una esvástica, de manera que solo se podía ver el crucifijo que allí había». «Por eso —continuaba— es difícilmente comprensible que el Sr. párroco Dr. Wenzel no se haya percatado de la esvástica».

Wenzel no extrajo ninguna enseñanza de este episodio, ni tampoco mostró nada parecido a propósito de enmienda por haber contravenido los preceptos de su iglesia y fundir religión y política. El 9 de septiembre siguiente celebró una homilía en su parroquia berlinesa por los «camaradas de las SA asesinados». La elección de la fecha no era baladí: coincidía con el primer aniversario del asesinato del SA Hermann Thielsch en el barrio de Nostitz. Acudieron unidades de las SA de toda la capital provistas de 60 esvásticas recibidas en el interior de la iglesia por la «comunidad» con el saludo alemán. Se ubicaron a la izquierda y derecha del altar, delante del cual figuraba la bandera de la Tropa de Asalto 24, a la que pertenecía Thielsch. También se apostó una guardia de honor. Wenzel recurrió al evangelio según San Lucas como hilo conductor de su sermón: «Yo he venido a echar fuego sobre la tierra; y ¡cómo quisiera que ya estuviera encendida!». «Todo el sermón —añadía la crónica publicada en la prensa independiente— era un himno a las SA, cuyo máximo Führer [Hitler] quería ser un ‘atizador de fuegos’ como lo fue Jesús» (*Vossische Zeitung,* 10-IX-1932 —edición vespertina—). El consejo parroquial de distrito había autorizado el acto, con la condición de que no adquiriese ninguna tonalidad partidista. A ello se comprometió el párroco de forma expresa. Una vez más, engañó y mintió a sus autoridades eclesiásticas. Para él, al igual que para los Cristianos Alemanes, era más importante servir al movimiento

nacionalsocialista que a su comunidad eclesial y a sus autoridades religiosas.

Los nazis agradecieron oportunamente a Wenzel los servicios prestados. Con ocasión de su 50.º cumpleaños, el periódico fundado y dirigido por Goebbels en la capital publicó en sus páginas una nota de felicitación: «Su nombre goza de buena reputación entre los seguidores del partido en Berlín» (*Der Angriff,* 15-IV-1933). Su fallecimiento prematuro tres años más tarde tampoco pasó desapercibido en esas filas, que le agradecieron los servicios prestados:

> El pastor fallecido no era miembro del partido. Mediante sus hechos, su espíritu y su actitud estaba sin embargo plenamente identificado con el nacionalsocialismo. Imágenes de Lutero, Federico el Grande, Goethe, Bismarck y Adolf Hitler decoraban su despacho de trabajo. Estos hombres le servían de modelo y de guía. Con el pastor Dr. Wenzel se despide un luchador leal y seguidor del Führer.

VB, edición Berlín, 14-VIII-1936

A su funeral asistió el entonces máximo cargo nazi en la capital, Artur Görlitzer (*Evangelium im Dritten Reich,* V, 23-VIII-1936).

Wenzel recibió sepultura en el cementerio municipal de Luisenstadt. Su tumba todavía sigue allí.

---

115 Estas informaciones y las siguientes sobre la biografía de Wenzel en: Evangelisches Landesarchiv in Berlin (ELAB), 14/24653.

116 Sucedido a finales del mes de junio en el marco de las celebraciones nazis del levantamiento de la prohibición de sus uniformes pardos, el caso de Köster es uno de los que no está del todo claro de quién partió la bala que puso fin a su vida. Lo que la policía dilucidó sin sombra de sospecha, sin embargo, fue que el tiroteo entre nazis y comunistas lo iniciaron los primeros. Véase Landesarchiv-Berlin (LABerlin), A Rep. 358-01, n.º 53.

117 LABerlin, A Rep. 358-01, n.º 759.

118 LABerlin, A Rep. 358-01, n.º 735, pp. 4-6.

119 Geheimes Staatsarchiv (GStA) I, Rep. 77, Tit. 4043, n.º 310. Abschrift: Richtlinien für die Ausbildung (1931), p. 98.

120 Las informaciones que siguen, en: Evangelisches Zentralarchiv in Berlin (EZA), 7/2046.

121 El acta de separación de Günther y Magda Goebbels, fechado el 6 de julio de 1929, declaraba culpable de la ruptura a la primera porque «desde hace tiempo se niega de forma obstinada y sin razón a cumplir con el deber conyugal, y que las últimas relaciones conyugales tuvieron lugar hace más de un año»: EZA 7/2046. Por aquel entonces, Magda mantenía un romance con un sobrino del presidente norteamericano Herbert Hoover.

122 De forma somera, los pormenores sobre las consecuencias según el derecho canónico católico en: *Deutsch-Evangelische Korrespondenz,* 23-XII-1931. Por otra parte, Epp fue un militar profesional que dirigió una compañía de *Freikorps* encargada de apagar el ensayo revolucionario de consejos vivido en Múnich en 1918/19. En su compañía combatieron nombres ilustres del nacionalsocialismo como Ernst Röhm, Rudolf Hess, Hans Frank o los hermanos Gregor y Otto Strasser.

CAPÍTULO 11

EL PULIDO PÓSTUMO DE LOS «MÁRTIRES»

Una forma de acercarse al nacionalsocialismo es concebirlo como una religión política. Desde el punto de vista sociológico, toda religión consta de un conjunto de creencias perpetuadas en el tiempo mediante una serie de rituales, con sus símbolos acompañantes. En el caso nazi, sus artículos de fe se resumían en un proyecto de regeneración nacional que pasaba por barrer del suelo alemán al enemigo marxista y al «bacilo» judío. El arsenal simbólico a su servicio fue variado: la esvástica, el saludo alemán o la *Canción de Horst Wessel,* por traer a colación algunos de los más representativos.

Cuando reparamos en su liturgia, y en concreto en sus festividades, apreciamos que el culto a los muertos constituyó el motivo central de su calendario conmemorativo. De todas las fiestas «nacionales» sancionadas por el régimen (tres en 1934, cuatro a partir de 1937 hasta su final en 1945, excepto en 1939, en que de modo excepcional se celebró el 50.º cumpleaños de Hitler) dos tenían a héroes caídos en la lucha por la patria en su epicentro conmemorativo. La primera fiesta era el Día de los Héroes *(Heldengedenktag)* cada segundo domingo de cuaresma, una fecha instituida durante la República de Weimar en 1926 en memoria de los caídos en la Primera Guerra Mundial, aunque entonces se denominaba Día de Duelo Nacional *(Volkstrauertag).* Con los nuevos dueños del país en el poder, la conmemoración sufrió un giro sustancial, y el cambio de denominación no deja de ser sintomático de sus querencias: preservaron la institución del recuerdo colectivo de los que habían dado su vida por la patria en la contienda bélica, pero desplazaron el centro de atención. El recuerdo nunca es un acto inocente, siempre tiene una intención pedagógica, y los nazis lo sabían a la perfección. En lugar de recordar a los

muertos, o mejor, en vez de *únicamente* recordarlos, de lo que se trataba era de exaltar a los héroes y de fomentar la *imitatio heroica* mediante exhortaciones reiteradas a la épica sacrificial. Es decir: en tanto que la República de Weimar centró el ritual mortuorio en los soldados muertos, el nacionalsocialismo mostró una acusada predilección por organizar rituales que buscaban no tanto el recuerdo de los que estuvieron pero ya no estaban, cuanto sobre todo fomentar las necesidades de integración social de la comunidad de memoria específica que les sobrevivía y encauzar a los replicantes potenciales en un sentido acorde con sus necesidades, resumido en una máxima: cuando lo que está en juego es la patria, para el verdadero creyente el precio (ni siquiera el de la propia vida) nunca es lo suficientemente gravoso.

La segunda conmemoración del calendario celebratorio nazi con la muerte en su epicentro discurría cada 9 de noviembre. De forma deliberada a veces, casual otras, la fecha ha marcado el devenir alemán del siglo XX. El 9 de noviembre de 1918, el socialdemócrata Philipp Scheidemann proclamó la república, horas antes de que el líder revolucionario Karl Liebknecht declarase la «república libre socialista». Justo cinco años más tarde, Hitler y sus correligionarios intentaron un golpe de estado en Múnich. Exactamente tres lustros más tarde se desencadenó una ola de ataques contra judíos y sus propiedades que pasó a la historia como la «noche de los cristales rotos». El último punto de inflexión de Alemania coincidiendo con tal fecha tuvo lugar en 1989: en tal día cayó definitivamente el muro que había dividido al país durante décadas.

La conmemoración del 9 de noviembre tiene su origen en 1923, cuando los nazis, aliados con otras fuerzas ultranacionalistas, intentaron emular a Mussolini y su «Marcha sobre Roma» de un año antes. Liderados por Hitler y el general Erich Ludendorff, héroe de la Primera Guerra Mundial, fuerzas antirrepublicanas proclamaron la «revolución nacional» en la cervecería «Bürgerbräukeller» de Múnich. Primero fue el movimiento el que celebró cada año la jornada; con su acceso al poder en enero de 1933 se convirtió en una fiesta oficial. Su denominación era la de «Día de recuerdo por los caídos del movimiento». La memoria de los sucesos acaecidos el 8 y 9 de noviembre de 1923 en la capital bávara, que se cobró 16 víctimas por la

parte golpista, fue puntualmente celebrada a partir de entonces como el ejemplo supremo de los valores incorporados por el movimiento: espíritu de sacrificio, altruismo, anhelo de victoria, lealtad al Führer. Todo en el nombre de Alemania. Hay un dato bien elocuente del valor que Hitler concedía a los muertos por la causa: el Führer dedicó el primer volumen de *Mein Kampf,* publicado en 1925, a los 16 «testigos de sangre» abatidos por la policía en el curso del ensayo insurreccional en Múnich el 9 de noviembre de 1923 «en la fe sincera en la resurrección de su pueblo». Nótese el vocabulario impregnado de conceptos religiosos: testigos de sangre, fe, resurrección. Tampoco es azaroso que en la página 2 del mismo volumen, Hitler se refiera a Leo Schlageter como un ejemplo de «martirio alemán». Schlageter fue un antiguo *Freikorp* implicado en labores de sabotaje contra las fuerzas de ocupación francesas de la cuenca del Ruhr; fue condenado a muerte y ejecutado en 1923. Cerrando el círculo, Hitler puso punto final al segundo volumen de *Mein Kampf,* de diciembre de 1926, con un nuevo recuerdo a los mártires de Múnich, quienes en «plena consciencia sacrificaron todo por nosotros». El pasaje lleva como sobretítulo «Nuestros muertos como recordatorios del deber». Entre principio y fin del libro, en sus casi 800 abigarradas páginas, no cesan las apelaciones a los alemanes para que procedan a todos los sacrificios imaginables, vida incluida, en la misión de redimir la patria alemana.

Años más tarde, asimismo coincidiendo con la conmemoración del intento de golpe de estado de 1923 y en su glorificación de los mártires del movimiento, Hitler reconoció: «La sangre que han derramado es el agua bautismal del Tercer Reich» (en Domarus, 1973: 458). La perpetuación de su recuerdo, es decir, de su ejemplo, no decayó nunca. Cada 9 de noviembre a partir de 1925, año en que el NSDAP recuperó la legalidad, el órgano oficial del partido, el *Völkischer Beobachter,* publicó amplios reportajes en recuerdo de los sucesos de 1923, a menudo incluyendo listados actualizados de sus «mártires» o «testigos de sangre» en la lucha por la regeneración de la patria, casi todos ellos miembros de las SA, SS y Juventudes Hitlerianas, fallecidos en confrontaciones violentas con los enemigos marxistas. En su edición de 1925, por ejemplo, el periódico tituló: «¡Honor, libertad, patria! Recuerdo a los camaradas caídos en la lucha por el renacimiento de

Alemania». En la primera celebración de la festividad tras la toma del poder en 1933, el órgano oficial del movimiento incluyó un artículo del secretario de Hitler, Rudolf Hess, en el que presentó la sangre derramada entonces como savia revivificadora de la nueva Alemania que acababa de nacer en forma de Tercer Reich:

> El 9 de noviembre de hace diez años el destino reclamó el sacrificio de camaradas alemanes. Nadie sospechó entonces que su muerte garantizaría la vida del movimiento nacionalsocialista ni que el momento de su muerte iba a señalar el comienzo de una nueva era de la que, casi diez años más tarde, iba a surgir el nuevo Reich [...] De nuestros muertos brotó la nueva vida de nuestro pueblo. Seamos dignos de ellos, y así la vida de nuestro pueblo también será digna de ellos.

Un correligionario suyo y nazi de primera hora, Alfred Rosenberg, destacó en las mismas páginas la virtualidad integradora de la sangre: «por muy doloroso que resulte el recuerdo de esos momentos, no ha sido en vano. Los muertos del 9 de noviembre de 1923 son hoy fuente de vida. Su sangre será el aglutinante de los millones de luchadores de la revolución en curso» (*VB,* 9-XI-1933). La edición del día anterior proclamaba en primera página: «De nuestros muertos surgió la nueva vida de nuestro pueblo»; en sus páginas interiores recogía el listado oficial de mártires hasta esa fecha, con 268 nombres. Hasta finales de 1938, la lista incorporó a 412 personas. La propaganda nazi presentó la sangre de los mártires como semilla de nuevos nazis. El devenir de la historia pareció dar la razón a Goebbels cuando insistió una y otra vez en sus mítines y artículos durante los años precedentes (por cierto, replicando a Goethe; lo peor y lo mejor de Alemania frente a frente): «Sobre tumbas, ¡pero avanzamos!».

Junto a estas dos festividades necrófilas figuran toda una serie de celebraciones menores a nivel local (barrio, pueblo, ciudad), o grupal (secciones de asalto, por ejemplo), siempre con los muertos como coartada. En el «periodo de lucha» *(Kampfzeit)* durante la República de Weimar el nacionalsocialismo cultivó una cosmovisión heroica y sacrificial en la que el servicio a la patria hasta sus últimas consecuencias constituía la muestra suprema del compromiso con la «comunidad nacional». El movimiento nazi

siempre mostró un particular cuidado por alimentar el martirio de todos aquellos miembros y simpatizantes de sus organizaciones paramilitares que se batían en el cuerpo a cuerpo con el enemigo marxista por el control de las calles. Su culto a los muertos marca uno de los momentos que mejor iluminan lo que el filósofo Walter Benjamin denominó la «estetización de la política», proceso que culminó en una guerra.

El nacionalsocialismo cultivó la vocación martirial desde el mismo momento de su nacimiento en 1920. Sus ideólogos más influyentes, Hitler y Goebbels, a cuya estela siguió una interminable lista de epígonos, nunca dejaron de encumbrar en sus escritos y discursos a quienes dieron su vida por Alemania en la Primera Guerra Mundial e, inmediatamente después y sobre un patrón calcado, a los caídos del movimiento en la lucha por la calle contra los marxistas durante la República de Weimar. Su fuente de inspiración doctrinal fundacional se encontraba en el programa del NSDAP, hecho público en Múnich el 24 de febrero de 1920 con Hitler como su jefe de propaganda, puesto que hasta julio del año siguiente no fue nombrado presidente en sustitución de Anton Drexler. La cláusula final decía: «Los dirigentes del partido prometen consagrarse sin desmayo a la consecución de los puntos arriba mencionados [los 25 puntos que condensaban el proyecto nazi], si fuera preciso arriesgando su propia vida» (ver Documento 1).

La duda que nos asalta es: ¿realmente todas esas personas que figuraban en los listados resultaron muertas en circunstancias «épicas» batiéndose contra enemigos políticos?; ¿mintieron acaso los propagandistas nazis de forma sistemática al presentar como mártires ante la opinión pública a individuos fallecidos de forma poco o nada gloriosa?

El lustrado tras su muerte y el acento en su ejemplaridad fueron vectores que presidieron la forja de sus mártires. Su elevación a la categoría de símbolo arrancaba en el momento mismo de su muerte. En un proceso prototípico de depuración del símbolo de todos sus rasgos disfuncionales, las posibles tachas o aristas que pudieran presentar los mártires eran silenciadas de forma sistemática y sus supuestas virtudes, por el contrario, ensalzadas hasta el paroxismo. Al final, se trataba de hacer verdad el apotegma de Carlyle según el cual «si en vida un hombre fue grande,

muerto se convierte en diez veces más grande», con la salvedad importante de que ninguna grandeza había en las actividades de matonismo a las que se dedicaban los SA. En lo que aquí nos interesa, nos centraremos en la supuesta épica en el momento del fallecimiento, aunque algo habremos de añadir también sobre la ejemplaridad en vida de algún que otro nazi elevado al panteón nacional.

Un informe de la policía prusiana resulta iluminador a este respecto. Con motivo de la publicación en el *Völkischer Beobachter* del 8/9 de noviembre de 1931 de un artículo en su primera página titulado «Recordamos a los muertos» que, según costumbre, incluía un listado organizado por años de todos los miembros del movimiento fallecidos en circunstancias violentas desde 1923, el informe policial repasó con cierto detalle las circunstancias del fallecimiento de estos mártires «supuestamente asesinados por sus enemigos» en Prusia en los años 1930 y 1931, hasta noviembre[123]. Del total de 60 mártires consagrados en Alemania en esos 22 meses, 39 habían fallecido en Prusia. Aproximadamente dos terceras partes de la población de Alemania vivía en Prusia; su representación en el panteón heroico respetaba pues esa proporción. El balance policial resultaba demoledor, y puso en evidencia el ejercicio sistemático de la mentira por los nazis como ingrediente de su propaganda. De esos 39 muertos, concluyó dicho informe, 20 fueron efectivamente víctimas de enemigos políticos. En el resto de los casos se trató de muertes de carácter no político (un total de seis), de fallecimiento por culpa propia (cuatro), de muerte a manos de sus correligionarios (dos) o por enfermedad (uno). En otro caso la policía no se pronunció por falta de indicios, y en otros cinco la cuestión de la responsabilidad no estaba clara.

En la mitad de los fallecimientos, 20 en total, la casuística de la muerte estaba clara para las autoridades: los activistas nazis habían perdido la vida después de sufrir ataques de sus enemigos políticos, socialdemócratas o, más habitualmente, comunistas. El primer fallecido de los analizados que encaja en esta categoría resulta emblemático de esta forma de morir: Horst Wessel falleció el 23 de febrero de 1930 como consecuencia de un disparo en la cabeza sufrido durante un ataque en su domicilio perpetrado por un grupo de comunistas el 14 de enero anterior. El nacionalsocialismo le rindió

culto en su condición de mártir por excelencia del movimiento. Klaus Mann escribió:

> Su retrato cuelga en las escuelas alemanas, oficinas administrativas y hogares junto a la imagen del Führer. Se levantan monumentos en su honor; se escriben poemas, biografías y tratados en su memoria [...] Es el modelo de la juventud, la figura ideal, según exige el Führer, que ha de imitar la juventud alemana.

Para el hijo del premio Nobel de Literatura, Horst Wessel no era sino un «mito fabricado» (1991 [1933, 1939]: 107-108, 111). Un coetáneo suyo, el dramaturgo, poeta y ensayista Bertolt Brecht, dirigió su aguzado sarcasmo para denunciar la manipulación a la que el nazismo sometía al joven SA:

> El buen propagandista sabe sacar partido de todo; cuanto mejor es, peor puede ser la mercancía. No es necesario un genio para vender un arenque como si fuese un arenque, pero sí hace falta un gran hombre para vender un arenque como si fuese un lucio.
>
> Bertolt Brecht (1957 [1935]: 47)

Según fuentes policiales, las circunstancias de la muerte de nazis sin trasfondo político, 19 en total, eran de lo más variopintas. Repasemos algunos de los sucesos de la muerte de «mártires de la lucha por la libertad nacionalsocialista», tal y como eran presentados por el aparato de propaganda del partido-movimiento.

El 8 de agosto de 1930 siete nazis apedrearon desde un automóvil a un grupo de comunistas en la ciudad de Solingen. Regresaban a casa después de haber acudido a un mitin. Hicieron caso omiso a la solicitud de detener el vehículo efectuada por la policía. El conductor pisó el acelerador, perdiendo el control del vehículo en una curva. Uno de ellos, Karl Paas, falleció esa misma noche en el hospital a consecuencia de las heridas sufridas en el cráneo. Según la versión nazi, los apedreados fueron ellos. Al intentar escapar, habrían sufrido el accidente. La policía no habría hecho acto de presencia en ningún momento (*VB,* 12-VIII-1930). Justius Hollman,

responsable de una Tropa de Asalto en Wuppertal, falleció el 22 de diciembre de 1930 como consecuencia de una embolia pulmonar y no a raíz de un altercado con enemigos políticos. Karl Broeske, de profesión minero y miembro del NSDAP, fue apuñalado en Dinslaken por un compañero de trabajo la medianoche del 30 de marzo de 1931. La policía atribuyó el suceso a una «disputa conyugal» sin contenido político alguno. La versión nazi sostuvo que un simpatizante comunista le apuñaló sin motivo hasta dejar su cuerpo irreconocible (*VB,* 1-IV-1931). Karl Freyburger, hijo de un pastor protestante, fue retenido por la policía el 26 de abril de 1931 en Prusia Oriental por alteración del orden público en estado de embriaguez y por resistencia a la autoridad. Un agente le requirió la documentación y pretendió conducirle a comisaría. En esas circunstancias agredió al agente policial, quien recurrió a su arma reglamentaria con ánimo intimidatorio. Una «mano desconocida» golpeó el brazo del policía, desatándose un disparo que puso fin a la vida de Freyburger. Los nazis denunciaron el intento de la prensa local «judía y socialdemócrata» de presentar los hechos de una manera que se apartase de su versión de lo ocurrido, a saber: que su correligionario fue agredido y asesinado sin motivo alguno por un policía (*VB,* 29-IV-1931). Fritz Tschierse resultó apuñalado la madrugada del 23 de mayo en Königsberg tras enredarse en una pelea entre cuatro o seis personas, y falleció la tarde siguiente. La policía fue incapaz de determinar si se trató de una bronca política, pero dejó caer una sombra de duda al respecto: Tschierse era conocido como un hombre de carácter violento a quien gustaba empinar el codo. Bruno Schaffrinski se presentó ebrio el 19 de julio de 1931 a una reunión nazi en Prusia Oriental. Acudir ebrio a reuniones del movimiento o beber en «actos de servicio» estaba expresamente prohibido en su reglamento. Según las Ordenanzas de las Tropas de Asalto (SABE):

> Quien se comporte de forma deshonrosa vistiendo el uniforme de servicio, será expulsado. Quien sea pillado borracho en uniforme de servicio, será expulsado[124].

En sus mandamientos a los miembros de las SA, Goebbels insistía por las mismas fechas en la consigna:

> Tu uniforme es tu traje de honor. Llévalo con orgullo como luchador consciente que eres por el Tercer Reich. No permitas, ni a ti mismo ni al resto, que resulte mancillado por borracheras o comportamiento escandaloso.
>
> (véase Documento 4).

Un simpatizante del NSDAP presente le arrebató la vida de un disparo. Para finalizar, en la casuística de fallecimientos en circunstancias violentas pero en ningún caso atribuibles a sus enemigos políticos, según el análisis policial, Karl Vobis resultó asesinado el 3 de septiembre de 1931 en Düsseldorf a manos de sus propios correligionarios, quienes le confundieron con un comunista. La prensa nazi denunció la detención por la policía de tres sospechosos de las SA mientras que «los asesinos comunistas pudieron escaparse sin dejar rastro» (*VB,* 6/7-IX-1931).

Los años 1930 y 1931 entresacados en el informe policial son una muestra representativa de una práctica mentirosa extensible en el tiempo. Hacer pasar por una muerte épica lo que no siempre tenía esa naturaleza fue una tónica en la historia del movimiento. Merece la pena detenerse en el caso de Richard Harwik, un ejemplo de refinado póstumo basado en una tergiversación y ocultación manifiesta con el objeto de fabricar un mártir, un modelo de «hombre nuevo» que habría sacrificado su vida en el altar de la patria. Su caso ilustra la mentira incrustada en el modo de contar su muerte a sus coetáneos y a la posteridad, pero también la confección artera de un ciudadano modélico donde no había sino un malhechor y, en cualquier caso, un ciudadano en absoluto ejemplar según cualquier parámetro que pivote sobre la honestidad y la decencia. Veámoslo.

Harwik nació en 1883. La noche del 27 de octubre de 1932 mantuvo un enfrentamiento bajo los efectos del alcohol con un comunista en un lugar céntrico de Berlín, a consecuencia del cual falleció unas horas más tarde. Según el guion reescrito mil veces, los nazis tenían clara la autoría del acto:

judíos y comunistas (Weberstedt y Langner, 1935: 181). También como era práctica habitual entre los caídos del movimiento durante esos años, y a pesar de que Harwik era de confesión católica, fue enterrado en el cementerio protestante de Luisenstadt (véase capítulo 10). La oración fúnebre religiosa en la capilla del cementerio de Luisenstadt corrió a cargo del pastor Johannes Wenzel. La oración política fue asunto de Goebbels, quien proclamó al pie de su tumba:

> Enterramos a un soldado. Un soldado de la gran guerra, un soldado en la lucha por la autodefensa en Silesia Superior y un soldado de nuestro Führer Adolf Hitler. El mismo pueblo alemán por el que tantas veces has luchado y sufrido, también por el que finalmente has ofrecido la vida, está presente ante tu tumba.

Vossische Zeitung, 4-XI-1932; edición matinal;
asimismo *Der Angriff,* 3-XI-1932.

Harwik, ¿un héroe?

Se mire por donde se mire, la trayectoria vital de Harwik se puede dibujar de cualquier modo menos como modélica. El día 4 noviembre, el periódico *Vossische Zeitung* (el más antiguo de la capital, de orientación liberal, de carácter independiente y uno de los medios más respetados del país) publicó un artículo titulado «El 'mártir'. Historia del hombre de las SA Richard Harwik». En él se facilitaba una serie de informaciones que ponían en entredicho la ejemplaridad del SA. Harwik, a quien califica de «peligroso delincuente», había sido condenado a varios años de prisión por robo y agresión graves. No pudo ser un «soldado de la gran guerra», sencillamente porque su expediente penitenciario le impedía formar parte del ejército. Con todo, consiguió alistarse en el ejército con papeles falsos para combatir en la Primera Guerra Mundial, para más tarde desertar «en cuanto escuchó los primeros disparos». El redactor de la noticia, sin firma, arroja sombras de duda respecto al bando en el que Harwik luchó en Silesia Superior tras la guerra, preguntándose no sin carga irónica si se trataba del mismo que combatió como insurgente polaco en ese territorio, entonces bajo dominio alemán y que tras la guerra pasó parcialmente a jurisdicción

polaca. Ni siquiera su muerte cumplía los requisitos mínimos de la épica. En una noche de borrachera se enzarzó en una discusión con un vigilante del Circo Busch, que resultó ser comunista. Los dos habían bebido demasiado. Uno gritó «Heil Hitler», el otro «Heil Moscú». El primero recurrió a su bicicleta como ariete, a lo que el segundo replicó con un puñetazo que dio con el nazi en el suelo, con tan mala fortuna que en la caída se golpeó mortalmente en la nuca. La policía determinó que se trató de un desgraciado accidente tras una pelea entre borrachos, en modo alguno de un delito premeditado. Los jueces dejaron en libertad al empleado del circo, alegando que había actuado en legítima defensa.

Unos días más tarde de la publicación de la noticia, la redacción del periódico recibió una nota de protesta de su viuda Klara Harwik en la que negaba la mayor y desmentía todos los extremos recogidos en la información. La réplica del periódico no se hizo esperar y publicó al cabo de unos días una relación detallada del historial criminal de Harwik, con las siguientes evidencias: en 1899, con 16 años, fue condenado a seis meses de cárcel por robo; en 1904 fue condenado a cinco años de cárcel y a 10 años de «deshonor» y expulsión el ejército por robo grave, reincidencia en robo menor y deserción; en 1913 recibió otra condena de cinco meses de prisión por robo reincidente; en 1917 nueve meses de prisión por desfalco; en 1919 otros ocho meses de prisión por delitos varios cometidos en Silesia Superior, tales como desobediencia y resistencia a la autoridad; en 1924 una multa de 10.000 marcos por extorsión; y siguen una serie de condenas posteriores por delitos graves, incluidas condenas dictadas por tribunales polacos. La reproducción del historial delictivo de Harwik concluyó: «Este era el SA Richard Harwik, celebrado por el Dr. Goebbels como un héroe nacional alemán» (*Vossische Zeitung,* 8-XI-1932; edición matinal). De acuerdo con el molde nazi, su muerte fue presentada como sacrificial y adaptada al registro de culto típico en estos casos: «sangre sagrada» derramada en aras del «futuro de la patria». La lápida de su tumba estaba grabada con la siguiente inscripción: «Caído en la lucha por el honor de Alemania» (Englebrechten y Volz, 1937: 177). Curioso exponente del honor alemán, Harwik...

Cuando fallecía un nacionalsocialista por arma de fuego no resultaba fácil esclarecer si los disparos procedían de fuego amigo o enemigo. Los cruces de acusaciones al respecto entre los dos bandos que contemplaban la calle como su campo de actuación por excelencia, por un lado nazis, y comunistas por otro lado, eran recurrentes. En numerosas ocasiones no se llegó a dilucidar la autoría de los hechos; es el caso, por ejemplo, de Helmut Köster. Otras veces sí, aunque nunca trascendiese a la opinión pública; es el caso de Hans Maikowski.

El 22 de junio de 1932, el SA de 21 años, Köster, falleció como consecuencia de un disparo. Era el segundo fallecido en menos de un año en el barrio de Nostitz, en Kreuzberg (véase capítulo 7). Unos días antes el gobierno del país había levantado la prohibición que pesaba sobre las organizaciones paramilitares nazis desde el 13 de abril anterior; la Liga de Combatientes del Frente Rojo (RFB), la organización paramilitar comunista, estaba prohibida desde mayo de 1929. El decreto gubernamental que proscribió a las SA y a las SS justificó la necesidad de la medida porque «en su manifestación exterior y en sus detalles siguen el modelo militar. Conforman un ejército privado, aun cuando en parte esté desarmado» (en Deuerlein, 1968: 383). Para celebrarlo, la Tropa de Asalto 24 convocó a sus activistas en su *Sturmlokal* «Zur Hochburg». En abierta provocación, al finalizar la reunión un grupo de nazis, estimado en 20 efectivos, decidió mostrar su alborozo desfilando por delante de un local comunista sito en las inmediaciones. Los comunistas sumaban 70 u 80 efectivos distribuidos en la calle junto a su local de reunión y preparados para hacerles frente. Los nazis efectuaron el primero o los dos primeros disparos, a lo que los comunistas reaccionaron con un total de seis disparos. Uno de esos disparos identificados por la policía, del que no se sabe su procedencia, alcanzó mortalmente a Köster. El comisario criminal que redactó el informe puso el punto final con las siguientes consideraciones: el episodio «no es sino un eslabón más en la larga cadena de acciones deliberadas y planificadas que han tenido lugar con particular intensidad [en el barrio de Nostitz]. No se puede hablar de que los comunistas se hayan visto envueltos de forma casual en un cruce de insultos con los nacionalsocialistas, a consecuencia del cual se ha desencadenado un tiroteo»[125]. Como en tantas ocasiones en

el clima de guerra civil que asolaba a Alemania al final de la República de Weimar, con armas de fuego circulando a discreción, el origen de la bala no pudo ser determinado.

A diferencia de Köster, el caso de Maikowski sí que llegó a ser aclarado, aunque sus pormenores nunca fueron desvelados a la opinión pública por puro oportunismo de las autoridades nazis; si los hubiesen dado a conocer se habrían visto privados de un mito, y eso era algo a lo que no estaban dispuestos a renunciar. Maikowski, de 25 años en el momento de su muerte, era desde febrero de 1931 responsable de la Tropa de Asalto 33, tristemente célebre en la capital por su brutalidad y conocida por sus detractores como la «Sección de asesinos 33». Jan Petersen, residente en la calle donde ocurrieron los hechos, escritor y comunista que consiguió huir de Alemania poco después de la toma nazi del poder en 1933, publicó en Suiza en 1936 una crónica novelada de los hechos y de sus secuelas encabezada por una lista con los nombres de todos los comunistas asesinados a manos de la Tropa 33: 15 en total (2013 [1936]: 13-14). Maikowski accedió a esa condición después de que su predecesor, Friedrich (Fritz) Hahn, pusiese rumbo a Holanda huyendo de la persecución judicial. Cada responsable de una Tropa de Asalto era concebido como una especie de «elegido» para aleccionar a sus miembros en los principios más excelsos del movimiento. En un documento directriz de las SA fechado en noviembre de 1926, se recoge:

> El líder de una Tropa de Asalto es una de las figuras más decisivas y con mayor responsabilidad en las SA. Es la instancia más elevada [de la estructura de las SA] en la que se puede mantener una relación estrecha con cada hombre [...] Gracias a cada líder de una Tropa de Asalto fluyen de arriba abajo las tareas y órdenes.

Con el objeto de reforzar esa relación de líder de tropa, este tenía que visitar al menos en una ocasión la vivienda de sus integrantes. Las tropas venían numeradas, y cada una tenía su propia bandera, la enseña del movimiento con la esvástica[126]. Otro documento coetáneo añadió: «El líder de las SA ha de ser todo un hombre, con personalidad, que debe dar ejemplo a sus

subordinados ofreciendo un modelo en el servicio y fuera de él»[127]. El historial de servicios prestados por Maikowski a la «idea» era amplio. En 1925, en un momento en que las SA estaban todavía prohibidas en Prusia, se vinculó a una organización pantalla suya, la Frontbann. La crónica oficial de su batallón asegura que Maikowski fue uno de los 300 SA que en febrero de 1927 «expulsaron de la sala "Pharus"» en Berlín-Wedding a 2.000 comunistas (Sturm 33, 1938 [1933]: 53) (véase capítulo 2). Al menos en esa ocasión no hubo víctimas mortales que lamentar. No fue el caso casi un lustro más tarde. El 9 de diciembre de 1931, las tropas a las órdenes de Maikowski protagonizaron un episodio de factura similar al que pocos meses antes costó la vida a Köster. En el marco de su ejercicio sistemático de la provocación, los SA decidieron desfilar por diversas calles de su barrio, para poner punto final en un local donde en esos momentos se encontraban reunidos unos 80 comunistas. En la refriega consiguiente resonaron disparos. Procedían de la pistola de Maikowski. Tres comunistas resultaron heridos, uno de ellos, Walter Kusche, de carácter mortal. Maikowski puso tierra de por medio y se refugió en el extranjero. Acabó siendo detenido a su regreso y encarcelado de forma provisional en octubre de 1932. En virtud de una amnistía decretada por el gobierno las Navidades de ese mismo año, recobró la libertad el 24 de diciembre siguiente.

No tuvo tiempo de disfrutarla. Secundado por unos 100 hombres de su batallón, tras el desfile de antorchas bajo la Puerta de Brandemburgo para celebrar el nombramiento de Hitler como canciller el 30 de enero de 1933, se encaminó a su barrio en el distrito de Charlottenburg y así continuar con la celebración del histórico acontecimiento, aquello por lo que habían luchado con denuedo desde hacía años y, de paso, para dejar claro quién era el nuevo dueño de las calles y del Estado. En su recorrido no faltó el desafío a los comunistas, ahora sumado a la humillación: llegados a su barrio, desfilaron en formación militar en columnas de a tres delante de varios conocidos locales comunistas. Hasta que estallaron los primeros incidentes violentos. No en vano el barrio tenía una fuerte implantación de esta ideología, y era conocido en la capital como el «pequeño Wedding»; Wedding era uno de los distritos electorales de Alemania donde los comunistas obtuvieron sus mejores resultados durante la República de

Weimar. Allí fue tiroteado el «probado y leal luchador» Maikowski una hora más tarde, a las 23:35, a la vez que Josef Zauritz, un policía que acompañaba a los nazis en tareas de vigilancia. Ambos cayeron abatidos en una calle considerada por la policía como un «bastión comunista que había de ser defendida con todas las fuerzas disponibles ante la entrada o intento de conquista por parte de enemigos políticos». Fueron las primeras víctimas mortales de la violencia política tras la toma nazi del poder, apenas unas horas después de hacerse efectivo. Varias personas más resultaron heridas de bala. A partir de los interrogatorios practicados en las diligencias previas, la policía habló de un total de 60, 80 o incluso más disparos de bala. Si la policía no tuvo clara la autoría material de las muertes, tampoco consiguió dilucidar quién efectuó los primeros disparos, si fueron las SA o los comunistas. Las investigaciones no dejan lugar a dudas de que los disparos procedieron de ambas direcciones[128].

Si la policía albergaba dudas, la propaganda del régimen no tuvo ninguna al respecto de la autoría material: Maikowski resultó abatido por una bala de los «rojos asesinos» (Sturm 33, 1938 [1933]: 72; *VB,* 1-II-1933). Un total de 53 comunistas, 50 varones y tres mujeres, fueron acusados de estar relacionados en distinto grado en su muerte, aunque ninguno lo fue por ser el autor material del asesinato. Otros supuestos implicados consiguieron huir antes de ser detenidos. Ningún nazi fue siquiera procesado por los seis heridos de bala que se produjeron en las filas de los comunistas; así procedía la legalidad recién instituida, y esa habría de ser la tónica hasta el final del Tercer Reich. Por implicados el tribunal entendió aquellas personas presentes en el ataque y que colaboraron física o intelectualmente en el mismo. De los acusados, 52 fueron condenados a penas de prisión comprendidas entre los seis meses y los diez años; una persona más resultó exculpada.

La sentencia recogió expresamente que la evidencia disponible no permitía esclarecer quién había efectuado los disparos. Sin embargo, la policía secreta, la recién nacida Gestapo, tenía la certeza ya desde julio de 1933 de que en realidad el autor de los disparos fue un correligionario de Maikowski en las SA apellidado Buske. Los tres testigos que señalaron a Buske como el autor de los disparos habían permanecido en silencio

durante esos meses «para no perjudicar al movimiento», según se recoge en un documento oficial del 18 de febrero de 1943 (en Sauer, 2006: 140). Al menos dos de ellos eran correligionarios de Maikowski en la tropa 33: Fritz Hahn, antiguo responsable de esa misma unidad de las SA, figurante en la tabla de honor de los heridos del batallón y con un mes y medio de pena de prisión provisional a sus espaldas, y Karl Deh, que asimismo había cumplido cinco meses en prisión provisional por su implicación en la muerte de Kusche (Sturm 33, 1938 [1933]: 10-11). Ninguno de ellos era sospechoso de arrojar sombras de duda sobre la autoría intelectual y material de la muerte de Maikowski. Los comunistas conocían desde el primer momento la verdad sobre el caso. En su crónica bajo el título de *Unsere Strabe* [Nuestra calle] Petersen (2013 [1936]) no deja lugar a dudas de que fueron balas amigas las que acabaron con Maikowski.

En un clima de violencia envenenado y revanchista, la muerte de Maikowski fue la razón inmediata de la muerte de otra persona en Charlottenburg. Al filo de la medianoche del 2 de febrero, Paul Schulz corrió idéntica suerte y recibió un total de siete navajazos por parte de un individuo con un chaleco de color marrón que llevaba una gorra con el número 33[129]. No se tiene noticia del agresor. Puede que nadie se preocupase de buscarlo. Al fin y al cabo, a partir de entonces lo que él había hecho de forma delictiva iba a disfrutar de cobertura legal.

Para que un mártir resultase ejemplar y digno de réplica en su comunidad de seguidores y simpatizantes, hacía falta reconstruir las circunstancias de su muerte como rodeadas de épica. El modelo debía estar asimismo limpio de toda sospecha, libre de mácula. El aparato de propaganda nazi se aplicó a estas tareas, y lo hizo agitando las emociones de la población. Que lo hiciese sirviéndose de forma descarada de la mentira, de la tergiversación deliberada de la realidad, es un dato a tener en cuenta a la hora de explicar el ascenso del nazismo al poder.

---

123 Geheimes Staatsarchiv (GStA), I. HA Rep. 77, Ministerium des Innern, Titel 4043, n.º 120, pp. 312-322, 334, 337-347. Los pormenores de los casos referidos a continuación se encuentran en este documento.

124 BArch-Berlin, NS/26, n.º 302. SABE n.º 10.

125 Landesarchiv Berlin (LABerlin), A Rep. 358-01, n.º 53; cita en p. 96.

126 BArchiv-Berlin, NS 26, n.º 302, SABE n.º 6.

127 «SA: Grundsätzliche Betrachtungen über: Bestimmung, Organisation und Ausbildung», en *Nationalsozialistische Briefe,* n.º 24, 15-IX-1926.

128 LA Berlin-A Rep. 358-01, n.º 8290. Las informaciones ofrecidas a continuación están en parte extraídas de esta carpeta, que se corresponde con la sentencia del juicio seguido entre octubre de 1933 y enero de 1934 contra los implicados en la muerte de Maikowski. Las citas en p. 344 y 45-46.

129 GStA, I. HA Rep 77, Tit. 4043, n.º 135, pp. 316-317.

CAPÍTULO 12

HORST, UN NOMBRE DE PILA PARA UN PROYECTO TOTALITARIO

Lo cuenta Victor Klemperer en sus diarios:

> Uno hace el recuento de la gente que dice en las tiendas y en los restaurantes «Heil Hitler» y de la que dice «buenos días». El «buenos días» parece que va ganando terreno. En la panadería de Zscheischler han dicho cinco mujeres «buenos días», dos, «Heil Hitler». En alza. En la tienda de Ölsner dijeron todos «Heil Hitler». En baja.

Se trata de una entrada de septiembre de 1941 de su monumental testimonio de la ignominia nacionalsocialista y de la progresiva y generalizada abdicación moral durante el Tercer Reich en el país de los pensadores y poetas. En la antesala de la derrota nazi, en Múnich, la ciudad que vio nacer y crecer al movimiento —seguimos todavía con las apreciaciones de Klemperer—, la situación había cambiado sustancialmente y ya nadie saludaba de ese modo (2003, I: 695; 2003, II: 744).

Tras esta reflexión del romanista alemán de origen judío subyace una preocupación por explicarse lo inexplicable, por calibrar el grado de apoyo popular a un régimen dictatorial en el que no había ningún tipo de consulta a la ciudadanía digna de tal nombre. El argumentario para proceder con este espíritu silenciador es inmanente a la lógica totalitaria: los detentadores del poder, con su líder carismático, mesiánico y plenipotenciario a la cabeza, estaban convencidos de conocer y representar con precisión el sentir de la ciudadanía sin necesidad de requerir su opinión ni mucho menos de activar los mecanismos institucionales necesarios para traducir de forma legítima la opinión pública a voluntad política. Ellos en exclusiva, puenteando al

conjunto de la ciudadanía y soslayando el proceso democrático, eran sus exégetas cualificados y, por añadidura, exclusivos. Klemperer da cuenta de esta impostura totalitaria con precisión cuando escribe en 1938: «La política se ha convertido, más que nunca, en el juego secreto de poca gente que decide el destino de millones de personas afirmando que ellos encarnan al pueblo» (2003, I: 448). La pretensión de representar a un pueblo, al todo, que no ha delegado *sine die* su poder originario en grupo político o persona alguna, es una constante de todos los discursos ultranacionalistas. La política viciada por la sinécdoque es un rasgo compartido por todos los proyectos totalitarios. Momento histórico este del Tercer Reich, por completar el cuadro, en el que la persecución sistemática de la disidencia ideológica y de todos aquellos ciudadanos arrojados a la condición de extraños sociales y, en consecuencia, expulsados del ámbito de obligación moral de la «comunidad nacional», bien fuera por su filiación étnica u orientación sexual (judíos, gitanos, homosexuales...) o porque no habían resultado agraciados en la lotería natural (expulsión total o parcial del «cuerpo nacional» de disminuidos psíquicos, físicos o «asociales» —alcohólicos, prostitutas, criminales— mediante programas de eutanasia y de esterilización forzosa), convertía en una empresa extremadamente arriesgada la exteriorización de cualquier crítica al régimen, por inocente y velada que fuera. Por espigar un ejemplo entre muchos: el clérigo protestante Paul Schneider falleció en 1939 a consecuencia de las palizas, tortura y ulterior envenenamiento sufridos después de haberse negado a saludar brazo en alto a la esvástica con ocasión del cumpleaños de Hitler el 20 de abril. Rehusó efectuar el saludo obligatorio al símbolo más sagrado en una fecha asimismo sagrada. Los desafíos simbólicos de este tenor acostumbran a ser elevados por los regímenes totalitarios como el nazi a la categoría de crímenes de *lesa patria*.

No cabe duda de que las citas de Klemperer señaladas adquieren un alto valor en tanto que radiografía aleatoria y circunscrita a un lugar y momento determinados, Dresde y su área metropolitana entre 1933 y 1945. Sin embargo, en la medida que no descansa en la fiabilidad, la validación y la representatividad, su testimonio carece de alcance científico.

El dilema epistemológico ante el que nos confronta Klemperer es de profundo calado. En una esfera pública, privada de las libertades de discusión y asociación, en la práctica sin parlamento, sin posibilidad alguna de expresarse mediante el voto, sin estudios de opinión por rudimentarios que fueran, ¿cómo medir el apoyo ciudadano a la dictadura nazi?; ¿de qué indicadores disponemos para sondear la opinión de la ciudadanía sobre sus gobernantes y su proyecto genocida y liberticida? Evidentemente, en un marco totalitario nos estamos refiriendo a la conformidad interiorizada, esto es, a la que no es consecuencia directa ni de la represión ni tampoco de la amenaza de represión por parte del régimen. El desafío estriba, por tanto, en aguzar el ingenio investigador y emprender la búsqueda de indicadores para acceder al conocimiento de la opinión pública bajo circunstancias tan adversas.

Un indicador de esta naturaleza son los nombres de pila asignados a los recién nacidos. Cuando se trata de poner nombre a los niños, en la Alemania nazi y en cualquier otro lugar y momento, se cumple una pauta común a otros fenómenos que tienen que ver con las modas, a saber: el abanico potencial de nombres experimenta constantemente nuevas incorporaciones, en tanto que otros apelativos, por contra, son definitivamente relegados al baúl de los recuerdos. Sin embargo, en lo fundamental el repertorio permanece estable. Lo que está sometido a vaivenes cíclicos es más bien su atractivo social. Sin embargo, y a diferencia de otras expresiones que tienen que ver con el gusto y la moda en las sociedades modernas, como la alimentación, el vestido, el peinado, la música, el ocio, la arquitectura o la literatura, la elección de los nombres de pila de los vástagos por parte de sus progenitores se muestra relativamente refractaria a la influencia que puedan ejercer sobre la población diseñadores, productores, publicistas o artistas.

En Alemania había dos repositorios de nombres de pila: los que ofrecían la tradición germánica y el cristianismo. Durante el Tercer Reich, el cristianismo cedió progresivamente su lugar de privilegio a la hora de aportar nombres a los recién nacidos en beneficio de los nombres germánicos. Si nos centramos en el nomenclátor, se produjo una transferencia de la influencia cristiana a favor de la religión política nazi. Nombres bíblicos y de mártires que impregnan el nomenclátor cristiano

según aparece fijado en el Nuevo Testamento (los nombres del Antiguo Testamento eran tabú para los nazis) fueron cediendo progresivamente protagonismo a nombres derivados de la tradición germánica. Johann, Matthias, Peter y Nicolaus dejan paso a Kurt, Sigfried, Berthold, Armin, Dietrich, Erwin, Ulrich, Winfried o Waldemar, cuando eran niños varones. Nombres germánicos de los que serían merecedores los miembros de la comunidad nacional por su supuesta asociación con virtudes como las que recoge Walther Darré, a la sazón ministro nazi de Agricultura hasta bien entrada la Segunda Guerra Mundial:

> Los nombres germánicos que nos han sido legados reflejan con una claridad maravillosa la concepción vital nórdica, su visión del mundo y conciencia de linaje campesino. Los nombres nórdicos de varón hablan de lucha, victoria, honor y gloria.
>
> Walther Darré, 1934: 3

El objetivo de tal política designativa lo resumió del siguiente modo Rolf Ludwig Fahrenkrog, un autor nazi que publicó un libro sobre la materia con el elocuente título de *Nombres alemanes para los niños alemanes:*

> Nuestros hijos, que han nacido alemanes y que serán educados como verdaderos alemanes de la comunidad del pueblo del gran imperio alemán, deben llevar también un auténtico nombre alemán que haga honor a la dignidad de su sangre alemana.
>
> Rolf L. Fahrenkrog, 1942: 35

La repetición en cinco ocasiones del gentilicio «alemán» en la frase es una traducción fiel del original, reflejo inconfundible en todo caso de por dónde fluían las obsesiones del autor y, por extensión, de la mentalidad nazi. Figuras prominentes del régimen fueron consecuentes con la consigna de poner nombres germánicos a sus vástagos. Hermann Göring llamó Edda a su única hija; Heinrich Himmler puso Gudrun a la suya. Más concluyentes, simplemente porque tuvieron más vástagos, son los casos de Joseph

Goebbels, Albert Speer y Martin Bormann. El ministro de Propaganda recurrió a nombres germánicos para todos sus hijos e hijas: Helga, Hildegard, Helmut, Holdine, Hedwig y Heidrum, todos ellos comenzando por «H» como homenaje a Hitler. Los seis vástagos del arquitecto favorito del Führer y luego su ministro de Armamento tampoco escaparon a la regla: Albert, Hilde, Arnold, Fritz, Ernst y Margarete, este último nombre no germánico, pero que era el nombre de la esposa de Speer. Por último, las cinco hijas del secretario de Hitler, Martin Bormann, tenían nombre germánico: Ilse, Ehrengard, Irmgard, Eva Ute y Gerda.

La proliferación de nombres arraigados en la tradición germánica no fue una innovación de los nazis, sino que se trató de un proceso con raíces en el siglo XIX. La disminución de los nombres de origen religioso estaba ligada al despliegue del proceso de modernización, que no fue privativo de Alemania. Así pues, pese a que no se trata de un proceso iniciado por los nazis, en el haber totalitario sí que se cuenta la aceleración de una moda entre 1934 y 1942, esto es, desde su acceso al poder hasta la pérdida de popularidad del régimen tras los reveses sufridos en la guerra. El régimen auspició de manera informal, pero también formal, el recurso al repositorio de nombres arraigados en la tradición germánica. Así, una circular del Ministerio del Interior de agosto de 1938 sobre «Criterios sobre la aplicación de nombres de pila» fue explícita al respecto: «Los niños de nacionalidad alemana deben recibir por principio solo nombres alemanes. Contribuye a promover la mentalidad del linaje cuando la elección de un nombre de pila se remonta a nombres de pila utilizados con anterioridad»[130]. Los nombres de origen «no alemán» (se refiere a nombres de origen cristiano), pero arraigados en el país desde hace siglos (como Hans, Joachim, Peter, Julius, Maria, Sofie...) estaban permitidos, puesto que a esas alturas ya no eran percibidos como «extranjeros». Esta misma circular es la que recoge la obligación de los judíos varones de completar su nombre con el de Israel, o con el de Sara si eran mujeres, cuando sus nombres de pila originales no fuesen lo suficientemente expresivos de su origen étnico. Dichos nombres obligatoriamente tenían que figurar al final del nombre, como en Victor-Israel (que pasó a ser el nombre completo de Klemperer, igual que el historiador Peter Gay, que consiguió abandonar

Berlín en 1939, fue rebautizado como Peter-Joachim-Israel) o, por ejemplo, Helga-Sara. La circular incluyó un anexo con nombres que debían llevar forzosamente los recién nacidos judíos. Los nombres de origen foráneo no bíblico, por otra parte, no resultaban aceptables a ojos del nazismo. La revista *Standesamt,* dedicada a temas relacionados con el registro civil, publicó en 1934 la siguiente reflexión:

> Constituye una falta de gusto y muestra de limitado sentimiento nacional el que padres alemanes pongan a sus vástagos nombres extranjeros, sin que medie razón digna de consideración. La Oficina del Registro Civil tiene en su mano, mediante la instrucción, el informar sobre el cuidado de los hermosos nombres alemanes.

De entre todos los nombres germánicos de varón hubo uno, Horst, que gozó de una súbita popularidad durante una buena parte del dominio nacionalsocialista. La suerte del nombre es paralela a la popularidad del régimen, de forma que las alteraciones en su frecuencia pueden ser leídas como muestras de adhesión o desafección popular hacia el nacionalsocialismo. El estudio de su evolución nos coloca frente a un precioso indicador cultural y nos abre una puerta de acceso al clima de opinión en una época en que la ciudadanía carecía de los cauces adecuados para organizarse y expresarse libremente. Fue el régimen el que, mediante sus prácticas glorificadoras del mártir por excelencia del movimiento, el SA Horst Wessel (porque a él hay que remitir la profusión del nombre), estimuló solapadamente una moda que condicionó el nomenclátor masculino, no ya solo durante el dominio nazi, sino mucho más allá de ese periodo de la historia de Alemania. Tras el colapso del régimen, se produjo una particular *damnatio memoriae* que trajo consigo la «castración» de nombres tan señalados en el nomenclátor nazi como era el de Horst o, en menor medida porque fue menos frecuente, el de Adolf.

Horst Wessel fue una joven promesa nazi en el complicado panorama berlinés de los «años de lucha», que es como los nazis se referían a los años finales de la República de Weimar, con especial intensidad a partir de 1929, cuando se desencadenó una suerte de guerra civil entre nazis y comunistas librada mediante sus respectivas organizaciones paramilitares, las SA y la

Liga de Combatientes del Frente Rojo (RFB). En vida, Wessel se quedó en promesa; tras su muerte desplegó todo su potencial. De familia burguesa (su padre, pastor protestante, se presentó voluntario en la Primera Guerra Mundial imbuido de un marcado fervor patriótico, nada excepcional por lo demás en la época), Wessel nació el 9 de octubre de 1907 en la ciudad de Bielefeld, en Westfalia, la parte occidental de Prusia. Tras su paso por distintas organizaciones ultranacionalistas en la capital del país, donde su padre se había hecho cargo de una parroquia emblemática, la de San Nicolás, Horst recaló en diciembre de 1926 en las SA y el NSDAP. A partir de ese momento adquirió prominencia en el seno del movimiento por sus dotes organizativas, atributos carismáticos y arrojo en la confrontación con el enemigo. Su prometedora carrera tocó a su fin el 14 de enero de 1930, cuando fue víctima de un atentado a manos de un grupo de individuos ligados al KPD, alguno de ellos, como el ejecutor material del asesinato, también a los bajos fondos berlineses. Falleció a consecuencia de las heridas el 23 de febrero siguiente. Una muestra de la relevancia que su figura adquirió para el nazismo y de las esperanzas de liderazgo en él depositadas lo da el plantel de participantes en su funeral en Berlín, con presencia de Joseph Goebbels, Hermann Göring y Salomon von Pfeffer, entonces máximo responsable de las SA, aunque no de Hitler, quien en el último momento decidió desmarcarse de un acto que podría manchar su imagen si finalmente, como era previsible y efectivamente ocurrió, se desataban altercados callejeros con los comunistas. Sin embargo, aprovechando el tercer aniversario del asesinato, Hitler sí que acudió al cementerio donde reposaban los restos del SA, el de San Nicolás, el 22 de enero de 1933, en vísperas de su nombramiento como jefe del gobierno. El Führer estuvo acompañado en la ceremonia por otros tres prohombres del movimiento: Goebbels, Röhm y Himmler.

El momento de su muerte abrió paso al de su culto. El joven líder del movimiento se convirtió de inmediato en «mártir» de la causa por su capacidad de condensar en su figura las virtudes que habrían de caracterizar al hombre nuevo cuando la promesa de revolución antropológica que vehiculaba el nazismo se hubiese visto completada. A partir de la toma del poder por los nazis en enero de 1933, el culto partidario se reconvirtió en

culto de Estado, según quedó reflejado en una rica constelación de lugares de la memoria sancionados por el régimen. Hasta el comienzo de la guerra, Goebbels acudió puntualmente al cementerio de San Nicolás año tras año para presentar sus respetos al mártir coincidiendo con el aniversario de su muerte o de su nacimiento, en alguna ocasión de ambos. Los actos de recuerdo se centraban principalmente en Berlín, donde Wessel había crecido y donde fue asesinado, pero también en otros lugares del país. La prensa del movimiento se hizo eco puntual de dichas ocasiones publicando artículos que, sistemáticamente, hiperbolizaban su figura y exhortaban a la *imitatio heroica* de quien sacrificó su vida por la causa. Asimismo, cada año entre 1933 y 1941 fue transmitido un discurso radiofónico en su recuerdo a cargo del líder de las SA de turno, Ernst Röhm o, tras su depuración en la «Noche de los cuchillos largos» el 1 de julio de 1934, de Viktor Lutze. Además del calendario como detonante de la memoria, durante el mandato nazi se imprimieron no menos de 30 biografías y otras publicaciones hagiográficas sobre Wessel, algunas dirigidas a un público infantil[131]; se rodó una película directamente encargada por Goebbels bajo el título de *Hans Westmar–Einer von vielen,* un trasunto de su vida en formato audiovisual. En otro plano, junto a la incontable cantidad de bustos, estatuas, fotografías y monumentos distribuidos a lo largo y ancho del país, merece la pena destacar otros lugares de la memoria no materiales que proliferaron por doquier, como poemas y canciones en su honor. El arranque del régimen vino acompañado de una revisión de los nombres de numerosos lugares públicos. Calles, plazas y edificios públicos (escuelas, entre otros) e incluso un distrito entero en Berlín, Friedrichshain, contribuyeron de inmediato a grabar en la memoria colectiva el nombre de Horst Wessel. De mayor alcance fue el hecho de que una canción compuesta por Wessel en 1929, *Die Fahne hoch* [Altas las banderas], se transformase tras su muerte en canción e himno del NSDAP y pasase a ser conocida como *Horst-Wessel-Lied* [Canción de Horst Wessel]. Bajo el dominio hitleriano se institucionalizó la costumbre de interpretarla, brazo derecho en alto, inmediatamente después del himno nacional, el *Deutschlandlied* [Canción de Alemania]. En el terreno paramilitar y militar también se hicieron notar los esfuerzos por dejar un recuerdo indeleble en la memoria colectiva: tal y

como era costumbre entre los nazis cada vez que un miembro de las SA fallecía en circunstancias violentas, la unidad de las SA que lideraba Wessel en Berlín pasó a denominarse Tropa de Asalto Horst Wessel. Durante la guerra se bautizaron en su memoria divisiones de combate de las SS, así como escuadrillas de aviones y de barcos.

A partir del fallecimiento de Wessel en 1930, y sobre todo a partir del ascenso nazi al poder, el nombre de Horst sirvió de termómetro del grado de popularidad del nazismo. A continuación, aportamos evidencias de las alteraciones en la frecuencia del nombre a partir de la información de que disponemos al respecto, casi siempre de ámbito local aunque, tomada de forma conjunta, resulta extrapolable en sus líneas maestras al conjunto del país.

Los lingüistas sostienen que las raíces del nombre Horst se remontan a «Horsa», un líder anglosajón que conquistó Inglaterra en el siglo V. En modo alguno extemporáneo ya desde principios de siglo XX, aunque poco frecuente, el nombre de Horst alcanzó en 1924 por vez primera el umbral del 1% de los niños varones en el conjunto del país. Sin embargo, hasta 1932 no figuró entre los 20 más populares. Su eclosión arrancó en 1933, coincidiendo con el inicio del Tercer Reich, cuando alcanzó alrededor del 2,3%; en 1940, el año del paseo triunfal de las tropas alemanas en Dinamarca, Noruega, Bélgica, Holanda y Francia, ya fueron un 2,7% los niños registrados con ese nombre. Entre 1933 y 1945 siempre estuvo entre los diez primeros en el conjunto del país, muy por delante de otros nombres germánicos ideológicamente connotados e identificados con el régimen, como los de Adolf o Hermann (por Göring, segundo jerarca en el escalafón nazi). Los estudios locales disponibles apuntalan esta misma tendencia. Una investigación a partir de 43.000 habitantes varones de la ciudad de Fráncfort del Meno que habían nacido en el período entre 1932 y 1945 corrobora la popularidad del nombre de Horst. Otro estudio de la ciudad portuaria de Kiel, una ciudad donde el NSDAP gozó de un apoyo por encima de la media del país antes del acceso nazi al poder, apunta en la misma línea (véase tabla 12.1).

TABLA 12.1 Frecuencia del nombre Horst en Fráncfort del Meno y en Kiel, 1933-1946 (en %)

Año	*Fráncfort*	*Kiel*
1933	5.05	5.38
1934	4.15	5.34
1935	4.47	5.34
1936	3.46	5.16
1937	3.51	5.20
1938	3.31	4.35
1939	3.37	4.43
1940	2.87	4.47
1941	2.80	4.60
1942	2.07	2.76
1943	1.98	2.53
1944	1.20	2.14
1945	n.d.	2.13
1946	n.d.	1.80

Fuente: Lorenz, 2006: 200-201, y Mattlinger, 1996: 55-58.

En Múnich, en el sur católico, la máxima cota la alcanzó en 1940, y ni siquiera entonces llegó al 3% de los recién nacidos. Un estudio en nueve localidades de Sajonia abunda en la misma línea: en 1924 Horst figuraba en el sexto lugar (4,72%), revelador del hecho de que en esa provincia alemana el nombre gozaba de cierta popularidad; en 1934 era el cuarto (5,38%); diez años más tarde estaba en el puesto 24.º (1,35%); en 1954 era el 22.º (1,6%); en 1964 ocupaba el puesto 52.º, con un niño llamado así entre 2.425. Por último, un estudio efectuado en las pequeñas ciudades renanas de Bad Honnef y Wermelskirchen a partir de los nombres de los escolares revela que entre 1900 y 1932, Horst no figura entre los nombres más populares en ninguna de las localidades, pero para el periodo entre 1933 y 1944 ya es el nombre más frecuente entre los niños de Bad Honnef y el segundo más repetido en Wermelskirchen.

Con el nacionalsocialismo en el poder el nombre de Horst constituyó todo un programa político, un indicador solapado de adhesión expresa, o cuando menos de acomodación oportunista al programa totalitario nazi. Tras el fin de la Segunda Guerra Mundial su estrella declinó, hasta prácticamente desaparecer del nomenclátor a mediados de la década de 1960. En una medida imposible de ponderar, no parece arriesgado aventurar que muchos de quienes así se llamaban (y llaman todavía hoy) acabaron convirtiéndose en portadores involuntarios e inocentes de una política de la

memoria nazi, aunque no es menos cierto que el paso del tiempo ha difuminado considerablemente la asociación entre el nombre de Horst y el nacionalsocialismo.

El auge y declive de este nombre aparece, por lo tanto, ligado de forma indisociable a la suerte del régimen. No es el único nombre que nos aporta información a este respecto. Una prueba más inequívoca todavía de adhesión al programa nacionalsocialista lo constituye el nombre de Adolf. Los datos disponibles apuntan a que su frecuencia fue mucho menor que la de Horst. En Fráncfort del Meno durante el periodo comprendido entre 1932 y 1945 solo excepcionalmente estuvo por encima del 0,8% de los casos, muy por debajo del de Horst. En contraste, al final del periodo dictatorial, en 1944, su frecuencia en esa misma ciudad fue de un 0,13%. En este mismo sentido, otra investigación llevada a cabo en los registros de varios pueblos de la antigua República Democrática Alemana revela que en 1924 hubo 7 niños registrados con el nombre de Adolf; inmediatamente después de la conquista del poder, en 1934, la cifra se elevó a 37, muy por debajo de Gunther (145 concurrencias), Manfred (128), o Wolfgang (124). Diez años después, en 1944, ni un solo niño llevaba el nombre del dictador. Un decreto de 3 de julio de 1933 aporta una explicación de la frecuencia relativamente baja durante los años iniciales del régimen, porque con el curso de los años y del desarrollo adverso de la guerra, a la suerte del nombre Adolf sigue la de Horst y se convierte en un indicador de la desafección popular con respecto al régimen. Se dice en el decreto mencionado:

> En caso de presentarse ante el Registro Civil una solicitud con el nombre del Canciller del Reich [...] el funcionario ha de recomendar al solicitante que elija otro nombre, puesto que la aceptación del nombre señalado no es del agrado del Canciller del Reich. Si la sugerencia no satisface al solicitante, me ha de ser comunicado [al responsable del servicio][132].

Después del colapso nazi, el nombre de Adolf (igual que el de Horst) fue víctima de un proceso de «contaminación simbólica», en primer lugar en Alemania, pero también en otros países occidentales. Pocos estaban

dispuestos a que su hijo portase el nombre de quien personificó el Mal como nadie.

De todo el repertorio de nombres posibles a la hora de denominar a sus retoños, Horst se reveló desde comienzos de la década de 1930 como uno de los favoritos de los padres alemanes, por momentos y lugares *el* favorito. En ello tuvo que ver de forma decisiva una variable contextual de naturaleza política: el acceso de Hitler al poder en 1933. A partir de entonces, se conformó una estructura de oportunidad política radicalmente distinta. Dicha estructura tiene su traducción en un marco social del gusto que invitó a los alemanes afectos al régimen y a sus acompañantes de viaje, bien que de forma informal, a escoger para sus hijos varones un nombre tan ideológicamente cargado. El estudio de la evolución de la «curva de Horst» a lo largo del dominio nazi nos permite disponer de un instrumento de medición de la popularidad del régimen durante su dominio. Con algunas cautelas que no conviene obviar (por ejemplo, la existencia de portadores del nombre de Horst por tradición familiar, autónomo por lo tanto de cualquier intento de aprobación del movimiento), dicha curva aporta pistas, que no certezas, sobre la opinión que el régimen merecía a sus súbditos. Y apunta a una incuestionable popularidad del nombre hasta 1941-1942, para declinar bruscamente a partir de esos años al compás del hastío con la guerra o, mejor, con las derrotas en la guerra.

Durante el Tercer Reich el nombre de Horst fue equivalente a un programa político totalitario. Muchos de los progenitores que escogieron ese nombre para sus vástagos les transfirieron su adhesión al régimen. Implícita en la transferencia estaban los valores nazis que mejor definieron la vida del mártir por excelencia de las SA y, por extensión, de todos los soldados políticos de la organización paramilitar que durante la República de Weimar pelearon (matando) hasta la muerte: el sacrificio de los intereses individuales en aras de los intereses de la comunidad nacional; la disposición al sacrificio de la propia vida, aun cuando ello implicase llevarse por delante la ajena; la solidaridad con los «hermanos de sangre», acompañada de un odio visceral y no disimulado a la «sangre extraña» y al enemigo marxista; la disciplina ciega y la obediencia a los dictados de la autoridad, con Hitler en todo caso como última instancia. Por todos estos

valores, es decir, por la forja del «hombre nuevo» inherente al proyecto totalitario nazi, se batieron las SA desde que vieran la luz en Múnich en 1920; por ellos dejaron sus vidas, y por ellos se las arrebataron a sus contrincantes. Una vez al mando de Alemania, durante el Tercer Reich, su activismo en la calle resultó innecesario. El aparato de represión de la dictadura se encargó de sembrar el terror en un clima de impunidad absoluta y amparado por la nueva legalidad, un terror encaminado a dibujar un orden social presidido por los mismos valores que propagaron los efectivos de las SA a pie de calle. El objetivo último del régimen fue hacer extensible el «nacionalsocialismo hecho cuerpo» de los SA a todos los integrantes de la comunidad nacional alemana del Tercer Reich, en la que los extraños sociales fueron expulsados del campo de obligación moral y, por tanto, declarados objetivos a aniquilar. Los hombres de las SA sirvieron de modelo para forjar al hombre del futuro, los mismos que protagonizaron el asesinato industrial de millones de personas.

---

130 *Zeitschrift für Standesamtswesen,* 1938: 339.

131 A uno de tales libros se refiere sin duda Klemperer en el siguiente pasaje: «Contó [un conocido suyo] que su hijo estaba en primero de bachillerato, en el *Kreuzgymnasium,* y que allí tenían un libro de lecturas, en la asignatura de historia, que iba de la actualidad hacia atrás y que descomponía la historia en relatos independientes. Títulos de las distintas lecturas por este orden ("¡Se le revuelve a uno el estómago!"): Hitler, Göring, Horst Wessel, Herbert Norkus, Bismarck, Federico el Grande» (2003, II: 319). Herbert Norkus fue un miembro de las Juventudes Hitlerianas de 16 años fallecido en un enfrentamiento con los comunistas en Berlín. Al igual que Wessel, los nazis lo elevaron a la categoría de mártir del movimiento. Norkus fue a las JH lo que Wessel a las SA.

132 «Wahl von Vornamen», en: *Zeitschrift für Standesbeamtwesen, Personenrecht, Eherecht und Familiengeschichte,* 13 (1933), vol. 19, p. 314.

ANEXO DOCUMENTAL

DOCUMENTO 1

Programa del NSDAP

1. Exigimos la unión de todos los alemanes para constituir una gran Alemania fundada en el derecho de autodeterminación de que gozan las naciones.
2. Exigimos para el pueblo alemán la igualdad de derechos en sus tratados con las demás naciones y la abolición de los Tratados de Paz de Versalles y Saint-Germain.
3. Exigimos espacio y territorio (colonias) para la alimentación de nuestro pueblo y para asentar a nuestro exceso de población.
4. Nadie, fuera de los miembros de la nación, podrá ser ciudadano del Estado. Nadie, fuera de aquellos por cuyas venas circule sangre alemana sea cual fuere su credo religioso, podrá ser miembro de la nación. Por consiguiente, ningún judío será miembro de la nación.
5. Quien no sea ciudadano del Estado, solo residirá en Alemania como huésped y será considerado como sujeto a leyes extranjeras.
6. El derecho a decidir la formación del gobierno del Estado y la sanción de las leyes será ejercido únicamente por ciudadanos del Estado. Exigimos, en consecuencia, que todas las funciones oficiales, sea cual sea su naturaleza, tanto en la nación como en las regiones y las comarcas, sean desempeñadas exclusivamente por ciudadanos del Estado.

   Nos oponemos a la corruptora práctica parlamentaria de designar los puestos teniendo en cuenta solamente consideraciones de partido en lugar de carácter o de idoneidad.
7. Exigimos que el Estado contemple como su primer y principal deber el promover el progreso de la industria y el velar por la subsistencia de los ciudadanos del Estado. Si no fuera posible alimentar a toda la población del Estado, será indispensable que los residentes extranjeros (no ciudadanos) sean excluidos de la nación.

8. Hay que impedir toda inmigración no alemana. Exigimos que se obligue a todo no ario llegado a Alemania a partir del 2 de agosto de 1914 a abandonar inmediatamente el territorio nacional.
9. Todos los ciudadanos del Estado gozarán de iguales derechos y tendrán idénticas obligaciones.
10. El primer deber de todo ciudadano del Estado consiste en trabajar con la mente o con el cuerpo. Las actividades individuales no estarán reñidas con los intereses generales, sino que se adaptarán al marco impuesto por la comunidad y tendrán en cuenta las conveniencias de la misma.
11. Exigimos la abolición de todo ingreso no conseguido por medio del trabajo y la abolición de la servidumbre impuesta por el interés del dinero.
12. En vista de los enormes sacrificios de vidas y propiedades que exige toda guerra, el enriquecimiento personal logrado merced a los conflictos armados internacionales se considerará como un crimen contra la nación. Exigimos, en consecuencia, la confiscación implacable de todas las ganancias conseguidas en la guerra.
13. Exigimos la nacionalización de todos los negocios que se han organizado hasta la fecha en forma de agrupaciones de sociedades *(trusts)*.
14. Exigimos que los beneficios del comercio al por mayor sean compartidos por la nación.
15. Exigimos que se ponga en práctica un plan gradual de asistencia social a los ancianos.
16. Exigimos la creación y mantenimiento de una sana clase media, la nacionalización inmediata de las propiedades utilizadas en la especulación, a fin de que se alquilen en condiciones favorables a los pequeños comerciantes, y que se tenga una consideración especial para con los pequeños proveedores del Estado, de las autoridades de distrito y de las localidades menores.
17. Exigimos la reforma de la propiedad del suelo para que sirva a nuestros intereses nacionales; la aprobación de una ley que ordene la confiscación sin compensación de la tierra con propósitos comunales; la abolición del interés de los préstamos sobre tierras y la prohibición de especular con las mismas.

18. Exigimos la persecución despiadada de aquellos cuyas actividades sean perjudiciales al interés común. Los sórdidos criminales que conspiran contra el bienestar de la nación, los usureros, especuladores, etc., deben ser castigados con la muerte, sean cuales fueren su credo o su raza.
19. Exigimos que el Derecho Romano, que sirve al régimen materialista del mundo, sea reemplazado por un sistema legal concebido para toda Alemania.
20. Con el fin de proporcionar a todo alemán competente y laborioso la posibilidad de una mejor educación y así promover el progreso, el Estado abordará la reconstrucción total de nuestro sistema nacional de educación. El plan de estudios de todo centro educativo deberá adecuarse a las necesidades prácticas de la vida. Inculcar y hacer comprensible la idea de Estado (sociología del Estado) debe ser uno de los propósitos fundamentales de la educación, y comenzará con el primer destello de inteligencia del alumno. Exigimos que el Estado eduque a sus expensas a los niños dotados de superior talento y a hijos de padres pobres, sean cuales sean la respectiva clase u ocupación de estos últimos.
21. El Estado procurará elevar el nivel general de la salud de la nación amparando a las madres e infantes, prohibiendo el trabajo de los niños, aumentando la eficiencia corporal mediante la gimnasia obligatoria y los deportes, y apoyando sin restricciones a los clubes fundados con el objeto de promover el mejoramiento físico de la juventud.
22. Exigimos la abolición del ejército remunerado y la formación de un ejército nacional.
23. Exigimos la adopción de medidas legales contra la impostura política deliberada y su difusión por medio de la prensa. Para facilitar la creación de una prensa nacional alemana, exigimos:

    a) que todos los editores de periódicos y sus asistentes, cuando empleen la lengua alemana, sean miembros de la nación,
    b) que la publicación de periódicos no alemanes no tenga lugar sino en virtud de un permiso especial acordado por el Estado. No será indispensable que tales órganos se impriman en alemán,

c) que se prohíba por ley la participación financiera o la influencia de no alemanes en los periódicos alemanes, estableciendo como pena para los infractores el cierre del periódico y el inmediato destierro de todos aquellos no alemanes implicados en el asunto.

Debe prohibirse la publicación de órganos cuyos propósitos no contemplen el bienestar nacional. Exigimos que se persigan legalmente todas las tendencias artísticas y literarias que contribuyan a la disgregación de nuestra vida como nación, y la supresión de cualquier institución cuyos fines estén reñidos con la citada exigencia.

24. Exigimos la libertad para todas las denominaciones religiosas dentro del Estado mientras no representen un peligro para este y no militen contra los sentimientos morales de la raza alemana.

    El Partido defiende, en su carácter de tal, la idea del cristianismo positivo, mas no se compromete, en materia de credo, con ninguna confesión en particular. Combate el materialismo judío filtrado entre nosotros, y está convencido de que nuestra nación no logrará la salud permanente sino dentro de sí misma y gracias a la aplicación de este principio.

    El interés común precede al interés particular.

25. Para realizar todo lo anterior, exigimos la creación de una poderosa autoridad central del Estado. Asimismo exigimos la autoridad incondicional del parlamento políticamente centralizado sobre toda la nación y sobre su organización, y la formación de una cámara representando a las clases y profesiones, con el propósito de poner en práctica en los diversos estados de la confederación las leyes generales promulgadas por la autoridad.

    Los responsables del partido juran consagrarse sin desmayo y, si fuera necesario, sacrificar su vida para lograr el cumplimiento de los puntos precedentes.

Múnich, 24 de febrero de 1920.

DOCUMENTO 2

Contrato de adhesión a las Tropas de Asalto de Baviera

Mediante la presente solicito el ingreso en las Tropas de Asalto del NSDAP y me comprometo mediante un apretón de manos como alemán honesto que soy, a cumplir el siguiente reglamento y a seguirlo siempre con lealtad inquebrantable según mi mejor saber y conciencia:

1. Me comprometo mientras viva con lealtad inviolable con el programa de nuestro movimiento, el servicio a nuestro Führer y la adhesión a nuestra bandera.
2. Prometo obedecer ciegamente las órdenes emanadas de mi Führer, escritas u orales, siempre que sean compatibles con mi honor alemán. En especial, prometo formalidad y puntualidad en el ejercicio de las tareas asignadas, así como acudir a todos los mítines, actos, excursiones, reuniones, etc. En especial, prometo no faltar a las reuniones de control establecidas por mi dirección, a menos que sea por razones de fuerza mayor.
3. Prometo que consideraré a cada miembro de mi Sección de Asalto como mi hermano y leal camarada, con quien me siento unido en la alegría y la adversidad, y lo haré sin atender a su estatus social, profesión, riqueza o pobreza.
   Me comprometo a no perjudicar en modo alguno el espíritu de leal camaradería ni a debilitar la fortaleza de la organización, ni tampoco a generar malestar mediante la formación de camarillas, la difusión de rumores infundados, etc.
4. Me comprometo asimismo a comportarme, dentro y fuera de nuestra tropa, de tal modo que nuestro movimiento no tenga que avergonzarse de mi decencia.
   Evitaré todo aquello que perjudique la buena reputación de nuestro movimiento.

5. Por último, prometo que, si en un momento de necesidad la reputación del Führer de mí depende, me mostraré dispuesto a servir con cuerpo y alma al movimiento, en cuyo sagrado futuro para mi pueblo creo y con el que me identifico orgulloso.

Soy consciente de que la violación de estas obligaciones que he jurado no solo choca contra mi honor, sino que, como todo aquel que falta a su palabra, no tendré hueco en el Partido, y mucho menos en las Tropas de Asalto.

Lo que declaro con mi firma y con mi honesto apretón de manos.

Fuente: Staatsarchiv München (StA), Polizei Direktion 6803, «Abschrift. Verpflichtungsschein», pp. 25-26, 145 y 147. Sin fecha, pero de antes de noviembre de 1923.

DOCUMENTO 3

Horst-Wessel-Lied

Die Fahne hoch! Die Reihen dicht geschlossen!
SA marschiert, mit ruhig festem Schritt.
Kameraden, die Rotfront und Reaktion erschossen,
Marschier'n im Geist in unsern Reichen mit.

Die Straβe frei den braunen Bataillonen!
Die Straβe frei dem Sturmabteilungsmann!
Es schauen aufs Hakenkreuz voll Hoffnung schon Millionen.
Der Tag für Freiheit und für Brot bricht an.

Zum letzten Mal wird Sturmalarm geblasen!
Zum Kampfe steh'n wir schon bereit.
Bald flattern Hitlerfahnen über allen Straβen,
die Knechtschaft dauert nur noch kurze Zeit.

Autor: Horst Wessel (aprox. 1929)

Fuente: Hans Bajer (ed.) (1935): *Liederbuch der Nationalsozialistischen Deutschen Arbeiterpartei,* 29.ª ed. Múnich: Eher.

Canción de Horst Wessel

¡Altas las banderas! ¡Prietas las filas!
Las Tropas de Asalto marchan, con paso firme y sereno.
Camaradas abatidos por el Frente Rojo y la reacción,
en espíritu marcháis, en nuestra formación.

¡La calle libre para los batallones pardos!

¡La calle libre para los hombres de las Tropas de Asalto!
Millones contemplan llenos de esperanza la esvástica.
El día de la libertad y el pan se abre paso.

¡Por última vez resuena la llamada de lucha!
¡Todos estamos listos para la lucha!
Pronto ondearán las banderas de Hitler en cada calle,
¡la esclavitud no va a durar mucho más!

Der gute Kamerad

Ich hatt' einen Kameraden,
Einen bessern findst du nit.
Die Trommel schlug zum Streite,
Er ging an meiner Seite
In gleichem Schritt und Tritt.

Eine Kugel kam geflogen,
Gilt's mir oder gilt es dir?
Ihn hat es weggerissen,
Er liegt mir vor den Füßen,
Als wär's ein Stück von mir.

Will mir die Hand noch reichen,
Derweil ich eben lad.
Kann dir die Hand nicht geben,
Bleib du im ew'gen Leben
Mein guter Kamerad!

Letra: Ludwig Uhland, 1809
Música: Friedrich Silcher, 1825

El buen camarada

Yo tenía un camarada,
no encontrarás uno mejor.
El tambor llamaba a la batalla,
él caminaba a mi lado
siguiendo mi mismo paso.

Una bala vino volando:
¿es para mí o es para ti?
Se lo llevó por delante.
Yace a mis pies
como si fuese un pedazo de mí.

Quiere alcanzarme su mano
mientras estoy recargando.
«No te puedo dar la mano,
¡descansa en la vida eterna
mi buen camarada!»

DOCUMENTO 4

Los diez mandamientos de las SA,
Joseph Goebbels

¡El nacionalsocialismo es la doctrina para la liberación del pueblo alemán!

¡Piensa en ello!

El nacionalsocialismo es la quintaesencia de la misión de tu vida y de tu misión histórica. Cada nacionalsocialista es portador de una parte de responsabilidad por el futuro de Alemania. ¡Tú también! Por eso:

1. *Mantente fiel a la Idea y a sus dirigentes, y cumple con alegría cada día con tu maldita obligación*.

Cada dirigente señala el camino y encarna la Idea a la que servimos. La primera condición para la victoria es la disciplina y la fiel lealtad entre el dirigente y su hombre. Cien hombres ilustrados en la seriedad y la disciplina resultan más valiosos que miles de vagabundos. Por eso:

2. *Entrégate a tu dirigente hasta las últimas consecuencias. Le debes obediencia y sumisión, no por él, sino por la patria y el futuro*.

Tu uniforme es tu traje de honor. Llévalo con orgullo como luchador consciente que eres por el Tercer Reich. No permitas, ni a ti mismo ni

al resto, que resulte mancillado por borracheras o comportamiento escandaloso. Eres responsable de ello. Por eso:

3. *Evita la bebida en actos de servicio*.

Que la Idea sea para ti Dios y patria. El servicio a la Idea será para ti una misa a la que harás acto de presencia puntual y en actitud de recogimiento. La patria tiene derecho a reclamarte sacrificios. Por eso:

4. *Se puntual en el servicio y nunca faltes,*
a menos que te resulte imposible.

Ningún hombre con honor se jacta delante de extraños por cosas que ni les van ni les vienen. Si sacas a relucir aspectos importantes que atañen al movimiento donde no ha lugar, eres un estúpido o un canalla. Quien se comporte así no nos sirve de nada. Por eso:

5. *Usamos oro: ¡El silencio es oro!*

El pueblo alemán padece todavía el odio, la envidia y la maldad. Tenemos que extraer de ello una lección. Nada corrompe la camaradería tan rápido y de forma tan concienzuda como la crítica estéril, la manía de criticar y las intrigas. Por eso:

6. *No conspires, así nadie conspirará contra ti.*

Ser valiente es el orgullo y honor de todo hombre. Con el orgullo y el honor no se juega. Un hombre dispara como último recurso, cuando es cuestión de vida o muerte. Solo jóvenes estúpidos e inmaduros disparan por diversión. Por eso:

7. *No juegues con armas de fuego*.

Los nacionalsocialistas son hermanos entre sí, forman una gran comunidad. No lo olvides ni cuando estés borracho ni cuando estés colérico. Por eso:

8. *No te pelees con camaradas,*
porque socavas el espíritu de camaradería.

La resistencia contra la policía y la autoridad del Estado resulta hoy siempre inútil. En cualquier caso eres la parte perdedora, tengas la razón o no la tengas. El Estado se venga de ti y de nosotros con cárcel y multas elevadas. Por eso:

9. *Cuando no quede otra opción, sométete a la autoridad del Estado.*
Pero consuélate: ¡más tarde ajustaremos cuentas!

Desde tiempo inmemorial el alemán ha venerado a la mujer como un ser excelso y sagrado. Así debe ser también entre nosotros. Al hombre verdadero se le reconoce en su relación con la mujer. Por eso:

10. *Sé con la mujer un hombre alemán:*
solícito y cortés, respetuoso y bondadoso.

Fuente: Nationalsozialistische Briefe, Nr. 24, 15-IX-1926.

DOCUMENTO 5

Ordenanza de las SA sobre seguros

1. Todos los miembros de las SA han de estar asegurados contra accidentes y por responsabilidad civil en la forma ordenada por la Oberste SA-Führung (OSAF) [Jefatura Suprema de las SA].
2. Las compañías aseguradoras extraen de los asegurados sumas muy superiores a las que pagan en primas. Mantienen no solo edificios, aparatos de empleados y servicios de publicidad y propagada de dimensiones colosales, sino que también reparten entre sus accionistas ganancias anuales considerables. Es por ello que la OSAF tiene la intención de contar con un sistema propio de seguros de todos los miembros de las SA sobre la base de la reciprocidad. En un comienzo tal vez no se establezca la obligatoriedad de desembolsos de tarifas fijas, repartiendo el dinero ingresado según el mejor saber y conciencia. Se aceptan consejos de todo género, en particular los procedentes de expertos en la materia.
3. Hasta que este plan madure, la OSAF ha cerrado un seguro de accidentes colectivo con una de las grandes compañías aseguradoras del país, con efectos inmediatos. Ha sido posible concertar condiciones extremadamente favorables. Se fijará un seguro mínimo con cuotas asequibles a cualquiera; coberturas mayores serán asunto de cada cual. Con esta iniciativa procuramos que las actuaciones enérgicas de las SA no se vean truncadas al pensar en las indemnizaciones que se puedan producir por posibles daños.
4. Los desembolsos por daños relacionados con las actividades de las SA o el NSDAP serán las siguientes:

    - 2.000 marcos en casos de muerte, pagaderos a los herederos o personas designadas.

- 5.000 marcos por invalidez del 100%; en casos de porcentajes menores, entonces se aplicarán los porcentajes correspondientes tomando como base los 5.000 marcos; por ejemplo, en caso de un 50%, 2.500 marcos.
- Tres marcos diarios por enfermedad. Es decir, que si un hombre está de baja tres días, la compensación que recibirá se elevará a tanto como lo que ha desembolsado en cuotas durante cuatro años.
- 10.000 marcos (límite máximo por caso) por responsabilidad civil por daños materiales a terceros (también a locales y autos).
- 100.000 marcos (límite máximo por caso) por responsabilidad civil por daños a personas.

5. La cuota mensual será de 20 céntimos (o cinco céntimos a la semana), pagaderos por adelantado cada primero de mes. En estos 20 céntimos están incluidos 1,5 céntimos por gastos de administración de la OSAF, así como una amortización de 1,5 céntimos de los impuestos del partido y de las SA.
6. Dado que la formulación jurídica del contrato de seguros está en gran medida redactada en términos extraordinarios, los casos dudosos y los daños indirectos cuantiosos están asimismo incluidos. En consecuencia, también en casos improbables resulta recomendable dirigirse a la OSAF.
7. La notificación de una incidencia ha de efectuarse de forma inmediata ante la OSAF, a más tardar en el plazo de 14 días y por medio del responsable de la SA o del dirigente local del movimiento.
8. Además de las SA, el contrato autoriza a cubrir al conjunto de miembros del grupo local del movimiento y a sus actividades, siempre y cuando su responsable haya incluido el seguro de modo obligatorio [...]
9. Los pagos de las cuotas se efectúan a la OSAF mediante cheque postal (SABE 9, art. 8). De forma simultánea, es necesario remitir a la OSAF un listado que detalle qué personas (apellido, nombre, domicilio) han efectuado el pago. La OSAF no admite pagos individuales, solo pagos y listados colectivos, cuya veracidad

atestiguan el responsable de las SA o el dirigente local del movimiento [...]

10. Tan pronto como los listados (o modificaciones de listados precedentes) y el dinero queden registrados en la OSAF, el seguro entra en vigor en el plazo de tres días [...]
11. [...]

Firmado por Von Pfeffer

Fuente: SABE 5 (Sturmabteilung-Befehle). BArch, NS/26, n.º 302, 5 de noviembre de 1926.

DOCUMENTO 6

Directrices de los Cristianos Alemanes

1. Estas directrices aspiran a mostrar ruta y fines a todos los creyentes alemanes para alcanzar un nuevo orden de la Iglesia. Estas directrices no aspiran a ser un credo, tampoco a reemplazarlo ni sacudir los fundamentos de la profesión de fe de la Iglesia Evangélica. Son una confesión de vida.
2. Luchamos por la unión de las 29 iglesias agrupadas en la «Liga de las Iglesias Evangélicas Alemanas» en una única Iglesia Evangélica del Reich, y desfilamos tras el lema y objetivo: «Hacia fuera unidos y comprometidos con Cristo y su obra. Hacia dentro ricos y variados. Cada cual, cristiano a su modo y manera» (según Geibel).
3. La lista «Cristianos Alemanes» no quiere ser una fracción política dentro de la Iglesia en el sentido hasta ahora acostumbrado. Se dirige a todos los cristianos evangélicos alemanes. La era del parlamentarismo ha caducado, también en la Iglesia. Las facciones políticas en la Iglesia no tienen ningún mandato para representar al pueblo eclesial; se contraponen al elevado fin de llegar a ser un pueblo eclesial. Queremos una Iglesia nacional viva que sea expresión de todas las fuerzas creyentes de nuestro pueblo.
4. Descansamos sobre la base de un cristianismo positivo. Nos reconocemos en una fe afirmativa acorde con Cristo, tal y como se corresponde con el espíritu de Lutero y la religiosidad heroica.
5. Queremos recuperar el sentido de la vida alemana revivido en nuestra Iglesia, así como revigorizar nuestra Iglesia. En la lucha decisiva *(Schicksalskampf)* por la libertad y el futuro, los responsables de la Iglesia se han mostrado demasiado débiles. Hasta la fecha la Iglesia no ha efectuado un llamamiento a la lucha decisiva contra el marxismo enemigo de Dios y el *Zentrum*[1]* sordo a su espíritu; más bien ha cerrado un contrato eclesial con los partidos políticos

vinculados a esas fuerzas. Queremos que en el combate decisivo sobre el ser o no ser de nuestro pueblo nuestra Iglesia luche en primera fila. No debe permanecer al margen ni tampoco dar la espalda a los luchadores por la liberación.

6. Exigimos una modificación del contrato eclesial (cláusula política) y la lucha contra el marxismo enemigo de la religión y del pueblo, así como contra sus aliados cristiano-sociales de todos los colores. En dicho contrato eclesial echamos en falta la apuesta confiada en Dios y en la misión de la Iglesia. El camino al reino de Dios pasa por la lucha, la cruz y el sacrificio, no por la falsa paz.
7. Contemplamos en la raza, en el carácter nacional y en la nación los órdenes vitales regalados y confiados por Dios; ocuparnos de su conservación es para nosotros ley de Dios. Por eso nos oponemos a la mezcla de razas. La Misión Exterior alemana apela desde hace tiempo al pueblo alemán en razón de su experiencia: «¡Mantén limpia tu raza!». Asimismo, nos dice que la fe en Cristo no arruina la raza, sino que la ensalza y santifica.
8. Contemplamos en la Misión Interior bien entendida el vivo cristianismo de los hechos que, sin embargo y según nuestra opinión, hunde sus raíces no en la pura compasión, sino en la obediencia a la voluntad de Dios y en el agradecimiento por la muerte de Cristo en la cruz. La pura compasión es caridad, que se convierte en arrogancia, acompañada de mala conciencia, que debilita a un pueblo. Algo sabemos del deber y amor cristianos ante los desamparados, pero también promovemos la protección del pueblo frente a los incapaces y disminuidos. La Misión Interior no debe en modo alguno contribuir a la degeneración de nuestro pueblo. Por lo demás, debe también mantenerse alejada de los aventureros económicos y no puede convertirse en un mercachifle.
9. Vemos un grave peligro para nuestro ser nacional en la misión judía. Es la puerta de entrada de sangre extraña en nuestro cuerpo nacional. No tiene ningún derecho a ser en nuestra Misión Exterior. Rechazamos la misión judía en Alemania en tanto los judíos dispongan del derecho de ciudadanía y, con ella, perdure el peligro de degeneración y cruce raciales. La Sagrada Escritura algo dice de la

ira sagrada y del amor insuficiente. En particular, hay que prohibir los matrimonios entre alemanes y judíos.

10. Aspiramos a una Iglesia Evangélica arraigada en el ser nacional. Rechazamos el espíritu de una ciudadanía cristiana universal. Queremos superar las manifestaciones perniciosas derivadas de dicho espíritu, como son el pacifismo, el internacionalismo, la masonería, etc., mediante la fe en nuestra misión nacional ordenada por Dios. La pertenencia de un religioso evangélico a una logia masónica no es admisible.

Estos diez puntos de la lista de los Cristianos Alemanes sirven como llamamiento para erigir las líneas directrices de la Iglesia Evangélica del Reich por venir, que desarrollará en beneficio del pueblo alemán las fuerzas de nuestra fe reformadora bajo la garantía de la paz confesional.

Joachim Hossenfelder
Berlín, 26 de mayo de 1932

Fuente: Evangelisches Zentralarchiv Berlin (EZA) 50/234.

---

1. * El *Deutsches Zentrumpartei,* conocido como *Zentrum,* fue un partido político representante de los intereses del catolicismo político en Alemania durante la República de Weimar, y uno de los principales pilares de la primera experiencia democrática en el país. Con breves interrupciones, entre 1919 y 1932 estuvo presente en todos los gobiernos, a los que aportó un total de cinco cancilleres.

DOCUMENTO 7

Discurso de Hitler en el entierro del SA Herbert Gatschke

Mientras que en otros lugares los reaccionarios celebran sus fiestas, el Berlín nacionalsocialista sufría una vez más una profunda aflicción. Como en tantas otras ocasiones, el pasado domingo los camaradas del partido en Berlín dirigieron sus pasos al cementerio de Luisenstadt para rendir el último honor a nuestro camarada de las SA, Gatschke, asesinado por la mano asesina cobarde y roja.

De nuevo se arquea una sepultura sobre un testigo de sangre nacionalsocialista, que ha encontrado el camino para encontrarse con sus camaradas muertos.

Nuevas masas de gente afluyen sin cesar a Hasenheide[1]*. No se echa en falta ni a uno solo de los batallones de las SA de Berlín, que han tomado posición en el cementerio formando largos pasillos pardos.

En la sala mortuoria situada a la entrada del cementerio yace nuestro camarada de las SA, Gatschke, velado de forma ceremoniosa. El féretro está envuelto por una esvástica enorme. Un muro de coronas verdes y de aromáticos ramos de flores recrean con efectismo los colores de nuestro movimiento. Un silencio de muerte reina por doquier. En formación y sin pestañear, férreos, flanquean el féretro en guardia de honor los camaradas de la Tropa de Asalto 33.

Tras la entrada en la sala mortuoria de nuestro responsable regional, el camarada del partido Dr. Goebbels, y del dirigente camarada del partido conde Helldorf, arranca la ceremonia. En prolongada homilía, el sacerdote honra el martirio del hombre de las SA recién asesinado.

Entretanto hace entrada en el cementerio y se suma al cortejo fúnebre de forma casi inadvertida nuestro Führer Adolf Hitler, en compañía del presidente del Reichstag, el camarada del partido Göring. Aprovechando su presencia en Berlín, Hitler no ha querido faltar al entierro de su compañero de lucha muerto.

Un mar de banderas con crespones negros rodea el panteón abierto. A su lado está una mujer y madre alemana, quieta y llorosa. Una vez más la hora se ve invadida por una rabia infinita contra el alevoso asesino que no solo nos ha arrebatado a uno de los mejores, sino que ha privado a tres hijos de un padre protector y a una joven mujer de su compañero, apuñalándolo en plena calle.

Tras una breve ceremonia religiosa toma la palabra ante su tumba nuestro responsable regional. Arrebatado de ira, enumera las acusaciones no solo contra la banda de asesinos bolcheviques, no; también contra el sistema de «concentración nacional» que se ha mostrado incapaz de poner freno a los asesinos.

«¡Juramos que nuestra Idea, por la que tantos han sufrido y derramado su sangre, y por la que nuestro camarada de las SA, Gatschke, ha muerto, no será falseada y puesta del revés!». En esta breve locución soldadesca, el camarada de partido conde Helldorf dedica al muerto unas calurosas palabras de recuerdo.

A continuación, Adolf Hitler se aproxima a la tumba y deposita un gran ramo de rosas. Alrededor reina un profundo silencio, momento en el que el Führer arranca su discurso:

> «Muchos mueren en Alemania, pero su muerte no significará lo mismo. Para cientos de personas la muerte es especialmente difícil, porque para ellos no significa solo despedirse de la vida, sino también de la Alemania por la que han muerto».

> «No hay para nosotros los nacionalsocialistas, siguió Adolf Hitler, otro agradecimiento que jurar que la lucha por Alemania seguirá inalterada».

> «¡Por ella habéis muerto, por ella seguiremos luchando! Y si alguna vez a uno de nosotros nos asolase la tentación, entonces la sacrificada muerte de nuestro camarada le mostrará cuál ha de ser el camino. Si nuestros muertos no han tenido la suerte de vivir con nosotros la resurrección de Alemania, entonces tenemos la obligación de recordar a nuestros muertos, no como lo hizo la Alemania de 1918, porque entonces su muerte habría sido en vano».

Estas son las últimas palabras del Führer. Un nacionalsocialista cobardemente asesinado en la lucha por la libertad de Alemania yace en su último reposo. Su sacrificio no ha sido expiado todavía. Nosotros sabemos nuestro deber: ¡Sobre tumbas, pero avanzamos!

Fuente: Der Angriff, 5 de septiembre de 1932, p. 8.

---

1. Hasenheide es un parque situado en las inmediaciones del cementerio de Luisenstadt.

FUENTES Y BIBLIOGRAFÍA

Archivos

Bayerisches Hauptstaatsarchiv München (HStA)
Bundesarchiv-Berlin (BArch-Berlin)
Evangelisches Landesarchiv in Berlin (ELAB)
Evangelisches Zentralarchiv (EZA)
Friedrichshain-Kreuzberg Museum-Archiv (Berlín)
Geheimes Staatsarchiv Preussischer Kulturbesitz (Berlín)
Landesarchiv-Berlin (LABerlin)
Staatsarchiv München (StA)

Prensa periódica

Augsburger Abendzeitung
Bayerischer Kurier
Bayerische Staatszeitung
Berlin am Morgen
Berliner Tageblatt
Central Vereins Zeitung
Der Angriff
Der SA-Mann
Deutsch-Evangelische Korrespondenz
Deutsche Allgemeine Zeitung
Die Rote Fahne
Die Welt am Montag
Evangelium im Dritten Reich
Magdeburgische Zeitung

Münchner Neueste Nachrichten
Münchener Zeitung
Nationalsozialistische Briefe
Nationalsozialistische Monatshefte
Neue Zeitung
Völkischer Beobachter
Vossische Zeitung

Bibliografía citada

Bibliografía de la época nazi

Bajer, Hans (ed.) (1935): *Liederbuch der Nationalsozialistischen Deutschen Arbeiterpartei,* 29.ª ed. Múnich: Eher.

Brecht, Bertolt (1957 [1935]): «Die Horst-Wessel-Legende», *Neue Deutsche Literatur* 6: 47-55.

Darré, Walther (1934): «Unser deutsches Namensgut», en Erwin Metzner, *Die Deutschen Vornamen*. Berlín: Blut und Boden.

Deuerlein, Ernst (1959): «Dokumentation. Hitlers Eintritt in die Politik und die Reichswehr», *Viertaljahrshefte für Zeitgeschichte* 7 (2): 177-227.

— (ed.) (1968): *Der Aufstieg der NSDAP in Augenzeugenberichten*. Múnich: dtv.

Domarus, Max (1973): *Hitler. Reden und Proklamationen 1932-1945, vol. 1, 1932-1934*. Wiesbaden: R. Löwit.

Engelbrechten, Julek Karl von (1937): *Eine braune Armee ensteht. Die Geschichte der Berlin-Brandenburger SA*. Múnich-Berlín: Eher.

— y Hans Volz (1937): *Wir wandern durch das nationalsozialistische Berlin*. Múnich: Eher.

Ewers, Hanns Heinz (1932): *Horst Wessel*. *Ein deutsches Schicksal*. Stuttgart: Cotta.

Fahrenkrog, Rolf Ludwig (1942): (3.ª ed.). *Deutschen Kindern – deutsche Namen*, 3.ª ed. Berlín: Theodor Fritsch.

Frick, Wilhelm (1934): «Die deutsche Frau im nationalsozialistischen Staate», *Friedrich Mann's Pädagogisches Magazin 1400*.

Langensalza: Beyer & Söhne.

Frymann, Daniel [Heinrich Claß] (1912): *Wenn ich der Kaiser wär. Politische Wahrheiten und Notwendigkeiten*. Leipzig: Dietrich.

Goebbels, Joseph (1929): *Michael. Ein deutsches Schicksal in Tagebuchblättern*. Múnich: Eher.

— (1932): *Kampf um Berlin. Der Anfang*. Múnich: Eher.

— (1934): *Signale der neuen Zeit*. Múnich: Eher.

— (2005): *Die Tagebücher von Joseph Goebbels, 1923-1941* (14 vols.). Múnich: Saur.

Goebbels, Magda (1933): *Die deutsche Mutter*. Heilbronn: Eugen Salzer.

Hitler, Adolf (1925/1927 [ed. 1943]): *Mein Kampf*. Múnich: Eher.

— (1934): *Reden an die deutsche Frau. Reichsparteitag Nürnberg, 8. November 1934. I. Rede des Führers, II. Rede der Führerin der deutschen Frauen Gertrud Scholtz-Klink*. Berlín-Tempelhof: Deutsche Frauenwerk.

— (1935): *Die Reden Hitlers am Parteitag der Freiheit 1935*. Múnich: Eher.

— (1936): *Reden des Führers am Parteitag der Ehre 1936*. Múnich: Eher.

— (1938): *Reden des Führers am Parteitag der Arbeit 1937*. Múnich: Eher.

— (1992): *Hitler. Reden, Schriften, Anordnungen (6 vols.)*. Múnich: K.G. Saur.

Hossenfelder, Joachim (1933): *Unser Kampf*. Schriftenreihe der 'Deutschen Christen', Nr. 1. Berlín: Max Grevemeyer.

Kelter, Will (1933): *Horst Wessel*. Leipzig: Dürr.

Klemperer, Victor (2003): *Quiero dar testimonio hasta el final. Diarios 1933-1945* (2 vols.). Barcelona: Galaxia Gutenberg.

— (2015): *Man möchte immer weinen und lachen in einem. Revolutionstagebuch 1919*. Berlín: Aufbau.

Koch, Karl W. H. (1936): *Männer im Braunhemd*. Berlín: Stubenrauch.

Mann, Klaus (1991 [1933, 1939]): «Die Mythen der Unterwelt – Horst Wessel», *Forum* 11/91: 101-116.

Misch, Rochus (2009): *Der letzte Zeuge. Ich war Hitlers Telefonist, Kurier und Leibwächter*. Múnich: Piper.

Petersen, Jan (2013 [1936]): *Unsere Strasse*. Berlín: Verlag am Park.

Phelps, Reginald H. (1963): «Dokumentation. Hitler als Parteiredner im Jahre 1920», *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte* 1963 (3): 274-330.
— (1968) «Dokumentation. Hitlers, grundlegende' Rede über den Antisemitismus«, *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte* 1968 (4): 390-420.
Rehm, Wilhelm (1938): *Geschichte der SA*. Múnich: Eher.
Reitmann, Erwin (1933): *Horst Wessel. Leben und Sterben*. Berlín: Steuben.
Rosenberg, Alfred (1930 [ed. 1937]): *Der Mythus des 20. Jahrhunderts*. Múnich: Hoheneichen.
Schirach, Baldur von (1934): *Die Hitler-Jugend. Idee und Gestalt*. Leipzig: Koehler & Amelang.
Scholtz-Klink, Gertrud (1934): *Reden an die deutsche Frau. Reichsparteitag Nürnberg, 8. November 1934. I. Rede des Führers, II. Rede der Führerin der deutschen Frauen Gertrud Scholtz-Klink*. Berlín-Tempelhof: Deutsche Frauenwerk.
— (1978): *Die Frau in dritten Reich*. Tübingen: Grabert.
Sobański, Antoni Graf (2009): *Nachrichten aus Berlin, 1933-36*. Hamburgo: Rowohlt.
Speer, Albert (2001): *Memorias*. Barcelona: El Acantilado.
Stelzner, Fritz (1936): *Schicksal SA. Die Deutung eines grossen Geschehens von einem, der er selbst erlebte*. Múnich: Eher.
Streicher, Julius (ed.) (1934): *Reichstagung in Nürnberg, 1934*. Berlín: Vaterländischer Verlag Weller.
Sturm 33 (1938 [1933]): *Hans Maikowski. Geschrieben von Kameraden des Toten*. Berlín: Deutsche-Kultur-Wacht.
Thom, Martin (1933): *Christuskreuz und Hakenkreuz*. Berlín: Kranzverlag.
Volz, Hans (1939): *Daten der Geschichte der NSDAP*, 10.ª ed. Berlin-Leipzig: A.G. Ploetz.
Weberstedt, Hans y Kurt Langner (1935): *Gedenkhalle für die Gefallenen des Dritten Reiches*. Múnich: Eher.
Wessel, Ingeborg (1934): *Mein Bruder Horst. Ein Vermächtnis*. Múnich: Eher.
Wieneke, Friedrich (1933): *Die Glaubenbewegung 'Deutsche Christen'*. Schriftenreihe der 'Deutschen Christen' Nr. 2. Berlín: Max

Grevemeyer.
Zöberlein, Hans (1931): *Der Glaube an Deutschland*. Múnich: Eher.
— (1934): «München, die Stadt der Bewegung». En Ludwig Deubner (ed.), *München. Die Kunst-Stadt des neuen Reiches. Sonderdruck aus der Heimatszeitschrift 'Das Bayernland'*, Múnich, 1934.
Zweig, Stefan (2001 [1942]): *El mundo de ayer: Memorias de un europeo*. Barcelona: El Acantilado.

Bibliografía secundaria

Bennecke, Heinrich (1962): *Hitler und die SA.* Múnich y Viena: Günter Olzog.
Bessel, Richard (1984): *Political Violence and the Rise of Nazism. The Storm Troopers in Eastern Germany 1925-1934*. New Haven, Conn.: Yale University Press.
Bienert, Michael (1996): *Joseph Roth in Berlin: Ein Lesebuch für Spaziergänger.* Colonia: Kiwi.
Broszat, Martin (1960): «Die Anfänge der Berliner NSDAP 1926/27», *Vierteljahrshefte für Zeitsgeschichte* 8: 85-118.
Fischer, Conan (1983): *Stormtroopers. A Social, Economic and Ideological Analysis, 1929-1935*. Londres: George Allen&Unwin.
Fraschka, Mark A. (2016): *Franz Pfeffer von Salomon. Hitlers vergessener Oberster SA-Führer*. Göttingen: Wallstein.
Hilberg, Raul (1990): *Die Vernichtung der europäischen Juden*, 3 vols. Fráncfort del Meno: Fischer.
Jamin, Mathilde (1984): *Zwischen den Klassen. Zur Sozialstruktur der SA-Führerschaft*. Wuppertal: Hammer.
Koonz, Claudia (1987): *Mothers in the Fatherland. Women, the Family and Nazi Politics*. Nueva York: St. Martin Press.
Large, David Clay (1997): *Where Ghost Walked. Munich's Road to the Third Reich*. Nueva York: Norton.
Longerich, Peter (1989): *Geschichte der SA*. Múnich: C.H. Beck.
Lorenz, Oliver (2006): Die Adolf-Kurve 1932-1945. En Götz Aly (ed.), *Volkes Stimme. Skepsis und Führervertrauen im Nationalsozialismus*. Fráncfort del Meno: Fischer.

Mattlinger, Stephan (1996): *Namengebung und Ideologie im Dritten Reich am Beispiel der Stadt Kiel*. Neumünster: Wachholz.

Merkl, Peter H. (1980): *The Making of a Stormtrooper*. Princeton: Princeton University Press.

Müller, Yves y Reiner Zilkenat (eds.) (2013): *Bürgerkriegsarmee. Forschungen zur nationalsozialistischen Sturmabteilung (SA)*. Fráncfort del Meno: Peter Lang.

Pauer-Studer, Herlinde y Julian Fink (eds.) (2014): *Rechtfertigungen des Unrechts. Das Rechtsdenken im Nationalsozialismus in Originaltexten*. Berlín: Suhrkamp.

Reichardt, Sven (2002): *Faschistische Kampfbünde. Gewalt und Gemeinschaft im italienischen Squadrismus und in der deutschen SA*. Colonia: Böhlau.

Reiche, Eric G. (1986): *The development of the SA in Nürnberg, 1922-1934*. Cambridge: Cambridge University Press.

Richarz, Monika (ed.) (1982): *Jüdisches Leben in Deutschland. Selbszeugnisse zur Sozialgeschichte, 1918-1945*. Stuttgart: Deutsche Verlags-Anstalt.

Sauer, Bernhard (2006): «Goebbels 'Rabauken'. Zur Geschichte der SA in Berlin-Brandenburg», *Berlin in Geschichte und Gegenwart. Jahrbuch des Landesarchiv Berlin*: 107-164.

Scholder, Klaus (1977): *Die Kirchen und das Dritte Reich, vol. 1. Vorgeschichte und Zeit der Illusionen, 1918-1934*. Berlín: Propyläen.

Schuster, Martin (2005): *Die SA in der nationalsozialistischen 'Machtergreifung' in Berlin und Brandenburg 1926-1934*. Tesis doctoral, Facultad de Ciencias Humanas de la Universidad Técnica de Berlín.

Theweleit, Klaus (2000): *Männerphantasien*. Múnich: Piper.

Ullrich, Volker (2013): *Adolf Hitler. Biographie. Band 1: Die Jahre des Aufstiegs, 1889-1939*. Fráncfort del Meno: Fischer.

Werner, Andreas (1965): *SA und NSDAP; SA: «Wehrverband», «Parteitruppe» oder «Revolutionsarmee»? Studien zur Geschichte der SA und der NSDAP, 1920-1933*. Disertación inaugural de la Facultad de Filosofía de la Universidad Friedrich-Alexander de Erlangen-Núremberg.

Wright, Jonathan R. C. (1977) *'Über den Parteien'. Die politische Haltung der evangelischen Kirchenführer, 1918-1933*. Göttingen: Vandenhoeck & Ruprecht.

ARCHIVO FOTOGRÁFICO



1. Hombres armados de las SA durante el intento de golpe de estado en Múnich el 9 de noviembre de 1923. © Knorr + Hirth/Süddeutsche Zeitung Photo/Photoaisa.



2. Una unidad de *Freikorps* ocupa el Ministerio Bávaro de Guerra. En mitad de la foto, sujetando una bandera, Heinrich Himmler, futuro máximo responsable de las SS. Múnich, noviembre de 1923. © Scherl/Süddeutsche Zeitung Photo/Photoaisa.



3. «Los héroes del 9 de noviembre de 1923. ¡Habéis vencido!». Cartel conmemorativo con los nombres de los 16 «mártires» de Múnich. © SZ Photo/Süddeutsche Zeitung Photo/Photoaisa.



4. Hitler durante un encuentro con un grupo de «viejos luchadores» en la cervecería «Hofbräuhaus» de Múnich, el 24 de febrero de 1929, con motivo del noveno aniversario de la aprobación del programa del NSDAP en el mismo lugar. © Scherl/Süddeutsche Zeitung Photo/Photoaisa.



5. Pelea en un acto político. Nazis de las SA no uniformados reventando un acto organizado por comunistas en la década de 1920. Lugar desconocido. © Scherl/Süddeutsche Zeitung Photo/Photoaisa.



6. Miembros de las SA con una bandera arrebatada a la Liga de Combatientes del Frente Rojo (Rotfrontkämpferbund, RFB). Hamburgo, ca. 1932. ©Joseph Schorer/ Deutsches Historisches Museum, Berlín.



7. Integrantes de las SA queman banderas comunistas y de la República de Weimar. Berlín, 10 de marzo de 1933. © Scherl/Süddeutsche Zeitung Photo/Photoaisa.



8. *Sturmlokal* «Zur Altstadt», que servía de punto de encuentro a la unidad de las SA dirigida por Hans Maikowski. Berlín-Charlottenburg, 1930. © Landesarchiv-Berlin.



9. Miembros de las SA adiestrándose en técnicas de combate en el *Sturmlokal* «Zur Hochburg». Berlín, 1933. © Landesarchiv-Berlin.



10. Parroquianos vestidos de civil en el *Sturmlokal* «Zur Hochburg». La leyenda de la pared reza: «El rostro del muerto / lo portan hoy cien mil hombres / que son jueces». Berlín, Kreuzberg, octubre de 1932. © Landesarchiv-Berlin.



11. Desfile de tropas de las SA en el marco de una campaña para elegir a los miembros del Reichstag. Berlín, septiembre de 1930. © Scherl/Süddeutsche Zeitung Photo/Photoaisa.



12. Como forma de sortear las prohibiciones ocasionales de los uniformes de las SA y de las SS, los nazis sustituyeron las camisas de color pardo y negro, respectivamente, por otras blancas. Lugar desconocido, 1932. © SZ Photo/Süddeutsche Zeitung Photo/Photoaisa.



13. Marcha de tropas de las SA. Al frente, miembros supuestamente agredidos y heridos cuando acudían al acto. Berlín, 1932. © Bundesarchiv-Bildarchiv.



14. Entierro de un miembro de las SA caído en la «lucha por la calle». Eberswalde, julio de 1932. © Bundesarchiv-Bildarchiv.



15. Hitler pasando revista a tropas de las SA. Braunschweig, abril de 1932. © Bundesarchiv-Bildarchiv.



16. Servicio religioso de campaña con bendición y jura de bandera. Döberitz, 1932. En la foto, el pastor protestante Walter Hoff, miembro de los Cristianos Alemanes. En 1943, Hoff estuvo implicado en la matanza de judíos en el frente del Este. © Bundesarchiv-Bildarchiv.



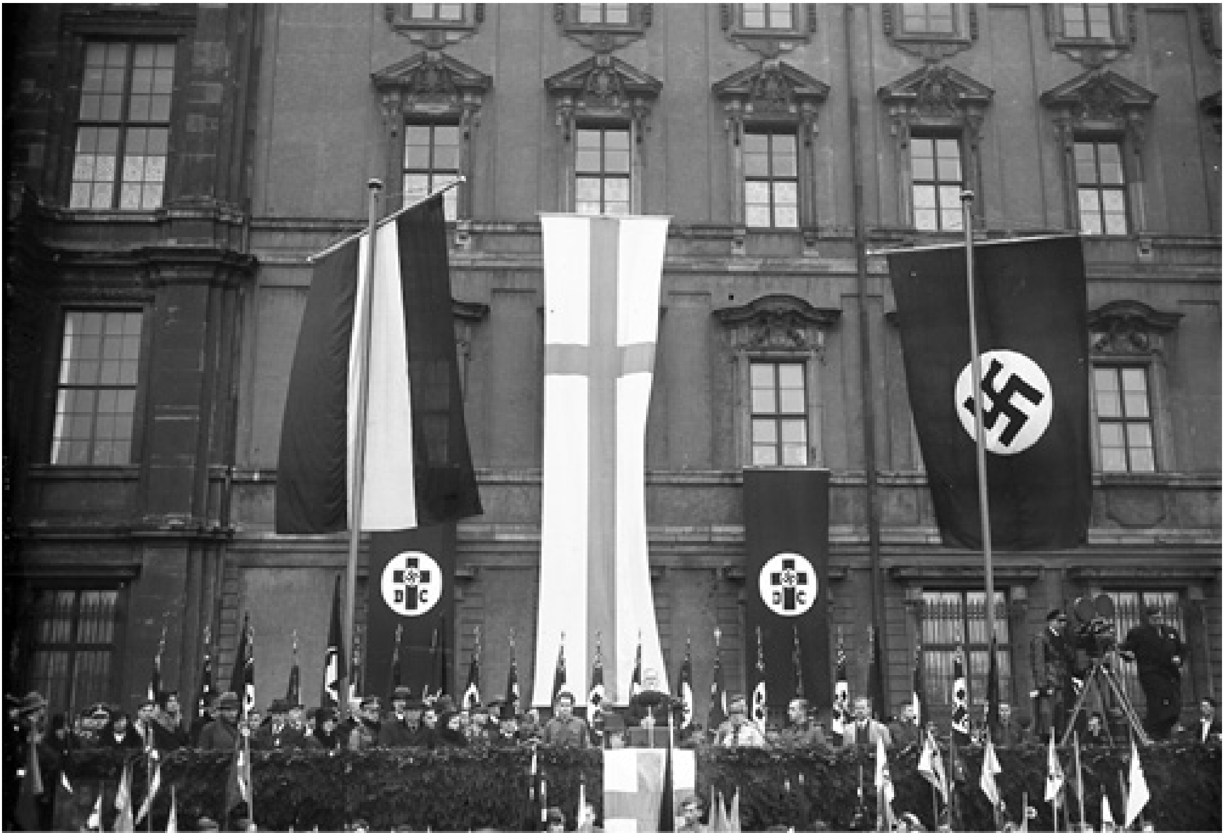
17. Consagración de esvásticas. Berlín, 1933. © Bundesarchiv-Bildarchiv.



18. Funeral por el responsable de las SA muerto, Hans Maikowski, en la catedral de Berlín en febrero de 1933 con asistencia de Hitler, Goebbels y Göring. © Scherl/Süddeutsche Zeitung Photo/Photoaisa.



19. Jornadas de los Cristianos Alemanes. La esvástica y la enseña de los Cristianos Alemanes aparecen juntas. Berlín, 13 de noviembre de 1933. © Scherl/Süddeutsche Zeitung Photo/Photoaisa.



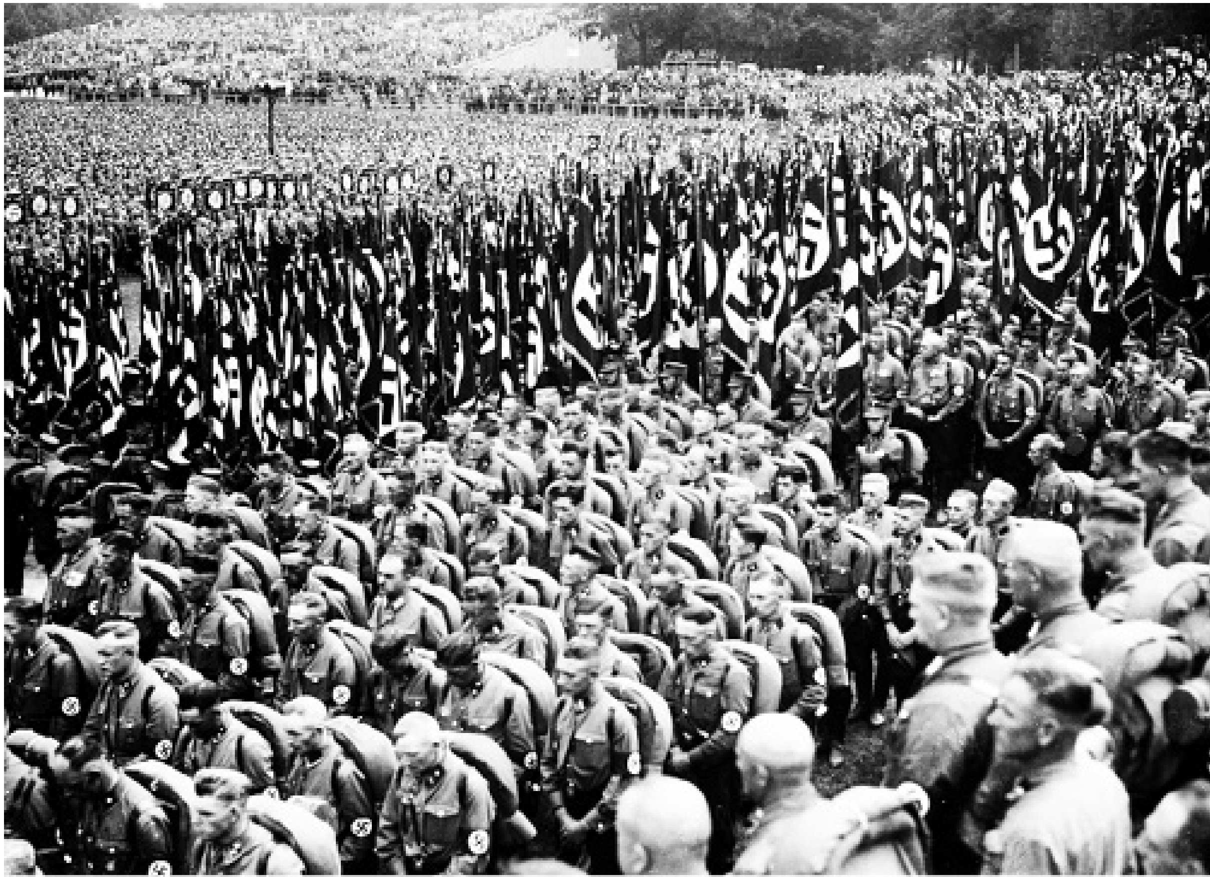
20. Celebración del Día de Lutero por los Cristianos Alemanes, con el obispo Joachim Hossenfelder en el púlpito. Berlín, 19 de noviembre de 1933. © Bundesarchiv-Bildarchiv.



21. Ocupación por las SA de la sede central del Partido Comunista de Alemania (KPD) en Berlín tras el nombramiento de Hitler como canciller el 30 de enero de 1933. © SZ Photo/Süddeutsche Zeitung Photo/Photoaisa.



22. Marcha de las tropas de las SA por la Puerta de Brandemburgo conmemorando el aniversario de la toma nazi del poder el 30 de enero de 1933. Fecha: desconocida. © Bundesarchiv-Bildarchiv.



23. Homenaje a los caídos en la Primera Guerra Mundial y a los nazis muertos en la «lucha por la calle» librada contra socialdemócratas y comunistas en las Jornadas del NSDAP de 1933. Núremberg, septiembre de 1933. © Scherl/Süddeutsche Zeitung Photo/Photoaisa.



24. En el marco de una campaña de boicot contra negocios judíos, miembros de las SA pegan carteles en el escaparate de una tienda propiedad de judíos con la leyenda: «¡Alemanes! ¡Protegeos! ¡No compréis en tiendas de judíos!». Berlín u Oldenburg, abril de 1933. © Bundesarchiv-Bildarchiv.



25. Jóvenes integrantes de la Liga de Muchachas Alemanas (la sección femenina de las Juventudes Hitlerianas) en un taller de costura. Worms, ca. 1933/1939. © Bundesarchiv-Bildarchiv.

Edición en formato digital: 2017

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
alianzaeditorial@anaya.es

ISBN ebook: 978-84-9104-677-6

Conversión a formato digital: REGA

www.alianzaeditorial.es